Antonio José de Sucre

(Biografía)

Alfonso Rumazo González

Ediciones de la Presidencia de la República

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE
Gran Mariscal de Ayacucho
(Biografía)

Ediciones de la Presidencia de la República, 2006

© Ministerio del Despacho de la Presidencia
Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho (Biografía)
Ediciones de la Presidencia de la República
Caracas - Venezuela, 2006
Depósito Legal: lf53320069204403
ISBN: 980-03-0363-4

Portada: Etten Carvallo
Foto de Portada: El Pintor Anónimo de 1826. El Gran Mariscal de Ayacucho, Oleo sobre tela 61cm x 61,5 cm. Pertenece al Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas.
Diagramación: Lic. José Alejandro Guzmán S.
Corrección de Textos: Lupe Rumazo, Ing. Solange Alzamora Rumazo

A
Lupe Rumazo,
mi generosa colaboradora

Preliminar
(de la Primera Edición)

No se ha publicado, antes de ahora, ninguna biografía completa del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Faltaba, quizá, la rica documentación actual, y regían escrúpulos para no romper la tradición que había descrito a un personaje deshumanizado, tan rebosante en virtudes como libre de yerros.

Este libro toma desde los orígenes de las familias Sucre y Alcalá, en Flandes y España, respectivamente; avanza, con minucioso desenvolvimiento, a través de los treinta y cinco años de vida del héroe –¡suficientes para sustentar el pináculo de su grandeza!–; sitúa éxitos y derrotas, plenitudes y fallas, contrastados su talento excepcionalísimo, audacia, don de acierto, firmeza e infatigabilidad, con una sencillez elegantemente taciturna y una evidente ausencia de ambición. Si constan sus muchas victorias militares, también aparecen no pocas derrotas; y si se alza el espontáneo arranque de un gran amor, que arriba al matrimonio, también se desenvuelven amoríos en la ciudad de Guayaquil, La Paz y Chuquisaca, en cada una de las cuales nace un hijo espurio. Titubea en la ardua empresa de la expedición de Los Cayos, lo mismo que en el acto de invasión de los peruanos a Bolivia; fuerza al destino, en cambio, y altera los rumbos de la historia en Pichincha, Ayacucho, Tarqui. Fulgores y sombras al par, júbilos y angustia, anhelos cumplidos y esperanzas inútiles; fe y dolor; ensalzamiento y tragedia; tal esta existencia, una de las contadísimas supremas en el ámbito inmenso de la independencia americana.

El ímpetu ascensional no amenguó en Sucre nunca, aun a pesar de que lo dramático acósole persistentemente hasta más allá de la tumba. Su única hija legítima pereció muy temprano, por obra de la fatalidad; la viuda, vuelta a casar, hundióse en honda y larga desventura; hasta el propio cadáver del Mariscal debió ser mantenido oculto durante setenta años para que no lo profanasen. Aún más: Bolivia, su Bolivia, hubo de sufrir pronto la absurda dentellada que le quitó íntegra la zona de la costa. Por añadidura, la magna obra de libertad, forjada por él junto a Bolívar –con otros–, no pudo mantenerse en plasmación fecunda y armónica: se asfixió en el fondo de demagogias y ambiciones sin altura.

La parte relativa al crimen de Berruecos, donde cayó el glorioso cumanés víctima de un grupo de políticos –cuyos nombres señala la obra

nítidamente–, viene presentada con estricta verdad. Los centenares de páginas del proceso, en la causa criminal seguida contra los asesinos; la exhaustiva investigación de Juan B. Pérez y Soto (cuatro volúmenes); las Memorias de los generales Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, Joaquín Posada Gutiérrez; los alegatos de José María Obando, Antonio Flores, Antonio J. de Irisarri, Luis Martínez Delgado, Antonio J. Lemos Guzmán, Ángel Grisanti, entre muchas otras publicaciones, hablan con clara voz reveladora.

Cierra el volumen con el hallazgo de los restos de Sucre en la iglesia del Carmen, de Quito, el año 1900. El historiador y obispo Federico González Suárez, que pronunció entonces la oración fúnebre, expresó sabiamente: "Los enemigos son los que construyen el pedestal de la gloria para los grandes hombres". Ya nadie odia al Gran Mariscal de Ayacucho; le admiran, ensalzándole sin reticencias. Tal su triunfo final, tan brillante como el de Ayacucho y tan perenne como el documento de liberación continental que él firmó con su sangre.

EL AUTOR

Primera parte
LOS AÑOS DUROS

> Damocles nunca danza mejor que bajo la espada. La libertad coincide con el heroísmo.
>
> ALBERT CAMUS. *El hombre rebelde*.

Antonio José de Sucre no vivió sino treinta y cinco años. Y en este lapso brevísimo –apenas cuatro lustros de verdadera acción– lo alcanzó todo: máximos honores en el ejército y en la política; éxito en el amor, riquezas, hacia el final. Se le consideró el más afortunado de los generales de la independencia americana. Envidiábanle, por lo mismo, con odio y rencorosa saña, hasta que lo asesinaron.

No se supo feliz nunca. Introvertido, observador, severo,[1] aunque elegantemente cortés, "reía difícilmente, y nunca fue propenso a las manifestaciones ruidosas de la alegría".[2] Grave y circunspecto, mostraba edad mayor que la real.[3] Producía en torno, con hidalga altivez refinada y culta, más respeto que simpatías, más fe que devoción. Hombre fuera de grupos, sabíase solitario, diferente. Creía, con cabal creer, en el honor, en el desprendimiento, en las lealtades todas. Recto, metódico y hasta rígido, exigía mucho de los demás. "Severo para la debilidad ajena, duro en mantener la disciplina militar, clemente sólo cuando se trataba de perdonar ataques a su persona, mostrábase tenazmente inflexible contra el más ligero olvido del honor público".[4]

Escasamente más alto que el Libertador, tomaba relieve, como éste, por los finos modales y la gran corrección en el vestir. Varón estético, más por natural tendencia que por estudios, desenvolvía sus talentos con armonioso equilibrio; así, en

[1] POMBO, LINO DE. *Reminiscencias del sitio de Cartagena*.
[2] TOBAR, CARLOS R. "Relación de un veterano de la Independencia". *Revista Ecuatoriana* (1891).
[3] POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Memorias histórico-políticas*. T. II: 151.
[4] GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia Constitucional de Venezuela*. T. I: 166.

circunstancias de suma complejidad e intensa pasión, mostrábase sereno, dominador. Era de "semblante vivo y animado, aunque no del todo hermoso";[5] los ojos castaños obraban con gran poder expresivo: dulzura, de ordinario –la dulcedumbre de los tristes nobles–, y luz fulgurante, vívida, irresistible a la hora de la acción. Los labios, por finos, parecían, sin serlo, antisensuales; la frente penetraba mucho, de lado y lado, en los cabellos negrísimos ensortijados, que remataban en patillas alargadas hasta el filo mismo de la mandíbula. Sobresalía imperiosamente en el rostro una nariz larga, ligeramente combada, muy puntiaguda y firme. El conjunto, en esa cabeza, mostraba una singular amalgama de los tipos español y flamenco.

Carecía de imaginación poética; mostraba prepotencia, en cambio, en ese don por cuya virtud descubría inagotables recursos, tanto para la estrategia como para la táctica militares: sabía echar sobre el enemigo en guerra el torrente sin mengua de la astucia. Han quedado clásicos, en arte castrense, sus movimientos de largas semanas, destinados a agotar a las tropas contrarias, antes de Ayacucho, o su ascenso nocturno al volcán Pichincha, para tentar la batalla con máximo peligro y máxima decisión.

Por haber venido a la vida en un puerto –el de Cumaná, en Venezuela, a orillas del Caribe– logró asumir un destino antisedentario.[6] La mar adoctrina en la libertad. Y no se volvió hombre tropical, debido a su origen paterno flamenco. Su bisabuelo Carlos de Sucre y Pardo había nacido en Flandes, igual que los antepasados de éste. Sólo desde el abuelo, Antonio de Sucre Estrelles,

[5] Según el general Guillermo Miller, subalterno de Sucre en el Perú.

[6] Nació el 3 de febrero de 1795. La partida de bautismo reza: "En veinte días del mes de febrero de mil setecientos noventa y cinco años: Yo beneficiado, cura castrense don Francisco Josef del Águila, certifico que con mi licencia y asistencia el presbítero doctor Josef Cándido Martínez, secretario de visita, puso óleo y crisma a Antonio Josef Francisco, hijo legítimo de don Vicente de Sucre, teniente de Infantería, y de doña María Manuela Alcalá, el cual niño tenía diez y siete días de nacido; fueron padrinos el beneficiado don Patricio de Alcalá y doña Juana Jerónima Sánchez, a quienes advertí su obligación y espiritual parentesco; y para que conste, lo firmo, y doy de ello fe. *Francisco Jph. del Águila*".

pertenece a la América esta familia, pues aquel Antonio nació en Cuba y se casó en Cumaná.[7]

El padre, Vicente Sucre y Urbaneja, ya fue cumanés (1761-1824), y cumplió ampliamente con el propósito de la fecundidad: nueve hijos en el primer matrimonio y otros nueve en el segundo.[8]

Los Alcalá –su madre se llamaba María Manuela de Alcalá y Sánchez Vallenilla– procedían de Málaga, en España. El primer Alcalá llegó a tierra cumanesa ochenta años antes que el primer Sucre; y vale saber que las dos familias no arribaron en ánimo de aventura, sino constituidas en autoridad por los monarcas hispanos. Traían, por tanto, una indispensable "nobleza de sangre". En aquellos tiempos, los aristócratas eran los únicos en recibir cuidadosa cultura intelectual y social y en asumir elevación espiritual, refinándose.

Si se da un gran salto atrás –un salto de varias generaciones–, hállase que los Palacios y los Alcalá –apellidos maternos de Bolívar y Sucre, respectivamente– procedían de un mismo tronco: el matrimonio del capitán Francisco Infante con Francisca de Rojas. Del hijo de ambos, Francisco también, aparece al final el Libertador; y de la hija Francisca, se llega a Sucre. Cuestión que no revela nada esencial, dado lo poco numerosos que fueron los colonos españoles de Venezuela en los siglos XVII y XVIII, pero punto de hermoso simbolismo, si se considera que entre Bolívar y Sucre rigió un afecto profundo: se quisieron como de padre a hijo y de hijo a padre, en una compenetración anímica cabal.

---

[7] En la *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*, por Francisco Fernández de Bethencourt (T. IX: 388), se lee: "La familia Sucre o Succre remonta su genealogía hasta Juan de Succre, que vivió en el siglo XV y en el servicio de la Casa Soberana de Borgoña... Los de Succre fueron señores de Bellaing, Wadeigne, Luccron, Villers-Burel, La Mothe y otros feudos y lugares en el Cambressy".

[8] LECUNA, VICENTE. "Papeles de Sucre". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* (Caracas), Nº 125: 18. He aquí los hijos del primer matrimonio: José María, José Joaquín, Vicente, Pedro, ANTONIO JOSÉ, Aguasanta, María Josefa, Magdalena y Francisco. Los hijos del segundo matrimonio fueron: Carlos, Ana María, Jerónimo, Margarita, José Manuel, Juan Manuel, María Manuela, María Magdalena y María Rosario. Margarita Sucre Márquez fue la abuela del eminente historiador Vicente Lecuna.

También pueden consultarse: *Memorias para la historia de Cumaná y Andalucía*, por Fray Cayetano de Carrocera, O. F. M. Cap., 2ª ed., 1945.

Todo significa tradición militar en ese hogar. ¿No venían de una España levantada en armas, por espacio de siete siglos consecutivos, para la guerra contra los moros; trocada luego en conquistadora y colonizadora del Nuevo Mundo, a fuerza de espada y arcabuz? Juan Alcalá, el primero en avecindarse en suelo cumanés, fue capitán; lo mismo su hijo Pedro, y el hijo de éste, Diego Antonio. Y si el progenitor de la madre de Sucre, Pedro de Alcalá Rendón, no se decidió por los cuarteles, al menos se casó con la hija de un teniente coronel. Por lo que hace a Vicente Sucre y Urbaneja, padre del futuro mariscal de Ayacucho, he aquí su trayectoria: a los veintiocho años consta como teniente de infantería; hacia 1810, año del primer acto de independencia de Venezuela desempeña la Comandancia del Cuerpo de los Nobles Húsares de Fernando VII. En 1811, alistado ya en las milicias republicanas, recibe el grado de coronel; luego, hácenle general en jefe del Ejército de Cumaná.

Antonio José compenetróse, así, del ir castrense familiar, sin titubeos. No padeció angustia interior para fijar su destino, ni discutió vocaciones. El poderío del pasado, que es tiránico y omnipoderoso en algunos temperamentos, hincó ahí garfios inarrancables. Discípulo, el mejor, de su padre, no tuvo sino que seguir. Afortunado, por tanto –ausencia de duda, eliminación de lucha–, a los quince años ya forma con las tropas; a los veintidós avanza de coronel por tierras de Guayana. Su suerte estuvo trazada; pero él supo descubrirla y seguirla.

Los Sucre-Alcalá viven en la abundancia. Despliegan en la ciudad dos despotismos: el de las riquezas y el del noble abolengo; el uno, más abusivo; el otro, más orgulloso. Casas, haciendas, esclavos, todo se junta en un haz de cuantiosos rendimientos. En su testamento de 1823 –deducidas las graves pérdidas de guerra– el coronel Sucre habla de dos casas en la ciudad; la hacienda Chacamaure, de caña, alambiques y unos cien esclavos; más tierras en el golfo de Cariaco; cañamelares y trapiche en el valle del Bojordal, amén de las sumas de dinero. Para que el cuadro de seguridades se complete, el oficial va de brazo con el clero: "Soy mayordomo de la Iglesia".

Los niños ... ¿Qué hacían los niños hijos de ricos en los tiempos coloniales?

> No bien adquiere –lo atestigua una autoridad de la época–[9] una vislumbre de razón (a los siete u ocho años), cuando se le pone en la escuela. Bajo la forma de preceptos se le inculcan máximas de orgullo y vanidad que más tarde le inclinan a abusar de las prerrogativas del nacimiento o la fortuna, cuyo objeto y fin ignora. Supo el niño pronunciar las letras, leer sin comprender y a tropezones, garabatear un papel, mal hacer una cuenta pues entonces sin más ni más, se le pone en la mano la gramática de Nebrija para que aprenda el latín, sin considerar lo ridículo que es aprender una lengua extranjera cuando no se posee la propia.

Atendidos por esclavas negras, los de Cumaná van casi diariamente al río Manzanares, que pasa por la ciudad; báñanse en él, nadan, se redimen del intenso calor tropical.

Entre el simple crecer, sin privaciones, y el estudiar, también simple, ínfimo en beneficios, fue avanzando por la vida Antonio José. Los cuatro hermanos varones que le antecedían formaban grupo con él para las pequeñas empresas infantiles.

Después nacieron tres mujeres. Las niñas solían vivir prisioneras del hogar hasta los quince años, en que cambiaban de encierro mediante un matrimonio concertado exclusivamente por los padres. Este segundo encierro generaba aquellos brotes de falsa moral tan ancha, tan de disimulo y tan tolerante, característicos del lapso hispánico.

He aquí la Cumaná que halló Humboldt en 1799, la del ser inicial de Sucre:

> Al pie de una colina sin verdor, la ciudad está dominada por un castillo. Ningún campanario, ninguna cúpula que pueda atraer de lejos la mirada del viajero, sino más bien algunos troncos de tamarindos, cocoteros y datileras que se elevan por sobre las casas, cuyos techos son de azoteas. Las llanuras circundantes,

[9] Discurso del licenciado Miguel José Sanz sobre la educación política. (Cita de Rafael María Baralt, en *Historia de Venezuela*. T. I: 501).

> principalmente las del lado del mar, tienen un aspecto triste, polvoriento y árido, al paso que una vegetación fresca y vigorosa manifiesta desde lejos las sinuosidades del río que separa la ciudad de los arrabales: a un lado la población de razas europeas y mixta; al otro la de los indígenas de color cobrizo. La colina del fuerte de San Antonio, aislada, desnuda y blanca, exhibe una gran masa de luz y de calor radiante. En lontananza, hacia el Sur, se prolonga una vasta y sombría serie de montañas.[10]

La pequeñita ciudad, plana y ardiente, polvorosa, no posee más de dieciocho mil moradores incluidos negros esclavos e indígenas.[11] El nervio está en su río, que desemboca en el Caribe a poco trecho: en él pescan, o en la mar inmediata; por él van las canoas de donde salta la melodía sensual aprendida en África.

> Todas las tardes –anota Humboldt– frecuentábamos una sociedad de personas amabilísimas, en el arrabal de los guaiqueríes. Cuando hacía una bella claridad de luna, colocábamos sillas casi en el agua, vestidos ligeramente hombres y mujeres, como en algunos balnearios del norte de Europa; y reunidos en el río la familia y los extranjeros, gastábamos algunas horas fumando cigarros y conversando, según la costumbre del país, sobre la extrema sequía de la estación, sobre la abundancia de agua en las regiones vecinas, y ante todo sobre el lujo de que acusaban las damas de Cumaná a las de Caracas y La Habana. Los delfines, que a veces remontaban el río, asustaban a los bañistas [...] Los niños pasan una parte de su vida en el agua.

La plaza principal viene destinada a la venta de esclavos. Antes de ofrecerlos a los compradores, mójanlos en agua de coco

---

[10] HUMBOLDT, ALEJANDRO VON. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. T. I: 319.

[11] Cálculo aproximado, de Humboldt. Para el cobro de impuestos, en los catastros oficiales constan sólo doce mil habitantes.

para ponerlos más lustrosos; la dentadura indica la edad, lo mismo que en las bestias. Se los exhibe, semidesnudos, en tarimas especiales. Los negros –unos dos mil en la Cumaná de aquellos días– padecen esclavitud a perpetuidad. Parecerían el último fragmento soterrado de la masa social. Sin embargo, no están ellos considerados como ilotas, sino los indígenas: "se dan hasta cuatro y cinco indios por un negro". Las hembras conciben del blanco y del mestizo por obra de sometimiento, sin placer ni querer; hasta se implanta el *jus primae noctis*. En las encomiendas y repartimientos, cada patrón o amo dispone libremente de treinta, cincuenta indias, que además trabajan tanto como los varones. Estos, de seis a doce y de una a seis, laboran para el criollo y el hispano, sin fe en nada, sin esperanzas de nada, como autómatas ausentes de la existencia. Los domingos se embriagan, y lloran, o se pelean sin motivo.

Las casas "construidas con arcilla y madera" en un solo piso, echan las habitaciones contra la pared, para dejar al centro un patio. En las afueras, del otro lado del río, van diseminadas chozas de bambú cubiertas con hojas de coco.

Apenas cumplidos los siete años –¡demasiado temprano!–, el dolor golpea en el espíritu infantil de Sucre, y con el golpe peor, pues muere la madre. Con quedarse sin madre se pierde el único ser que verdaderamente ama en la vida toda. No hay desventura mayor para el hombre. En el primer contacto con la muerte empieza la soledad. ¿Provino de aquel duro impacto el que ese niño se volviese triste, taciturno, al par que rebelde? La soledad implica rebeldía; lo triste también, cuando no invade la fuerza negativa de la resignación.

El daño no se quedó ahí, en la orfandad. El viudo, gallardo coronel de cuarenta años –comandante del Cuerpo de los Nobles Húsares de Fernando VII– volvió a casarse, dando así a sus primeros hijos una madrastra. Aún más: erradicólos, llevándolos a vivir en nueva casa, donde nacerán los medio-hermanos.[12] Antonio José empezó a padecer.

La educación comenzó a raíz del duelo, o más tarde. Para nada había prisa en esos tiempos. La fundadora en Cumaná de la

[12] CARROCERA, FRAY CAYETANO DE. *Op. cit*. La nueva casa tiene los ojos sobre el puente y el río Manzanares, en la parroquia de Altagracia. La segunda esposa del coronel Sucre, pariente de la primera, se llama Narcisa Márquez Alcalá.

Escuela de Primeras Letras, dotándola de local y rentas, había sido María de Alcalá Rendón, tía abuela de Sucre.[13] Esta benefactora no vivió sino hasta 1788, pero dejó puestos a intereses catorce mil pesos para la persistencia de su obra.

Funcionaba además en Cumaná –suerte de segunda capital de la Venezuela entonces– un colegio, al que quiso convertir en Universidad, en 1778, el gobernador Máximo de Bouchet. Y llegaron a iniciarse clases de filosofía, teología y derecho civil; ya existían las de gramática. La Corona "alarmada con tales acontecimientos reprendió duramente al gobernador y le hizo ver que su interés estaba centrado no en crear una nueva Universidad en Venezuela, sino tan solo una cátedra de Filosofía".[14] Ese curso le fue agregado en 1782.[15] Pero nada de esto duró. Al comenzar el siglo XIX, Cumaná ha vuelto ya a visible atraso. Quien la visitó en 1807 dice:

> Esta villa no tiene ningún establecimiento público para la educación de la juventud. Es sorprendente hallar algunos conocimientos entre estos habitantes, en un estado tal de cosas. Los más ricos la reciben en Caracas y la mayor parte en casa, de maestros de escuela particulares, donde ellos aprenden la gramática castellana, el cálculo, los primeros elementos de la geometría, el dibujo, un poco de latín y música.[16]

Por constar entre "los más ricos", Antonio José pasa a continuar estudios en Caracas. Él, y no ninguno de sus hermanos. ¿Por qué? El Destino opera siempre por canales extraños y pone su marca a tiempo. Llama al niño su padrino de bautizo el clérigo Antonio Patricio Alcalá, que tiene la dignidad de arcediano en la catedral capitalina. Varón constructivo, dinámico, capacitado para realizaciones de consistencia, había fundado en Cumaná, antes de trasladarse a Caracas un hospital de Caridad (1789). La propia casa

[13] SANABRIA, ALBERTO. "Doña María de Alcalá". *El Universal* (Caracas), (abril 1960).

[14] LEAL, ILDEFONSO. (investigador venezolano en el Archivo de Indias de Sevilla). *Boletín Informativo de la Universidad Central de Venezuela* (Caracas), (7 de abril 1960).

[15] ARRÁIZ, ANTONIO. *Historia de Venezuela*: 284.

[16] DAUXION-LAVAYSSE, J. J. *Voyage aux îles de Tobago, Trinidad, Marguerite et autres parties du Venezuela.*

en que habita, y en la cual se aloja el ahijado,[17] será donada para socorro de lázaros. "Recibió su primera educación –lo confirma Bolívar– en la capital, Caracas".[18] ¿Por cuánto tiempo? ¿Dos, tres, cuatro años? Innecesario averiguarlo. Gracias al dadivoso canónigo ingresa, no en la Universidad, sino en la Escuela de Ingenieros fundada y dirigida, en iniciativa particular, por el coronel español Tomás Mires. Ingeniería militar enseña Mires. "En tales escuelas –había más de una, según testimonio de Baralt– se aprendía, además de la geometría, el álgebra, ambas trigonometrías, la agrimensura, la fortificación y la artillería". Sucre dominó, por añadidura, la topografía que tanto le servirá en el desarrollo de las campañas.

Con este inicial desarraigo, comienza para Sucre un viajar que no se detendrá nunca. Año tras año, triunfante o vapuleado por vencimientos, irá de Caracas a Cumaná; de ahí a La Victoria, Barcelona, Maturín, Angostura, la isla Margarita; saltará a Trinidad, Martinica, Saint Thomas, Haití. Naufragará. Atravesando los llanos inmensos, hirvientes de su país, llegará a las márgenes del Apure, en la selva. Después el éxodo definitivo, sin retorno: a la Nueva Granada, al Ecuador, al Perú y Bolivia, en un peregrinaje heroico, que no ataja sino la muerte emboscada en Berruecos. Andar y andar siempre, haciendo coincidir la libertad con lo titánico, combatiendo contra los enemigos armados y contra los enemigos civiles: tal el sino. El trasplante perpetuo fortalece a la persona; pero la despoja de muchos bienes, la vuelve solitaria, la sacrifica.

> El hombre es libertad: el hombre está condenado a ser libre.
>
> JEAN PAUL SARTRE. *El existencialismo es un humanismo.*

Un suceso imprevisto rompe el proceso. Sucre hállase forzado, así, a cortar los estudios, y de manera definitiva.

Una tarde –Miércoles Santo de 1810– llegan a Caracas, procedentes de España, varios viajeros y dos comisionados oficiales. Se saben así las últimas noticias: Napoleón se ha apoderado ya de

[17] Entre las esquinas de Cují y Salvador de León.
[18] BOLÍVAR, SIMÓN. *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. Lima, 1825.

toda la Península, con excepción de Cádiz y la isla de León. La Junta Central de Regencia, constituida allá para representar a Carlos IV y su hijo Fernando, prisioneros del Corso, ha desaparecido, por dispersión de sus miembros. En la isla de León se ha constituido provisionalmente, a las volandas, sin valor legal suficiente, otra Junta de Regencia. ¿Qué van a hacer las colonias hispanas del Nuevo Mundo? ¿Qué Venezuela; qué Caracas? Los comisionados traen el encargo específico de obtener el reconocimiento del nuevo Gobierno provisional peninsular. El capitán general de Venezuela, Vicente Emparan, hombre odiado y temido, decide apoyar a los emisarios. No piensa lo mismo la gente culta de Caracas, sino que, desplegando valerosamente su desacuerdo, exige y consigue que el Ayuntamiento sea convocado a fin de discutir y resolver con él el punto. Concitan a la vez al pueblo para que grite, presione. Emparan promete concurrir: espera dominar los ánimos con su autoridad.

Se impuso, en efecto, el capitán general aquella mañana, durante una hora, y salió hacia la catedral, donde debía asistir a los oficios religiosos del Jueves Santo. Ahí, en la puerta del templo, le aguardaba el Destino. Fuérzanle, en efecto, a retornar al Cabildo, donde el pueblo, a grandes voces, lo repudia y oblígale a renunciar. Asume el poder de la Capitanía el Ayuntamiento; más tarde, otro día, será designada la Junta de Gobierno propia, no española, no radicada en la Península.

Quienes rigen y dirigen este empeño de liberación aprendieron doctrina de los enciclopedistas franceses, en libros obtenidos por contrabando.

Aquellos acontecimientos debieron de ser presenciados por el estudiante Sucre. Caracas, pequeña, divulgaba de por sí fácilmente cualquier suceso; muy más éste, producto de convocación desde la víspera. ¿Cuál su impresión? Ninguna capital; que hacia la pubertad va todo adolescente sobre la piel, sin perforar.

Pero los hechos trascendentes golpean y arrastran a muchos. Sucre fue arrollado, y su vida de estudios académicos cesó para siempre. ¡Y qué temprano! ¡Pudo fracasar!

Cumaná se adhiere al cambio político producido en la capital ese 19 de abril, y crea también su Junta de Gobierno.[19] Idéntica

[19] En la correspondiente acta primera del Ayuntamiento consta la firma del coronel Vicente Sucre.

determinación toman varias ciudades del país. No así Maracaibo y Coro, que se niegan a reconocer autoridades americanas, ateniéndose más bien a la peninsular de la isla de León. Coro, por añadidura, aspira a constituirse en capital, por ser la más antigua.

Al retornar a su pueblo natal, Antonio José encuentra toda su familia enrolada en la revolución. Siente euforia, impaciencia; le escuece la sangre. Su pariente José Jesús de Alcalá consta como síndico procurador general; José Miguel de Alcalá, como intendente. Su padre continúa al frente del Cuerpo de Nobles Húsares, ya del lado republicano. ¿Qué decidir? Así como antes hubo un hombre, un canónigo, para la erradicación inicial de Sucre, ahora aparece otro, que decide el futuro con firmeza: el tío José Manuel Sucre.[20] "Fue él –dice el propio Sucre–[21] quien a mi edad de quince años me inspiró sentimientos con que creo haber servido a mi patria". En su tío aprendió el catecismo de la Libertad. Mañana, cuando sea presidente de Bolivia, declarará: "Me he puesto a la cabeza de los más liberales en el país".[22] No tuvo tiempo suficiente para leer, estudiar, documentarse. Había que entrar directamente a la acción. En adelante requerirá de la autodidaxia, visto que no se puede construir sobre bases de ignorancia. Y aprovechará las lecciones directas de José Manuel Sucre, Miranda, Mariño, Bermúdez y, más que todos, de Bolívar.

Ingresa en el ejército. ¿Acto libre, de hombre? No. Todavía oye consejos, busca rutas emanadas del pensar de otros. Decide, pero empujado, impulsado. El 12 de julio de 1810 es "admitido" como oficial de Milicias Regladas,[23] por disposición de la Junta de Cumaná. Los oficiales mandan: ¿cómo dar órdenes, sin antes haber aprendido a obedecer?

Sucre, con estas improvisaciones, no constituye excepción en aquellos tiempos.

---

[20] Menor que el coronel Vicente Sucre en cuatro años, y casado con Teresa González.

[21] Carta a Bolívar, desde Bolivia.

[22] Carta al general Soublette, desde Chuquisaca, 24 de agosto de 1826.

[23] CHIRIBOGA N, A. *Fuerzas morales en el ejército*. Quito, 1932: 100. Capítulo de "Hoja de servicios del Gran Mariscal de Ayacucho", escrito con la colaboración de Manuel Landaeta Rosales, J. Gabriel Pino Roca, Cristóbal Gangotena Jijón y Carlos H. Vivanco.

> A las milicias pertenecían todos los blancos y pardos, de quince a cuarenta y cinco años, menos los eclesiásticos, médicos, boticarios, jueces y otros empleados; y los nobles criollos consideraban sus grados en la milicia como simple distintivo de preeminencia social.

Sólo que ahora la guerra va a comenzar. Muy pronto habrá que salir en campaña para herir, matar, asumir el riesgo constante de perecer. Este mozo de quince años se enfrentará a la muerte, a la sangre, a la agonía y a la destrucción en edad en que normalmente todo suele ser suma de ilusiones y sonrisas. El júbilo se le trunca dentro, antes de brotar. La juventud incipiente se estrella contra lo brutal. Y no hay escapatoria. Será valeroso, pero hermético.

Va con el Cuerpo de Ingenieros; no con la Caballería, que comanda su padre. Vese solo. Si fracasa, le pondrán en retaguardia, y habrá en cierto modo deshonra para su familia, de tan acendrada tradición castrense. La tropa sonríe maliciosamente al verle infantil, lampiño. Lucha contra el ridículo.

La constitución de juntas en Venezuela produce ira en España. La heroica España, que despliega su pueblo sobre campos y vías para las guerrillas contra Napoleón, quiere conservar sus colonias americanas a la fuerza. Y ordena el bloqueo de las costas venezolanas. A la vez, la Junta de Caracas, que esperaba la adhesión de la provincia de Coro al no tenerla rompe hostilidades y manda a someterla un ejército que dirige el marqués del Toro, "muy estimado por la blandura y suavidad de su genio". ¡Caracas también trata de proceder por la fuerza, como España! La aventura sobre Coro –cuatro mil hombres muy mal armados y carentes de disciplina– termina en derrota. Los batallones desandan, para volver a la capital, los setecientos cincuenta kilómetros que habían caminado. La gigante empresa libertaria venezolana se inició así, ingenuamente.

Se busca apoyo fuera. Una misión enviada a los Estados Unidos encomendada a Juan Vicente Bolívar, hermano mayor del futuro Libertador, fracasa; el emisario perece en naufragio. Otra, a Inglaterra, con Simón Bolívar, tampoco alcanza éxito; pero el juvenil diplomático logra que Francisco de Miranda –uno de los célebres

generales de Europa, y caraqueño de nacimiento–, retorne a la patria; se le necesita para el comando de los ejércitos.

Cumaná organiza sus poderes legislativo y ejecutivo (mayo de 1811). En el primero está Francisco Javier Alcalá, de la familia de Sucre.[24] Para el segundo son elegidos presidentes el coronel Vicente Sucre, José Leonardo Alcalá y un sacerdote. De esta manera, los Sucre-Alcalá toman el poder. Habrá razón para que mañana los monárquicos echen sobre esa familia su máxima venganza. Se odia siempre en relación con el encumbramiento del odiado; contra el grande, odio grande. "En Cumaná hacen la oligarquía regional los Sucre, los Mayz, los Vallenilla, los Martínez y los Alcalá, todos parientes entre sí; monopolizan los oficios de la República".[25]

El primer Congreso constituyente venezolano declara el 5 de julio (1811) la independencia absoluta del país. Queda constituida la República; ha cesado, por ley, el régimen monárquico. Lo escrito hay que sostenerlo con las armas. Sublévanse los canarios en Los Teques; vencidos, se fusila a dieciséis. Las revoluciones blandas no constituyen revoluciones. Otra sublevación pone la ciudad de Valencia en manos hispanas. Salen tropas, al mando del marqués de Toro, y fracasan. Nombra entonces el Gobierno al general Miranda jefe de esos ejércitos derrotados.

Y aquí comienza la vida de campaña de Sucre; ¡no cesará en catorce años! A través de ella va surgiendo poco a poco el hombre que asciende y asciende y asciende. Se realiza a sí mismo, entra en más y más problemas, condensa con sus propios actos, en su corazón, el gran drama de una guerra justa. Su caso particular muestra un conflicto de perfeccionamiento, donde se exhibe doble cuestión que atañe a la Humanidad: la responsabilidad del individuo para consigo mismo –pulirse, avanzar, volverse valioso– y la culpa o el mérito ante los demás. Sólo es totalmente libre el que es totalmente responsable.

Miranda solicita refuerzos. Entre ellos llega de Oriente el oficial Antonio José, de dieciséis años, más alto que los de su edad,

[24] Como miembro del poder legislativo aparece el doctor José María Vargas, futuro presidente de la República de Venezuela. Vargas no actuó en los primeros días del fervor revolucionario, ni se ocupó entonces de nada diferente del atender a sus pacientes. Lo que se ha escrito sobre el "Vargas revolucionario en Cumaná" es fábula.

[25] GRISANTI, ÁNGEL. *Vargas, íntimo*. Caracas, 1954: 246.

menos comunicativo. Pelea, se juega la vida en las acciones preliminares y en la toma de Valencia.[26] El choque costó a los republicanos ochocientos muertos y mil quinientos heridos,[27] a pesar de que quedaron triunfantes. Patético inicio para el futuro mariscal. ¡Sangre, cadáveres ante los ojos, por vez primera; ayes, maldiciones, despecho, llanto de gentes, destrucción!

En esta ciudad de Valencia conoce a Bolívar. Al coronel Simón Bolívar, que sirve a las órdenes de Miranda. Debió de ser un contacto sin hondura. El brigadier Fernando Toro y Simón Bolívar recibieron mando de infantería, caballería y artillería para el ataque al cuartel de Pardos y al convento de San Francisco;[28] por tanto, actuaban con los ingenieros, que integraban las tropas a pie. Lo perdurable –la amistad de Sucre y Bolívar– suele a veces empezar así, en pequeño, como la semilla.

Por esos días el coronel Vicente Sucre dirige una carta enérgica a Joaquín Puelles, emisario del comisionado Cortabarría –el agitador monárquico de Valencia–, dónde se declara firmísimo defensor de los logros alcanzados con la declaración de independencia:

> No me es posible –le dice–, en obsequio de los favores hechos a mi hermano que usted alega, abandonar aquella libertad debida al hombre civil como un don divino que no puede intentar despojarse sin el más negro crimen, sólo capaz de concebirse en los corazones inmorales, vendidos bajamente a las inclemencias de las bárbaras pasiones.[29]

Tales eran el temple y la convicción de los Sucre. El coronel llega hasta el reto:

---

[26] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.* "Sucre sirvió –dice– a las órdenes del general Miranda, con distinción en los años 11 y 12".

[27] La ciudad fue tomada el 13 de agosto (1811).

[28] *Gazeta de Caracas*, Nº 43, de 30 de julio de 1811. En esta acción Fernando Toro, compañero de Bolívar en el juramento del Monte Sacro, en Roma, fue herido gravemente. Quedó, después mutilado.

[29] *Gazeta de Caracas*, 16 de agosto de 1811.

> Desembarque usted con su cuadrilla –añade–, ataque nuestras columnas, derrame la sangre de los que llama rebeldes: las acciones decidirán en su resultado cuál es la causa justa, dónde está el valor y dónde el oprobio de la cobardía.

Pero sólo los selectos eran republicanos. Los demás, y el pueblo en inmenso volumen, seguían leales a la monarquía. La convicción de la independencia fue calando en la masa lentamente, difícilmente. Una tradición es mil veces más poderosa que una innovación. Los esforzados tuvieron que pelear contra el enemigo, contra los desorientados y contra los apáticos o escépticos. Nunca fue más difícil hacer surgir y desarrollarse una conciencia revolucionaria. Por añadidura, el papel moneda empezó pronto su acción deletérea, al hacerse la emisión de un millón de pesos en billetes. Subieron los precios de todo. La multitud maldecía de los revoltosos. Ni el propio Congreso nacional, que había adoptado el sistema federal para la República naciente, poseía criterio fijo en muchos puntos: determinó, así, que la capital fuese Valencia, adonde tendrían que trasladarse los legisladores a continuar sesiones. Se cumplió la decisión, que no tuvo eficacia sino por corto lapso. ¡Un ensayo fallido!

Interviene, por añadidura, en esa oscuridad inicial, la Naturaleza misma, con una de sus fatales sorpresas. El Jueves Santo de ese año de 1812, un terremoto destruye Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida; perecen unas treinta mil personas. El clero español predica, exacerbado: "¡Castigo de Dios!". Castigo por haberse sublevado los americanos contra la autoridad del rey, a sabiendas de que "toda autoridad viene de Dios". Castigo contra las ciudades rebeldes exclusivamente, pues las "leales" –Maracaibo, Coro, Valencia y Puerto Cabello– no han sido tocadas. Castigo, pues la catástrofe se produce el día de Jueves Santo, igual a aquel en que dos años atrás se alzara la empresa de la rebelión ... Un fraile dominicano predicaba estas singularidades, trepado sobre ruinas, en la plaza de San Jacinto, de Caracas. Bolívar, que lo oyó, hízole bajar y dirigió a la multitud estas vibrantes palabras: "¡Si la Naturaleza se opone a nuestros designios,

lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!".[30] Y la Naturaleza tuvo que obedecer.

Casi coincidentemente, surge otro grave mal: desembarca en Coro el capitán español Domingo de Monteverde, sanguinario, de energías, odios y tenacidades sumos. Viene de Puerto Rico, con una compañía de soldados hispanos para la "reconquista". Crecen los contingentes con rapidez; toma a Barquisimeto, a Carora. En San Carlos, los republicanos sufren una derrota que les deja pérdida de más de mil hombres.

Pronto aparecerán la carestía, el hambre, porque la agricultura y los negocios, al expandirse la guerra, son abandonados; los puertos operan con dificultad, a causa del bloqueo.

¿Qué hacer? El Congreso, reunido en Valencia, entrega el poder a un dictador. A Miranda. Toda revolución busca dictaduras; desemboca en ellas. Miranda prepara batallones; confía Puerto Cabello, punto clave, a Bolívar, "el oficial más inteligente y activo del ejército de Miranda, y ya conocido y respetado entre los militares por su bizarra conducta en el ataque de Valencia".

Monteverde ataca a Valencia y la ocupa. Contraataca Miranda, sin éxito. Se producen dos choques de significación, en Guaica, en La Victoria; los republicanos siguen derrotándose. Las tropas se desalientan, buscan desertarse. Sucre palpa así, en cortísimo lapso la doble faz de la guerra: triunfar y perder. En la apreciación general de las acciones bélicas importantes en que intervino en su vida –batallas, combates y sitios– aparece Sucre con veintiuna victorias y once derrotas.[31] ¡No fue fácil su camino, sino arduo de tenacidad y dolor!

En Caracas se opina que conviene aplazar la lucha. Monteverde ríe, avanza. Antoñanzas, enviado suyo, toma a Calabozo y San Juan de los Morros; por castigo, y para sembrar ejemplo, pasa a cuchillo a todos sus defensores, autorizando además el saqueo y el pillaje.

Para cabalidad del drama, Mérida, Trujillo y otras poblaciones del Occidente "empezaban a declararse por la causa del rey". Hasta

[30] DÍAZ, JOSÉ DOMINGO. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*: 39.
[31] A. CHIRIBOGA N., A. *Op. cit.*: 99.

que se produjo el golpe fatal: Bolívar, traicionado, pierde la plaza de Puerto Cabello. Miranda entonces, agobiado de desaliento y desesperanza, capitula, olvidándose de que aún poseía fuerzas superiores a las de Monteverde (25 de julio de 1812). Al tratar de embarcarse en La Guaira, rumbo a Europa, le apresan sus propios compañeros, primero, y en seguida los españoles, quienes le envían a la Carraca de Cádiz, donde muere cuatro años después. Bolívar y varios más logran salir hacia las Antillas; y Venezuela retorna al régimen hispano. Rabia, tristeza, desesperación debió de sentir el joven cumanés. Todo estaba perdido, ¡y con qué rapidez!

Regresa al hogar de su padre, en Cumaná. Se sabe vencido, sin futuro. Los sin futuro, o se dejan morir o reaccionan enérgicamente. Vivir es proyectarse hacia delante. Huyen los Sucre y se esconden en su hacienda de Chacamaure, en el golfo de Cariaco para evitar la persecución de Cerveris, representante de Monteverde y encargado del "castigo" de la ciudad. Ahí aguardan. Antonio José en el proceso de formación de la personalidad, no tenía relieve todavía. Se pierde en los acontecimientos. El drama de Miranda se condensa, quizá, en la intimidad del juvenil guerrero, en un juramento de venganza. La juventud no admite derrotas definitivas.

> Una gran fijeza de pensamiento: es eso lo que hace a los verdaderos hombres.
>
> ANDRÉ GIDE. *El Inmoralista.*

Dos jóvenes extraordinarios, Simón Bolívar –veintinueve años– y Santiago Mariño –de veinticuatro–, y unos pocos compañeros esforzados, reabren la guerra. No desde dentro, pues están fugitivos, sino desde el exterior. Bolívar parte de Cartagena, en la Nueva Granada, con unos cuantos voluntarios, cuando está para finalizar ese mismo año de 1812, y no se detiene, en la brillante irrupción heroica, titánica, hasta que no llega triunfante a Caracas, siete meses después. La Historia ha señalado esa hazaña con el nombre de "la campaña admirable". Mariño se lanza desde la isla de Chacachacare, próxima a la de Trinidad, con cuarenta y cuatro expedicionarios y una mujer –la hermana suya, Concepción–;

desembarca en el oriente venezolano y se apodera del pueblo de Güiria. Entre uno y otro abrirse de hostilidades no hay sino quince días de diferencia. Y no existió acuerdo previo, imposible a distancia tanta y no se conocían los dos jefes. Mariño, nacido en la isla de Margarita, se había alistado en las tropas de la Junta de Cumaná, la que le dio el mando en Güiria. Alto, de cabellos rubios y ojos azules, mostraba fisonomía irlandesa. Hombre vehemente, despreocupado, alegre y jugador, altivo y veleidoso, se diferenciaba radicalmente de Bolívar. "La guerra, la política, el juego, las mujeres: he ahí cuanto hizo de su vida un azar como todos, lleno de peligros imprevistos, de rápidas efímeras fortunas y de amargas desilusiones".[32]

Cuando supo Mariño en Güiria la capitulación de Miranda, se retiró a Trinidad; de ahí pasó al islote de Chacachacare, lugar donde su hermana Concepción tenía valiosa hacienda. Ahí fraguaron poco a poco los planes de la expedición revolucionaria, en que intervinieron Piar, los dos Bermúdez, Juan José Valdés, Bideau, los dos Martínez, Armario, Corrige, etc. Entre el islote y Güiria no hay sino cincuenta kilómetros. Horas antes de partir se firmó un Acta (11 de enero de 1813): "Considerando ... que el mismo general Miranda ha sido víctima de la perfidia de su adversario (Domingo Monteverde) ... resolvemos expedicionar sobre Venezuela ... Nombramos jefe supremo, con plenitud de facultades, al coronel Santiago Mariño".

No formó en la gloriosa empresa Antonio José de Sucre, ni ninguno de sus hermanos.[33]

[32] PARRA PÉREZ, C. *Mariño y la independencia de Venezuela*. Madrid, T. I, 1954: 41.

[33] La investigación más reciente y más completa al respecto se debe a C. Parra Pérez. En el tomo I de su *Mariño y la independencia de Venezuela*, pág. 160, expresa: "Una leyenda fácilmente explicable, y de la cual han sacado abundante partido escritores románticos, incluye a Sucre entre los héroes de Chacachacare. Será necesario, sin embargo, aceptar como hecho histórico que Antonio José de Sucre se juntó a los expedicionarios, con alguno de sus hermanos y con todos aquellos refugiados de Cumaná y otras ciudades, cuando, libertada la costa, bajaron de las montañas y corrieron a alistarse bajo las banderas de Mariño. No hay prueba alguna de que José María y Antonio José de Sucre hayan podido hacer uso del pasaporte que para ir a Trinidad les dio el gobernador de Cumaná, Ureña, el 29 de diciembre de 1812, es decir, quince días antes de la salida de la expedición". Además, no aparece su nombre en el registro especial de Trinidad al momento de la expedición. Parra Pérez añade: "Es asimismo falsa la anécdota según la cual Sucre escribió cierta réplica dada por Mariño a sir Ralph Woodford, en Trinidad, antes de la expedición". (La anécdota está narrada por O'Leary, en sus *Memorias*).

Mariño, Piar, los Bermúdez, avanzan de triunfo en triunfo. Libertan a Irapa, a Yaguaraparo. En marzo, entran victoriosos a Maturín. El mago de tres éxitos sucesivos en esta ciudad, contra los jefes realistas Fernández de la Hoz y Zuazola, Bobadilla y el propio Monteverde, es Piar. "Allí pereció casi toda la tropa española que había en Venezuela." "Yo escapé de milagro", escribía Monteverde. Piar se ensoberbece, pierde la serenidad; desconoce a su jefe, Bernardo Bermúdez, a quien expulsa mediante una sublevación de cuartel, para tomar él el mando. Se cree único, supremo. La víctima trata de huir; cae prisionero de Zervériz, quien lo hace asesinar en forma cruel. Piar es causa indirecta, así, de esta tragedia. Su ambiciosa rebeldía se mancha con la sangre de Bermúdez. En la Historia, será el militar del mal comienzo y del peor fin.

La fama de los vencedores se esparce y ensancha en vario rumbo, y cuantos se hallaban ocultos aparecen y toman filas en el ejército de Mariño. Uno de ellos, Antonio José de Sucre, se presenta con sus hermanos Pedro, Jerónimo y Francisco.[34] Mariño le reconoce el grado de capitán y le confía una misión difícil: ir al golfo de Cariaco –empresa de peligro, por la proximidad de Cumaná, que ocupan los realistas– a recibir un cañón y 600 fusiles, enviados por Arismendi desde Margarita. Esta isla hallábase independizada, y el coronel Arismendi, su libertador, había formado una escuadrilla con los buques capturados en los puertos, más una goleta y un bergantín pertenecientes al corsario genovés José Bianchi, quien comerciaba y contrabandeaba en unión de dos hermanos residentes en Trinidad. Esos barcos, puestos a las órdenes del propio Bianchi, fueron los

[34] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. New York: The Colonial Press Inc., T. I, 1950: 36. En nota, dice: "En la hoja de servicios del coronel Francisco Mejía, firmada por el general Bermúdez, se declara que este oficial se incorporó a Mariño en el cuartel de Capuchinos, es decir, pocos días antes de la toma de Cumaná, acompañado del señor Antonio José de Sucre y los hermanos de éste Pedro, Jerónimo y Francisco Sucre. (Noticia biográfica del general Mejía, por José Silverio González, Cumaná, 1902: 16). Es digno de notar que en este documento, escrito por Mejía en 7 de mayo de 1830, época de la separación de Venezuela de la Gran Colombia, se le nieguen sus títulos a Sucre y en cambio se le conceden a Mariño con el tratamiento de excelencia. En un apunte inédito existente en el *Archivo de Yanes*, inspirado en la hoja de servicio de Mejía, se dice que Sucre y sus hermanos partieron de la hacienda paterna de Chacamure, en el golfo de Cariaco, a unirse a Mariño en Capuchinos".

conductores del armamento. A corto trecho, este aventurero creará graves problemas.

La independencia no se hizo únicamente con patriotas y gente limpia de corazón. Intervinieron además los interesados y ambiciosos, como Bianchi; los crueles, los vengativos, los asalariados. A tiempo que Bolívar abría su "campaña admirable" con sólo voluntarios, o sea gente libre, pura, Mariño servíase en Chacachacare de también mercenarios, "cuyo precio varió de cuatro a diez dólares". "El reclutamiento se verificó especialmente entre los hombres de color de la milicia trinitaria y entre franceses o mulatos de las Antillas francesas residentes en Trinidad".[35] Hubo pusilánimes y traidores; pequeños de alma y gorrones. Era una ebullición, con elementos heterogéneos. A veces las represalias borraron radicalmente el sentido de perdón y dieron paso a la venganza. Cumaná quedó libertada el día 3 de agosto, y su gobernador hispano Antoñanzas –el inventor de "la guerra a muerte"–, gravemente herido, pudo llegar a Curazao y morir ahí. Los españoles y quienes servían en su ejército huían en diversos rumbos, en las embarcaciones que encontraron. Bianchi, desde sus barcos, iba cayendo sobre ellos "como ave de presa". En tres bajeles, hombres, mujeres y niños fueron obligados a quedarse encerrados en las bodegas, donde perecieron más de sesenta, por asfixia. La ira de José Francisco Bermúdez, por el asesinato de su hermano Bernardo, le llevó a graves extremos: "Mataba –dice Level de Goda– en ringleras de 18, 20, 25, y pasaba a caballo sobre los cadáveres". ¿No habían hecho Zervériz, Monteverde, Antoñanzas, Pascual Martínez –en Margarita– cosas peores? ¿No existía una orden general de Antonio Tiscar –3 de mayo– de "no dar cuartel a los rendidos, de acuerdo con la real orden de 11 de enero, del secretario de la Guerra, emanada del Supremo Consejo de Regencia, aprobando la conducta de Monteverde, y el plan propuesto por él de pasar a cuchillo a cuantos resistiesen con las armas?[36] Tomada Cumaná, Mariño hizo fusilar a cuarenta y siete; y como hubiese intento de sublevación, fueron pasados por las armas sesenta y nueve más. En Margarita,

[35] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit*. T. I: 154.

[36] LECUNA, VICENTE. *Op. cit*. T. I: 47. Cita Lecuna a José de Austria. *Bosquejo de la historia militar de Venezuela en la guerra de independencia*. Caracas, 1855: 189.

los ajusticiados llegaron a veintinueve. Asimismo, de los que caían en poder de los realistas, ninguno quedaba con vida.

Esta manera de guerrear, la más dura y la más sin clemencia, sirve para dar el temple necesario al ánimo del capitán Sucre, en quien va apareciendo ya la severidad tan indispensable en el comando. Los compasivos fracasan en un ejército, y más rápidamente en un ejército en campaña. Sucre no fue compasivo: sus generosidades procederán de su espíritu justiciero. El cumanés no fue blando ni tierno nunca. En ocasiones llegará a lo extremo de la ira. Y cuando se muestre generoso, lo será por espíritu de justicia; hasta por orgullo.

Libertada Barcelona quince días después de Cumaná, todo el resto de ese año 1813 se vuelve tremenda congestión sangrienta de batallas, combates, escaramuzas, sitios, retiradas, como si el incendio fuera propagándose arrasador. El intenso ataque compite con la tenacidad y los hombres odian ya mejor, visto que la "guerra a muerte", legalizada por Bolívar en Trujillo, ha dividido los campos nítidamente. Parece no haber ni indecisos ni ambiguos: o van con el rey o marchan con la república. Casi todos los combatientes son exclusivamente venezolanos, de lado y lado; y una gran masa civil se convierte por fuerza en víctima de los acontecimientos. Pierden sus casas quemadas, la agricultura agoniza, los animales de los campos entran en la contienda: caballos y mulas, para la tropa, ganados, para nutrición de los combatientes. Detrás de los batallones viajan las "juanas", mujeres del pueblo que siguen la suerte de sus esposos o amantes. La destrucción y el fervor vuelven a los individuos más valerosos, más esforzados, más invencibles. Y los que detestan la lucha, condenándola y tratando de situarse al margen, arrollados son por los sucesos. "La devastación que llevan a cabo al unísono realistas y patriotas será tal que, para no hablar precisamente sino de Cumaná, deberá señalarse, con el propio Level de Goda, que la ciudad, que contaba en 1810 con 16.000 habitantes, no tendrá cinco años después sino 5.200, de los cuales más de 3.000 mujeres".[37]

Sucre, ese año de 1813, asumió ya del todo aquella fuerza de golpe y reto que, por bien concertada e infatigable, parecerá sobrehumana.

[37] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit*. T. I: 242.

> Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdés emprendieron la reconquista de su patria por la parte oriental –atestigua Bolívar–,[38] el joven Sucre les acompañó a una empresa, la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios, que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores.

Salvadas de monárquicos las tres provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, el gran escenario de la lucha está en Occidente; crece en intensidad el encono. Pero como todavía las dos fuerzas, la hispana y la republicana, no pueden equipararse porque los promonárquicos toman a la mayoría de las personas, Bolívar llama a Mariño urgidamente, pidiéndole su cooperación "en beneficio de la libertad". Responde Mariño con el envío de dos comisionados suyos, quienes no logran entrevistarse con el Libertador, que no se encontraba en Caracas, sino en el sitio de Puerto Cabello, y luego en la batalla del Bárbula. Se enfrían, por tanto, las relaciones en su mismo inicio. Pero las comunicaciones escritas continúan, a pesar de eso. Bolívar insiste. El secretario general del ejército de Mariño, José Manuel Sucre, tío de Antonio José –aquel que le inspirara los sentimientos de libertad al mozo de quince años–, abre correspondencia con el secretario de guerra de Bolívar. Hay un propósito de entendimiento, pero dentro de ciertas condiciones. ¿Cuáles?

> Ninguno de los dos caudillos quería ceder el primer puesto: ambos amaban el mando, mas los propósitos de uno y otro diferían tanto como su disposición para ejercerlo: Bolívar aspiraba a fundar un gran Estado,

[38] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.*: 2.

> con toda o buena parte de la América española, mientras Mariño se limitaba a conservar independiente el dominio adquirido.[39]

Bolívar otorga al margariteño, hábilmente, la condecoración de la Orden de los Libertadores. Dos nuevos emisarios manda Mariño, los cuales "llevaban sobre todo el encargo de tratar sobre la constitución del Gobierno". Nuevo fracaso. Mariño quería la constitución de dos poderes, uno en Oriente y otro en Occidente. Bolívar contesta: "Si constituimos dos poderes, hacemos dos naciones distintas que, por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre otras, aparecerán ridículas".

Por entre estos hilos políticos, la guerra continúa su furor. Y en ella es el Occidente el gravemente sacudido; hay peligro de desastre para los republicanos. Las poblaciones cambian de mano. Bolívar ordena a Montilla ocupar a Calabozo. Boves, victorioso en Santa María de Ipire, avanza sobre Calabozo y lo toma, con grave descalabro para Montilla. El coronel Carlos Padrón, enviado contra Boves, padece derrota. Bolívar, vencedor en Bárbula y Las Trincheras, lanza a Campo Elías a los llanos, donde Boves y Morales huyen hacia Guayabal. Campo Elías desata su crueldad. Urdaneta marcha rumbo a Coro; D'Elhuyar estrecha a Puerto Cabello; también se combate en San Fernando. Barinas tiene que ser evacuada por los patriotas; los realistas se apoderan de Barquisimeto; Yáñez, ensoberbecido, ataca a Guanare. Bolívar quiere recuperar a Barquisimeto, sin éxito; Ribas, tío político de Bolívar, triunfa en Vigirina. Por todas partes no se ven sino amplios regueros de sangre. Golpea y golpea, sin parar, la tragedia gigante.

En Oriente acaece muy poco. Arismendi, en Margarita, intenta desconocer la autoridad de Mariño. Bolívar soluciona el problema, nombrándole a aquél gobernador de Caracas. El jefe supremo Oriental ordena que la escuadrilla que había sido enviada para el asedio de Puerto Cabello, retorne. Está comandada por los coroneles Piar y Azcue. El general caraqueño, con energía suma, exige que se dé contraorden.

[39] LECUNA, VICENTE. *Op. cit.* T. I: 141.

Y la guerra se expande, desbordada, en Occidente. En Araure, Bolívar destroza los efectivos, muy numerosos, de Ceballos y Yáñez. Este se dirige a Coro; el otro, a Guayana. En el pueblo de la Virgen de la Aparición de la Corteza se rinden más de seiscientos realistas fugitivos. "Frescas las crueldades cometidas en Barinas, Guanare, Barquisimeto y Puerto Cabello, en donde se vertió a torrentes la sangre de los patriotas, fueron allí mismo ejecutados un considerable número de prisioneros".[40] El corazón del héroe Girardot había sido llevado triunfalmente a la capital. Otorga Caracas a su hijo admirable el título de Libertador.

Al finalizar el año, el obispo de Caracas, Coll y Prat, condensa así la situación en Venezuela:

> El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos, los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano; ¡todo eso está en mi corazón![41]

La gran labor de Sucre en este lapso es la tarea ingrata, dura, de disciplinar tropas: que los contingentes de su jefe, Mariño, con destino a Occidente, deben salir de todos modos, así sea tarde (¡demoraron siete meses!), y hay que adiestrar a ese hombre de pueblo, que ignora los métodos para matar mejor sin dejarse matar. La caballería se prepara en Maturín: cinco escuadrones, al mando de José Tadeo Monagas, Antonio Arrioja, Manuel Cedeño, José Calderón y Luis Ballivian. En Cumaná se embarcan para Barcelona dos batallones, al mando de Bermúdez y Valdés; 300 milicianos, que dirige Isaba; una batería de dos

[40] LECUNA, VICENTE. *Op. cit.*: 164. Cita al coronel José de Austria, actor en los sucesos: *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, 1855.
[41] LECUNA, VICENTE. *Op. cit.*: 172.

cañones, y 200 zapadores al mando de Pedro Sucre, hermano de Antonio José.

Ábrese el dramático 1814 con la proclamación en Caracas de Bolívar dictador. La situación se ha puesto tensa, angustiosísima. Al otro día –3 de enero– sale un emisario especial, el capitán Agustín Loynaz, con una carta en que Bolívar pide patéticamente la cooperación militar oriental. Días después, dos distinguidos comisionados parten, a nombre del Libertador, para convencer a Mariño: el ex presidente del Congreso, Juan Antonio Rodríguez, y José Manuel Sánchez, de vastas influencias en Cumaná y Barcelona. Se alcanza el objetivo, y los auxilios comienzan a movilizarse, al fin, aunque con gran lentitud. Son más de tres mil hombres, divididos en tres grupos, que avanzan por rutas diferentes. Sucre marcha con la columna del centro, que comanda Bermúdez, y con la cual van Mariño y los altos jefes; ha sido nombrado oficial de Estado Mayor, y apenas si está para cumplir los diecinueve años. Bolívar describe al cumanés de entonces en estos términos elocuentes:

> Sirvió al Estado Mayor General del Ejército de Oriente desde el año 1814 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. Era el alma del ejército en que servía. Él metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.[42]

Sucre tiene fervor, dinamia, sagacidad. Antes de cuatro años declarará la superioridad de Bolívar.

¿Qué va a suceder con la fusión de los dos ejércitos? ¿Qué con la presencia simultánea de los dos generales?

[42] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.*: 3.

> Aquellos que sueñan de noche, esos despiertan de día para darse cuenta de que todo ha sido vano.
> Pero aquellos que sueñan de día son hombres peligrosos, pues pueden representar su sueño con los ojos abiertos y hacerlo posible.
>
> T. E. LAWRENCE. *Los siete pilares de la sabiduría*.

El encuentro fue, sin anuncio ni protocolo, el 23 de marzo. La división patriota, comandada por Montilla y Palacios, iba en persecución del realista Rosete, derrotado dos días antes en Ocumare, cuando, desde lo alto de una colina, en el Guárico, fue divisada tropa numerosa a distancia. Acamparon ahí los de Montilla y aguardaron. Al amanecer hízose el reconocimiento: era la división de Bermúdez, con Mariño y su Estado Mayor. El alborozo general, el toque de dianas, los abrazos y el júbilo discurrieron desbordados en ese paisaje agreste de Los Pilones. Para Sucre fue una intensa emoción nueva: sintió la fraternidad entre las gentes en guerra; fraternidad profunda, porque se toman del brazo los unos a los otros para defenderse de la muerte. ¿Cómo arribaron los héroes de Cumaná y Maturín? "Muchos hombres semidesnudos, el ejército sin municiones y gran parte de los jinetes montados en mulas por haber perdido sus caballos".[43] El trayecto, difícil, significó combates, escaramuzas, vigilancia constante, padecimiento. En cualquier momento podían encontrarse con Boves el sanguinario, el amo de los llanos, equipado ahora con armas y vestuarios recibidos de Guayana, por remisión de los españoles desde Puerto Rico. "Boves –escribía Morales– tuvo la fortuna de penetrar los sentimientos de los llaneros, gente belicosa que es necesario saberla manejar. Comía y dormía con ellos. Tenía un no sé qué que les atraía su simpatía. Los dominaba con imperio". Boves, desde meses atrás, había dado un bando trágico: ¡degüello de los blancos y reparto de sus propiedades! En Turmero, su caballería, después de asesinar a cuantos quiso y de saquear el pueblo, se llevó a las mujeres y las obligó luego a seguirle "a planazos y latigazos". De Villa de Cura huyeron todos, lo mismo

[43] Boletín Número 9 del Ejército de Oriente.

que en Cagua y Maracay, apenas se supo que el bárbaro se aproximaba. Los habitantes de Barinas y Guanare se trasladaron en masa a San Carlos y a Mérida; los de Calabozo, a Ortiz, y los del bajo llano, a los valles de Aragua o del Tuy.

Prosiguieron los republicanos –orientales y occidentales unidos– de Camatagua a San Sebastián, a San Juan de los Morros. Penetraron en la garganta de La Puerta. El espectáculo fue horrible. Dos meses atrás habían combatido ahí Boves y Campo Elías, con gravísima derrota de los republicanos. El camino estaba lleno de esqueletos humanos, pedazos de ropas, costillas y cascos de caballos. Sucre, estremecido, veía que la guerra significaba una desorbitación trágica mucho mayor que la palpada en Oriente. El soldado, ante el impacto de la muerte, ¿qué siente? El reto; nada sino el reto. Conoce el mérito de vivir peligrosamente. Su gloria está en que no puede retroceder.

No habían pasado ocho días cuando apareció Boves en Bocachica, ahí donde la garganta de La Puerta se abre hacia el llano. El choque, tremendo, dejó más de 1.500 víctimas. Boves, derrotado, tomó rumbo hacia Valencia.

Aquí, en este mismo momento en que ya van a encontrarse personalmente Mariño y Bolívar –faltan cuatro días– aparece, en magnífico contraste, la personalidad de estos dos jefes. Mariño, a las seis de la tarde de aquel 31 de marzo, no ordena a sus tropas perseguir, sino descansar; no acosa, no destroza decisivamente; no oye los consejos de Bermúdez, Valdés, Montilla –quizá también Sucre–, para todos los cuales el aniquilamiento del enemigo en fuga consolida el triunfo. Al otro día, Bolívar, que no se encontraba lejos –nadie, en ninguno de los dos campos, conocía la proximidad del uno y del otro–, sabe el éxito de Bocachica. Automáticamente abre, con todos sus efectivos, la persecución del vencido, sostiene con él tres combates, arrebatándole 1.500 hombres más. Sucre pudo aquilatar este hecho. Cuando llegue la hora decisiva, cinco años más tarde, abandonará a Mariño y se pondrá a las órdenes de Bolívar. No por volubilidad, sino por convencimiento. Los sucesos cavan siempre en los espíritus en algún sentido; los inteligentes proceden a la rectificación.

Aquellos tres meses anteriores a La Puerta y Bocachica habían significado para el Libertador la máxima energía de su carácter y lo más bien probado de sus tenacidades. Con el comienzo del año, y enfervorizados por el éxito de la batalla de San Marcos –ganancia de Boves–, empezaron a perfilarse insurrecciones antirrepublicanas en muchos puntos. Asomaban caudillos, que se lanzaban a la contienda por propia iniciativa. Los nombres de Carlos Blanco, José de la Vega, Fernando Torrealva, el clérigo Torrellas, José Antonio Boquillón, etc., aparecían a la cabeza de aventureros que se alzaban en nombre del rey y se entregaban desaforadamente al saqueo, el asesinato, la violación. De todos ellos, sólo dos o tres eran españoles. El pánico comienza, por tanto, a difundirse en todo ámbito y va creciendo como bólido errante. Los asedios de poblaciones como Barinas –heroicamente defendida por García de Sena– se inician con el incendio de los arrabales. Ospino, sitiada por el realista Yáñez, se vuelve mártir hasta el punto que las señoras mismas recogen a los heridos, en los choques de las afueras. En uno de ellos, al arribo de auxilios, cae Yáñez, atravesado de un balazo. Lo descuartiza el pueblo.

Boves se hace presente en los valles de Aragua. Peligra la propia Caracas, donde los refugiados son por miles. Ribas, invencible, y Arismendi, el gobernador de la ciudad, hacen el postrer esfuerzo: convocan a los de doce a sesenta años para detener al bárbaro; entrarán a pelear los niños y los ancianos. Caracas queda sin hombres. Los que hablen contra la república, "sean varones, mujeres o clérigos", habrán de ser fusilados.

Crece el peligro, porque los realistas conspiran hasta en el trayecto que va de la capital a La Guaira. Saben que no hay guarnición suficiente y que, por tanto, será fácil libertar a los 800 prisioneros monárquicos. Con ellos, las dos ciudades, sin soldados de línea para su defensa, serán entregadas a Boves. Unos milicianos armados de machete, media compañía de fusileros y un pelotón de jinetes eran la única fuerza defensiva capitalina. Todos los elementos disponibles habían salido a detener al español: las guerrillas de monárquicos actúan dinámicamente, con furia.

El Libertador, entonces, dicta desde Valencia la orden radical, sin titubeos: ¡pasar por las armas a los prisioneros de Caracas

y La Guaira! En cuatro días –12, 13, 14 y 15 de febrero– se cumple el mandato, y caen 518 españoles en La Guaira y 300 en Caracas. La "guerra a muerte" está en plena vigencia. Toda revolución devora ingente número de víctimas. Ignora la piedad.

Por contraposición y contraste, ese mismo momento –12 de febrero– Ribas derrotaba a Boves en La Victoria. ¡Una diferencia de pocos días hubiera salvado a los prisioneros!

Rosete, por decisión de Boves, había invadido los valles del Tuy. En la iglesia de Ocumare se encontraron después más de 300 cadáveres de familias ahí refugiadas.

> De ese tiempo en adelante –cuenta Urdaneta–, las personas patriotas de los pueblos del tránsito, hombres, mujeres y niños, debían seguir a los cuerpos del ejército, so pena de perecer asesinados, y con ellas huían muchos indiferentes y hasta realistas moderados.[44]

En su hacienda San Mateo, entre Caracas y Valencia, tuvo que hacer frente a Boves el Libertador, auxiliado por sus 1.000 esclavos negros. La lucha, incluidos dos grandes choques, duró cerca de treinta días. Al final, inmortalizóse el neogranadino Ricaurte, al hacer volar el polvorín que iba a caer en manos realistas; esta hazaña incluía por fuerza la muerte del propio Ricaurte y sus contados compañeros.

Tras estos antecedentes, se abrazaron al fin Mariño y Bolívar.

> El día 5 de abril –describe Yanes–, a las cinco de la tarde, entró el ejército de Oriente a La Victoria, adonde había venido el general Bolívar, a quien se le hicieron los honores correspondientes, así como éste mandó hacerlos al general y jefe supremo de Oriente, quien fue tratado con demostraciones de benevolencia, gratitud e igualdad.

Sucre continúa con Mariño, lo obedece; pero ya tiene los ojos puestos en Bolívar, cuyo valor humano quiere penetrar. Bolívar

[44] *Memorias de Urdaneta*, Nº 38.

aún no ha descubierto a Sucre. ¿Qué puede significar un oficial de diecinueve años, silencioso, observador, no nada transparente?

Mariño –con sus altos oficiales Bermúdez, Valdés, Tomás Montilla, Sedeño, Urdaneta, y también con Sucre– va a dar aquí la primera batalla. Hay expectativa. Parten, con 2.800 hombres. Bolívar se dirige a Puerto Cabello, con un solo cuerpo, para reforzar el sitio de esa plaza. Los dos jefes lanzan sus proclamas. La de Mariño no nombra a Bolívar. La acción armada, en la sabana del Arao, cerca de San Carlos, contra los efectivos de Ceballos, termina en fracaso de los orientales. Bolívar suspende las operaciones contra Puerto Cabello y vuela a Valencia, adonde se han retirado los vencidos. Lo fatal abre ya su garra. El enemigo reacciona y se ensoberbece. El capitán general de Venezuela, Cagigal, en representación de la monarquía, tiene, por añadidura, buenas noticias: España, libre de los franceses, prepara veteranos con destino a la América para ahogar la revolución. Cagigal ha recibido, además, dinero en efectivo para los leales. Ceballos y Boves fortalecen su ejército. Exige Bolívar más refuerzos orientales. Vienen, comandados por Piar, pero en marcha lenta, casi apática. La congestión está para estallar; no se ven sino sombras; y uno de los problemas mayores es la falta de armas, ya que han fracasado todas las gestiones republicanas en el exterior para conseguirlas. Los hospitales de Caracas, La Victoria, Valencia no podían recibir ya más enfermos y heridos. La república, agobiada de contratiempos, yace en plena impopularidad; las gentes recuerdan el pasado, y lo prefieren. Mirar al ayer y amarlo más que al presente es reconocer el fracaso.

La descomposición penetra en las propias filas de la tropa. Doscientos orientales, aprovechándose de las sombras, se desertan. Son alcanzados y reducidos. En Valencia, en presencia del ejército, son fusilados los cabecillas y un soldado de cada cinco. El Libertador no titubea cuando se requieren determinaciones enérgicas, ejemplarizantes. Sale en seguida en busca de Cagigal. Juntas las fuerzas de Occidente y Oriente, se lanzan al combate en el campo de Carabobo; Sucre actúa en el Estado Mayor; el triunfo republicano se logra plenamente, alcanzado por la sagacidad de Bolívar, a quien se debió el plan y su cabal ejecución. Bastaron seis horas.

El alborozo carece esta vez de eficacia en los ánimos. Las comisiones militares enviadas a buscar voluntarios se encuentran con un pueblo que no cree en la titánica acción liberadora y que se niega, por lo mismo, a cooperar. No entregan ni sus animales. Boves, en cambio, llena sus cuarteles con facilidad. No sólo superabundan los pro-monárquicos, sino que a los remisos se les convence de otra manera: "Los agentes encargados de la recluta quemaban las casas y arrestaban las mujeres de cuantos se escondían o se negaban a acceder; permitían, como siempre, el robo, el asesinato y la violación". También fueron enrolados, una vez más, los esclavos.

El jefe oriental actúa hoy, de nuevo, separadamente, y va al encuentro de Boves. Bolívar, de regreso de Caracas, avanza aceleradamente para unirse con Mariño. Por segunda vez se pelea en la garganta de La Puerta. Bolívar arriba cuando se han abierto ya los fuegos. No es posible ninguna rectificación. Y la derrota de los patriotas llega al descalabro. "Allí pereció casi todo el ejército de Mariño, en espantosa carnicería". Quedaron en el campo, muertos, el ministro Muñoz Tébar, el hermano mayor de Sucre, Pedro; Aldao, García de Sena, otros. Al siguiente día, 16 de junio, Boves invitó a almorzar en Villa de Cura al coronel patriota Jalón, y al levantarse de la mesa lo mandó decapitar en su presencia. Bolívar llegó a Caracas y decretó la ley marcial. Mariño y unos pocos oficiales, entre ellos Sucre, se embarcaron en La Guaira y entraron en Barcelona el 24 de junio.

> Sólo puede conquistar poder sobre los demás quien se domina al máximo a sí mismo.
> El hombre es el más alto objeto de la dominación del hombre.
>
> MAX SCHELER. *El santo, el genio, el héroe.*

El aprendizaje militar de Sucre fue lento, difícil, sistemático. Por activo, inteligente y valeroso que se mostrara, según testimonio de Bolívar, no se le nombra aún en ninguno de los partes oficiales. Parece arrollado por los sucesos. No emerge ni se proyecta. Pasa ignorado, como si fuera mero subalterno que cumplía sus deberes.

Junto a los Bermúdez, los Monagas, los Sedeño y los Piar, su tamaño no toma relieve. Pero la juventud, en los responsables, significa tenacidad inatajable. Sufre, mas no supedita el impulso al dolor, así haya sido éste la pérdida de un hermano, con quien iba del brazo por la ruta de la guerra. Retorna a la región de donde partiera, y lleva clavada en el espíritu una duda: ¿había real excelencia en su jefe Mariño? Las derrotas del Arao y de La Puerta significaban el desenlace de un drama, fatal para los republicanos. ¿Para eso se había marchado de Oriente a Occidente? Hacia delante no se vislumbran sino horas amargas, tintas en estupor. Las arrugas de la frente del cumanés empiezan a ahondarse, ¡y tan temprano! ¿Hay alguna verdad en la vieja frase de que para emprender no es necesaria la esperanza?

Caracas hierve. Boves corre hacia ella, con tropas que marchan desde La Victoria y desde el Tuy. A doce kilómetros de la ciudad se cruzan los fuegos en la Majada, con desastre para los patriotas. Lo que se aproxima es el asesinato de los blancos, el estupro, el despojo. El populacho exacerbado inicia el saqueo. Bolívar fusila a dos. Los que se aproximan con Boves son 6.000. Por mar emigran los caraqueños que pueden; entre muchas familias, las dos hermanas del Libertador con sus hijos rumbo a Curazao. Los demás 20.000, salen a caballo, a pie, en carromatos, hacia el Oriente, en busca de salvación, en cierto modo protegidos por más de 1.000 soldados republicanos, que era todo lo que quedaba.

> Salieron a morir muchas de aquellas 20.000 personas de hambre y de sed en las montañas de Cayapa y en las arenas de Tacarigua, y a perecer casi todo el resto a manos de los realistas. Las consecuencias de aquella emigración, hija del pánico, fueron más desastrosas que las del terremoto de 1812. La flor de la clase directora de Venezuela en lo social y en lo político sucumbió entonces por las causas anotadas o bajo la cuchilla de Boves y Morales en Oriente.

Fueron veinte días de intenso sufrimiento, hasta la llegada de los peregrinos a Barcelona.

> El mismo Bolívar me refirió –cuenta O'Leary–[45] que durante esta retirada fue él testigo de las escenas más desgarradoras. Vio a las madres arrancar de sus pechos, ya agotados, a la tierna criatura y arrojarla con horribles imprecaciones al precipicio, ya que no tenían fuerzas para vencer.

De Barcelona, por aproximarse Boves, siguió el éxodo hacia Cumaná, o Maturín, o las islas pequeñas del Caribe. El que huye por impotencia no es cobarde, sino desgraciado.

Mariño y su grupo –Bermúdez, Sedeño, Monagas, Sucre– se reorganizan en Oriente con fiebre y fe. ¡Habrá que combatir con Morales muy pronto! El punto de concentración es Aragua de Barcelona. En uno de los batallones enviado por Mariño a esta ciudad, el *Cazadores de Cumaná*, llega Sucre, que ha alcanzado el ascenso a teniente coronel.[46] Dos días antes del decisivo choque arriba también Bolívar, con los contingentes que le siguieron en el éxodo. Las dos fuerzas: la occidental y la oriental, operarán conjuntamente contra el enemigo; pero no bajo el mando de Bolívar, "que pertenece al Occidente", sino con el comando de Bermúdez, quien traza el plan de batalla. El Libertador se opone a ese plan; lo considera de fatales consecuencias. Bermúdez no cede. ¡Los republicanos son derrotados! Sucre huye con Bermúdez, camino de Maturín. Acababa de actuar en "la jornada más sangrienta de la guerra en Venezuela" y la más destructora. Antes de finalizar la recia pelea, en las propias calles, y agotadas las municiones, Bolívar se retira: quedan atrás cerca de 5.000 muertos, todos venezolanos: patriotas y realistas juntos en el trágico rictus. Las triunfantes fueron las banderas negras, con calavera blanca al centro, características de los ejércitos de Boves. Esos lúgubres gallardetes en las lanzas hicieron, además, otro impacto: produjeron la anarquía en las filas republicanas. Cada quien se creía jefe absoluto; la desmoralización había llegado a su punto crítico, rompiéndose, con la fractura de los ejes, lo mismo la unidad de acción que la capacidad de resistencia ante la irrupción monarquista, sanguinaria sin límites. Bolívar y

[45] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. Caracas, T. I, 1952: 227.
[46] LECUNA, VICENTE. *Op. cit*. T. I: 304.

Mariño salen del país, cargados de ofensas y odio. Hasta se atentó contra su vida. Desembarcan en Cartagena de Indias, con otros, "sin un peso en el bolsillo", pero no vencidos.

Ahora, el ir de Sucre aparece ligado estrechamente al de Bermúdez, un general de un metro noventa de alto, fornido, infatigable, valentísimo y rebelde; autoritario y astuto. De ascendencia gallega, empleó la juventud en la agricultura y el comercio. Vendía ganado. No tuvo tiempo para educarse sino en lo elemental. Un año mayor que Bolívar, intentó más de una ocasión hacer valer el privilegio de la edad. Nació en San José de Areocuar, provincia de Cumaná (enero de 1782).[47] Hallábase íntimamente dentro de la sociedad cumanesa. Y al alistarse en los ejércitos revolucionarios, hacia 1812, hízolo a las órdenes del coronel Vicente Sucre, padre de Antonio José, habiendo sido recibido como subteniente y ayudante de órdenes. Así, el nexo de los dos, José Francisco Bermúdez y el juvenil cumanés, aparece espontáneamente bien trabado, firme. Irá el mozo con su general a cualquier punto, en acto lealísimo, aun a pesar de que en los días por venir no aparecerán sino fracasos. Es el lapso difícil de la acumulación de experiencia. ¿Qué va a tomar de Bermúdez? La bravura, el heroísmo; aquel no ceder nunca, ni en la hora absurda. En aquel momento de la expulsión de Bolívar y Mariño, Bermúdez exhibe la plenitud de los treinta y dos años. Sus largos bigotes le dan apariencia campechana, y sus anchos ojos fríos revelan impavidez ante el peligro. Con sólo verle se le respeta, y caso hubo en que, derrotado y reconocido por un capitán que iba a descargar sobre él su fusil, detúvose y bajó el arma, con sólo saber que era el general Bermúdez. "Fogoso y ardiente, y hasta envanecido con sus propias acciones", alecciona en la capacidad de arrebato. Sólo que este militar corpulento se ciega en la ira; su aptitud para la venganza es grande. Y a veces no carece de ruindad.

Quien recibe, de hecho da. No existen ni el hombre ni el acto estrictamente solitarios. Sucre no es nombrado en las acciones de guerra, porque su puesto está en el Estado Mayor constantemente, o sea en el comando que organiza, orienta, calcula

[47] ERMINY ARISMENDI, SANTOS. *De la vida real del general José Francisco Bermúdez*. Caracas, 1931: 18.

y aconseja. Sus grandes dotes de mente disciplinada, perspicaz, previsora, valen mucho al lado de un general que quiere confiarlo todo al impulso vehemente. El dar de Sucre toma, así, alto significado.

Veinticinco días después de la grave derrota en Aragua de Barcelona, Bermúdez, Sedeño y, por tanto, Sucre triunfan en Maturín. Aún hay fuerzas y coraje para las grandes hazañas.

Pero la suerte –la mala– preparaba ya en estos momentos uno de los golpes más recios contra Sucre. Piar, enemistado con Bermúdez, había entrado en Cumaná. Boves atacó a la ciudad, reconquistándola. Al hacerlo, desata su personal furor. Es el mes de octubre de aquel fatal 1814. Ordena a la tropa que mate cuantos hombres encuentre, "como así lo ejecutó entrando varios a caballo dentro de la iglesia parroquial buscando a los que a ella se habían refugiado para matarlos, como lo realizaron con más de quinientos".[48] Van de casa en casa, victimando "caraqueños", asesinando "patriotas". La residencia de los Sucre es violada. Magdalena Sucre, de sólo catorce años, ve lanzarse sobre ella a los bárbaros; huye desesperada y se arroja del balcón a la calle, antes de que la mancillen; muere así, por causa de su apellido y por causa de su honor. Otro hermano de Sucre, Vicente, que yace enfermo en el hospital, es brutalmente degollado en la cama. La madrastra, Narcisa Márquez Alcalá, y dos hermanas de Sucre, que se habían escondido, son descubiertas y apresadas; se mofan de ellas, las ofenden; son destinadas a la isla de Arichuna. La forma de la fatalidad contra Sucre tiene ese signo: la destrucción de su familia. Más tarde perecerán otras dos hermanas, trágicamente. Hay en toda persona alguna forma de impotencia; aquí, el invencible en la lucha es vencido en lo que más ama: los suyos íntimos; sus impulsos sinceros, idealistas, se anegan en sangre querida. Hay que pagar un precio por cada logro; y no se llega a la obra vital sino con acentuación de soledades. Sucre debió de llorar, por dolor y por ira; iba capacitándose mejor, en consecuencia, para el pleno cumplimiento de su sino. Mientras más duras las experiencias, más clara la conciencia.

[48] Relato del vicario general de los ejércitos de Boves, padre José Ambrosio de las Llamozas. (Memoria presentada al Rey, en Madrid, sobre la guerra en Venezuela).

Nuevo fracaso de Bermúdez, en los Magueyes; se encierra en Maturín, donde se enemista gravemente con el general Ribas; las tropas forman en dos bandos; Sucre, el apasionado por la disciplina, nada puede armonizar. Varios oficiales se niegan a salir en busca de Boves. Los otros: Bermúdez, Ribas, Monagas, Sedeño, Sucre, caminan 80 kilómetros hacia Occidente. Y al amanecer de una marcha de toda la noche, encuentran al enemigo en la sabana de Urica, dispuesto para la batalla. Los de la república, casi exánimes, tienen que abrir fuego en seguida. Cuando el retroceso empieza a mostrarse, Anzoátegui da su célebre orden: "¡Morir matando!"; la caballería de Monagas se atasca en una ciénaga; cae el licenciado patriota Miguel José Sanz; también el coronel Paz Castillo, y muchos oficiales, ¡y 1.500 soldados! Aquí, en medio de la refriega, interviene el Destino y corta la existencia de Boves. Y lo hace sencillamente, sin complicaciones ni problemas: se le estaca al español el caballo, y el primer soldado patriota que lo advierte le atraviesa al jinete con su lanza. No tuvo tiempo ni para una blasfemia final esta figura sombría, desmesuradamente sanguinaria y anárquica de la guerra de independencia (5 de diciembre de 1814).[49] ¿Quién había de sucederle? Su segundo, el coronel Francisco Tomás Morales: treinta jefes le proclaman comandante general. Hay siete oficiales que se oponen y exigen que se reconozca la jefatura del capitán general Cagigal; Morales los decapita y envía sus cabezas a Caracas para que sean colgadas en lugares públicos. ¡El nuevo comandante es digno sucesor de Boves!

Lánzase contra Maturín; Bermúdez y Ribas hacen proezas de resistencia inútilmente, son apenas 500 hombres lo que queda del ejército republicano. A las pocas horas de recia pelea, todo ha terminado. Huyen hacia las montañas del Tigre Bermúdez, Sucre, otros oficiales y unos 200 soldados; se dirigen a Güiria, salvándose muy difícilmente. Ribas, con unos pocos, llega hasta el Alto Llano

[49] En la obra *José Tomás Boves*, de A. VALDIVIESO MONTAÑO (Caracas, 1955), se lee (pág. 159): "Recogido el cuerpo del jefe occiso (Boves), se le dio sepultura con pomposas honras fúnebres en el altar mayor de la iglesia de Urica, donde aún reposan sus cenizas, y días después se tributaron funerales a su memoria en Calabozo, su segunda patria puede decirse, y en Caracas. En las exequias de Maiquetía pronunció la oración panegirista el presbítero Juan Antonio Rojas Queipo...".

de Caracas, donde es denunciado por un esclavo de alma esclava. Los españoles lo ajustician, y su heroica cabeza, frita en aceite, pende a la entrada de la capital, en una jaula de hierro.

Después de la batalla de Urica habían sido fusilados 500 prisioneros. Aquí, en Maturín, no existen prisioneros. La ciudad entera está condenada a muerte. "Todo lo que vivía y se movía, sin distinción de edad, sexo, clase, condición ni especie: todo lo que respiraba dejó de existir aquel terrible día". Ahí perecieron Francisco Javier Ustáriz y casi toda su familia; los Ribas, los Palacios, parientes del Libertador, Narciso Blanco y su familia. Se salvaron sólo los que pudieron huir a las sabanas y los bosques.[50]

Comienza 1815. No hay Año Nuevo para los combatientes: no aparece a la vista sino la continuación de un proceso que avanza tétricamente. Morales ataca a Güiria. Sus defensores Bermúdez, Videau, otros, con Sucre –Piar había sido expulsado de la población por Videau–, derrotados e indefensos, toman canoas por la noche y reman con vehemencia hasta tocar las playas de la isla Margarita. ¡Habían combatido 300 contra 3.000! Morales informaba al Gobierno español: "He eliminado del todo a los patriotas en la costa firme". Y era Margarita lo único que restaba libre del dominio realista.

> La acción es sufrimiento, y el sufrimiento es acción.
>
> T. S. ELLIOT. *Asesinato en la catedral.*

Ya nadie se sabía feliz en Venezuela: ni los hombres, ni los animales, ni los pájaros. La destrucción y la muerte rompían la paz y atajaban el futuro de los seres, y sin posibilidad de futuro, inmediato o mediato, no salta la alegría. Las gentes temían morir, quedarse sin casa, padecer hambre, no se cultivaba la tierra sino en contados lugares; en vez del tallo erguido del maíz, alzábanse las lanzas. En las bestias, en las aves, había caído el espanto. El paisaje, de piedras, plantas, montes, ríos y nubes, era lo impávido. El grito agudo de la

[50] Relato del historiador venezolano Francisco Javier Yanes.

agonía iba danzando de punto a punto; volvíase carcajada cada vez que alguien caía exánime. A veces sucumbían cientos en una sola contorsión.

Hacia el inicio de 1815 ya casi no quedaba ni esperanza en la mayoría de los republicanos. La isla Margarita, la vitalísima, trata de reorganizar los cuadros de la resistencia y la guerra. Y Margarita también sucumbe, en abril, ante un ejército gigante de 10.500 soldados, que habían viajado en 65 buques. Partieron de España, comandados por el general Pablo Morillo, y traían la consigna de "pacificar" las colonias, sojuzgándolas a sangre y fuego. Margarita no luchó. Morillo informaba oficialmente:

> Muchos jefes de la revolución estaban allí y se presentaron: todos fueron respetados y hasta el mismo Arismendi, aquel cruel y feroz Arismendi que un año antes había sido el instrumento de correr la sangre de 800 españoles del modo más inhumano; aquel Arismendi quedó en su patria, en el Ayuntamiento, en su casa y en sus bienes.

No se sometieron todos a la aplastante avalancha. Bermúdez, Sucre, Justo Briceño, Pedro María Freites y otros se embarcan por la noche en la flechera *Culebra*, realizando con ello la más valerosa hazaña. ¡Era indispensable burlar la vigilancia de más de 60 barcos! La flechera corre, desesperadamente corre, hasta que toca las costas de la isla de Granada, allá lejos, en el Caribe, que se ensancha hacia el Norte. De Granada pasarán los fugitivos a Martinica, francesa; a Saint Thomas, de los ingleses. Y al cabo de más de tres meses de vagar, arribarán a Cartagena de Indias. También el Libertador, con Mariño y unos cuantos amigos, habían ido a dar allá, tratando de lanzar nuevamente, como en el arrebato de 1813, una brillante acometida contra el poder realista en Venezuela. No lo lograron. "Todo giraba alrededor del dominio político de Cartagena". Habían sido recibidos allí fríamente; diéronles hospitalidad como de favor. Un hombre fuerte es el coronel Castillo, el mismo que en Cúcuta, dos años atrás, trató de oponerse a la campaña admirable. Va el Libertador a Tunja; ahí, el presidente del Congreso neogranadino le dice: "Habéis sido un militar desgraciado,

pero sois un gran hombre". Coopera eficazmente en la unificación de la Nueva Granada, con el comando de tropas que toman a Bogotá. Vuelve a Cartagena, ciudad que trata de someter, inútilmente. Renuncia a todo y se destierra voluntariamente, con algunos de sus compañeros; salen hacia Jamaica, adonde arriban tras cinco días de navegación (mayo de 1815).

El grupo de Bermúdez, Sucre, Briceño entra a Cartagena a comienzos de agosto, tres meses después de la partida del Libertador. Los acontecimientos están para precipitarse, y la villa amurallada va a iniciar en el recogimiento valeroso de su encierro, el proceso heroico. Querrán probar, con obras, que con su sacrificio cooperan a la liberación de la Humanidad; morirán, pero "con intensa conciencia", para subrayar normas de irrevocable perdurabilidad.

Sigue de jefe supremo de la plaza el general Castillo. Hacia mediados de agosto aparece en el horizonte la pomposa escuadra española de Morillo, cuyas tropas desembarcan cerca e inician el asedio, que se cierra paulatinamente con el tremendo vigor de un anillo de hierro. Un mes más tarde ya no quedan salidas; los choques son continuos, junto a las murallas bajas, en las puertas, en los sitios que dan a la mar; se intenta sin éxito, desde dentro, el abordaje de un barco; se trata de salir en busca de víveres: los infortunados emisarios perecen. Empieza la escasez; se extienden dentro los tentáculos de las enfermedades. Hay quienes suponen que Castillo lleva la culpabilidad de la dura situación, y lo destituyen, reduciéndolo a prisión. Las pasiones se desatan. Se excluye, en forma drástica, la comandancia de los neogranadinos, y se nombra jefe de la plaza al venezolano general Bermúdez (octubre), como si se buscara reengendrar así la esperanza, frente a un enemigo de más de 10.000 hombres, que traen de Europa la experiencia de haber combatido a Napoleón. En los valientes, la exaltación frente a la muerte es mayor que ante la vida: no admiten lo fatal.

Junto a Bermúdez está Sucre, cooperando en la defensa de "la ciudad heroica". Uno de los puntos más importantes: el castillo de La Popa, cuyas fortificación y defensa se ha encomendado a Lino de Pombo. Hasta ayer quien actuaba ahí era el propio Bermúdez. A las órdenes de Pombo hállase ahora Sucre, que debió recordar muy intensamente esos días las veces que miraba el mar

desde el castillo de San Antonio, en su Cumaná. Allá y aquí, el mismo Caribe impávido ante los hechos de los hombres. Cuenta Pombo:

> En la supervigilancia de los trabajos, y quien durante mi ausencia llenaba oficiosamente en cualquier eventualidad mis funciones, y quien más me auxiliaba en la tarea de proteger contra ruines insultos a los obreros españoles, era un joven venezolano, de nariz bien perfilada, tez blanca y cabellos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto. A este joven oficial, la Providencia lo tenía previsto para figurar un día en el catálogo de los más esclarecidos guerreros libertadores de la América del Sur, con el glorioso título de Gran Mariscal de Ayacucho.[51]

Poco después, la defensa de la Popa se la entrega a otro venezolano: el coronel Soublette. Sucre continúa en su puesto, como subalterno. Un día, quizá para enfervorizar los ánimos, ya que el hambre y las enfermedades va corroyendo a estos invencibles, se cumple un programa de festejos por el cuarto aniversario de la independencia de la población. Morillo atisba. Hacia la madrugada avanzan 800 españoles y trepan, sin ser advertidos, al cerro de la Popa. Los defensores del castillo no son sino 200. Trábase la lucha en forma en que combatían los antiguos: el arma blanca al brazo, y cuerpo a cuerpo. Fue una de las más indelebles experiencias para el cumanés. Al cabo de una hora, los asaltantes huyen: los echan de arriba abajo, como fardos sangrantes.

Ya va para cien días de resistencia. "El hambre y su compañera la peste llevaban diariamente al sepulcro gran número de personas, y por todas partes no se veía otra cosa que seres expirantes. Muchas veces, al recorrer las guardias, los oficiales encontraban a los centinelas que habían expirado en su puesto; el terror estaba pintado en todos los semblantes; la venganza española les hacía temer por su existencia".[52] La peste era de disentería; lo

[51] POMBO, LINO DE. *Reminiscencias del sitio de Cartagena* (1862).
[52] GARCÍA DEL RÍO, JUAN. *Sitio de Cartagena de 1815* (1843).

que comían los últimos días, carne y harina podridas –lo relata Lino de Pombo–, caballos, mulas y burros en detestable salmuera, y hasta perros, ratas y cueros que remojaban para hacerlos masticables.

Hubo momento en que ya nada podía hacerse. Y se resolvió abandonar la ciudad, por tierra, por mar, como fuese. Al menos, unos cuantos se salvarían; los muertos pasaban de 6.000.

¿Qué acicateaba a esos varones para sacrificio tanto? No era sólo el odio a la España monárquica esclavizadora, en eso concordarán muchos, mas no la mayoría. El anhelo del hombre por la libertad se levanta y presiona, porque se lo siente más sagrado que la vida misma. Ni la desgracia colectiva –sufrir tanto en una guerra, directa o indirectamente, es desgracia– puede amenguar el énfasis del reto; la desventura forma parte de la teoría de los medios para la consecución del fin, y lo único que muere en verdad es el miedo. La elección, en los días de crisis, la hace el hombre entre el ser y no ser de su libertad.

Muchos de los que se evadían perecieron a manos de los sitiadores; otros naufragaron. A las islas de las Antillas no arribaron sino unos 600. Esos, redimidos, vieron que valía la pena seguir viviendo. Allá, lejos, no quedaba sino un amontonamiento de cadáveres, en la ciudad desolada adonde penetró, vanidoso, el general Morillo, el 6 de diciembre: "La corrompida atmósfera impedía respirar; los sobrevivientes que aún tenían fuerzas para hacerlo lloraban". Y lo hacían sin grito. El llanto silente envuelve rencor. Al caminar se agarraban a las paredes para no caer; estaban escuálidos. Los que fueron acusados de "responsabilidad contra el rey" sucumbieron, a poco del éxito realista, pasados por las armas. Antes se asesinó a 400 infelices, y sus cuerpos se hundieron en el mar, arrojados con desprecio.

Comenzaba el año 1816. El 6 de enero entraron a Los Cayos, en Haití, Bermúdez, Montilla, Soublette, Sucre, Diego Ibarra y Aury. Habían pasado por Kingston en las goletas *Constitución* y *Sultana*, que llevaban, además de los jefes dichos, a numerosos emigrados; pero no se les permitió quedarse sino unos pocos días. Se entrevistaron con Bolívar, allí refugiado –y donde había escrito su celebérrima Carta profética (dirigida a mister Henry Cullen, persona distinguida y adinerada del puerto jamaiquino Falmouth)–, y

planearon con él lo que habrá de denominarse "la expedición primera de Los Cayos", gracias al apoyo del presidente haitiano Pétion. Casi en seguida, todos estuvieron ya dispuestos a la quijotesca empresa de desembarcar en Venezuela, a fin de abrir un nuevo frente de lucha. El de las conferencias con Pétion es el propio Libertador.

A pesar del arribo de Morillo y de su éxito en Venezuela y Nueva Granada, no cesó la guerra del todo en tierras venezolanas. "Zaraza operaba en los llanos del Guárico; Monagas, en los de Barcelona; Rojas y Barreto, en los de Maturín; Sedeño, por el Orinoco; Rivero, en Güiria, y Peñaloza, en río Caribe. Todos mantuvieron en jaque a los realistas y en revolución las provincias, y su común acción permitió que la lucha tomara nueva extensión y forma al año siguiente".[53] Morillo perdió, en el sitio de Cartagena y otros puntos, más de 3.000 hombres. El trópico fue el gran enemigo del jefe español y sus huestes; las infecciones intestinales y el paludismo obraron en favor de la libertad, porque sí; ni siquiera el Destino influyó en tal acción deletérea.

Una nueva figura entra en escena: el capitán de fragata Luis Brión, curazoleño. Era un corsario valeroso, de conciencia republicana. Los corsarios en la guerra de independencia lucharon con espíritu libertario, frente a la poderosa armada española. A Brión[54] se le nombra comandante de los buques de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y Venezuela, para la expedición que va a iniciarse en Los Cayos. El destituido, capitán de navío Luis Aury, vuélvese enemigo de Bolívar. Y con él se juntan, en saña, absurdamente, Bermúdez, Montilla, los franceses Ducayla y Collot, algunos más. Es un brote de locura.

Otro varón toma fuerza y se mezcla en los acontecimientos con soberano relieve: José Antonio Páez. Su centro de actividades son los Llanos, en el corazón de Venezuela, y no hay poderío que lo abata; al contrario, robustécese constantemente y constituye uno de los muros en que ha de estrellarse la acometida hispana.

---

[53] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit.* T. II: 32.

[54] Se unió a los patriotas desde 1810; les auxilió en el éxodo de 1814. Su contribución generosa se ha calculado en más de cien mil pesos: barcos, armas, etc., aparte de su presencia personal en la lucha.

Sucre no hace parte de la empresa, ni interviene en los preparativos. Se evade, se escapa a tiempo, y va a dar en la isla Trinidad –propiedad inglesa–, donde tratará de ganarse la vida y rehacer un tanto su economía destrozada. Cuando salió de Cartagena con los demás, perdió hasta la ropa. Va a ser un abstenerse de lucha durante siete meses. ¿Por qué esa fuga? Bien pudo correr el riesgo de los otros y echarse a esa maravillosa aventura de barcos que se denominaban a sí mismos libertadores y que vagaron por el Caribe, de un punto a otro, tentando aquí y allá, sin éxito, con valor, sin esperanzas a veces, con peligro siempre.

En esta abstención aparece clara una de las debilidades de Sucre: su sentido excesivamente puritano del honor. Los refugiados en Haití se dividieron, casi desde el principio, en dos bandos: los que seguían a Bolívar como jefe supremo y los que preferían a Mariño, a Bermúdez, a cualquier otro. El encono, la hostilidad, las rencillas e intrigas crecieron paulatinamente durante tres meses (la partida de la expedición no se hizo sino el 31 de marzo). Y Sucre no pudo tolerar ese ambiente; prefirió abandonarlo, su ánimo oponíase, invenciblemente, a una dualidad. El había servido con Bermúdez y Mariño; pero Bolívar era Bolívar. ¿Por qué no tomó partido en ninguno de los dos campos? ¿Por dignidad, por quisquillosa meticulosidad? Halló preferible una especie de destierro voluntario, hasta que los tiempos aconsejaran lo mejor. ¡Cuántas y cuántas veces quiso, más tarde, separarse del ejército! "Usted no tiene ambición –decíale Bolívar–; lo que usted tiene es la manía de la delicadeza, que tanto le perjudica". Por suerte, a los veintiún años, todas las renunciaciones que no proceden de debilidad, sino de desprendimiento, son muestras de altivez y de valor.

> Toda alta realidad tiene que ser definida según su forma plenaria, de que todas las demás son modos deficientes.
>
> J. ORTEGA Y GASSET. "*El Banquete*, de Platón".

El varón determinante por esos días fue el presidente de Haití, Alejandro Pétion. A él se debieron todos los implementos

para la reconquista de Venezuela por los refugiados en esa isla. Su idealismo republicano se compaginaba con la conveniencia: la libertad de los pueblos del mar Caribe significaba respaldo para la libertad de la propia Haití. Puso una cláusula de admirable encumbramiento, que fue cumplida por el Libertador lealmente: la extinción de la esclavitud de los negros. Pétion se inmortalizó con esta noble exigencia.

Para zarpar faltaba sólo el acuerdo entre los de la quijotesca hazaña por cumplirse. Se reúnen, en efecto, el 7 de febrero (1816), para nombrar un jefe. La mayoría vota por Bolívar. Unos pocos, entre los cuales se halla Bermúdez, se oponen a esa jefatura; preferirían un comando de tres. Los disidentes quedan derrotados. Sucre ya partió; no es testigo de estas pequeñeces. Un mes y medio más tarde habrán terminado los preparativos para la aventura. La más singular aventura de la guerra de independencia. Casi todos los expedicionarios llevan el título de oficiales; constituyen un ejército de oficialidad, sin tropa. La encontrarán en tierra firme; así lo esperan. Ya en viaje, por el Caribe, se detienen al paso en San Thomas, para embarcar varias familias caraqueñas allí refugiadas (entre ellas, Josefina Machado, uno de los amores del Libertador). Frente a la isla Margarita se apoderan del barco *El Intrépido*, tomándolo al abordaje. Arismendi recibió triunfalmente a los revolucionarios, se hizo la confirmación de jefatura única de Bolívar, dándole a Mariño el segundo puesto en el comando; desembarcaron en Carúpano, después en Ocumare, donde se pretende dejarle a Bolívar abandonado en la playa. Van a la isla de Bonaire; luego, a Choroní; en seguida, rumbo a Puerto Rico; por último, hacia Güiria, la ya célebre población de Güiria, el pequeñito puerto continental más próximo a la isla inglesa de Trinidad. Estos valientes pasan de un punto a otro, sin saber dónde quedarse; no hallan ambiente; parecen querer citarse con el Destino en muchos lugares, sin éxito. Consiguen una única realidad positiva, básica para el desarrollo de las operaciones en el futuro: dejan oficiales y armas en Carúpano, en Ocumare. Mariño avanza, por tierra, en dirección a Güiria, Piar llega a Maturín. Oficiales y armas: he ahí el secreto, si ha de reabrirse la campaña. Los desembarcados en Ocumare se apoderan de Maracay y sin pérdida de tiempo marchan hacia Oriente.

Bermúdez, excluido de la empresa "por insubordinación", parte de Los Cayos en junio –el Libertador está ya en Carúpano– y se dirige a Margarita en un barco norteamericano. Parece que persiguiera a Bolívar. Trata de desembarcar en Margarita; Arismendi se lo impide. Prosigue a Carúpano; a continuación, a Ocumare. Y aquí solicita del Libertador ser recibido. Este le contesta en términos enérgicos: "Usted supone ignorar los poderosos motivos que hubo para dejarlo en tierra al tiempo de salir la escuadra de Los Cayos ... Después de los votos formales y expresos que usted y sus compañeros hicieron públicamente allí de atentar contra mi vida y de elevarlo a usted a la autoridad suprema no está en mi arbitrio admitirlo en el ejército ni en el territorio de la república".[55] Bermúdez –éste es el general a cuyas órdenes ha militado y seguirá más tarde militando Sucre– se adelanta a Güiria; ahí aguarda, con Mariño, el arribo de Bolívar. ¡Se aproxima el minuto de la ruin venganza! Mariño también continuará de jefe de Sucre, por un tiempo.

Estalla la asonada. Los amotinados gritan: "¡Abajo Bolívar; vivan Mariño y Bermúdez!". Lanzan al pueblo de Güiria contra el Libertador.

> Una tropa de asesinos, subalternos de Mariño, conspiraron abiertamente contra la vida de Bolívar, quien los contuvo con su serenidad y valor extraordinarios, pasando por medio de ellos espada en mano. Bermúdez, por su parte, encendido en cólera y dejándose arrebatar de la más insolente audacia tiró la espada contra su jefe. Detuviéronle el coronel Isava y el licenciado Gaspar Marcano, que estaban presentes, y evitaron la consumación del más horrendo crimen.[56]

El Libertador camina apresuradamente hacia la flechera que ha de salvarlo; los amotinados gritan; Bermúdez, ya al tiempo de embarcarse el viajero, tira contra éste un sablazo; se interpone un margariteño, que impide así el asesinato. El vencido, el expulsado, se refugia otra vez en Haití, donde el presidente Pétion le

[55] *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. (Caracas), Nº 62: 184.
[56] LARRAZÁBAL, FELIPE. *La vida de Bolívar*. New York, 6ª ed., 1883.

proporcionará nuevos barcos, nuevas armas, para la segunda expedición de Los Cayos.

Es el mes de agosto. Las gentes de Güiria comentan todavía, exaltados, la expulsión del Libertador; se preparan, a la vez, para la reanudación de la guerra. Mariño es proclamado jefe por las tropas; Bermúdez hará de segundo jefe. Engruesan los contingentes y se disciplinan. Hay fervor intenso.

No lejos de ahí, en la isla Trinidad, un grupo de mozos negocia con el capitán de un barco viejo. Tienen poco dinero y quieren viajar a Güiria. ¿Para qué? Para sumarse a la revolución como fuese. Lo capital era pelear por la patria. Los encabeza Antonio José de Sucre, que no podía ya detener más el curso de su vehemencia de militar. Los meses pasados en Trinidad fueron de privaciones; pero sobre todo de angustia interior, por falta de rumbo. Una vida sin derrotero tortura y mata más pronto que un veneno de lenta eficacia; lo hace por vía de tristeza, primero, y luego, de desesperación.

Se embarcan. Navegarán toda la noche. Al día siguiente tocarán puerto y engrosarán los contingentes de guerra. La mar está serena. Pasadas pocas horas, álzanse los vientos, se oscurece profundamente el horizonte y estalla la tempestad. El barquillo. chirría, traqueteando; vuelan en pedazos las velas, una ola, otra ola, soberbias, lo azotan e invaden: dan bofetadas, como enemigas furiosas. Los viajeros no rezan: combaten cuerpo a cuerpo con la Naturaleza; caen y se levantan; cabecean con la quilla; se empapan, retando. ¡Un boquete! Las aguas saladas, nauseabundas, irrumpen por ahí a torrentes y lo inundan todo en instantes; no queda ya salvación. Y los náufragos se agarran a tablas, palos, baúles. Y nadan, sin rendirse, hasta que pasa la tormenta y clarea en el horizonte. Los pescadores recogen a los que no devoró el mar y los llevan a Güiria. Casi todos habían perecido. Entre los pocos a salvo está Sucre, a quien abrazan férvidamente Mariño, Bermúdez, los otros. Este lance con la muerte no había sido previsto. ¿Hasta qué punto obra sobre el hombre lo inevitable? Unas horas, unos minutos bastan para mantener o para romper una trayectoria.

Se abre la ofensiva inmediatamente, rumbo a Cumaná. Tomar esa plaza fuerte: he ahí el objetivo. Sucre consta en el Estado

Mayor; escribe, incluso, el relato de la campaña.[57] Es septiembre de 1816. El día 20 se inicia el asedio del puerto, obran Mariño, Bermúdez, Valdés, Sucre, Armario. Sucre no combate: coordina, piensa, calcula, prevé y provee. Hay una suerte de misión intelectual para este militar de veintiún años, una de cuyas tareas, además, consiste en reorganizar los cuadros, adiestrarlos, foguearlos, a través de oficiales inferiores y sargentos. Cumaná parece invulnerable. Cae, en cambio, Barcelona, atacada por el general patriota Monagas. Pero las rivalidades militares continúan en arco tirante; Piar, rebelde de suyo e insubordinado, no pocas veces puesto en arbitrariedad por vehemente no acata la autoridad ni de Mariño ni de Bermúdez; ordena, más bien, a sus hombres que estos generales sean desobedecidos. Mañana, cuando se acentúe el ánimo de resistencia en este obsesionado hijo de Curazao, el drama se cernirá sobre él hasta la tragedia; nadie sino él atizó su desafío, obstinadamente, con ímpetu ciego. En la batalla del Juncal, que se da entonces, Piar abandona el campo con sus tropas cuando cree perdida la acción y huye a Barcelona. Los jefes Mac Gregor –que comandaba las huestes dejadas por Bolívar en su desembarco en Ocumare– y Monagas no ceden, sin embargo, y alcanzan victoria. Piar destituye a Mac Gregor, que abandona el país y sale a las Antillas; también Monagas es separado. Este, Arismendi y otros, deciden llamar a Bolívar, que prepara en Haití una segunda expedición, y envían como comisionados a Zea y Oliver. En Haití se les junta con entusiasmo el almirante Brión. Piar deja el escenario barcelonés y con sus 800 infantes marcha al Sur, a las tierras de Guayana.

El Orinoco aguarda sus hazañas y su vencimiento. Mariño, y quienes con él estaban –Bermúdez, Sucre–, debilitados a causa de la marcha del curazoleño, levantan el sitio de Cumaná. Piar, al instalarse en Guayana y llevar la guerra hacia el Centro y el Norte, desde ese cuartel general altamente estratégico, no hacía sino cumplir con los vastos proyectos militares que se habían estudiado en la Venezuela patriota desde el propio 1811.

El Orinoco abre sus anchas márgenes y recibe con amor a los patriotas. Un río grande es un gran escenario de libertad.

[57] Existe este relato. C. Parra Pérez lo cita varias veces en su *Mariño*.

Caudaloso, sábese inatajable. Fuerte, irrumpe con decisión. Pacífico en la superficie blanda, lleva dulcemente a los viajeros, hamacándolos, haciendo que jueguen con la brisa. En la ribera, el reptil pasa sin temor junto al saurio, en tanto que la aguja de la libélula surca luces y sombras, sin ojos para ver la elegante silueta de las garzas blancas en el fondo verde. El espíritu pleno del país venezolano viaja en las aguas del Orinoco, desde el origen de la corriente en la Amazonia, hasta que, atravesados los infinitos llanos, se echa la corriente en el Atlántico.

Es el último día de aquel diciembre de 1816. En Barcelona nadie piensa sino en combatir. En los estados de agotamiento, lo único que sostiene son las ideas fijas. A tiempo que los españoles aumentan efectivos para recuperar la ciudad, acuden en auxilio de los republicanos Arismendi primero, y en seguida Bolívar, que arriba con su expedición. Trae armas, algunos oficiales, más combatientes. Invita, sin pérdida de tiempo, a los jefes dispersos; escribe a Mariño, a Zaraza, a Sedeño, a Monagas, a Piar (de quien había recibido la insinuación de que se llegase al Orinoco). El nuevo plan es concentrarse en Aragua de Barcelona, 70 kilómetros al sur de Barcelona. Mariño responde, presentando quejas; Monagas carece de elementos; los demás hállanse demasiado distantes. Mariño insiste en atacar a Cumaná, y fracasa. Piar, en el Orinoco, se lanza al asalto de la plaza fuerte española de Angostura, y es rechazado. En los Llanos, Páez se fortifica: constituye la esperanza.

Quiere el Libertador tomar la ofensiva. Sale a Clarines, lucha, sufre derrota. La guerra pónese ardua. Comprenden Mariño y su gente que no hay sino aunar esfuerzos, y emprenden la marcha. ¿Quién ha de quedar al frente del acosamiento a Cumaná, quién sino Antonio José de Sucre, joven en quien ya se tiene alta confianza? Se le nombra comandante general de la provincia de Cumaná. Este ascenso espontáneo cuenta más que cualquiera de las batallas exitosas de entonces, para la historia del cumanés. Y el hecho de haber asumido aquella comandancia impidió que fuese testigo de una escena hermosa en el puente del Neverí, que atraviesa a Barcelona. Llegaba Bermúdez con la vanguardia del ejército de Mariño; Bolívar sale en persona a recibirlo. Y ahí, sobre las ondas cargadas de limo fecundo, hacia la tarde, los dos jefes se abrazan

estrechamente, largamente. Las tropas aplauden, lanzan hurras. Bermúdez, el energúmeno de Güiria, ha reconocido al genio, y lo acata. En adelante, el general Bermúdez será el más leal de los amigos del Libertador. Al fondo de sus intemperancias y despótica agresividad, y más allá de sus ambiciones personales, había una altura que da honor a su nombre.

La unión de Bolívar y Mariño en Barcelona significa la automática obstrucción del uno al otro. Y en esa indeclarada pugna de autoridad, y en la declarada discrepancia en punto a operaciones militares, se pierde el tiempo inútilmente. El Libertador quería acción ofensiva desde la ciudad, o aprovechar la concentración de fuerzas en Aragua; Mariño prefería acosar a Cumaná. Decepcionado, deja Bolívar a Barcelona y, con la compañía de quince oficiales, recorre los doscientos y tantos kilómetros que separan al poblado de las márgenes del Orinoco, donde actúa el general Piar. Bermúdez, Valdés y Armario abandonan a Mariño, acogiéndose a la acción del Libertador. El jefe español Aldama se apodera entonces de Barcelona y pasa a cuchillo a más de mil. La crisis, por discusión de poderes, continuará aún. Era una guerra doble, en la tierra venezolana: de todos, contra España, y de los jefes republicanos entre sí; varios aspiraban al mando supremo. El heroísmo tiene a veces estas cegueras: querer tomar la responsabilidad suma, así demande sacrificios extremos. El héroe grande busca lo superheroico. Y la exclusividad del mérito mayor. Hay en eso la única nobleza de las envidias. Mariño vuelve a la zona Maturín-Cumaná; están con él Urdaneta y Sucre. ¿Cuánto tiempo más? No mucho. La situación de Venezuela es ésta: por el Occidente, el general español Morillo, que avanza resuelto a ahogar la rebelión republicana; ya la ha sumido en la desesperación en la Nueva Granada, donde hizo la paz sobre los cadáveres de los hombres libres. En Caracas rige España. También en la zona de Cumaná, que acosa Mariño.

En el Orinoco álzase el supremo fervor, como si el inmenso río se hubiese vuelto telúrica fuerza estimuladora. De esos puntos, hay uno donde está gestándose una rebelión de tipo legalista: Cariaco a 80 kilómetros al oriente de Cumaná. Población pequeña, ardiente, hallábase, sin presumirlo, destinada a entrar en la Historia con especial figuración. Allí se habían congregado once personas, regidas

por Mariño: el doctor José Cortés Madariaga, canónigo, el almirante Brión, el intendente Zea; los parientes de Sucre, Francisco Javier de Alcalá y Diego Antonio Alcalá; Francisco Mayz, Diego Vallenilla, Manuel Isaba, Diego Bautista Urbaneja, Francisco de Paula Navas y Manuel Maneiro. El "Grupo de los doce", constituido en Asamblea Nacional, decretó un Gobierno Federal para Venezuela, con capital en la isla de Margarita. Ante este Congresillo resignó el poder Mariño; y lo hizo también a nombre de Bolívar, que ignoraba estos acontecimientos.[58] Para el Ejecutivo fueron nombrados Fernando Toro (inválido), Francisco Xavier Mayz y Simón Bolívar (ausente en el Orinoco). ¿Qué le iban a asignar a Mariño? El nombramiento de almirante de la Escuadra venezolana y capitán general de los Ejércitos de Mar y Tierra. El Libertador quedaba, así, "legalmente" desplazado. Fue un golpe bajo, del que Bolívar no se dio siquiera por notificado. Este legalismo politiquero produce un arranque de rabia en Sucre, lo mismo que en Urdaneta; deciden "no reconocer otra autoridad que la del Libertador"; se suman a esa actitud los oficiales del Segundo Batallón, comandante Jerónimo Sucre, mayor Francisco Postero y otros, y en número de treinta parten rumbo a Guayana, para encontrarse con Bolívar. Tal acto de lealtad, poseído de profunda verdad anímica, mató al Congresillo en su propio nacimiento y mostró que en Sucre regía una auténtica dignidad de hombre recto valeroso. Con Mariño había hecho todas las campañas, desde la hora inicial de 1813; sin embargo, prefería abandonar a su jefe antes que compartir una responsabilidad histórica en la cual venía involucrado un sentimiento de ambición, de vanidad, no nada puro. El recio timonazo va a cambiar el rumbo de la vida militar de Sucre. Falta poco para que el Libertador, que tenía sus reservas

[58] En el Acta se lee: "El Sor. Presidente, tomando otra vez la palabra, dijo: aprobando altamente vuestra resolución y creyéndola conforme a las miras patrióticas del Jefe Supremo y a los votos que tan solemnemente ha expresado en todas sus proclamas, declaro en presencia del Ser Supremo y del Pueblo de Venezuela a quien representáis, que el Congreso Supremo de la República queda instalado desde este momento, y en consecuencia resigno en vuestras manos la autoridad suprema que por la acta de Margarita se había conferido en primer lugar al General Simón Bolívar y en su defecto a mí, obrando en su nombre y en el mío, en virtud de los principios republicanos de que ambos hacemos profesión".

respecto de los jefes orientales, –¡había tenido ya tantos problemas con ellos!– comprenda en pleno la valía del cumanés.

El único que acepta íntegramente lo de Cariaco y lo aplaude es el general Piar, persistente en sus rebeldías. Héroe de categoría en la batalla de San Félix un mes antes del Congresillo, álzase prodigiosamente en el orgullo; domina en las zonas por él libertadas; le aplauden y endiosan. Ordena el Libertador que Bermúdez y Sedeño dirijan el sitio de la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco –es la ciudad clave–; Piar siéntese ofendido; esperaba él ese comando; y sólo de mala gana, al cabo de días de resistencia, acepta ir a organizar cuerpos de tropa en el vecino territorio de Las Misiones. Allá se pelea con el capellán general de los ejércitos libertadores, coronel Blanco. Y concibe otra idea peregrina, de acuerdo con Arismendi, a quien no le había disgustado el Congreso de Cariaco: reunir otro Congreso, que separara a Bolívar del mando. Arismendi abandona casi inmediatamente el plan. Piar va quedándose solo. Solicita pasaporte; se le concede; pero no se va: espera acontecimientos; tiene una guardia de dragones, comandada por el teniente coronel Mina. ¿En qué va a parar esta insurrección?

> Conoce lo que puedes hacer, y hazlo como un Hércules.
>
> UNAMUNO. *Del sentimiento trágico de la vida*, 185.

¡Piar será fusilado! Es el drama personal mayor, en toda esta guerra. Los episodios finales se desarrollan en un lapso de tres meses –julio a octubre de 1817–, y nada puede salvar a este general "a quien animó siempre un espíritu de insubordinación y revuelta".[59] Cuando el tribunal ordenó la aplicación de la pena capital, ninguna voz se alzó en favor del condenado. Para necesario contraste, "hasta el último momento el infatuado Piar no creyó que la acusación fuese seria".[60] No era un auténtico rebelde. En medio de una oficialidad

[59] Opinión de C. Parra Pérez. *Op. cit*. T. II: 377.

[60] Informe del emisario de los Estados Unidos Juan Bautista Irvine, entonces en Angostura, al secretario Adams.

joven donde hasta Bolívar era algo menor, se creía el más autorizado. No veía que era el propio Libertador quien le había ascendido a general en jefe, por las acciones del Juncal y San Félix, sobre todo. El general Salom lo llama "hombre algo escaso de talento y un tanto ambicioso, con el agregado de ligero".[61] Su defensor, en el consejo de guerra, coronel Galindo, habla de un "carácter desconfiado al mismo tiempo que violento y tímido", de un "hombre que desgraciadamente se transporta y enfurece hasta el término de perder el juicio". El fiscal, general Soublette, pariente suyo, expresa: "Demasiado notorio es su carácter altivo y dominante, que no admite superiores ni iguales".

Apenas tomada Angostura por los republicanos entra ahí Piar y desenvuelve actividades conspirativas. Ya lo había iniciado antes, tratando de conquistarse a los oficiales de la clase parda, como la suya: Sedeño, Olivares, Salcedo, Sánchez. El coronel Torres denuncia estos manejos; Bolívar reúne a los jefes de sus ejércitos y alcanza de ellos un nuevo juramento de fidelidad. Piar sábese profundamente disgustado porque el Libertador le arrebató el mando de las tropas vencedoras en San Félix, con las cuales hubiérase sabido retador en firme. Hoy está casi inerme. Confiaba, sin embargo, en sus amigos; y en su prestigio. "Contaba para sus planes con la anarquía reinante entre los patriotas, por la disidencia de Mariño. El general oriental, dueño de extensos territorios en el interior de Cumaná y Carúpano y de toda la costa de Güiria, no obedecía al jefe supremo", es decir, a Bolívar.[62] Otros oficiales –Rojas, en Maturín; Monagas, en los llanos de Barcelona; Zaraza, en el alto llano de Caracas– sí eran leales al Libertador; mientras Páez, en el Apure, aguardaba astutamente los acontecimientos para plegarse a uno u otro comando.

Bermúdez, en Angostura, conoce los planes de Piar. Y los conoce Sucre, que entró con su jefe a la ciudad, rescatándola de los españoles. El Cuartel General del Libertador ordena la prisión del revoltoso; huye éste, a unirse con Mariño. Este y el fugitivo, a veces habían sido amigos, a veces enemigos. Hoy se juntan, pero sin que

[61] LECUNA, VICENTE. *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. T. II: 56.
[62] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. I: 436.

el uno, Mariño, tome responsabilidades por el otro. "Se miraban con recelo". Además, Mariño se halla en grave desventaja, pues ha sufrido derrota tras derrota; así, Piar no encuentra el punto de apoyo que buscaba. Irrumpe en Güiria; todo es inútil; en la batalla de esta población cae su lugarteniente, coronel José María Hermoso. ¡El Destino se ha puesto en contra!

Sucre, muy ocupado con la formación del nuevo cuerpo de infantería *Bajo Orinoco*, aparece medio al margen de estos acontecimientos. Antes de que tomaran culminación se le encarga el comando de la Antigua Guayana.

El general Sedeño recibe de Bolívar la orden de apresar a Piar. Localizado éste, trata de resistir, pero no halla eco en el coronel Carmona, que comandaba los cien hombres de ese grupo militar de Mariño. En Angostura sométenle a consejo de guerra. Condenado por unanimidad, se le fusila –16 de octubre de 1817–, sin degradarlo. La justicia militar en tiempo de guerra, fue la medida aplicada a este desventurado y fervoroso servidor del ideal libertario. Llegado el momento del juicio, pesaron más los yerros –y las consecuencias de los yerros– que el cúmulo de servicios. Sin la vigencia de una autoridad militar suprema indiscutible, sin la desaparición del doble comando: el de Occidente y el de Oriente rivales y en pugna, era imposible triunfar sobre España.[63] La muerte de Piar salvó a Mariño e impuso la unidad de la acción bélica; Mariño cae, por consecuencia, a segundo plano en forma definitiva. Quienes pensaron entonces en que Mariño también podría ser fusilado, se equivocaron. Bastaba el golpe radical. A pesar de eso, el general oriental continuará en la búsqueda del predominio, y antes de dos años dará su último salto en tal sentido. Y en la propia Angostura.

Sucre no presenció ni el juicio ni el fusilamiento de Piar. Los aprobó, sin duda. Amaba la rígida disciplina, y en las soluciones fue drástico. El Norte requería tropas especiales y jefes que dominaran en la región. Era preciso hacer frente a la defección de Mariño, atraer a sus hombres y, a la vez, combatir con éxito contra los

[63] Manuel Piar nació en Curazao, hijo del capitán de fragata Fernando Piar y de la mulata curazoleña María Isabel Gómez, comadrona. Trajo ésta a su hijo pequeño a La Guaira y luego a Caracas. Era Piar "de regular estatura, ojos azules, barbilampiño y tez algo rosada".

españoles. Bermúdez es, así, nombrado comandante de la provincia de Cumaná. Y ha de actuar de jefe de Estado Mayor suyo Sucre, a quien se le va a confiar, además, por vez primera, una empresa que requiere talento, habilidad, sagacidades sumas. Reemplaza a Sucre en el mando de las fortalezas de Guayana la Vieja su propio padre, el general Vicente Sucre, que había servido en otros frentes. ¡Padre e hijo juntos! ¿Cuál la misión que llevaba el joven coronel? ¡Lograr el sometimiento de Mariño, no combatiéndolo, sino convenciéndolo! Obra de político, no de militar.

Los españoles irrumpían en una gran acometida. Procedente de la Nueva Granada, el general Morillo tratará de dominar tanto a los patriotas de Oriente como a los de la Guayana. Y toma ese rumbo. En las filas de sus ejércitos se ha producido el más desorbitado de los dramas. Arribó a tierras americanas, dos años atrás, con pomposos regimientos de más de 10.000 soldados, bien instruidos, bien equipados. ¿Cuántos quedan? Unos 2.000. Las tres cuartas partes han perecido. Unos cientos en los combates; los más, devorados por el trópico.

> El clima y el hambre –informa Morillo al rey– son más terribles que la muerte. Han padecido los males de una plaga inmensa de mosquitos, garrapatas y millones de insectos enemigos del hombre. El hambre, la disentería, las calenturas, han ejercido su cruel imperio.

Por añadidura, las tropas desnudas y famélicas se desbandan. Ha sido preciso reemplazar las pérdidas con venezolanos, que hacen el 75 por 100, o más, de los batallones que comanda el emisario de Fernando VII. La división encargada de mantener el sojuzgamiento en la Nueva Granada es íntegra de llaneros venezolanos monarquistas. Tres años más tarde, cuando el régimen hispano trate de enviar nuevos contingentes, con Riego se sublevarán y se negarán a partir a la América. Saben que les aguarda muerte infalible.

Morillo ha exigido reemplazos y refuerzos a la Corona. "El jefe enemigo –escribe al rey– es un dictador con talento y bien obedecido; el plan de los insurgentes se consolida cada día más". Llegan, en efecto, 2.600 soldados, al mando de Canterac; pero sólo

de paso; van al Perú. Combatirán algo, antes de proseguir; tal la orden que traen. Y atacan, de hecho, a Cariaco, donde Mariño resiste con heroísmo y sin eficacia. Canteras se muestra inflexible, cruel. Entre los caídos está el capitán Francisco Sucre, hermano menor del coronel Antonio José; hállase herido de gravedad; no hay compasión con él –ni con otros– y se le fusila. ¡Mañana, en Ayacucho, Canterac recibirá de Sucre el más hidalgo de los perdones! Sucre careció de rencores. La grandeza de su espíritu era mayor, mientras más hondo padecía. Tres meses después, las fuerzas hispanas destinadas al Perú prosiguen la marcha. Morillo retrocede a Caracas.

Las instrucciones de Bolívar a Sucre, en la misión diplomática que le encomendara, decían:

> La política más que la fuerza, debe obrar en esa provincia; así, pues, encargo a usted mueva todos los resortes del corazón humano para someter al Gobierno los disidentes que el general Mariño ha extraviado.

La entrevista de los dos Sucre y Mariño, se efectúa en Punceres, población casi a mitad de camino entre Cumaná y Maturín. El antiguo subalterno trata de convencer al antiguo jefe; discuten, se cruzan quizá palabras altisonantes; en Mariño hay profundísimo rencor, sobre todo por el nombramiento de Bermúdez para el comando supremo en la zona de Cumaná, y seguramente también por el fusilamiento de Piar. El resultado fue una carta de Mariño para Bolívar, que Sucre remite con un informe personal suyo.[64] El Libertador le contesta a Sucre: "Usted se ha portado con la delicadeza y tino que yo esperaba. Celebro infinito que usted haya visto y tratado al general Mariño del modo que lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece ... La política es la que debe hacerlo todo". En esta ocasión queda a la vista esa ignorada cualidad del cumanés: el talento político. En los ejércitos que peleaban al mando de Bolívar, ¿quiénes sabían esa ciencia, al par de la milicia, además del jefe? Quizá únicamente dos, y eminentes, que tendrán más tarde excepcional figuración de ese

[64] Esta carta de Mariño no existe. Se colige su contenido de la respuesta de ella, dada por el Libertador.

campo: Sucre y Santander. ¡La revolución que estaba consumándose era política, y no había políticos suficientes! A la hora del triunfo pulularon los politiqueros.

Con las instrucciones: "... si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad; si, por el contrario, resiste a las órdenes, es preciso aprehenderlo", se efectúa una segunda conferencia; intervienen, por lograr un desenlace satisfactorio para todos, los coroneles Armario y Sánchez. Al fin, Mariño abandona tierra firme y sale para la isla de Margarita, en una suerte de confinamiento. En Margarita gobierna Arismendi, leal a Bolívar. Triunfó esta vez la sabiduría del manejo de hombres, en que Sucre se iniciaba brillantemente.

> La fe en alguna cosa puede contribuir a crearla;
> la fe da un significado a la acción.
>
> WILLIAM JAMES. *Voluntad de creer.*

Al finalizar aquel año de 1817 los revolucionarios no tenían bajo su control sino la provincia de Guayana (Orinoco) y la isla Margarita. La guerra continuaba encendida en por lo menos cinco puntos: dos en Oriente, uno en Occidente y dos en el centro del país. El último día, 31 de diciembre, Bolívar abrió la campaña del Guárico, en que llevó las tropas casi hasta las puertas de Caracas, de donde se vio forzado a retroceder con fracaso del soberbio ímpetu. A fines de mayo (1818), ya se encontraba de nuevo en Angostura.[65]

En este lapso, Sucre sigue el destino de Bermúdez; por segundón, parece un oficial casi en eclipse. "Mientras otros rápidamente ascienden y llegan a ostentar grados de generales, Sucre ocupa destinos subalternos, y es muy tardíamente cuando empieza a escalar los escalafones superiores".[66] ¿Retrocede con eso? Al contrario, se perfecciona; toma, a fuerza de planear, de vigilar, de crear situaciones y de combatir, la ciencia de la estrategia y la astucia

[65] En esta campaña entraron en contacto Bolívar y Páez –éste con sus célebres caballerías de llaneros–; punto clave para el éxito bélico posterior. Páez, además, dejó de soñar en el comando supremo para sí.
[66] USLAR PIETRI, ARTURO. *Valores humanos*. T. I: 181.

de la táctica, adquiere temple acerado en el carácter; aprende a volverse roca y rayo. La escuela de Bermúdez era la más dura de las escuelas: hombre enérgico en grado sumo, audaz y poco culto, obedece más bien a los impulsos y confía en su fuerza hercúlea plenamente; "sus campañas son aventuras, duelos personales sus combates". Exhibe ahora el título de comandante general en la vasta zona cumanesa. Sucre continúa girando, así, en torno de su suelo natal como si una fuerza oculta lo atara sin dejarle alejarse. Cuando lo haga, que será pronto, no volverá más. Su suerte es andar sin detenerse, ascendiendo, padeciendo.

Quizá una de las páginas más deplorables de este lapso sea la pugna entre Mariño y Bermúdez. El primero retorna sorpresivamente de la isla Margarita, donde se hallaba confinado, y se pone a la cabeza de tropas que le aguardan, que tienen fe en él. Bermúdez, por este arribo sorpresivo de su rival no puede acudir a la campaña del Guárico, que desarrolla el Libertador. Soublette le informa a Bolívar:

> La aparición del general Mariño a la cabeza de las tropas de Cumanacoa llama imperiosamente la atención del general Bermúdez y de sus fuerzas a aquella provincia para contener en su origen la guerra civil que empieza a amenazar.

Otra vez Sucre es utilizado para la acción diplomática; se propone un acuerdo, por cuya virtud uno de los contendedores actuará con su División, dejando que el otro se mueva con la suya en distinto rumbo. Bermúdez lo rechaza. Mariño es derrotado por los realistas en Cariaco; Bermúdez, en Río Caribe, población a orillas del mar a 50 kilómetros al noroeste de Cariaco. En esta acción, y acosados reciamente por los monárquicos, Bermúdez, Sucre, los otros jefes y las dos terceras partes de la tropa, tuvieron que arrojarse a nado al mar para tomar las flecheras y salvarse. Fueron todos a parar a la isla Margarita.

Cesó la pugna de los dos generales con la intervención, primero, del general Urdaneta, y luego, con una conferencia del propio Libertador con Mariño, en la ciudad de Maturín. El jefe

oriental se sometió a Bolívar –sin dejar de mantener, al fondo, miras de cierta revancha o rencores propicios a la ambición, de que dará muestra bien pronto– y quedó afianzada así la autoridad suprema del Libertador (mediados de 1818). Habían sido necesarios seis años de guerra y el fusilamiento de un general para lograrlo. En adelante, ya nadie detendrá al genio de Caracas, que prepara en esos momentos la campaña de Apure. Han llegado voluntarios ingleses e irlandeses (más de 2.000, en diferentes embarques); han sido recibidas armas inglesas en abundancia; se ha fundado, para defender la revolución el periódico Correo del Orinoco en Angostura. Se reparten los fusiles. El coronel Santander es enviado a los llanos de Casanare, a fin de que prepare la marcha de los ejércitos venezolanos hacia la Nueva Granada; da órdenes a Páez, Anzoátegui, Sedeño, Zaraza. Dispone una concentración de tropas en el centro de Venezuela, en San Juan de Payara –orilla derecha del río Apure, tributario del Orinoco–, y, sobre todo, convoca a elecciones para el Congreso que ha de reunirse en Angostura antes de finalizar el año. Está para producirse uno de los sucesos más trascendentes de aquellos tiempos en esta zona de lucha por la libertad. Sucre sigue en el Norte a órdenes de Bermúdez; continúa como en escondida retaguardia. Bolívar vuelve a Angostura; en el camino prepara su Mensaje e instala el Congreso el 15 de febrero, con asistencia de 27 diputados. Uno de éstos es Mariño, que alcanza seis votos para la Presidencia contra Zea que triunfa por catorce. Mariño quiere hacer política, con la cual tratará de empinarse. A los doce días de sesiones retorna Bolívar al Apure; lucha ahí, contra Morillo y sus jefes; Páez alcanza brillante éxito en las Queseras del Medio. Y ya no se detendrá el Libertador hasta que no atraviese los Andes, por Pisba, y dé la batalla de Boyacá, donde se produce la liberación de la Nueva Granada. ¡Un ímpetu colosal de seis meses, sin reposo!

Menos de treinta días asistió Mariño a sesiones del Congreso; salió "a mandar el ejército de Oriente" y estableció su cuartel general en Pao, a 180 kilómetros al sur de Cumaná. A los tres meses obtuvo triunfo en el combate de Cantaura. Las relaciones con Bermúdez volvieron a la tirantez. Sucre obra otra vez de apaciguador.

> Yo le hice a Bermúdez –le cuenta al general Soublette– escribirle muy dulcemente a Mariño desde Aragua, y

> aunque es verdad que Bermúdez tiene sus caprichos, también es cierto que sus intenciones son las más sanas, y que todo lo sacrificaría al bien de esta patria que tanto nos cuesta.

Informado el Libertador, manda que Mariño vuelva a las sesiones del Congreso; el mando del ejército de Oriente corresponderá al general Bermúdez. Mariño obedece. Pero marcha a la vez a Angostura, preso por haberse negado a obedecer las órdenes de Bolívar, el general Arismendi. Son dos, que van a conspirar.

Por estos días, el vicepresidente del Estado, Zea, en ausencia del Libertador, asciende por méritos a Sucre al grado de general. Habrá sobre esto, más tarde, un incidente entre Sucre y Bolívar; el grado será desconocido, por no venir del Libertador, pero luego confirmado por éste. En tan recia brega hacía falta mucho temple de ánimo para no reaccionar y abandonar una empresa en que el justo ascenso se volvía tan difícil. El cumanés poseía carácter suficiente como para no retroceder. Sus veinticuatro años le ayudaron a salvarse. Jamás, ni por un instante, se puso de parte de los descontentos o conspiradores, ni azuzó rencillas, ni permitió que prosperasen las pugnas. El equilibrio moral suyo aparece, más que raro, único en aquel maremágnum de pasiones.

Bolívar triunfaba en Boyacá el 7 de agosto (1819), y el 15 el Congreso de Angostura firmaba una Constitución en que fueron rechazadas varias iniciativas del Libertador. Además, se conspiraba abiertamente. Zea, de una parte, defiende el orden legal y respalda las determinaciones del jefe supremo Bolívar; de otra, obran Mariño y Arismendi. Varios diputados acusaban al vicepresidente Zea de débil y nulo en la administración; necesitaban su renuncia de la Presidencia del Congreso; difundieron noticias falsas; derrotas de Bolívar, aproximación de los españoles a Angostura. En plena sesión, un día, se presentaron armados los militares revoltosos, incluido Mariño. Ante el alboroto y el desorden, Zea renunció, y fue nombrado en su reemplazo Arismendi; a Mariño se le designó general en jefe del ejército de Oriente. La pobre algarada se vio mustia y vencida a los cinco días, al llegar la noticia de la victoria de Boyacá. Tres semanas más tarde arribó Bolívar a la ciudad y se deshicieron

las nubes. Ninguno de los conspiradores fue tomado en cuenta; ni se les llamó la atención siquiera. Arismendi volvió a Maturín; a Mariño se le destinó a servir en el cuartel general, sin puesto determinado.

El 17 de diciembre (1819), el Congreso de Angostura crea la República de Colombia, integrándola con los territorios de Venezuela, Nueva Granada y el Sur (Ecuador). Sucre será más tarde uno de los capitales defensores de esta creación, ideada por Bolívar; y a tanto llegará la importancia del acontecimiento y la injerencia dinámica de Sucre en él que quedará involucrada la entidad Colombia en el propio asesinato del cumanés en Berruecos. Esa Colombia –la grande, la de Angostura– correspondió a dos pensamientos fundamentales: la necesidad de una gran masa equilibradora entre la potencialidad de los Estados Unidos y México, al Norte, y los países rioplatenses, al Sur; y la urgencia de unir esas zonas en armas bajo una única autoridad tanto civil como militar, sin lo cual hubiese sido imposible continuar la guerra, dadas las ambiciones personalistas de los generales en Venezuela, la poca cordialidad entre venezolanos y neogranadinos (Páez llegó a ponerle preso a Santander) y el indispensable reforzamiento del Sur, ante las ambiciones expansionistas peruanas. Tanto Bolívar como Sucre, muertos ambos el mismo año 1830, vieron desarticularse y desaparecer Colombia, asfixiada por los intereses lugareños y la audacia de quienes los propiciaban y defendían, en beneficio político propio. Lo que pudo ser grande fue muerto por lo que era pequeño. Dos venezolanos y un neogranadino comenzaron aquel trizar: Páez y Flores, y Santander. La grandeza del Congreso de Angostura quedó alta ante los siglos por la creación de Colombia, más que por la Constitución que dictó.

¿Cómo era el grado de moralidad en las tropas que regía Mariño? Una carta de Sucre, relativa a la "guardia de honor" del jefe oriental, nos lo revela. Sucre, al escribirla estaba a las órdenes de Mariño.

> La guardia –dice– es el deshonor de Vuestra Excelencia y el descrédito de nuestras armas. No ha conocido jamás subordinación; no habiéndosele aplicado ningún

> castigo, se ha conducido siempre por el desorden, el robo y el pillaje. De Vuestra Excelencia penden las medidas que han de adoptarse. El sistema militar no deja duda: sus leyes enseñan cuáles sean las que deban ponerse ahora en ejecución. Me avergüenzo al relacionar tales crímenes sin haberle bajado la cabeza a su autor.[67]

Sucre exhibe su rectitud moral, su sentido del orden y su energía, capaz de producir un fusilamiento, llegado el caso. Se está en guerra, y en la guerra sólo salvan la disciplina, la austeridad suma. Sucre tuvo fama en el ejército de ser más exigente que el propio Bolívar. Las grandes tristezas de su corazón solitario, por la muerte de los suyos, por la maldad de los hombres, volviéronse fortaleza. Parecía de acero al par de sensiblemente humano. Presiona, castiga o se da en abierta generosidad al enemigo a quien vence; primero lo vence. De haber intervenido en el caso Piar, habría votado la pena de muerte. Según el medir de su conciencia, mañana perdonará a quien intente asesinarle, en la misma línea intensa en que ahora quiere "bajarle la cabeza" a un insurrecto.

Un día recibe Sucre una comunicación por medio de la cual el Libertador le ordena partir a la isla de San Thomas, en el Caribe, para adquirir armas. Cumple la comisión "con actividad y eficacia" y hasta le sobra dinero.[68] Porque otra de las normas del cumanés, nunca quebrantada, es la escrupulosidad en el manejo de fondos. El sobrante pasa a manos del doctor Zea, que, de vicepresidente de Colombia que era, iba ahora a Europa y los Estados Unidos a solicitar el reconocimiento de la República constituida en Angostura y a contratar un empréstito. Por ese mismo tiempo los generales Mariño y Arismendi se aseguran de la concesión de las haciendas

[67] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit*. T. II: 249. El historiador comenta: "Es decir, que Sucre pide su fusil a Bernet y a sus cómplices". Lo mismo da a entender Urdaneta, quien estima "indispensable el más ejemplar castigo por el honor del ejército y del mío". Bernet era el comandante del batallón Cazadores. Se le ordenó un reconocimiento militar, con cien hombres de la Guardia, y se negó a obedecer.

[68] Carta de Bolívar a Santander, de 22 de julio. La suma entregada fue de ochenta mil pesos; se compraron más de cuatro mil fusiles y gran cantidad de municiones.

de cacao de Güiria y Yaguaraparo, por sus servicios a la independencia. (Se hizo con todos los generales, exceptuado Bolívar, que más bien lo entregó todo).

Al regreso, Sucre actúa independizado ya de Bermúdez; obedece directamente al Libertador. Preparará buques de transporte, que navegarán aguas arriba del Orinoco y del Apure; Soublette, Valdés, marcharán con las tropas en esa dirección. Van a comenzar los grandes pasos conducentes a la liberación de Venezuela, que tomarán cinco meses y que culminarán en Carabobo. Ya tiene Sucre el grado de general en propiedad. Bolívar lo había desconocido, por haber sido otorgado por el vicepresidente Zea. Y tal desconocimiento se produjo una madrugada en que navegaba Sucre en una embarcación, aguas arriba del Orinoco; el barco de Bolívar avanzaba en rumbo contrario, en uno de esos tantos ires y venires del jefe supremo. "¿Quién vive?", gritan. "El general Sucre", responden. "No hay tal general Sucre", exclama Bolívar, molesto. Poco después, y antes del encargo de compra de armas en San Thomas, el grado fue oficialmente reconocido.

Al tratar de partir Sucre con los 4.200 fusiles comprados por él discute con el ministro interino de Guerra, Urbaneja. Este le había ordenado que no llevase a Cúcuta sino 3.000, destinando los otros para los ejércitos de Páez y Sedeño. El cumanés se niega al cambio, pues se atiene a lo mandado por Bolívar; y no cede sino cuando se le explica ampliamente la razón de ese cambio en la remisión.[69] Lo rectilíneo exagerado en él es temperamental. No que obedezca sino que defiende lo que cree su deber. Al cabo de una marcha larguísima y fatigante, pues llueve con intensidad y los ríos crecidos no dan paso a las bestias de carga, llega a Cúcuta, donde aguardan nuevas disposiciones. A poco de eso retorna el Libertador de su visita de inspección a Cartagena y Barranquilla. Salen a recibirle muchos, entre ellos Sucre. El edecán de Bolívar, O'Leary, al verle acercarse, le pregunta a su jefe quién es ese mal jinete que se aproxima. "Es –responde el Libertador– uno de los mejores oficiales del ejército. Por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan

[69] Carta de Diego B. Urbaneja, en Angostura, el 24 de abril de 1820.

sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará".[70]

> Con arte se quebrantan los corazones duros,
> tómanse las ciudades, derríbanse los muros.
>
> ARCIPRESTE DE HITA. *Libro de Cantares*, 592.

Sucre, por vez primera, va a presenciar la guerra en grande; recibirá el impacto profundo de su extraordinario jefe, el Libertador. Y, por su parte, Bolívar se dispone a utilizar, en forma plena, la valía inmensa del cumanés, probándole antes en dos o tres puntos esenciales.

Se abren operaciones sobre los Andes venezolanos, con un contingente de más de 5.000 hombres –grupo denominado *Guardia Colombiana*–, que Bolívar encomienda a dos jefes: Urdaneta y Sucre. Empieza a ser "sacado a luz" el cumanés. Harán las dos divisiones una marcha conjunta. Pero a última hora Urdaneta se enferma, y no hay abastecimientos suficientes para tantos soldados. En consecuencia, sale a la lucha sólo la mitad de las tropas, al mando del coronel Plaza. Y Sucre es incorporado, provisionalmente, al Estado Mayor General. El 1º de octubre prodúcese la entrada triunfal en Mérida; los monárquicos se retiran sin presentar batalla. Siete días después cae Trujillo, la otra ciudad andina, también por retiro de los realistas. Aquí recibe Sucre el nombramiento de ministro interino de Guerra. Bolívar anuncia, sin titubeos: "En esta campaña debe terminarse la guerra de Venezuela".[71] Todos los ejércitos han recibido orden de movilizarse; comienza a sonar la gigante sinfonía de la victoria, a plena orquesta. Morillo también actúa, con dinamia, en Caracas, Valencia, San Carlos, Barquisimeto; la lucha asume proporciones magnas. ¿Hay algún recurso mediante el cual quede mejor asegurado de antemano el éxito? El de la habilidad, anticipador del de la fuerza. Morillo es general eximio, que conduce el conflicto

[70] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Op. cit.* T. II: 68.
[71] LECUNA, VICENTE. *Cartas del Libertador*. T. II: 156.

con sabiduría y arrojo. ¿No sería posible eliminarlo? A la manera empleada por el propio Morillo: el intento de asesinato, que se hizo en Kingston en 1815 contra Bolívar, con individuo pagado por el jefe español, de ninguna manera; la República no necesita esos medios. Vale más el despliegue de una gran sagacidad.

Ante la negativa de los ejércitos de Quiroga y Riego, en España, a marchar a la América –habían preferido sublevarse–, el rey juró la Constitución liberal en marzo de ese año (1820). Morillo, muy contrariado, tuvo que darlo a conocer de los venezolanos, en acto público solemne. Bolívar escribió entonces, proféticamente: "¡Nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga!". La proclamación de la ley liberal significaba la exigencia de la paz entre españoles y americanos. Una paz negociada, aunque temporal. Una paz que incluyera –he aquí lo recóndito– la posibilidad del regreso a España del general Morillo, que él deseaba ardientemente, tanto por la vigencia de la Constitución liberal como porque en años su país no le había enviado ni auxilios ni reemplazos. En Morillo acuciaba el resentimiento; un deseo de dejar la escena cuanto antes. Servir a ese anhelo significaba el más astuto de los procedimientos, porque en reemplazo del eminentísimo jefe quedaría el general La Torre, inferior en todo sentido.

Tras antecedentes numerosos y no pocos incidentes, resuélvese de parte y parte negociar el armisticio y también un tratado de regulación de la guerra. El escogido para esa actividad prolija, difícil, es el general Sucre, con el coronel Briceño Méndez y el teniente coronel José Gabriel Pérez. El rango de plenipotenciario corresponde a Sucre. Se le ha concedido muy alto honor, en una actividad diplomática en extremo compleja. Los tres delegados discutieron los términos del acuerdo durante cuatro días, en la ciudad de Trujillo. Se cruzaron varias comunicaciones; hubo intento de ruptura de parte hispana. Al final se firmaron tanto el armisticio como el Tratado de Regulación de la Guerra (no fusilamiento de prisioneros). Y obra fue, lo uno y lo otro de Sucre. A tal punto que el propio Bolívar escribió:

> Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento

> de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.[72]

El cumanés tenía entonces veinticinco años. Ya era posible medirlo hacia el futuro. Cada vez que pueda mostrar su grandeza espiritual, la exhibirá. Aquí, hoy; mañana, en Ayacucho, en Tarqui. Sin que por eso amenguaran ni su energía ni su ímpetu viril, ni su tenaz desafío. Cuando le anuncian que le aguardan los asesinos, seguirá adelante, impasible. La entrevista personal entre el Libertador y Morillo se realizó el 27 de noviembre. Bolívar, acompañado de Sucre, Briceño Méndez y sus edecanes, sin guardia alguna, se presentó en la plaza de Santa Ana. Morillo, al verlos avanzar, le preguntó a O'Leary cuál era Bolívar; al señalárselo, exclamó: "¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul y gorra de campaña y que viene en una mula?" Sucre, según el oficio del caso, firmado en la ciudad de Trujillo, era ya el jefe de Estado Mayor.[73]

Lo que tomaba trascendencia, de aquellos actos solemnes, era el Tratado de Regulación de la Guerra:

> La guerra entre España y Colombia se hará como la hacen los pueblos civilizados [...] Todo militar tomado en el campo de batalla se guardará como prisionero de guerra y será respetado, hasta lograr su canje [...] Los heridos no serán prisioneros de guerra [...] Los militares o empleados que hayan desertado de sus banderas no pueden ser castigados con pena capital [...] El canje de prisioneros será obligatorio [...] Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos gobiernos serán altamente respetados y gozarán de absoluta libertad y seguridad [...] Los cadáveres, en los campos de batalla, recibirán los últimos honores de la sepultura.

[72] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.*: 3.

[73] La entrevista, excepcionalmente cordial, incluyó un banquete con discursos y brindis. Se decidió la erección de un monumento, para la memoria de aquel suceso. En la noche, los dos generales descansaron en un mismo dormitorio. Se despidieron a la mañana siguiente y no se encontraron nunca más.

Este texto redactado por Sucre, fue lo que llamó Bolívar "el más bello monumento a la piedad aplicado a la guerra". Por siete años había regido la "guerra a muerte", que fueron los españoles los primeros en imponer. La "guerra a muerte" logró definir los campos, en tiempos en que los soldados se pasaban de uno a otro bando muchas veces en el propio momento de la batalla; y fue elemento capital en la forja de una conciencia de nacionalidad sin cuyo nervio hubiese sido imposible proseguir la lucha. Sucre la cumplió estrictamente; supo el intenso drama que encerraba; vio correr la sangre de los prisioneros indefensos pasados por las armas. Oyó el clamor de los deudos, su protesta; su ira terrible parecía pedir venganza. De ahí que sintiera, humanamente, alivio y mostrara magnanimidad al redactar los términos del convenio de cesación de fuegos. Había que seguir hasta el triunfo final, pero sin tan desaforado desate de la tragedia.

El armisticio, aparte de obtener la partida del general Morillo, no significaba para las tropas libertadoras sino tregua encaminada a un más armónico avance del plan de campaña, escrito éste de puño y letra por Sucre, según las instrucciones de Bolívar. Hallábase prevista, estipulada la continuación de la contienda armada. El desenlace se produjo en la batalla de Carabobo, siete meses más tarde (24 de junio de 1821), donde quedó liberada Venezuela. El ejército español, de 11.000 combatientes, reducido a 3.000 refugiados en Puerto Cabello, fue definitivamente expulsado en 1823.

Bolívar y Sucre partieron a Barinas, con ánimo de auxiliar a esa ciudad al pie de los Andes, incendiada y destruida. La orden del día, firmada por Sucre, reza: "Barinas recobrará el esplendor a que es tan acreedora por su amor a la libertad y su posición ventajosa".[74] De ahí, dirigiéronse a Bogotá: había problemas graves en varios puntos de la Nueva Granada. Días y días a caballo pacientemente, esforzadamente. Cuando llegaron, se iniciaba el nuevo año, 1821. Sucre no volverá ya nunca a su patria venezolana. Su destino lo lleva a otras regiones, para encumbrarlo; empezará a ser una especie de extranjero de todos los días, sin raíces duraderas en punto alguno. Saberse sin arraigo significa siempre soledad. Del rostro triste del cumanés huirán más y más las alegrías.

[74] DE LA ROSA, ANDRÉS ELOY. *Firmas del ciclo heroico*: 127.

Sucre no pudo intervenir en la serie de movimientos tendientes a la victoria, ni en el golpe brillante de los campos carabobeños. Llegan noticias alarmantes de la zona del Cauca, al sur de la Nueva Granada: el general venezolano Valdés, jefe de la división denominada Ejército del Sur, ha entrado en inacción en la ciudad de Popayán. El enemigo se ha retirado, peligrosamente. Sabíase, además, de dos sucesos trascendentes: el general San Martín, con tropas argentinas y chilenas, había desembarcado en Pisco, a 250 kilómetros al sur de Lima, e iniciaba, así, la liberación del Perú; y Guayaquil, por su parte, había realizado su independencia de España (9 de octubre de 1820). Uno y otro hecho, más el retiro de los españoles a la zona de Pasto, requería suma actividad. Sucre en consecuencia es nombrado jefe de la División del Sur. Mientras viajaba, Valdés combatía al fin, pero con grave derrota. Así, el cumanés encontró sólo restos de la división, y hubo de rehacerla enérgicamente. Iba en esa actividad cuando recibió otra orden, muy más importante: la de trasladarse a Guayaquil, para reforzarla en su acto de liberación. ¿Quién iba a encargarse de la División del Sur? Primero, el coronel Torres, y luego, el propio Bolívar, que dará la batalla de Bombona y, prosiguiendo por tierra, se abrazará con Sucre en Quito, algo más de un año después.

Partir a Guayaquil significaba para el juvenil general Antonio José de Sucre iniciar una gran campaña solo, sin superiores, sin consejeros; auténtico en la responsabilidad de sus actos. Operará de militar, de diplomático, de político, de hombre de mundo; y hasta se enzarzará en amoríos pasajeros que le darán descendencia. Sólo en la soledad con poder aparece la plenitud de una personalidad extraordinaria: los triunfos serán inmensos, y los fracasos, graves. El individuo no es inocente ante la Historia. En gran parte del futuro propio, quien decide es el hombre; y cuando interviene la suerte en forma adversa, cabe enderezarla enérgicamente, volviendo victoria las derrotas. Sucre entraba, al fin, en la forja de su porvenir auténtico; y no trepidó. ¿Quién sino el fuerte ha de desafiar al mañana?

Al viajar de Bogotá a Popayán tomó Sucre un camino que, vuelto a recorrer, en 1830, le llevará a la muerte.

Segunda parte
LOS AÑOS AUDACES

> Los genios y los valores no son personas individuales, sino medidas de crecimiento de la cultura.
>
> ALFRED L. KROEBER. *Formas del desarrollo cultural*: 839.

¿Cómo eran las provincias del Sur –el Ecuador actual–? ¿Cómo Guayaquil, tan ambicionado por el Perú? Antonio José de Sucre llevaba dentro interrogantes capitales. Llegó a Guayaquil con 700 hombres, que viajaron en una corbeta, dos bergantines y varias embarcaciones (7 de mayo de 1821). La iniciativa de este viaje por mar era su obra.

> Usted debe tomar en consideración las ideas de Sucre –escribía el vicepresidente Santander a Bolívar– y abandonar el proyecto de llevar ejército alguno por Pasto, porque siempre será destruido por los pueblos empecinados, no poco aguerridos y siempre, siempre victoriosos.[75]

¿Qué halla en Guayaquil? Una ciudad, una provincia, donde actúan enconadamente tres bandos políticos: el de los que quieren mantener la región independiente de San Martín y de Bolívar; el de los sanmartinianos (anexión al Perú), y el de los bolivarianos (anexión a Colombia). La Junta que ahí gobernaba, presidida por José Joaquín Olmedo, propiciaba la autonomía:

> [...] Se declara la independencia de la Provincia –decía el Estatuto provisional– y su derecho a incorporarse a la grande asociación que le convenga, de las que se han de formar en la América del Sur.

Este criterio oficial, fijado por el Colegio Electoral, mostraba un espíritu titubeante y acomodaticio que no se compadecía con el

[75] *Archivo Santander*. T. V: 74.

derecho. Guayaquil pertenecía al antiguo virreinato de Santa Fe de Bogotá, y sólo en lo militar –hacía muy poco de eso– dependía de Lima. Apenas independizada,[76] solicitó ayuda de San Martín y de Bolívar; salió en guerra contra los españoles encastillados en Quito, fracasó una vez, dos veces; hallábase en peligro, amenazada por la revancha del jefe español Aymerich, que acababa de cortar la cabeza al coronel argentino José García, en el combate de Tanizagua. La exhibió en Quito, en jaula de hierro. Guayaquil quería liberar a Quito, porque sin eso no se hallaba a salvo su acto de independencia.

San Martín, que avanzaba de Pisco a Lima, fue el primero en atender la demanda guayaquileña, enviándoles a conferencias a su primer edecán, coronel Tomás Guido, como jefe, y el general Toribio Luzuriaga. ¿Objetivo? "Trabajar por la incorporación de la provincia al Perú",[77] además de los encargos de "contratar un empréstito, reclutar marineros y remitir botes para la escuadra". Guayaquil poseía uno de los mejores astilleros del Pacífico; era el comienzo aprovechable de la zona feraz de la costa, después del lago desierto que comienza al norte de Chile y que cubre todo el litoral peruano; daba maderas de toda calidad; como puerto, considerábase inexpugnable por hallarse lejos del Océano.

La misión Guido fracasó al mes y medio, por diversas circunstancias. Ante todo, porque la provincia mantuvo su neutralismo. Y si se puso bajo la égida de San Martín, reconociéndole como jefe militar y naval, lo hizo sólo "mientras durase la guerra". A la llegada de Sucre, ya los comisionados sanmartinianos habían partido.

Tres problemas congestionaban al importante puerto del Pacífico: el internacional, el militar, el político. Para el primero,

[76] El acto de independencia se produjo al amanecer del 9 de octubre (1820). El teniente coronel Escobedo sublevó a su batallón peruano *Granaderos de la Reserva*; los dos oficiales del *Numancia*, dados de baja, Letamendi y Febres Cordero (venezolano), se tomaron los otros cuarteles. Guayaquil tenía 1.500 hombres. Asumió actitud brillante otro venezolano: Luis Urdaneta, quien mató con su pistola al comandante de caballería Joaquín Magallar. El gobernador de la plaza, Vivero, y el jefe de las lanchas cañoneras, Villalba, fueron apresados. La acción, rápida, bien calculada, alcanzó culminación.

[77] ENCINA, FRANCISCO A. *Bolívar. Emancipación de Quito y Alto y Bajo Perú*: 43.

llevaba Sucre instrucciones categóricas: Guayaquil pertenecía a Colombia y jamás al Perú. El acuerdo de *uti possidetis* de 1810 lo determinaba fijamente, visto que la adscripción al virreinato de Lima en lo militar significaba cuestión adjetiva y transitoria, determinada por real orden muy poco atrás (1803). Para el segundo problema, el jefe cumanés, operando sobre la base de las tropas llegadas con él, organizó un ejército de 1.200 infantes y 200 de caballería. El general Mires había llevado 1.000 fusiles, por orden de Bolívar, y la guerra requería un reinicio en firme. Hasta ese momento sólo hubo desastre. La Junta de Gobierno de Guayaquil, al lanzar su pequeño ejército contra las tropas realistas de Quito, sufrió descalabro en Huachi, con el coronel venezolano Luis Urdaneta –prohombre de la revolución de octubre–, y luego con el general argentino Luzuriaga, uno de los emisarios de San Martín. Sucre no había llegado todavía. El puerto libertado y su Gobierno hallábanse en gravísima angustia. El enviado del Libertador asumió la responsabilidad militar sin titubeo.

En lo político fue donde obró Sucre con tino más inteligente y hábil. A los ocho días de su arribo alcanzó un convenio con la Junta gubernativa:

> La Junta Superior de Guayaquil declara la provincia que representa bajo los auspicios y protección de la República de Colombia. En consecuencia, confiere todos sus poderes a S. E. el Libertador presidente, para proveer a su defensa y sostén de su independencia, y comprenderla en todas sus negociaciones y tratados de alianza, de paz y comercio, que celebre con las naciones amigas, enemigas y neutrales.[78]

Este acuerdo elimina el anterior en que la provincia se ponía bajo la tutela de San Martín. Para cabal complemento de lo pactado, la Junta se dirige a Bolívar: "No hemos tenido otro objeto que declararnos nuevamente bajo los auspicios y protección de Colombia, poner las bases de nuestra existencia civil y política,

[78] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Documentos*. T. XIX: 40.

promover el engrandecimiento e integridad de la República".[79] Es una entrega cabal a Colombia; habla de la "integridad". Sucre obtuvo este triunfo aprovechándose de la división de criterios que había entre los guayaquileños. Consiguió que los bolivaristas presionaran.

Pero el punto clave no es el Gobierno guayaquileño en aquellos momentos, sino San Martín, que representa las ambiciones peruanas de anexión de Guayaquil, "la ciudad complemento del Callao". El habilísimo político que hay en Sucre se enrumba hacia el general argentino, a fin de controlarlo, halagándole y hasta ofreciéndole participación en la próxima acción militar.

> Quito será libre –le dice en mensaje de dos días antes de la firma del convenio con la Junta– en esta campaña, y me lisonjeo tengan en ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colombianos verán con una satisfacción orgullosa marchar entre sus filas a los libertadores del Sur y estar a las órdenes de V. E.

¡Se les ofrece, así, el comando de la empresa! ¿Por qué? Porque, infaliblemente, San Martín no lo aceptará. El político cumanés calcula con precisión. El general argentino, en efecto, forzado por las circunstancias políticas del momento en el Perú, o por dejadez –abusaba del opio a causa de los dolores reumáticos y la úlcera que padecía–[80] se encogió de hombros ante la invitación. Sucre insiste; sabe, de nuevo, que no será atendido. Su verdadero pensar personal le comunica a su Gobierno, en Bogotá: "La presencia en Guayaquil de tropas peruanas sería lo peor que pudiera ocurrirle a la causa colombiana".

Este hilar fino, de suma destreza, daba tiempo a los auxilios militares que se esperaban de Colombia. Y para que el Libertador pudiera enrumbarse al Sur, si es que había terminado, según sus planes, la campaña de Venezuela. El propio Sucre era un convencido de ello: "Puedo asegurar a V. E, –decíale a San Martín en carta del 12 de junio– que la campaña de Caracas acaso esté para hoy concluida".

[79] DESTRUGE, CAMILO. *Historia de la Revolución de Octubre y Campaña liberadora de 1820-22*. Barcelona, España, 1920: 261.
[80] ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit.*: 40.

> No hay amor más generoso que el que se sabe al mismo tiempo pasajero y singular.
>
> ALBERT CAMUS. *El mito de Sísifo*: 63.

En Guayaquil se presentó con estos títulos: "Antonio José de Sucre, de la Orden de los Libertadores, general de Brigada, comandante general de la División del Sur en el Departamento de Quito". Y volvióse pronto el personaje céntrico de la vida social en el puerto. El capitán Eusebio Borrero Costa, ayudante mayor del batallón *Santander* formado en Cali, habla así del cumanés:

> Me ha parecido un bellísimo sujeto, y de modales muy propios para ganar el corazón y la voluntad de los pueblos. Une a un trato muy fino y cualidades sociales, mucha energía y actividad.[81]

Con estos dones, fácilmente alcanzó fortuna en el ámbito femenino. Amén de que su permanente nostalgia y sus pocas palabras movían a curiosidad, excitando. En Venezuela había dejado fama de buen enamorador. Hasta se le achacó, sin suficiente verdad, una hija ilegítima, de nombre Lucía Zerpa, en Ana María Zerpa, de Cumaná.[82] En Guayaquil, de manera fácil, graduada y continua, tomó el desenvolvimiento del amor una graciosa curva, ya trabándose en deleites puros con Pepita Gaínza Rocafuerte, de lo más culto de la sociedad; ya enredándose en aventura con Tomasa Bravo.

Esta última debió de entrar en el sentimiento del joven general muy a poco de llegado éste, porque la hija producto de ese ardiente nexo nació en abril del año siguiente.[83] ¿Cómo había de

[81] Carta al vicepresidente Santander; Cali, marzo 13 de 1821. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. (Caracas), T. XXXII, Nº 125.

[82] Investigación de Rafael Armas Alfonzo. Correspondencia enviada de Barcelona, Venezuela, a *El Nacional*, de Caracas, en 29 de enero de 1961.

[83] GRISANTI, ÁNGEL. *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la Marquesa de Solanda*. Caracas, 1955: 22. Texto de la partida de bautizo: "En la iglesia Matriz de la ciudad de Guayaquil, en veinte días del mes de abril de 1822 años, de mi licencia y facultad el Padre Fray Alipio Lara bautizó, puso óleo y crisma a Simona, de cuatro días de nacida, hija natural de don Antonio José de Sucre y de Tomasa Bravo. Fue su padrino don Juan Francisco Elizalde, etc.". (*Archivo de la Catedral*, libro Nº 17, folio 7 vuelto).

llamarse la niña? ¡Simona, por Simón Bolívar! Años más tarde, cuando tenga su única hija legítima, la llamará Teresa, ¡en honor de la difunta esposa del Libertador! Esta era la devoción profunda de Sucre para con su maestro en las armas, en la vida. Lo admiraba y lo amaba, con amor de hijo del espíritu, que es más que hijo de la carne, porque el espíritu no fenece ni se amengua, sino que se acrecienta.

Poco o nada se sabe de Tomasa Bravo, ni de su hija Simona. Sólo se conoce una carta del propio Sucre[84] donde se habla de la muerte de Tomasa y de la preocupación del general por su hija, de ya cuatro años de edad:

> Octubre 11. Mi querido coronel Aguirre: En una cartica que le escribí de Oruro dije a usted que en Guayaquil tengo una niñita, que sea o no mía, su madre lo decía así, he llegado a creerlo. Su madre, Tomasa Bravo, ha muerto, según me han escrito de Guayaquil, y la chiquita (que se llama Simona) no sé quién la tenga, y es un deber y mi deseo recogerla. Abuso de la amistad de usted para rogarle que me haga llevar esta niñita a Quito y la ponga en una casa en que la críen y la eduquen con mucha delicadeza y decencia, la enseñen cuanto se puede a una niña; en fin, me la haga tratar bien, como espero de usted. Todo gasto lo pagaré a usted de mi cuenta. La chiquita tendrá cerca de cuatro años, y creo que podrá darle razón de ella Angelina Elizalde. Suplico a usted que llene este encargo y dispense mis impertinencias.
>
> A. J. DE SUCRE.[85]

Con el uniforme de levita azul cerrada, con hilera de botones dorados, pantalón azul, charreteras de oro, espada al cinto, veíase mejor a pie que a caballo, pues cabalgaba sin elegancia. En los salones, lo natural en él era una cortesía refinada. De ahí que en el puerto ecuatoriano fuese recibido por la alta sociedad con

[84] GRISANTI, ÁNGEL. *Op. cit.*: 24.

[85] Angelina Elizalde, de las principales familias de Guayaquil, era hermana de Juan Francisco Elizalde, padrino de bautizo de la niña.

especialísimos cumplimientos. Sabía ser galante, bailaba bien, su inclinación a las mujeres aparecía manifiesta. Austero por naturaleza, ni bebía hasta la embriaguez ni fumaba, ni acuciaba sus facultades hasta un desbordamiento incontrolado.

En alguna que otra carta que se ha conservado se hallan detalles del apego suyo a lo femenino. "Supongo a usted en Cúcuta, disfrutando de los favores de la V...", escríbele el coronel Ambrosio Plaza. El general Rafael Urdaneta expresa: "¡Qué buen humor el de Sucre, y cómo se acuerda de Margarita!" El general Santander habla así, refiriéndose a un hermano de Sucre: "Hasta ahora me parece un buen joven, aunque algo parecido a su hermano Antonio en cuanto enamoradito de cuantas ve y visita".[86] El desahogo, por tanto, de este temperamento disciplinado y casi hermético está en su entrega a las mujeres, que descubren en él "un corazón de oro".

Pepita Gaínza Rocafuerte, linda guayaquileña aristocrática, de dieciséis años, conoció a Sucre en uno de los bailes sociales organizados en honor del cumanés. Y es historia lo que entonces sucedió. Bailaban los dos jubilosamente. En uno de los pasos, en aquellas danzas galantes tan insistentes en las reverencias, una de las medallas que lleva el general al pecho se prende y enreda en el encaje del vestido de Pepita. Trata ella de poner a salvo la joya vanamente. Detiénense, insisten. Habla entonces Sucre: "Esto quiere decir, Pepita, que mis glorias le pertenecen"; y coloca la medalla en el pecho de la dama. "Gracias, general –responde ella–; me haré digna de merecerla". Los danzantes se habían detenido para contemplar la escena, y con efusiva alegría aplaudieron largamente el hermoso gesto.[87] Ese amorío, sin embargo, no progresó. "Sucre era tornadizo, como muchacha casquivana", escribe el cronista guayaquileño Camilo Destruge. El fuego quizá fue acrecentándose, pero en el galán había sobra de inquietudes sentimentales en diferentes rumbos, como se verá por la correspondencia de más tarde. Para el hombre de guerra, el amor no constituye objetivo. Amar es cuestión estrictamente íntima; reducida

[86] GRISANTI, ÁNGEL. *Op. cit.*: 14.

[87] Ángel Grisanti investigó en Guayaquil y descubrió que esa medalla la conservó siempre la familia Gaínza. Hoy pertenece a José Joaquín de Icaza Noboa, descendiente de Pepita, la cual se casó con Manuel de Icaza Silva en 1831, o sea después de la muerte de Sucre.

de ámbito, por lo mismo. Guerrear, en cambio, y por causa noble, implica entrega del hombre a la Humanidad. En la mayoría de los héroes, el amor aparece como vehemencia fugaz, tomada al paso, casi sin detenerse.

Dos meses llevaba Sucre en Guayaquil, activo sin la preparación de tropas y activo, episódicamente, en los andares del querer, cuando se produjo una sorpresiva sublevación de un bergantín, una corbeta, dos goletas y diez lanchas cañoneras, con sus hombres al mando del teniente coronel venezolano Nicolás López de Aparicio. También entraban en la trama promonárquica el guayaquileño Ramón Ollague y un español de apellido Caamaño. Los tenientes de Sucre –que se hallaban en el pueblo de Samborondón– y el propio general luego, aplastaron el estallido. López, con las tropas que le quedaban, avanzó hacia Riobamba, a mitad de camino entre Guayaquil y Quito, uniéndose así con los contingentes españoles. Operó Sucre con suma actividad. El gobernador hispano Aymerich había partido hacia el Sur con 2.000 hombres, para reforzar al insurrecto López en cuya eficacia confiaba. Al mismo tiempo, se dirigía desde Cuenca rumbo a Guayaquil otra columna realista, de 1.000 unidades. ¿Qué cabía? Batir a los dos enemigos separadamente, impidiendo así su fortalecimiento. González es derrotado en el combate de Yaguachi (12 de agosto). Aymerich retrocede, acosado por Sucre. Pero éste recibe informes de una intensa agitación en Guayaquil, donde se quería que, bajo el fervor del triunfo en Yaguachi, se proclamase la incorporación oficial de la provincia a Colombia. Frente al problema militar ha surgido un grave punto político. Encarga a Illingworth que amenace a los realistas en Quito y afronta el caso personalmente, en rápido retorno a Guayaquil. Encuentra que la Junta gubernativa, en alto entusiasmo, ha ordenado un monumento que rece:

"Aquí (en Yaguachi) fue libre Guayaquil bajo el escudo de Colombia"; ha resuelto ampliar los poderes militares al jefe venezolano; pero ha aplazado la incorporación a Colombia. Examina cómo el desbordamiento multitudinario corresponde a sólo la acción de unos cuantos colombianos, agitadores hábiles y aprovechadores del momento. Ve claro; no titubea. Sabe que, de proseguir la persecución a Aymerich, tal vez se hubiese dado la batalla de Quito

–de dudoso éxito, pues los efectivos militares republicanos eran inferiores–, pero poniendo así a Guayaquil en peligro, no frente a los españoles, sino a los peruanos. Actúa, en consecuencia, desbaratando la voz pro-colombiana de los manifestantes callejeros, y ya seguro de un ofrecimiento de la Junta de que convocaría al Colegio electoral más tarde, retorna al campo de guerra apresuradamente. El choque se produce en Huachi entre Ambato y Quito (12 de septiembre). Sucre no tenía caballería; además, en medio de la batalla el general Mires desobedece una orden capital, por "torpe y terco", y la acción vuélvese la más grave de las derrotas para Sucre, que no alcanza a salvar sino un centenar de soldados, con los cuales regresa a Guayaquil. Aymerich, gravemente maltrecho en sus cuadros, pues la batalla fue muy encarnizada, no se atreve a dirigirse al puerto y atacarlo. Ha sido informado de que Bolívar libertó a Venezuela en Carabobo y de que San Martín entró en Lima. La revolución avanzaba; valía más preparar la defensa de Quito. Guayaquil responde al fracaso con un contingente de voluntarios –700, la misma noche del desastre–[88] y con amplias colectas de dinero. El tozudo general Mires cayó prisionero, con 500 de tropa. Esta única derrota de Sucre en los territorios del Sur se debió a la incapacidad de un segundo jefe que, a causa de su vieja amistad con Bolívar, se creyó autorizado para disentir, en plena lucha, de las órdenes del comandante en jefe.[89]

Una permanencia en Guayaquil de cuatro meses: tal la consecuencia del golpe de Huachi. El enemigo estaba fuerte y había que prepararse con altas potencialidades para batirlo. Las palabras con que Sucre había confesado a Bolívar su fracaso eran claras, sinceras:

> Una imprudencia, que no ha sido mía, ha perdido la más bella ocasión de libertar a Quito, ha perdido la

[88] PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Historia del Ecuador*. T. III: 74.

[89] El historiador chileno Francisco A. Encina, en la obra citada ya, sostiene que Sucre desaprovechó la ocasión de tomarse a Quito, por atender a la política en Guayaquil. Su derrota en Huachi, donde sus novecientos hombres se enfrentaron a mil setecientos de Aymerich, prueba que Sucre había adivinado las fuerzas enemigas por anticipado; a causa de su inferioridad en efectivos, prefirió aplazar el choque. En Quito, el jefe español habríase presentado mucho más fuerte y, además, encastillado.

> división y acaso va a mancillar mi reputación. Yo no trato, mi general, de excusar la responsabilidad que tengo delante del Gobierno por mi comportación en esta campaña; al contrario, el reposo de mi conciencia en esta parte me hace desear el escudo de la justicia para vindicar alguna acusación contra mis operaciones militares, que debieron satisfacer la confianza de usted [...] Este resultado me ha reducido por el momento a la defensiva. La importancia de Guayaquil exige prefiramos su conservación a una tentativa que ahora mismo sería muy expuesta sobre Cuenca.

La defensiva, en la guerra, es peligrosa. Cabe a veces, sin embargo, trocarla en éxito. Y eso fue lo que descubrió y puso en ejecución el extraordinario talento de Sucre. Halló que convenía pactar provisionalmente con el enemigo, en quien descubrió ciertas vacilaciones por causa de la noticia del triunfo de Carabobo; y porque la escuadra de Cochrane, que se había separado de San Martín y que se encontraba frente a Guayaquil, podía auxiliar a los patriotas republicanos. Se hicieron sugestiones a través de la Junta de gobierno, y el jefe español Tolrá, lugarteniente de Aymerich, propuso un armisticio. Sucre lo aceptó inmediatamente, para un lapso de noventa días. En esa tregua se prepararían tropas, se aguardarían auxilios. En suma: se ganaría tiempo. Apoderarse del tiempo y manejarlo, ensanchándolo a veces, apresurándolo en otras, equivalía a seguir los más sabios consejos militares del más genial de los generales de entonces: Napoleón Bonaparte. No se percató el coronel Tolrá de la ventaja que concedía a sus contrarios. No sabía avizorar en lejanías. Bolívar, fino captador de los secretos de la guerra, escribió más tarde estas palabras consagratorias:

> La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha (seis meses más tarde) se debe a esta hábil negociación, porque sin ella aquella célebre jornada no habría tenido lugar.[90]

[90] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.*: 4.

Los cálculos fueron de alta precisión. Antes de mes y medio, después de Huachi, llegan por mar 500 soldados colombianos. Es el batallón *Paya*, que rige el comandante cumanés José Leal. ¡Cuánto no debieron hablar Sucre y Leal sobre Venezuela, sobre la tierra natal Cumaná, sobre sus gentes, su dolor y su triunfo! Con el Paya arriba también el coronel Diego Ibarra, edecán del Libertador; trae una carta de Bolívar para el general San Martín. ¡Qué no dijo, qué no narró Ibarra! Estuvo, en persona, en la batalla de Carabobo, como edecán del Libertador; al final de esa gigante acción persiguió con el general Plaza al batallón *Infante*, que huía y que fue sometido. A su lado cayó sin vida el valerosísimo Plaza. Fue testigo de la apoteosis de los vencedores, en Caracas; comprendió el delirio de un pueblo que al fin se sabe libre, y se estremeció su espíritu ante la grandeza de los sacrificios de los oficiales, de la tropa, de los civiles, en pro del indispensable don vital. No sólo Sucre y los oficiales, sino los soldados y la propia sociedad de Guayaquil, debieron de escuchar, reiteradamente, el relato, como deleitándose, como soñando creadoramente. El presidente de la Junta, el dubitativo Olmedo, ¿qué pensó entonces Olmedo? ¿No vio venir, ebrio y quemante, el huracán de la victoria?

También entran a puerto, la víspera, el almirante Cochrane con sus barcos de guerra –se había separado de San Martín, con quien realizara la campaña del Perú–, y una goleta mercante, procedente del Callao, con 1.500 fusiles; 1.000 pagados con dinero enviado de Cuenca hacía meses, y 500 que los compró Sucre a quien los importaba. Estas armas serían de inmensa utilidad. Cochrane se negó a cooperar con Sucre y prefirió partir con sus barcos en persecución de las fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*, con las cuales se hizo más tarde un negocio turbio. No por parte de Cochrane.

La carta de Bolívar para San Martín pedía el envío de la escuadra de Chile –la de Cochrane– para el transporte de tropas a Guayaquil. El mensaje había fracasado. Ese gran marino inglés, al servicio de la independencia, no se prestó ni siquiera para que uno de sus barcos condujese de Buenaventura a Guayaquil al Libertador. Sucre, antes de autorizar la continuación del viaje de Ibarra a Lima, preguntó al general San Martín si podría enviar navíos para la conducción de los ejércitos colombianos, que querían auxiliar al

Perú. San Martín contestó que remitiría los barcos, cosa que jamás cumplió "ni podía cumplir".[91] Ibarra quedó incorporado a las fuerzas de Sucre.

Ante la urgencia de nuevos contingentes militares, escribe el general a San Martín, pidiéndole –exigiéndole– la devolución del batallón colombiano *Numancia*, acantonado en Lima desde cinco años atrás. Había sido formado en Venezuela en 1813 y enviado por Morillo desde la Nueva Granada al Perú en 1816. Se pasó a los patriotas en diciembre de 1820.[92] Querían regresar a su patria y se dirigieron a Sucre –carta del 30 de octubre de 1821– "para que V. S. reclame el batallón como cuerpo de la República de Colombia.... pues el batallón se disuelve indefectiblemente si permanece en el Perú... El cuerpo está no sólo en el mayor disgusto, sino en la más tremenda alarma por su permanencia en una tierra que aborrece".[93] San Martín no autorizó la devolución. Iba acentuándose el distanciamiento, que no la unión, entre los del Norte –los colombianos– y los del Sur. El fruto de discordia era Guayaquil, y quizá algo más que iría descubriéndose poco a poco. ¿No estaban enfrentándose en realidad dos colosos, a distancia?

Aquel mismo octubre, el Congreso colombiano celebrado en Cúcuta había procedido a elegir presidente y vicepresidente de la República, en las personas de Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. También nombró senadores. Y aquí aparece Sucre, entre los cuatro que representarán al departamento de Orinoco: Mariño, Sucre, Peñalver y Eusebio Afanador. Los menesteres de la guerra hicieron que esta designación quedase en la sola calidad de honor para el cumanés. No volverá a la Nueva Granada sino en vísperas de su muerte.

Bolívar sigue hacia el Sur. Quiere ir a Guayaquil, unirse a Sucre y producir la liberación de esas zonas (el Ecuador y el Perú). Su propósito era partir por Buenaventura, en el Pacífico, con 2.000 hombres de los mejores de La Guardia, en los transportes que había

[91] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Documentos*. T. XIX: 77 y siguientes.
[92] LECUNA, VICENTE. *Bolívar y el arte militar*: 156.
[93] El coronel Tomás de Heres, del batallón *Numancia*, había denunciado a San Martín una conspiración. Los acusados negaron el hecho. Heres, futuro jefe de Estado Mayor de Bolívar, fue expulsado del Perú.

ordenado al general Sucre enviase a dicho puerto y dirigir en persona la campaña.[94] ¿Era que desconfiaba de Sucre, al tratar de ponerse él mismo a la cabeza de los ejércitos? No parece que faltara confianza, sino que el Libertador asumía siempre de por sí, la totalidad de las responsabilidades. Si no partió por Buenaventura fue a causa de que se presentaron en el Pacífico una corbeta y cuatro goletas españolas armadas en guerra, para custodiar a tres transportes que conducían unos 800 soldados de refuerzo para Quito. Viajaba con el nuevo virrey de la Nueva Granada Juan de la Cruz Mourgeon, reemplazante de Sámano, que había muerto.[95] Esta autoridad monárquica no paso más allá de Quito por encontrarse casi todo el territorio neogranadino independizado; y sus barcos se destinaron a vigilar el Océano. Bolívar, en consecuencia, optó por la ruta terrestre, con su ejército. Esa vía estaba considerada inaccesible.

San Martín hila fino en su diplomacia, desde Lima, y en pro del Perú, que le ha llamado su protector. Ofrece enviar otras tropas, en vez del *Numancia* –lo hará luego–, y despacha antes, con suma de previsión, una embajada compuesta del general peruano Francisco Salazar, del coronel argentino Manuel Rojas (secretario) y del general cuencano José de la Mar, sin cargo ni empleo visibles. ¿Qué buscaba la embajada?

> En el fondo de todo esto –escribe el historiador argentino Bartolomé Mitre–[96] estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado a Sucre respondía a él, a la vez que la terminación de la guerra de Quito.

Salazar trae para Sucre una carta del general Juan Antonio Álvarez de Arenales, militar español que lucha con los independientes y que es el oficial de suma significación en ese momento junto al general San Martín. Anuncia Arenales que se ha dispuesto el envío de tropas de Piura y Trujillo, y un escuadrón

[94] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Narración*. T. II: 118.
[95] A. Mourgeon también le asediaba la muerte: falleció a los cien días de llegado.
[96] MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia del general San Martín y de la emancipación sudamericana*. T. III: 587.

argentino de granaderos (más de 1.000, la mayoría reclutas). Sucre se dirige inmediatamente al ministro de Guerra del Perú, coronel Bernardo Monteagudo,[97] para decirle que el enlace de los del Sur y los colombianos debe de producirse en la ciudad de Cuenca, arrebatándola antes al coronel Tolrá, para que "un punto de la República sea testigo de la unión de las armas peruanas, argentinas y colombianas", suceso eminente de cooperación que iba a producirse por vez primera en la independencia de América. Sucre vio la trascendencia del símbolo y la subrayó. Además en esa misma comunicación demostró la más fina de sus virtudes: la modestia. Ofrece entregar el mando, por disciplina militar, renunciando así en cierto modo a la representación que tenía del Libertador.

> Se me ha dicho particularmente –le anota a Monteagudo– que el señor general Arenales vendría a esta expedición; siendo él más graduado que yo, tomará el mando de las tropas al reunirse, y nos será lisonjero que este ilustre jefe conduzca nuestros estandartes a la victoria.

Arenales era entonces de más de cincuenta años. Y no pudo separarse de San Martín; viajó en su lugar el coronel Santa Cruz.

A los tres días de la llegada de los embajadores de San Martín –del Gobierno del Perú, más propiamente– estallan ruidosamente dos movimientos pro colombianos: uno en el batallón *Vengadores* en Guayaquil y otro en la municipalidad de Portoviejo, ciudad a 150 kilómetros al norte de la anterior. La pugna hallábase exacerbada, y se apelaba ya a los sistemas drásticos, en los cuales se encuentran siempre los gérmenes de los magnos errores en la Historia. Sucre se opone a los dos movimientos. Exige que los del *Vengadores* sean absorbidos por los otros cuerpos acantonados en Samborondón, pueblo muy cercano a Guayaquil, donde se había establecido el Cuartel General, y manda a su propio edecán Eusebio Borrero a

[97] El historiador chileno Francisco A. Encina (*op. cit.*: 40) dice de Monteagudo: "San Martín, empañado su cerebro por las úlceras al estómago, los dolores reumáticos agravados por el clima y el abuso del opio, cayó bajo la fatal dependencia del más siniestro personaje de la Revolución: el zambo Monteagudo".

convencer a los de Portoviejo de que no se requerían métodos coercitivos para una cuestión que debía proceder tanto de la aplicación de un derecho como del sentimiento popular. Olmedo (peruanófilo entonces), envió dos comunicaciones "reservadas" a Salazar sobre estos sucesos.

> El Gobierno –dice– quiere depositar en sus manos este relato como un testimonio de la presión que se intenta hacer a la libertad, y una prueba de nuestro constante esfuerzo de conservarla.[98]

La Junta, en esta emergencia, lejos de constatar la moderación de Sucre, se expresó sobre él en términos acres, aunque sin formular ninguna acusación concreta; pero el propio Olmedo, en oficio a Sucre del 27 de diciembre, hace justicia al respetuoso general colombiano, al reconocer sus esfuerzos por reducir al batallón *Vengadores*.[99] El general cumanés tenía que habérselas con un ambiente en extremo caldeado, lleno de suspicacias, contradictorio, a la vez que preparaba su próxima campaña.

Casi al mismo momento en que Cochrane abandonaba a Guayaquil, en busca de las fragatas *Prueba* y *Venganza*,[100] Panamá se declaraba independiente de España (28 de noviembre), ampliando así el territorio libre de la Nueva Granada y, por ende, el de Colombia. Era una excelente noticia, que fue recibida en Guayaquil con alborozo, por causa de la libertad y por razones de orden comercial.

Había llegado la hora de emprender la marcha rumbo a Quito. Allá le tiene el Destino listos dos triunfos: el de la victoria militar y el del amor.

---

[98] *Archivo Paz Soldán*. "Cartas y documentos" (1821-22). T. I: 8-9.

[99] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada*... T. III:144.

[100] Sucre envió proposiciones de arreglo a Panamá para las dos fragatas españolas, pues podrían ser compradas por Colombia. Entraron en Guayaquil las dos embarcaciones y, aprovechándose de la ausencia de Sucre, que ya había partido para la campaña, las compró el embajador peruano Salazar para el Perú. Esta adquisición "cortaba a Bolívar la única posibilidad del viaje suyo a Guayaquil por mar".

> No es lícito en la guerra errar dos veces.
>
> MORATÍN. *Hormesinda*, acto V.

El futuro se une, en Sucre, con suma persistencia al presente. De la misma manera como antes recorrió ya, entre Bogotá y Quito, la ruta que lo ha de llevar a la muerte, ahora se dispone a avanzar por un camino que necesitará más tarde para dominar y aplastar una invasión peruana en 1829. Y hay un hombre al que conoce ahora, enviado por San Martín: el general José de la Mar, con quien tendrá mucho en pro y en contra en el mañana. La Mar, nacido en Cuenca, se halla al servicio del Perú; obra, en consecuencia, contra Colombia; y él es colombiano de nacimiento. Después será subalterno de Sucre, para luego encabezar una guerra en que será derrotado por el propio cumanés. Figura extraña, de ya cincuenta y cinco años, es fijada así por su biógrafo más significativo:[101]

> La Mar sufre aún, después de más de un siglo, el escarnio de que se discuta su nacionalidad y su responsabilidad por el mismo hecho que a San Martín no se le ha negado la apoteosis del monumento conmemorativo.

¿Mala suerte, justicia, injusticia histórica? Otro analista de La Mar (citado por Jaramillo), el peruano Luis Alayza y Paz Soldán,[102] expresa con generosidad:

> La tragedia de La Mar, en su calidad de personaje sin patria, es más desesperante que la del individuo sin sombra o la del hombre sin reflejo en el espejo que nos presenta la imaginación de Hoffman en sus cuentos fantásticos.

[101] JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *El Gran Mariscal José de La Mar*. Quito, 1941: 41.

[102] ALAYZA, LUIS y PAZ SOLDÁN, MARIANO. "Vida novelable del mariscal La Mar", en *El Comercio*, de Lima, 1939. Si ha de fijarse la personalidad de este general, habrá que señalar su falta capital: la de haber carecido de rectitud y de nobleza de espíritu. Sus talentos múltiples se hundieron en el vértice de estas dos carencias.

La Mar queda a sus anchas en Guayaquil, de donde sale Sucre con sus tropas el 22 de enero. Se embarcan y navegan hacia el Sur; entran a puerto, avanzan a la ciudad de Machala; toman de ahí rumbo a Oriente, siguiendo el río Jubones, que ha roto, en mil siglos, la mole de los Andes; suben la altiplanicie y se encuentran con los soldados que vienen del Perú en el sitio denominado Saraguro. Los viajeros colombianos apenas si pasan de mil, los del Sur son novecientos, comandados por el coronel Santa Cruz. Han sido veinte días de marchas, a ocultas del enemigo, a quien se le había despistado con varios movimientos de avanzadas que atacaban en un punto y otro sorpresivamente.

Apenas cumplido el abrazo de los colombianos, argentinos, peruanos y chilenos, en Saraguro –¿alborozo sin reticencias, o mutua vigilancia desconfiada?–, y mientras se planean los nuevos pasos, Sucre recibe cartas del Libertador. Se dan normas de campaña. Y se plantea el caso de Guayaquil con total franqueza. Colombia no se anduvo con medias tintas ni subterfugios en momento alguno. Guayaquil era territorio colombiano, sin discusión. Tal la tesis, abierta y firme, frente a la acción del Gobierno sanmartiniano, insidiosa y subterránea.

Escribe Bolívar desde la ciudad de Cali, pequeñita, asentada eglógicamente en un inmenso valle inabarcable. Sucre se había detenido allí todo el mes de marzo del año anterior, equipando su expedición al Sur. Al despedirlo, el cabildo de la ciudad le había dicho:

> Es indecible la satisfacción con que hemos recibido el oficio que nos ha dirigido V. E. al marcharse de esta ciudad para la campaña del Sur. Cuando no fuere conocido el mérito de V. E., ese solo documento manifiesta muy bien la moderación, las luces y virtudes recomendables que caracterizan el alma grande de vuestra excelencia.

El general Sucre, al despedirse, había escrito al Cabildo: "El pueblo de Cali me ha dispensado atenciones que recordaré con placer orgulloso para testificarle en todo tiempo mi gratitud".[103] Con

[103] ZAWADZKY, JORGE. "La expedición de Sucre al Sur". *Boletín de la Academia de Historia del Valle* (Cali, Colombia), Año XVIII, Nº 91: 45.

ese mismo espíritu de alto patriotismo fue recibido allí Bolívar. Y desde ese hermoso punto de apoyo definió la cuestión de Guayaquil en forma que no diese duda:

> Al señor José Joaquín de Olmedo– [...] Hablo de las comunicaciones que dirijo tanto al Gobierno como al general Sucre. Por ellas verá usted que exijo el inmediato reconocimiento de la República de Colombia, porque es una galimatía la situación de Guayaquil [...] Usted sabe amigo, que una ciudad con un río no puede formar una nación [...] Tumbes es límite del Perú y, por consiguiente la Naturaleza nos ha dado Guayaquil [...] Me he determinado a no entrar en Guayaquil sino después de ver tremolar la bandera de Colombia, y yo me lisonjeo que usted empleará todo el influjo de su mérito, saber y dignidad para que no se dé a Colombia un día de luto.

Al mismo tiempo le hacía saber al vicepresidente Santander:

> Al general Sucre le digo que obre con energía; que pida cuanto necesite, y si no se lo dan, que se lo tome; que pida el reconocimiento del Gobierno de Colombia, y que, por ningún caso, permita que Guayaquil se incorpore a otro Gobierno.

Por añadidura, Bolívar, seguro de que podría Sucre mandarle embarcaciones a Buenaventura –no sabía aún la llegada del virrey Mourgeon–, anunciaba el viaje de 2.000 soldados colombianos y su propio embarque para el mes próximo, a fin de ponerse a la cabeza de la empresa.

Sucre entró a Cuenca con las tropas todas el 23 de febrero. Y aquí se quedará mes y medio, tanto por aguardar noticias del Libertador, con quien trataba de coordinar las marchas, a fin de llegar a Quito los dos simultáneamente, como porque van a desarrollarse acontecimientos de extrema gravedad. ¡La posesión de Guayaquil está para producir la guerra entre el Perú y Colombia! La aproximación de los dos colosos, Bolívar y San Martín, y lo que ellos representaban en punto a creación e ímpetu, tenía que generar

seria crisis, exacerbándola. La firmeza en el uno y las argucias habilidosas en el otro debían de forjar una tensión peligrosa. La maestría política del caraqueño –y la de Sucre, idénticamente sutil, certera– frente a la ninguna verdadera política del argentino, no podían menos que entrar en choque. En los choques entre colosos, uno de los dos cae derribado siempre.

La iniciativa en esta suerte de lucha incruenta, pero bravía, corresponde a San Martín. El 12 de enero –Sucre no ha salido todavía de Guayaquil– entrega el mando del Perú al marqués de Torre Tagle y resuelve dirigirse a Guayaquil. "Voy a encontrar –dice en el decreto respectivo– al libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del Destino, a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria". Veinticinco días más tarde sale del Callao. Había llegado ya a Huanchaco, cuando arriba a esa misma población otro navío, procedente de Guayaquil, enviado expresamente por Olmedo y la Junta.[104] Trae copia de la quemante carta de Bolívar, dirigida al Gobierno guayaquileño desde Cali: "Exijo el inmediato reconocimiento de la República de Colombia ... Una ciudad con un río no puede formar una nación ...". Al mismo tiempo se informa que Bolívar llegará a Guayaquil muy pronto con 2.000 hombres. Salta, "como herido por un rayo"; desiste del viaje y retorna rápidamente a Lima, donde reúne el Consejo de Gobierno, ¡al que propone "declarar la guerra a Colombia"!

Antes de la partida rumbo a Guayaquil, San Martín ha tomado una medida importante. Por medio de su ministro de Guerra se le notifica a Sucre que el mando de la división combinada le será encomendado a otro. ¡Ese otro es La Mar! Al propio tiempo se dirige el argentino a la Junta y "le ordena" dar la jefatura de las tropas al general La Mar. Sucre contesta inmediatamente, rechazando indignado la torva maniobra. ¡La Mar no era Arenales! ¿A quién

[104] Pío Jaramillo Alvarado, en la biografía elogiosa del general La Mar, dice: "Olmedo, Roca y Ximena fueron los colaboradores de San Martín y La Mar en el propósito de anexar Guayaquil al Perú, y esa responsabilidad no ha sido impugnada". (*Op. cit.*: 74).

estaba obligado a obedecer Sucre sino única y exclusivamente a Bolívar? San Martín ejercía comando solo en los 900 soldados de la división Santa Cruz, y eso siempre que Sucre lo tolerase, ya que era él, Sucre, un comandante en jefe. Tampoco el Gobierno de Guayaquil aceptó a La Mar.

> El nombramiento de La Mar para el mando de la división –carta de Olmedo a San Martín– quizá podrá causar un efecto contrario al que nos proponemos todos [...] Si La Mar va a la división, será admitido, y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, que muchas veces le ha ofrecido, cordial o extracordialmente, el mando, ahora lo tomará a desaire, y no sabemos de lo que es capaz un resentimiento colombiano [...] Estas reflexiones nos han hecho acordar que se suspenda el cumplimiento de la resolución de usted hasta que, impuesto de todo esto y de los nuevos riesgos que nos amena, tome usted una medida grande, eficaz y poderosa.

¿Qué medida poderosa? ¿La de la fuerza? (Olmedo aquí se muestra totalmente peruanófilo).

Cuando obtuvo San Martín la peregrina autorización para declarar la guerra a Colombia, con la oposición de los argentinos Monteagudo y Alvarado, no se atrevió a llevarla adelante.[105] Pero se le ordenó al general Santa Cruz que se retirase inmediatamente y que partiese con su contingente a Guayaquil o a Piura. Al mismo tiempo se le dieron al general La Mar instrucciones en carta del ministro Monteagudo:

> Mandar retirar a todo trance la división del general Santa Cruz al punto que U. S. I. tenga por conveniente, para sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil [...] Emplee usted todas las fuerzas que están puestas a sus órdenes en apoyo de la espontánea deliberación del pueblo.

[105] MANUEL RESTREPO, JOSÉ. *Historia de la revolución de Colombia*. T. III: 194.

Monteagudo creía que ya La Mar se encontraba en la jefatura del ejército.

Un día, hacia fines de marzo, Santa Cruz dirige un oficio a Sucre, avisándole que había recibido instrucciones para retirarse a Lima con sus tropas. Sucre rechaza enfáticamente la pretensión. ¿Se podía jugar fácilmente con Sucre, tenido entre los batallones como más decidido que el propio Bolívar? Su argumentación es sencilla: Santa Cruz seguirá a las órdenes suyas y hará la campaña hasta tanto el Perú no devuelva el batallón venezolano *Numancia*, acantonado en Lima. Y a Santa Cruz le hace saber que sostendrá sus decisiones "cueste la medida que costare". Una carta al comandante del *Numancia* manda que el cuerpo se ponga en marcha inmediatamente, "conduciéndose con firmeza y energía", aunque sin comprometer ni las armas ni la amistad de los dos Gobiernos. ¿Qué significaba eso de disponer el general peruano de subalternos sin contar antes con el comandante en jefe? Santa Cruz le debía obediencia a Sucre en forma total. La energía de Sucre impidió el infalible desastre. La propia lucha por la independencia hubiese entrado en gravísimo peligro.

San Martín, a tiempo que ponía el pleito por Guayaquil en un *casus belli*, escribía a Bolívar, "excitándolo a no intervenir en la decisión de Guayaquil".[106] Cuando el Libertador recibe esta carta –con mucho retraso–, más las numerosas comunicaciones y detalles que le envía Sucre con un emisario especial (el teniente Fidel Pombo), se dirige al Gobierno de Bogotá en consulta del grave caso: "Por estos documentos –dice– podrá observar V. S. que el protector del Perú pretende mezclarse en los negocios internos de Colombia". En consecuencia,

> [...] debo hacer presente que si en último resultado nos creemos autorizados para emplear la fuerza en contener al Perú en sus límites, en hacer volver a entrar a Guayaquil en los de Colombia, es también mi opinión que debemos emplear esta fuerza lo más prontamente posible, precediendo antes las negociaciones más

[106] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada*... T. III: 160.

> indispensables y empleando siempre al mismo tiempo la política más delicada, etcétera.

El Gobierno le autorizó al Libertador a emplear la fuerza, de ser necesario, anteponiendo todos los recursos de avenimiento pacífico. El clima de guerra regional, dentro de la guerra general de independencia, hallábase palpitante. Nadie es capaz de atajar los procesos históricos. El conflicto bélico estallará un día, dentro de seis años, y actuarán en él Bolívar, Sucre, La Mar; este último, en vez de San Martín, desaparecido ya del escenario americano. Por el momento, no hubo conflicto armado, porque San Martín dio contraorden a Santa Cruz. ¿Por qué se esfumó la crisis tan rápidamente? A causa de que Bolívar no pudo embarcarse con sus contingentes. Se comprendió, por tanto, en Lima, que se había ensanchado el plazo para continuar la presión sobre el puerto ecuatoriano. Valía más obrar con diplomacia, sin entrar en guerra.

Desde el punto de vista de la historia militar es hermoso el acosamiento al enemigo en que emprende Sucre a comienzos de abril. Se muestra un maestro del arte de arrollar. Salen de Cuenca las tropas, rumbo a Quito. Recorrerán 400, 500 kilómetros de zonas completamente desconocidas e insospechadas, de todo en todo diferentes a la topografía venezolana. Habrá que retar, intentando maniobras envolventes, multiplicarse en la complejidad de crestas y abismos, emprender lo heroico a la vista de moles de bruñido platino como el Cotopaxi, el Chimborazo, el Tungurahua; dar nutrición, abrigo, a los 2.000 de infantería y 400 de caballería, en disputa con los campesinos y los indígenas. El territorio de aquellas regiones que hoy constituyen la República del Ecuador está atravesado de Norte a Sur por los Andes, divididos en dos gigantescos lomos; de trecho en trecho, esos lomos se unen, como para formar eslabones de cadena. Dentro de cada eslabón –mesetas interandinas– hay una hoya, y en ella, una o varias ciudades. Cuenca, Riobamba, Ambato, Latacunga, Quito, corresponden a esta configuración de la tierra. Para llegar a las poblaciones hácese indispensable ascender a la cordillera, descender hasta el abismo, dormir a campo raso al pie de un gelidísimo volcán. Quienes conocían punto por punto los lugares eran Aymerich, López, Tolrá;

y no Sucre, ni Diego Ibarra, ni Santa Cruz, ni Lavalle, ni Jiménez, ni Rasch, ni Ayende o Morán. El desafío en el avance era al hombre español y a la Naturaleza nueva, desconcertante, llena de sorpresas.

Se intenta inútilmente un ataque en Alausí; el enemigo contramarcha. En Tigsán otro acoso, sin resultado. Más adelante, desalojo de posiciones en una quebrada para desplazar avanzadas. Nueva provocación al combate, que no aceptan los realistas. Y el arrollar prosigue, prosigue sin detenerse. Ya están en Riobamba. Sucre presenta batalla; el enemigo se repliega; otro acosamiento, casi en seguida, que no se afronta. Los cuatro escuadrones de Ibarra caen sobre los hispanos; éstos retroceden. Uno de los patriotas, el argentino Lavalle, se ve de pronto envuelto por dos españoles; la acción se complica; se cruzan las lanzas, los sables; entran más y más jinetes al combate. Los republicanos utilizan el sistema venezolano de "vuelvan caras" –correr, hacerse perseguir, y volverse sorpresivamente– y el éxito corona la acción. El testigo imponente de ese choque fue el Chimborazo, que más tarde los ecuatorianos ofrecerán románticamente a Bolívar para pedestal de su gloria.

De Riobamba prosigue la ofensiva vital siempre hacia el Norte. Pasan por Ambato, por Latacunga. En todas partes se niegan los monárquicos a chocar; su retroceso busca la seguridad de la ciudad de Quito, tan rica en defensas naturales. En Latacunga les alcanzan a los republicanos, para unirse a ellos, el coronel José María Córdova, con 200 hombres del batallón *Magdalena* –los demás soldados, unos 700, llegados de Panamá, habían quedado en Guayaquil y Cuenca–, y el edecán de Bolívar, Daniel Florencio O'Leary, que es incorporado como edecán de Sucre. Todo fue juventud, dinamia, fervor e ímpetu en ese ejército. El más viejo de los jefes, Santa Cruz, apenas si va a cumplir treinta años. ¿Quién podría atajarlos?

Por esos mismos días, del otro lado de Quito, lejos, Bolívar se bate arduamente contra los españoles y los pastusos –realistas todos–, que no le dejan avanzar, acosándolo en las profundidades de los ríos Mayo y Juanambú, prácticamente infranqueables, como en las del Guáitara.

> Este país –dirá Bolívar– es una cadena de precipicios donde no se puede dar un paso sin derrocarse. Cada

> posición es un castillo inexpugnable, y la voluntad del pueblo está contra nosotros.

El propio obispo de la ciudad merecerá este comentario del Libertador: "Es el criminal autor de toda la sangre que ha corrido en Pasto y en el Cauca; es un hombre abominable y un indigno ministro de una religión de paz". Empeña la batalla, la decisiva, en la hacienda Bomboná al sur de la ciudad de Pasto. El triunfo, muy costoso en vidas no abre, sin embargo, el camino hacia Quito. La topografía permite a los realistas seguir la resistencia, disputando la tierra casi palmo a palmo. Se ve forzado Bolívar a una retirada, a otra, hasta que el jefe español coronel Basilio García se encierra en la ciudad de Pasto. Aguardaban los republicanos refuerzos, que llegaron: algo más de ochocientos hombres. Fortalecido así, y por lo mismo en situación de absoluto dominio, ofrece el caraqueño una capitulación honrosa al español; éste, sabedor del avance omnipotente de Sucre, accede. Pasto es ocupada (8 de junio). El obispo Jiménez se vuelve bolivarista.

Hacía dos semanas que Sucre había libertado ya las provincias del Sur, en la batalla de Pichincha, en los propios arrabales de la ciudad de Quito (24 de mayo). Nadie había podido atajar ni distraer el movimiento dinámico del cumanés que tenía el orgullo de pretender batalla en cualquier campo, a cualquier hora, sin preparaciones ni precauciones. De entre todos los generales de la independencia latinoamericana, el único que se atrevió a pelear en cualquier terreno, sin escogerlo, fue Sucre.

De las faldas del volcán Cotopaxi, donde durmieron, prosiguieron las marchas, en tierras frías, llenas de indígenas, hasta que se situaron en el valle de los Chillos, al oriente de Quito, pero algo lejos todavía. De ahí tomaron al llano de Turubamba, al sur de la capital, donde ofrecieron batalla; los hispanos prefirieron no moverse de sus fortalezas. Avanzó Sucre al pueblo de Chillogallo, más cerca aún de la capital, siempre del lado sur, sin lograr ni ahí el combate que buscaba. Da entonces Sucre una orden de audacia suma: marchar por la noche sigilosamente; subir por las breñas del volcán Pichincha, a cuyas faldas se asienta Quito. Sólo la infantería puede subir y caminar por esas laderas llenas de matorrales, por quebradas y precipicios. Parte de la artillería también asciende, con

dificultad, mientras la caballería aguarda abajo, semioculta. Aparece el sol. Son ya las ocho de la mañana. Las tropas, fatigadísimas, toman descanso. Los españoles, abajo en la ciudad y al frente, en la colina Panecillo, donde tienen sus fortificaciones, inician el ataque: desde lejos, a cañonazos; desde cerca ascendiendo. Los patriotas disparan hacia abajo, echan hasta piedras que arrancan del suelo para que arrastren españoles al precipitarse al fondo dando tumbos. Se cala la bayoneta; todo parece confusión; los toques de corneta, los gritos, los cañonazos, las descargas, se mezclan en un solo clamor ante la población cuyos 60.000 habitantes contemplan el choque sin pestañear, temblando. Está definiéndose el futuro, y cada vez que esto sucede el hombre tiembla. Sucre da órdenes, soberano. Unos avanzan, otros retroceden; el batallón peruano *Piura*, dirigido por el coronel argentino Villa, se derrota; el batallón peruano *Trujillo*, al no ser auxiliado por el *Piura*, se desbanda también. Pero el cuerpo colombiano *Paya*, con el *Yaguachi*, a la bayoneta, restablecen la primacía republicana. A las doce del día, bajo el hermoso sol diáfano de la línea ecuatorial, triunfan Sucre, y Córdova, y Morales, e Ibarra, y Santa Cruz, con sus gloriosos soldados. Lavalle, uno de los bravos atacantes en el combate de Riobamba, se había retirado con los *Cazadores* y *Granaderos*; retirada que jamás podrá ser justificada ante la Historia. Entre los más valerosos en la lucha se alza el joven Abdón Calderón, abanderado que, herido en piernas y brazos, se niega a abandonar el campo.[107]

Tan alta fue la victoria y tan hondo el júbilo de Sucre, que un día este afortunado general escribirá: "Pienso que mis huesos se entierren en el Ecuador, o que se tiren dentro del volcán Pichincha".[108] Y, acudiendo a lo más profundo de sus sentimientos dirá: "Quito, el pueblo más querido de mi corazón ... Este sentimiento de amor por los quiteños durará en mi alma hasta los últimos días de mi vida".[109]

[107] Este teniente era el abanderado del Yaguachi. Fue ascendido por Bolívar al grado de capitán, y ordenó que al pasar revista en su batallón, se lo nombrara. Al no responder, las tropas contestarían: "Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones".

[108] Carta al general Trinidad Morán. Chuquisaca, 12 de diciembre de 1825.

[109] Carta al Concejo municipal de Quito. Potosí, 9 de abril de 1925.

Tras la rendición, que le es propuesta al general Aymerich en pliegos que lleva el edecán O'Leary, los ejércitos descansan. Los de guardia transportan heridos, entierran muertos. Después de las batallas alzábase en aquellos tiempos el más intenso dolor: no había ni anestesia, ni cicatrizantes que impidieran el desangre. Quedar herido resultaba peor que perecer; las operaciones, amputaciones de miembros, costuras, se hacían a plena conciencia de la víctima, cuyos gritos desesperados terminaban siempre en desmayo. Y las infecciones, y la gangrena ... ¡Los buitres se ciernen en el espacio; para ellos el suceso ha preparado un festín! También la muerte produce vida para alguien. ¿No rige en el mundo la contradicción?

A las tres de la tarde del otro día se efectúa la brillante entrada triunfal de los vencedores. La ciudad, embanderada y adornada con arcos de ramas y flores en las esquinas, trabajados por los indígenas, que nada comprenden de cuanto sucede, canta y bulle de fervor. Quito fue la primera, en tierras colombianas, en organizar una revolución que derrocase al régimen monárquico, para reemplazarlo por uno criollo. La liberación causó júbilo desbordado. Sin embargo, los festejos mayores se reservaron para el momento en que llegase el Libertador, quien entró pomposamente el 16 de junio. Con Pichincha terminaron los combates por la independencia de Colombia. Una suerte de sino tenía fijado que, en esta parte de la guerra, lo inicial y mayor correspondería a Bolívar; lo final –Pichincha ahora, Ayacucho más tarde– a Sucre.

En los días subsiguientes, entre la victoria y los sucesos que terminarán por arrancarlo de la ciudad, Sucre piensa en Guayaquil; en las mujeres de Guayaquil. Recibe comunicaciones elocuentes. Una de Illingworth expresa:

> Usted me acusa con alguna justicia de olvidarme de todos mis deberes para con usted. Cierto que he estado muy ocupado, pero no de una importancia que pueda dispensar todas mis faltas, aun cuando la bella dama de que usted me habla hubiese ocupado algunos ratos. No hay todavía tal casamiento; aguardo, mi buen amigo, que usted venga a darme el ejemplo antes de cometer esta última locura de los hombres, pues

> aunque algo perdido, no estoy tan amartelado como usted, joven filósofo, lo fue aquí.

Otra, del general Salom, dice:

> Guayaquil cada día más y más firme por su general Sucre; el bello sexo no exclama por otro, y particularmente la personita que usted no ignora, a quien aún no he podido ofrecerle mis cortas facultades, pero será lo primero que haga en el momento que pueda.

De O'Leary, que luego partió a Guayaquil, se conocen estas dos cartas:

> Tuve el gusto –dice la una– de cumplir con sus encarguitos y de hacer las visitas en su nombre. Sus amigas todas agradecen los recuerdos de usted y los corresponden por mi conducto. ¡Qué hermoso servir a los bravos y a las bellas! Dos ocasiones hablé (de propósito) sobre usted a doña Pachita. Ella evadió, aun con estudio, la conversación. Ella parece que usted le ha faltado en algo. ¿Quien sabe como será esto? Yo quiero creer que mi general no le ha faltado en nada, nada, nada. Su recado de usted lo recibió ella con una sonrisa; pero me dijo que no solamente contestó a usted su carta, sino que felicitó por medio de otra al vencedor en Yacuanquer. Tanto mejor para ella. Vamos ahora a otra más querida, aunque no más amable que aquella familia. El domingo pasado comí con ella. No sé cómo no me embriagué brindando por sus bellos ojos. ¡Oh, me hubiera envenenado de placer por ellos! Un amigo de usted me ha informado que usted le había dicho que yo confesé a usted que ella me quería y que por este motivo abandonó todo pensamiento que antes podía haber tenido de casarse con ella. Estoy persuadido de que usted no puede haber dicho tal cosa, porque una mentira no puede tener origen en Sucre.

El cumanés hiló fino y repuso en líneas que esconden resentimiento, celos, disgusto:

> ¿Qué diré a usted para mis queridas amigas? Le daré a usted facultades hasta para ofrecer mi corazón si usted gusta, por que sé que usted lo pondrá en buenas manos o lo cambiará por otro tan sensible como el mío y tan consecuente como yo deseo. Esta comisión para usted es excelente, porque podrá usted usar de ella como convenga a sus pretensiones y a mis intenciones, pues estando mezclado usted, serán más generosas que amorosas, y no estándolo, serán lo contrario. A las amigas les hará, usted una visita a mi nombre.

Algo más tarde, el propio O'Leary, dirigirá a Sucre esta carta que muestra el espíritu frívolo con que se trataban los amoríos:

> Aquí todos están muy contentos: los militares porque se van, los paisanos porque se quedan, y las damas porque se dice que viene usted, y yo con las esperanzas de que usted no las engañará. Illingworth, casado ya, está más enamorado de su mujer que antes. Yo temo mucho que la misma queja no se hará de usted o de mí, y es porque tenemos buen gusto. La idea de querer (y querer por necesidad) a un solo objeto es muy trabajosa; no ocurre sino a los pájaros.[110]

> El amor es el esfuerzo que se hace el hombre para contentarse con una sola mujer.
>
> PAUL GÉRALDY. *L'amour.*

Al otro día de la toma de posesión de Quito, Sucre y sus oficiales asistieron a un *Te Deum* en la iglesia catedral, en honor de la victoria y de los victoriosos. Todos los demás festejos se aplazaron para la llegada de Bolívar, dándose así lapso de respeto a las familias

[110] Todas estas cartas están citadas en la obra, ya señalada, de Ángel Grisanti.

de los muertos en combate, en cuyo corazón había duelo. El alborozo mayor, en lo profundo de la conciencia, era el de Sucre. La responsabilidad de una gran campaña –liberación de todo un país– acababa de volverse plenitud de éxito. El Libertador no se había equivocado al encomendarle a él, tan joven, y no a ningún otro de sus generales, una de las empresas más arduas del momento, de la que dependía todo lo posterior: el avance hacia el Sur, la guerra en el Perú, el reto final a España. Quizá ni el propio cumanés había alcanzado todavía dentro de sí la conciencia de sus altos poderes militares; hoy estaba convencido de cuanto era capaz. Y no sintió vanidad, sino júbilo. Él, tan triste y silencioso de ordinario, mostrábase comunicativo, complaciente. La vanidad es siempre ejercicio bajo del espíritu; no proviene del mérito, sino de la inseguridad en el merecimiento; inseguridad que trata de salvarse con un pavonearse ininteligente. El hombre de valía logra un triunfo y no se para; sigue adelante. Ser vanidoso es detenerse. La inmensa labor consecuente a la batalla de Pichincha fue organizar la nueva nación, dándole mecanismo administrativo, autoridad, trabazón. Todo en forma provisional, pues Bolívar dictará lo definitivo.

Los *Te Deum* en aquellos tiempos eran el número obligado y capital de toda celebración importante. No sólo eso, sino que el héroe, en este caso, era conducido al templo bajo palio eclesiástico, en la forma más pomposa posible. Y la ceremonia religiosa se oficiaba, asimismo, con la suma de las fastuosidades. ¿Era creyente Sucre? En una carta al Libertador, de cuatro años más tarde –desde Chuquisaca, el 20 de agosto de 1826–, se expresa así:

> Ha sucedido una cosa graciosa: dije a usted la acalorada discusión sobre la exclaustración de los frailes que voluntariamente lo quisieran; el proyecto se ganó; pero a petición del Gobierno [o sea del propio Sucre, que era el Presidente] se pasó a una comisión para que lo redactase en términos más favorables a la autoridad eclesiástica. Se hizo así, y anteanoche se presentó la nueva redacción. Un diputado pidió sencillamente que se le explicara si la palabra "regulares" comprendía uno y otro sexo. Se entró en una breve discusión y se decidió por bastante mayoría que sí. El ministro dijo

> que en tal caso la ley redactada era muy distinta y, en consecuencia, volvió a la comisión. Ayer he estado muy ocupado y no he tenido tiempo para informarme de los detalles de la discusión; pero el resultado de ella me ha parecido muy gracioso. Las monjas dicen que están contentísimas de ésto, pero yo estoy más contento, no de ésto, sino de que el partido supersticioso se disminuye de día en día.

Sucre se muestra así anticonservador, habida cuenta que los conservadores se unificaban con el catolicismo. Los libertadores todos fueron liberales. La mayoría, tras el final de la guerra de independencia, se conservaron en esa fe política. Otros, como el general Juan José Flores, que será el ganancioso con la muerte de Sucre, volviéronse conservadores.

En una de esas fiestas sociales destinadas a celebrar el acontecimiento de la liberación, Sucre conoce a una bella mujer: Mariana Carcelén y Larrea, marquesa de Solanda y marquesa de Villarrocha. Tiene diecisiete años; Sucre, veintisiete.[111] Son dos juventudes frente a frente en magnífica plenitud. Hay un atractivo inmediato entre las dos familias: el militar. El general cumanés toma conocimiento de quien fuera el capitán de Milicias don Felipe Carcelén y Sánchez de Orellana, padre de la linda marquesita. Pero el otro nexo aparece mayor: Sucre es llamado "pariente" por esta familia, y como a pariente lo tratan,[112] y como a tal lo presentan a la

[111] La partida bautismal (Archivo de la parroquia del Sagrario de Quito) dice: "En la ciudad de San Francisco de Quito en veintisiete de julio de mil ochocientos cinco. Yo el presbítero Dn. Antonio Carcelén y Sánchez –tío de la marquesa–, con la licencia necesaria de los SS. Curas Rectores de esta Iglesia Catedral bauticé solemnemente, puse el Santo Óleo y crisma, a Ana María Francisca Felipa, hija legítima y de legítimo matrimonio de don Felipe Carcelén y Sánchez, Capitán de Milicias y Marqués de Solanda, y de la señora doña Teresa Larrea y Jijón, siendo su padrino su mismo abuelo Dn. Manuel Larrea y Survano, quien supo su obligación y parentesco espiritual de que doy fe. José Corella-Antonio Carcelén". Posteriormente Ana María prefirió firmar Mariana, juntando sus nombre invertidos.

[112] Entre Sucre y la familia Carcelén no había parentesco por consanguinidad, sino por afinidad. El tío Francisco José –hermano del padre del general victorioso en Pichincha– habíase casado con doña Josefa Ramírez. Y el primer marqués de Solanda había sido Antonio Sánchez Orellana y Ramírez. Los Ramírez, procedentes de Guadalajara, en España, se establecieron en la ciudad de Barquisimeto, en Venezuela.

culta sociedad quiteña. Sucre, un aristócrata, cae brillantemente en el mundillo refinado de los tres o cuatro marquesados de la ciudad. Uno de estos nobles, Juan Pío Montúfar marqués de Selva Alegre, había sido el espíritu motor y el eje de la primera Junta revolucionaria de 1809; los conspiradores se reunían en su hacienda en los Chillos, cerca de la ciudad; y cuando la sublevación hubo triunfado, Montúfar fue elegido presidente de la Junta Soberana de Gobierno. Con él, en la misma actitud liberadora, estuvieron el marqués de Solanda, el marqués de Miraflores, el marqués de San José, el conde de Selva Florida.[113] A éstos se unió el pueblo; y dirigentes y dirigidos perecieron al año de su insurrección, o fueron duramente perseguidos y perdieron sus bienes.

Mariana Carcelén es la mayor de cuatro hermanas: Josefa, María Rosa y María Manuela. Delgada, fina, alta, exhibe rostro triangular de barbilla puntiaguda. Las cejas arqueadas caen hasta la base misma de la nariz delgadísima, casi juntándose, y hacen precioso marco a unos ojos negros inmensos, rasgados, que concuerdan en color con el abundante cabello largo, partido en dos por el centro. La boca chiquita, regordeta, y los ojos grandísimos, forman una suerte de triángulo interesante, seductor. Se la ve orgullosa al par que discreta, muy cuidadosa, medida en ademanes y palabras. Se sabe de alcurnia y se complace en esa preponderancia. Aparte de que las propiedades de sus padres, salvadas en buena parte de la hostilidad española, constituyen inmensa fortuna. Temperamento nervioso puro, ni duda ni cambia; sabe, a pesar de los cortos años, a qué atenerse. Y esta circunstancia se acentuará con el tiempo. Segura de sí misma, se goza en dominar en los salones, en saberse bella. Católica sincera, a la hora del dolor acudirá a sus creencias para consolarse. El hombre se acuerda de Dios, si cree, en el

De Barquisimeto, uno de ellos pasó a residir en Guayaquil. El marquesado de Solanda, perteneciente primitivamente al apellido Sánchez Orellana Ramírez, pasó a don Felipe Carcelén y Sánchez, porque la sexta marquesa, doña Rosa Sánchez Orellana no dejó descendencia; el título nobiliario lo heredó su sobrino.

[113] Isaac J. Barrera, en *Ensayo de interpretación histórica*, dice: "La revolución de Quito no resultó de una acometividad improvisada, sino que se preparó durante largos años, procurando comunicarse con los hombres de América que podían secundarlos, llegado el caso". Pág. 185.

momento de los sufrimientos. Lujosa en el vestir, amante de las joyas –el mejor obsequio para ella serán las esmeraldas, las perlas–, ocúpase ante todo en vida social intensa. Y en las haciendas de sus padres se complace con cabalgar, entregándose asimismo al correr por los potreros y al inocente deleite de componer ramilletes de flores. Carece de preocupaciones, por el distinguido abolengo y la riqueza que la vuelven alegre y vanidosa. Y por carecer de ellas ahora, mañana las tendrá en sumo grado, presionantes, porque ningún bien deja de pagarse, así como ningún mal carece de lenitivo. La envidian y admiran; cada quien, de entre los jóvenes, aspira a su mano. Es la novia más codiciada en la ciudad ese momento.

Salta entonces el amor entre el héroe y la marquesa juguetona. Es un querer que en Sucre elimina de hecho y de raíz a todas sus anteriores posibles novias, de Guayaquil principalmente. Es un amor que en Mariana desplaza a todo otro pretendiente que no sea el cumanés. Pasan los días, y el sagrado fuego toma vehemencia, hondura, como obediente a la sacra voz inapelable del Destino. En las bocas de las gentes de la pequeña ciudad corre la noticia, acrecentada de habladurías e interpretaciones. ¿Pasatiempo, impacto fugaz?, se preguntan. No habrá, sin embargo, en aquellos años de heroísmo y aventura fácil para los soldados, cuyos éxitos son premiados ampliamente con el querer de las mujeres deslumbradas, un amor más serio, más profundo, más firme que el de esta pareja excepcional. Será sometido a la mayor prueba de todas: la del tiempo, que corroe edades y sentimientos, y vencerá impelida por una superior perseverancia. Ella y él, a lo largo de seis años de noviazgo, y sin verse siquiera, desecharán toda otra oportunidad de atender requerimientos que habrán de presentarse reiteradamente. Al casarse al fin, el sello de la felicidad serena cerrará esas dos vidas acariciándolas con mano tibia y premiándolas con una hija. Luna de miel que no duró sino año y medio, porque cuando todas las hostilidades son impotentes contra la dicha, se presenta la muerte y vuelve trizas el embrujo. Toda felicidad, por serlo, dura poco, a pesar de que quisiera saberse eterna. Lo dramático de cada existencia está en la quiebra tenaz de cualesquiera júbilos. Sucre perecerá asesinado; y la marquesa comenzará entonces a ser una mujer desventurada, casi ininterrumpidamente, hasta la muerte. Un *Fatum* inmisericorde les aplastó a los dos, con saña y sevicia.

El 16 de junio –a los veintitrés días de la batalla de Pichincha– llega Bolívar a Quito, precedido de su banda de guerra. A la derecha de Sucre y en compañía de varios oficiales, pasa por las calles engalanadas de flores y arcos; viste uniforme de gala; síguenle 700 jinetes de escuadrones, la lanza en alto, con gallardete. El pueblo vitorea con delirio; Quito, en la conciencia de todas las gentes, cree en la libertad, endiosa a los libertadores; jamás acusará, ni discutirá siquiera, de entonces hasta hoy, los augustos nombres de Bolívar y Sucre; los verá siempre grandes, en la majestuosidad del símil perfecto para los dos: el Chimborazo y el Pichincha: más colosal el primero, de mayores austeridades, triste y quemándose por dentro, el segundo.

> No sólo la gente de los pueblos, sino el más miserable labrador ha salido a su encuentro, o a coronarlo, o a regarle rosas (a Bolívar). El que menos lo llamaba Moisés y no hubo quien no vertiese lágrimas al verlo.[114]

Desde uno de los balcones de la plaza principal, una hermosa dama, Manuela Sáenz, arroja al Libertador una corona de laurel. El caraqueño alza la vista y se encuentra con quien ha de ser su noble, valerosa y cálida amante hasta el fatídico 1830 que mató por igual a Bolívar y a Sucre. De esta manera, los dos preeminentes venezolanos, ocupados con la independencia de los pueblos de América, en Quito encontraron los corazones de mujer capaces de amarlos con grandeza. Quito fue el premio más grato para los héroes.

Bolívar escribió para la posteridad:

> La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo (el de Sucre), de su sagacidad y de su valor. Fue nombrado, en premio de sus servicios, general de División e intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos.

[114] Carta de Vicente González a Santander, Quito, junio 17 de 1822.

> La revolución se hace en las cabezas antes que comience en las calles.
>
> DANTON.

Colombia –la Colombia grande de Angostura– estaba liberada íntegra. El Cabildo de Quito ordenó "erigir una pirámide sobre el campo de Pichincha en el lugar de la batalla; sitio que se llamará en adelante la cima de la libertad. Y colocar en la sala capitular los bustos del Libertador de Colombia y del señor general Sucre".[115] Quedaba pendiente sólo el problema de Guayaquil. Los miembros del Gobierno de ese puerto, al conocer la victoria colombiana en Pichincha –en medio de las grandes explosiones populares de júbilo– lanzaron una proclama, con esta tesis ambigua: "Confianza en los destinos de Guayaquil, reposando bajo la sombra del opulento Perú y de la heroica Colombia". Además, determinaron que el representante del Perú en Guayaquil, general La Mar viajase a Quito "para felicitar al Libertador e imponerle de la honradez y liberalidad de los principios de la Junta, con el fin de descubrir los planes que se hubiese propuesto el Libertador sobre Guayaquil y de suspenderlos o neutralizarlos". A la vez fue convocado el Colegio electoral para treinta y nueve días más tarde, debiendo reunirse así en el aniversario primero de la declaración de independencia del Perú. La junta continuaba mostrando su tenaz decisión pro peruana.

Bolívar le había advertido desde Pasto, confidencialmente, a Santander –carta del 2 de junio– lo que iba a hacer:

> Sucre quedará mandando en Quito y yo pasaré al Sur (a Guayaquil) con las tropas, con el objeto de pacificar aquello y de tener la entrevista con San Martín. Redondearé a Colombia, porque usted sabe que Guayaquil no es Cartagena, que se defiende con sus murallas, y porque además yo empleo más la política que la fuerza en las empresas de esta naturaleza.

[115] Resolución de la Municipalidad de Quito, y "el Cabildo de la Iglesia Catedral, los prelados de las comunidades religiosas, los curas de las parroquias urbanas y las principales personas del comercio y la agricultura, los padres de familia y notables del país", el 29 de mayo de 1822.

¿Quién podía rivalizar con el Libertador entonces, en América, en el arte de la política?

San Martín, en Lima, también había calculado con exactitud las consecuencias de la batalla de Pichincha, y desde su punto de vista. La Escuadra peruana, al mando del vicealmirante Manuel Blanco Encalada, iría inmediatamente a Guayaquil para repatriar la división del general Santa Cruz. La presencia de los barcos y la de las tropas peruanas debería de coincidir con la llegada del propio San Martín a Guayaquil. En esa forma, la ciudad y la provincia tendrían las condiciones propicias para declarar su anexión al Perú. Producido el suceso, San Martín avanzaría hasta Quito, donde pensaba entrevistarse con el Libertador. Como plan de bien trabados hilos, casi estratégicamente meditado, no tenía reparo. Y la escuadra partió, y el propio San Martín se embarcó el día 14 de julio en la goleta *Macedonia*, con una escolta de húsares y sus edecanes coronel Rufino Guido y teniente coronel Salvador Soyer. En once o doce días de navegación llegaría a Guayaquil.

Sucre, en Quito, había ordenado excepcionales festejos para el primer aniversario de la victoria de Carabobo (24 de junio). El cumanés no estuvo en ella, pero tomó parte en la preparación; la fiesta la sentía suya, íntima. Bolívar presidió los actos. E inmediatamente después se pusieron en marcha, rumbo a Guayaquil, batallones suyos y de Sucre. También el Libertador tenía su plan: llegar al puerto al mismo tiempo que su ejército; hacer que Santa Cruz y sus soldados se retrasaran en Quito, de modo que viajaran a la costa más tarde. ¿Qué importaba que la escuadra peruana esperase unos días más? En suma, los dos grandes jefes coincidieron en lo fundamental: presentarse con efectivos militares en el Guayas, a fin de inclinar la balanza del favor público. Sólo que San Martín se retrasó; Bolívar se le anticipó quince días. El Destino juega así con los acontecimientos que han de cambiar el curso de los sucesos trascendentes. ¡Si hubiese llegado el protector del Perú con la propia escuadra suya! ... Ganar tiempo, anticiparse, ¿no es vencer? San Martín tenía en el Perú problemas militares y políticos que le impedían libertad de acción. Bolívar, desde Quito, poco antes de la partida, le comentaba a Santander –carta del 21 de junio–:

> El Perú parece que está blando, porque teme de España y espera de Colombia, y porque su Gobierno, en sus negocios domésticos, no está muy afirmado.

En efecto, el propio momento en que San Martín toque en Guayaquil, su ministro Bernardo Monteagudo será depuesto en Lima.

Iba ya de camino a Guayaquil el Libertador, cuando en la ciudad de Guaranda se encontró con el enviado por el Perú, general La Mar "encargado de descubrir los planes de Bolívar ...". La Mar no tuvo tiempo de informarse ni de comunicar nada; quedóse en Guaranda enfermo, más de espíritu que de cuerpo. ¿Qué le dijo el Libertador esa noche? Seguramente lo mismo que pocos días antes había escrito a San Martín desde Quito, en carta que no recibió el general argentino sino a la hora de su entrada al Guayas:

> La conducta del Gobierno de Colombia ha seguido la misma marcha que V E., pero al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción, que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una Junta que es el azote del pueblo de Guayaquil y no el órgano de su voluntad.

Sucre se quedó en Quito, con su edecán O'Leary y parte de los soldados. Los sucesos de Guayaquil se desarrollan vertiginosamente. El día 11 (julio), Bolívar, en uniforme de gala, con el general Salom y los coroneles Wilson y Mosquera, atravesó la ría en una falúa vistosamente embanderada; cien embarcaciones menores ostentaban también el tricolor colombiano. Otra falúa con la bandera peruana, conducía al almirante Blanco Encalada y al general Salazar, representante del Perú. Bolívar, al cruzarse las falúas, les invitó a Blanco y Salazar a que pasasen a la suya. Al atracar al muelle, los cañones dispararon las veintiuna salvas de protocolo. Eran las primeras horas de la tarde. Casi al mismo tiempo desembarcaron los tres batallones que comandaba Salom. La multitud, a la orilla del río deliraba. Todos querían conocer al

personaje, de ya tan alta celebridad; ansiaban verle y hasta tocarle. Las masas son infantiles en algunas de sus expresiones. Con dificultad pudieron llegar Bolívar, sus acompañantes, los miembros de la Junta –Olmedo, Roca y Jimena– y representantes de corporaciones, a la casa que se había preparado para los "huéspedes" oficiales. El discurso del procurador José Leocadio Llona –cambiado por éste a última hora, pues el otro había sido aprobado por el Gobierno y decía lo contrario– elogió a Colombia; proclamó la adhesión a Colombia. La respuesta de Bolívar, enérgica y enfática, habló directamente del derecho de Colombia sobre Guayaquil y la provincia. Se retiraron airados los de la Junta y los representantes del Perú. Bolívar mandó a uno de sus edecanes para atender a la Junta a fin de que no se sintiese ofendida del todo. El edecán preguntó si debían de darse explicaciones a los tres miembros; respondió el Libertador: "No, sólo a Olmedo. Es el genio de Olmedo el que respeto y no su empleo". "Reinaba en la ciudad la mayor confusión –cuenta O'Leary–;[116] individuos, asalariados por los diferentes partidos, se esforzaban en expresar los sentimientos de los corifeos de quienes eran ciegos instrumentos".

Al otro día, la agitación popular creció. Se le entregó a Bolívar copia de un memorial presentado al Ayuntamiento por lo más distinguido y valioso de la ciudad. "La clase notable y propietaria de la provincia –decía– está por la agregación a Colombia". Tres veces fue izada la bandera de Colombia y tres veces la mandó arriar Bolívar, que salía con frecuencia al balcón y pedía a la multitud calma y prudencia. En estas tempestades, como en las grandes batallas, el Libertador navegaba a placer.

Cuando sube y sube la exaltación de los ánimos, lo sabio es provocar el estallido, dando un golpe radical. A la mañana siguiente, uno de los batallones colombianos salió a la calle e hizo honores al bando que iba a leerse: "Artículo primero: Su Excelencia el Libertador ha tomado la ciudad y provincia de Guayaquil bajo la protección de Colombia ... Artículo séptimo: Las antiguas autoridades han cesado en sus funciones políticas y militares". Acto seguido se izó la bandera colombiana y circuló la proclama de Bolívar:

[116] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 147.

> Guayaquileños: Vosotros sois colombianos de corazón [...], porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo.

A esa hora, San Martín estaba preparándose a embarcar en el Callao. En política, llegar tarde es peor que no llegar. Y a esa misma hora, sus amigos los de la Junta: Olmedo, Roca y Jimena, el general La Mar, el general Salazar y otras personas notables, se refugiaban en los barcos de Blanco Encalada, más por protesta que por temor, pues Bolívar les había ofrecido toda suerte de garantías.

San Martín llegó en el *Macedonia* a la isla de Puná –entrada del río Guayas (la ciudad de Guayaquil, puerto fluvial, está muy lejos de aquella boca)– el día 25. La corbeta del almirante Blanco Encalada le hizo las salvas de ordenanza. En seguida entraron a bordo, para saludar al protector, lo mismo el almirante que todos cuantos se habían refugiado en el barco de la armada peruana. San Martín fue informado de los sucesos, leyó la carta de Bolívar (a que se hizo referencia), y determinó no desembarcar sino regresarse a Lima. El general argentino, tan eminente en la guerra y tan valioso como hombre, no era político. Bolívar, al saber el arribo, mandó al edecán coronel Torres, con un mensaje especial, "para que tenga la honra (el edecán) de felicitar a V. E. de mi parte y de suplicar a V. E. se sirva devolver a uno de mis edecanes, participándome para cuándo se servirá V. E. honrarnos en esta ciudad". Torres, de regreso, informó que el protector no avanzaría hasta la ciudad, sino que se regresaría. Manda entonces el Libertador una segunda carta, convincente:

> Amigo le llamo a usted y este nombre será el solo que debe guardarnos por la vida, porque, la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y opinión [...] Tan sensible me será el que usted no venga a esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas [...] ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar?

¿Bolívar sentimental? No. Bolívar en ejercicio de política fina, bien calculada. San Martín desembarcó en la ciudad al otro día, 26, a las nueve de la mañana, con su comitiva: el almirante Blanco Encalada, los generales La Mar y Salazar, el coronel Manuel Rojas, los edecanes Guido y Soyer y una escolta de 25 húsares. Un batallón colombiano le rindió honores.

Y conferenciaron Bolívar y San Martín a solas: primero, durante hora y media, y luego, por espacio de cuatro horas. A las dos de la mañana del día 28, mientras discurría suntuoso baile en su honor, se embarcó el argentino para retornar al Perú. Bolívar le acompañó hasta el bote. No se verán más. Por la mañana, paseándose en el puente de su barco, el general argentino les dijo a sus edecanes: "Pero ¿han visto ustedes cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano?" El disgusto de San Martín fue profundo, imborrable.

Lo tratado en esas dos conferencias estrictamente secretas fue revelado por Bolívar inmediatamente al Gobierno en Bogotá, al general Sucre en Quito y al general Santander (carta particular).[117] De las tres cartas, la dirigida al general Sucre se condensa así:

> Espontáneamente dijo el Protector a S. E. –la comunicación estaba firmada por el secretario J. G. Pérez, a quien Bolívar dictaba textualmente– que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil y que la culpa era de ellos, refiriéndose a los contrarios [...] El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas, que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza: que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el protectorado y también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que ganara la primer victoria se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra. Pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del Gobierno: que éste no debía ser democrático, porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo

[117] Como los documentos eran reservados, se conservaron como tales y solo vinieron a descubrirse en 1910 y 1916.

> que debería venir de Europa un príncipe solo y aislado a mandar el Perú [...] Parece muy convencido de los inconvenientes del mando [...] El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos, como la base esencial de nuestra existencia política. El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces no son temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por Intermedios en una expedición marítima, y por Lima cubriendo la capital con su marcha de frente [...] El Protector dijo que la materia de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría satisfactoriamente [...] El Protector ha manifestado a S. E. que pida todo lo que guste de Perú, que él no hará sino decir sí, sí, sí a todo, y que él espera otro tanto de Colombia [...] La venida del Protector a Colombia no ha tenido un carácter oficial; es puramente una visita a S. E. el Libertador, pues no ha tenido ningún objeto ni político ni militar no habiendo hablado siquiera de los auxilios que ahora van de Colombia al Perú.[118]

La versión sanmartiniana de la conferencia la dio el propio San Martín cinco años después, en carta al general John Miller –19 de abril de 1827–:

> Mi viaje a Guayaquil no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú [...] El Libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza de 1.700 hombres. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra [...] Al día siguiente, y en presencia del vicealmirante Blanco Encalada, dije al Libertador que habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: Ahora le

[118] LECUNA, VICENTE. *La entrevista de Guayaquil*: 316. El original de esta carta se conserva en el Archivo y Museo Central de Quito.

> queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que usted va a poner el último sello a la libertad de América.[119]

Sin embargo, apenas llegado al Perú San Martín, escribió lo contrario al general Toribio Luzuriaga –Lima, septiembre de 1822–:

> El 20 de éste establezco el Congreso general y el 21 me embarcaré para Chile [...] Este país queda completamente en seguridad: dejo en sola la capital 11.000 veteranos en el mejor estado. Rudecindo [el general Rudecindo Alvarado] saldrá pronto con una expedición de 4.500 hombres escogidos para Intermedios, ínterin Arenales [el general Juan Antonio Álvarez de Arenales] los desaloja de la sierra. Si, como creo, hay actividad y juicio en las operaciones, en este año no quedan enemigos en el Perú. A más de esto, Enrique Martínez se halla de presidente de Trujillo, con dos batallones de infantería, otro de artillería y dos escuadrones de caballería prontos para obrar donde convenga.[120]

Según esto, el general San Martín no había ido a Guayaquil a "reclamar auxilios" ¿para qué, si creía tener ya más de los indispensables y si la victoria, según él, estaba asegurada?[121] Sin

[119] Algunos historiógrafos, al analizar superficialmente la entrevista de Guayaquil, han considerado que no tuvo trascendencia histórica. ¿Era poco que desapareciese inmediatamente de la escena el general San Martín; que diera a conocer los planes militares de la próxima campaña en el Perú, que Bolívar consideró equivocados –de hecho, a corto plazo significaron gravísima derrota–; que en ese abrazo culminara la incorporación de Guayaquil a Colombia, la que estuvo en un momento en peligro de guerra peruano-colombiana; que en ese acto triunfara el pensamiento republicano de Bolívar sobre el monárquico de San Martín, etcétera?

[120] *Documentos del Archivo de San Martín*, Buenos Aires. T. X: 351.

[121] También a O'Higgins, supremo director de Chile, le escribió San Martín: "Se ha reforzado el ejército con cuatro batallones y tres escuadrones. Tres de los primeros son de Colombia. El éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y Arenales se va a emprender no deja la menor duda de su éxito. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada; usted tiene razón, pero más tengo yo: ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey...; por otra parte, mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba".

embargo, Bolívar se los ofreció, y los mandará, porque sabía que las fuerzas de San Martín, por su calidad, no bastarían para el éxito. Bolívar no confiaba de veras sino en los aguerridos colombianos.

Sucre, al recibir la comunicación sobre la entrevista de los dos generales en Guayaquil –el más brillante triunfo diplomático y psicológico de Bolívar en toda su carrera de hombre público–, se entendía en Quito con otro problema menor, pero molesto. Los quiteños exigían la destitución del obispo. El Libertador se lo cuenta a Santander –carta del 3 de agosto–:

> Toda la gente de corona y cerquillo de Quito ha estado sumamente disgustada conmigo porque no había echado al obispo, que les es muy odioso. Uno de ellos me ha escrito un anónimo lleno de injurias personales a mí por esta misma causa, últimamente el cabildo eclesiástico de aquella capital de Quito le ha dirigido una representación al general Sucre, diciéndole que hiciese dimitir al obispo, y que si no dimitía ellos ejercerían las funciones episcopales de hecho. Yo he cedido, porque nada me importa que haya o no haya obispos, puesto que los interesados no los quieren.

Inmediatamente después del encuentro histórico, y decidido como estaba el Libertador a trasladarse al Perú, fueron despachados al Callao los primeros auxilios colombianos: los batallones *Vencedor* en Boyacá, *Pichincha* y *Yaguachi*: 1.800 hombres; se sumaron al *Numancia*, colombiano también y acantonado en la capital peruana, de 900 soldados. Llegaron a Lima mucho antes de la renuncia de San Martín, quien abandonó el Perú para siempre el 21 de septiembre, en el bergantín *Belgrano*. Una carta de Bolívar –9 de septiembre– al ministro de Relaciones Exteriores del Perú y firmada por el secretario Pérez, reza:

> S. E. el Libertador se propone, en primer lugar, mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya, siempre que el Gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo.

Era documento destinado a que lo conociese San Martín; y quizá lo leyó a tiempo. Como corolario, el Libertador se dirigía a Santander así: "Ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido" (carta del 13 de septiembre).

El Colegio electoral, reunido en Guayaquil a fines de julio, decretó la reincorporación de la provincia a Colombia y depositó en el Libertador las facultades de Poder Ejecutivo. Bolívar nombró intendente de Guayaquil al general Salom, y visitó las ciudades de Cuenca, Loja, Azogues. Hacia mediados de noviembre entró en Quito. Y se encontró con la noticia de que los pastusos se habían sublevado contra el Gobierno republicano de Colombia. ¡Preferían continuar del lado del rey de España! Están capitaneados por Benito Boves, sobrino carnal del sanguinario caudillo realista de los llanos venezolanos. Retan a Bolívar, desde sus escarpadas montañas.

Sucre se ofrece para marchar contra esa región que tantas dificultades había dado antes al Libertador. Sucre busca, por norma, el mayor peligro, el destino más arduo. El hombre superior se complace en los problemas. Quien más desafía, más derecho tiene a la grandeza. Desea probar además el cumanés que se halla capacitado para esos mismos lances graves de donde solía emerger airoso Bolívar. De la pasada lucha en Pasto había dicho el Libertador: "Estábamos en el infierno lidiando con los demonios". ¿Supo Sucre, quizá, al solicitar para él el sojuzgamiento de Pasto ahora sublevado, que Bolívar le había escrito a Santander esta quemante frase: "La victoria de Bomboná es mucho más bella que la de Pichincha"?[122]

> Al día siguiente, al darle Sucre un planazo con la espada a su asistente, que se le había insolentado, se rompió la espada.
>
> O'LEARY. *Memorias*. T. II: 383.

Fue una acción rápida, de certero golpe, sobre Pasto. Todo es avanzar, avanzar, acosando con los dos escuadrones de caballería

[122] Carta del 9 de junio de 1822, desde Pasto. LECUNA, VICENTE. *Obras completas de Bolívar*. T. I: 639.

la retaguardia enemiga; ésta, por no verse cortada en la retirada, retrocede. Así, llega a evacuar la ciudad de Túquerres, 40 kilómetros al suroeste de Pasto. Entre estas dos poblaciones se hunde, profundamente, el río Guáitara; sus aguas turbulentas y casi negras corren con estrépito que se oye a distancia a causa del caudal, por entre dos muros altísimos de 200, 500 metros, en roca impávida y desnuda. No hay sino dos lugares por donde lo hostil de la Naturaleza deja paso: aquel en que los bordes, en un encañonado, permiten un puente, y otro, abajo, en la hacienda El Cid, donde constan tendidas dos o tres maromas, con o sin oroya (tarabitas).

Los pastusos, al abandonar a Túquerres, se fortifican al otro lado del río. Saben que de ahí Sucre no pasará, es imposible forzar el abismo y ascender por la roca. Y Sucre no tiene otra solución a su objetivo de tomarse a Pasto que forzar el paso del torrente. Nunca se vio en tan arduo conflicto. Quizá recordaba, por haberlo oído al Libertador, que Napoleón decía que para un general la palabra imposible debería de eliminarse del diccionario. Diez días pasan, de tiroteo en tiroteo y de intento en intento, sin resultado ninguno. Entonces los de Pasto, por cerrar las brechas definitivamente, cortan el único puente y echan abajo las tarabitas. Sucre va, nerviosamente y en persona, arriesgando la vida, de un punto a otro, examinando el terreno. El "paso real", donde había estado el puente, hállase especialmente fortificado; tanto que el lugar podía considerarse inabordable. Del otro lado del lugar angosto alzábase el peñasco, y arriba aguardaban los soldados enemigos, que tras las rocas disparaban a mansalva. "¡A cortar árboles, para tender dos puentes!", fue la orden del general. Ya están el *Rifles* y el *Lanceros*, con los largos palos listos, cerca del alto borde del río. Esa noche, a las diez, habrá que tender el puente y atacar luego, al amanecer, hacia arriba, escalando. Una tempestad destruye el plan; el enemigo descubre la maniobra y se fortifica más. Sucre, impávido, ordena proceder a la siguiente noche. ¿Qué atacan los pastusos sin cesar? ¡Qué se haga el puente bajo el fuego enemigo! Y así se cumple. Trabajaron las tropas a oscuras. Apenas clareaba pasaron todos por él, retando el fuego, corriendo a la máxima velocidad. Cae una fortaleza, cae otra; nadie es capaz de detener a los colombianos. Se pelea todo el día, pero se avanza. Duermen en el pueblo de

Yacuanquer. A la mañana del 24 de diciembre –esa noche es noche de Navidad, "noche de paz"–, tres emisarios a caballo se acercan al enemigo y le exigen rendición; se niegan; empieza la batalla final a las doce, después de que las tropas han almorzado. Son 1.500 contra 2.000 atrincherados en la ciudad; a la tarde, la ciudad cae, tomada a la bayoneta y, en algunos sitios, casa por casa. Así se luchaba en aquellos tiempos. Bolívar, que todavía no confiaba del todo en Sucre, hallábase cerca, en Tulcán, dispuesto a intervenir personalmente si hacía falta, sobre todo por conocer perfectamente bien ese terreno. A los pocos días entró en Pasto, aprobó el indulto dado por Sucre en favor de todos cuantos se sometieran al régimen republicano; ordenó confiscar los bienes a los reacios e impuso a la provincia una contribución de 30.000 pesos, más la entrega de ganados y caballos para el ejército. Por añadidura, se apresó a cientos de mozos y se los llevó a Quito. ¡La guerra dura, la guerra cruel; la guerra, enemiga del hombre! En seguida, el Libertador partió a Guayaquil. El problema magno del momento era el Perú. El nuevo año 1823 abrió su ruta. En Lima, el general La Mar había reemplazado en el Gobierno al general San Martín. Este 1823 discurrirá en las más grandes complejidades políticas, que se proyectarán hasta mediados del año siguiente. Sucre tendrá que actuar de político, de diplomático. El joven general, capaz en los arrebatos de ira de romper su espada en la espalda de su asistente insubordinado, exigente, enérgico, tendrá que habérselas con el tino y la cortesanía, blandiendo exclusivamente las armas de la inteligencia.

De regreso de Pasto, el cumanés, según informe de Bolívar al Gobierno de Bogotá, conságrase en Quito a activar el empréstito que debía cubrir esta zona, con destino al mantenimiento del ejército y la continuación de la lucha; a preparar equipos y a reclutar número suficiente para cubrir las bajas de los batallones. Los cuerpos no se completaban con voluntarios, sino con gentes jóvenes tomadas a la fuerza.

> Esta ciudad de Quito –anota el Libertador– ya no puede quedar sin una guarnición de tropas de Colombia, porque cada día nos estamos haciendo más odiosos con los sacrificios que exigimos a este pueblo,

> que todo, todo, es comerciante y avaro. Felizmente, da con qué mantener una guarnición.[123]

En medio de las labores estrictamente militares y de gobierno, Sucre atiende también al intenso amor por Mariana Carcelén, de quien se sabe rebosantemente correspondido. Largo tiempo más tarde, el cumanés escribirá:

> El quererla, a los cuatro años de ausencia, con más extremos y cariño que el día que dejé de verla, me parece el mejor presagio [...] Conservo por ella el cariño y los sentimientos que le tenía por marzo del año 23 [...] Unos buenos libros, unos pocos amigos y escogidos, una bonita casa de campo y querer cada día más y más a la buena compañera de mis destinos [...], he aquí mi ansia [...] Sea cual sea nuestra suerte, celebraré mucho tener el retrato de esta mujer que yo quiero de veras.[124]

En estos días se produjo el compromiso de matrimonio. Un compromiso de palabra, caballeroso. Se casarían apenas lo permitieran las circunstancias. Y feliz en su dicha, partió Sucre a Guayaquil el día 31 a recibir las órdenes nuevas que iba a impartirle Bolívar. Debieron de intervenir los padres de Mariana según la costumbre de entonces. Pero no en la forma tradicional de la colonia, en que eran los progenitores quienes decidían, por sí, cuál tenía que ser el novio y con quién tenía que casarse una hija de familia. Los libertadores rompieron la vieja costumbre hispana, de todo en todo contraria a las leyes del corazón. Los generales, coroneles y capitanes iban casándose por amor. "El Intendente de este Departamento (Guayaquil) se ha propuesto hacerse amar y no vale nada con ese motivo", se quejaba Bolívar aquel mismo marzo de 1823. Hacerse amar, rodearse de mujeres ... La situación social de Mariana impidió un matrimonio inmediato: no podía acompañar a un hombre en campaña.

[123] Carta a Santander, desde Guayaquil, el 12 de marzo de 1823.
[124] Carta al coronel Aguirre, gobernador político de Quito, desde La Paz.

Acostumbrábase celebrar los compromisos matrimoniales con la presencia de las dos familias e invitados íntimos. El acto social, en casa de los padres de Mariana, debió ser elegante, llamativo. Era la descendiente mayor de ese hogar y quien heredaría tanto el título nobiliario como los bienes constituidos en mayorazgo.[125] La sociedad quiteña hubo de complacerse con esta futura unión entre parientes, donde lo más alto de la gloria militar iba a juntarse con lo más destacado de la juventud femenina quiteña. Mientras Sucre se deleitaba con la contemplación casta de su novia, el Libertador, frente a otra quiteña bellísima, Manuela Sáenz, daba amplio despliegue a su arranque pasional. Sucre, más tarde, cuando haya conocido ya a las peruanas, a las bolivianas, escribirá: "Mariana es, después de todo, quiteña, y yo quiero una quiteña para compañera de mi vida". Esos hombres del trópico hirviente, al hallar la fina elegancia, la discreción, la voz suave y mesurada, la eficacia de una bien vigilada cultura, encontraron en Quito la plenitud de sus complacencias. Y fueron dichosos, en la medida en que cabe ser feliz en el ámbito sentimental. La ventura cuenta mucho en el ir del hombre, a condición de que no se vuelva ni objetivo, ni ideal, ni hito siquiera. Lo vital profundo reside más allá.

El día 31 de marzo viajó el cumanés a Guayaquil. No regresará sino al cabo de cinco años y medio. Y en ese lapso, los dos serán firmes en su amor, aun a pesar de que él le libertó a ella de todo compromiso cuando advirtió que no podía calcular lo largo de su ausencia, por causa de la guerra y la política. Se quisieron de veras. Hubo una circunstancia que acrecentó la consistencia del nexo espiritual. Apenas cuatro meses después de haber partido Sucre, falleció el marqués, padre de Mariana. Así ésta tomó el título de marquesa y hubo de ponerse al frente de la cuantiosa fortuna con obligación de administrarla. ¿Tanta responsabilidad al cumplir apenas

[125] He aquí el orden de nacimiento de los hijos del matrimonio Carcelén Larrea: 1804, María Mercedes, que murió niña; 1805, Mariana; 1809, Vicente José; 1811, María Rosa; 1814, María Manuela; 1821, Felipe Luciano, que murió al año siguiente, y Josefa Sanctus Felipa, que debió nacer entre 1806 y 1808, o después. En este año de 1822 vivían: Mariana, la mayor; Rosa, Chepita y Mariquita. Así se las llamaba, en diminutivo. Ningún varón.

dieciocho años? ¿Tan grave dolor tan temprano?[126] Para Mariana, ese día comenzó la conciencia de la soledad. Irá acrecentándose con el tiempo. Muerto Sucre, será una de las mujeres de más mala suerte. Sentirse feliz significa siempre haber entrado en corto período de excepción.

Los 1.700 soldados colombianos que despachara Bolívar a raíz de su conferencia con San Martín habían regresado a Guayaquil. No fueron bien recibidos en el Perú, no se aceptaron las condiciones de Colombia y se les ordenó el retorno. "Por fin ha vuelto nuestra división del Perú sana y salva –escribía Bolívar al vicepresidente Santander– pero cargada de las maldiciones de nuestros enemigos peruanos". El pensamiento del Libertador continuaba inmodificable:

> Participe usted al Congreso –carta a Santander el 12 de marzo– mi resolución de ir a Lima. Yo creo que estando autorizado con un poder discrecional, me será permitido también ir al país enemigo que ocupan los españoles en el Perú, porque aquellos enemigos se vienen para acá si yo no voy a contenerlos allí, y que el país enemigo no se debe considerar como país extranjero, sino país conquistable. País enemigo no es país extranjero.

El adelantado para la ardua empresa, ¿quién podía ser sino Sucre, el único plenamente capaz según Bolívar? Y Sucre, ante la magna deferencia del Libertador, justa y certera, reaccionaba así (carta del cumanés al general Santander): "Yo no sé qué sentimiento me arrastra a amar a este hombre de una manera tan excesiva como inexplicable".[127] Después de la campaña de Pasto, el Libertador había llegado ya a la confianza absoluta en el joven general.

La Junta gubernativa del Perú, puesta en el poder por la renuncia de San Martín –La Mar, que la presidía; Felipe Antonio Alvarado, un comerciante argentino, y Samuel Salazar Baquijano, conde de Vista Florida–, había determinado cumplir el plan de

[126] En las costumbres sociales de aquellos tiempos se guardaba duelo de cuatro años por la muerte de los padres. Era la expresión externa de lo que realmente padecía el espíritu.
[127] *Archivo Santander*, VII: 274.

campaña que fijara San Martín. El general Alvarado, con 4.100 hombres, peruanos en su mayor parte, argentinos y chilenos, partió en expedición, y fue poco menos que aniquilado por los españoles, generales Canterac y Valdés. Regresaron a Lima menos de mil.

Las previsiones de Bolívar se habían cumplido. Cayó, por consecuencia, la Junta, y con el apoyo del general Santa Cruz, que fue llevado a la comandancia del ejército en reemplazo del general Arenales, que renunció y abandonó el Perú, en actitud de noble dignidad, ascendió al poder el marqués José de la Riva Agüero. "Se sentía un genio, y el pueblo creía en él"; y hacía falta que creyese, porque el desastre de Alvarado sumió al Perú en desesperación. Los éxitos militares pasados, obtenidos con facilidad, contrastaban con este colosal desastre. Riva Agüero, sin ser militar, recibió el título de Gran Mariscal. Intrigante, demagogo, audaz y orgulloso, instauró en seguida un régimen pretoriano. Sostenía, exteriormente, que la única salvación hallábase en el ejército de Bolívar; tomó contacto con éste por correspondencia y mandó un emisario plenipotenciario: el general Mariano Portocarrero con el que se firmó en Guayaquil el pacto de auxilio colombiano. El dolor de la derrota hizo que el Perú viese claro. El dolor salva, cuando no mata.

Sucre se embarcó para el Perú el 15 de abril. Llevaba una carta de presentación a Riva Agüero:

> El general Sucre va dirigido cerca de ese Gobierno para exponerle los arbitrios y medidas que, en mi opinión, son saludables. Lleva un carácter diplomático, para darle mayor peso e importancia a su misión.

Estampa, luego, este gran elogio del cumanés:

> Confieso con franqueza que no ha dado Venezuela un oficial de más bellas disposiciones ni de un mérito mas completo. Aunque criado en la revolución, y sin haber podido tener otra educación que la de la guerra, es propio para todo lo que se quiera. Yo he confiado a él la dirección de nuestro ejército en el Perú. Sucre es hombre que puede merecer una carta blanca.

¿Por qué no Bolívar en persona? Podía hacerlo, porque la única campaña pendiente era la del Perú. No avanza, sin embargo. Teme que se le crea superambicioso.

> Nuestra propia América ha tenido tres Césares. Estos perniciosos ejemplos perjudican a mi opinión actual, pues nadie se persuade que habiendo seguido la carrera militar como aquéllos, no me halle animado de su odiosa ambición. Ya mis tres colegas San Martín, O'Higgins e Iturbide han probado su mala suerte por no haber amado la libertad y, por lo mismo, no quiero que una leve sospecha me haga padecer como a ellos.

Los soldados enviados inmediatamente fueron tres mil. Quito, Guayaquil y Cuenca aportaron para la empresa algo más de cien mil pesos. Poco después se despacharon mil quinientos soldados, y en embarcos sucesivos posteriores, lo necesario para completar seis mil hombres.

La misión diplomática de Sucre –también militar, también política– incluía la exigencia de la devolución, por parte del Perú, que las ocupaba, de las provincias de Jaén, Bracamoros y Mainas.[128]

Mientras Sucre navegaba hacia El Callao en la goleta de guerra *La Guayaquileña*, dos emisarios de Riva Agüero avanzaban en sentido contrario, rumbo a Guayaquil: el coronel Francisco Mendoza y el marqués de Villafuerte, para invitar al Libertador a trasladarse al Perú a dirigir las operaciones de guerra. Bolívar les contestó que no podía partir hasta que no le autorizase el Congreso de Colombia. Era la vigencia, de nuevo, de su intuición. Porque había en el Perú –es lo que encontró Sucre– una suerte de anarquía política. El Congreso, dividido en tres fracciones, desorientaba a la nación. Los unos, enemigos del Gobierno, exigían que se llamase a Bolívar; atacaban de ese modo a Riva Agüero, secretamente hostil a Colombia. Los otros, entre los cuales había emigrados de Guayaquil, mostraban actitud ambigua respecto de la ayuda colombiana. Y los terceros, gobiernistas, exigían que el asunto se dejase en manos del Presidente del país. El pueblo, el ejército del Perú, inclinábanse decididamente por la solicitud

[128] El Perú no las devolvió nunca.

de apoyo de Colombia; muchos maniobraban ocultamente en contra; temían perder posiciones. Y quien empleaba mañas maquiavélicas era el clérigo Javier Luna Pizarro. Después de conocerlo, el Libertador opinaba de él así: "El cleriguito Luna Pizarro ... Luna engañó a Riva Agüero; Luna echó a Monteagudo y a San Martín; Luna entró en el Gobierno Riva Agüero, y por culpa de Luna entró Torre Tagle; por Luna se perdió el Perú enteramente (en 1823) y por Luna se volverá a perder". (Carta a Gutiérrez de la Fuente). Los problemas económicos iban junto a los políticos, en una misma crisis. Todo parecía descomponerse; por lo mismo, todo se exacerbaba.

A los cinco días de llegado a Lima, Sucre recibe invitación para una Junta de guerra, donde iba a darse la última discusión al proyecto de destacar al general Santa Cruz y sus cinco mil hombres contra los españoles. El general venezolano se excusa de asistir: no había sido recibido oficialmente todavía –iba con carácter diplomático–, y como la expedición estaba decidida, poca cuenta traería opinar sobre ella. Sin embargo, en entrevista privada con el Presidente Riva Agüero, sostuvo la necesidad de que se tuviesen listos los cuerpos colombianos, argentinos y chilenos –otros cinco mil soldados ese momento–, para reforzar oportunamente la retaguardia de Santa Cruz, amén de la urgencia de preparar caballos, víveres, vituallas. Sucre fue reconocido diplomáticamente cuatro días después. Y el Presidente le hizo, por entonces, una de las confidencias más graves: el general San Martín deseaba que lo llamasen; "no podía permanecer inactivo, en el retiro de una vida privada". Contestó el general venezolano aquello mismo que comunicó inmediatamente a Bolívar, dándole cuenta, además, de la empresa que iba a acometer Santa Cruz: "Le hice presente –expresa– que nada sería más desagradable para los colombianos que el general San Martín fuera nunca el jefe del Gobierno del Perú puesto que este señor, sin saber Colombia cómo ni por qué, le declaró una vez la guerra".[129] San Martín insistirá en el retorno, por llamadas insistentes que le hacían.

[129] *Cartas de Sucre al Libertador*. Madrid: Biblioteca Ayacucho. T. I, 1919: 37. A San Martín le esperaban días amargos. Retirado y dedicado a faenas agrícolas en Mendoza (Argentina), se vio acosado por la política y el odio de las gentes, que no agradecían sus servicios o los envidiaban. Hizo levantar un pequeño monumento a su esposa Remedios Escalada, muerta hacía poco en Buenos Aires, y con su pequeña única hija, partió a Europa. Murió en Francia, casi ciego, en 1850, a los setenta y dos años.

Santa Cruz se puso en marcha, por mar, hacia el sur del Perú –a Intermedios– antes de finalizar el mes. Esos mismos días –24 de mayo– Bolívar le anuncia a Sucre el resultado: "La expedición de Santa Cruz es el tercer acto de la catástrofe del Perú. Canterac es el héroe, y las víctimas Tristán, Alvarado y Santa Cruz. La expedición de Santa Cruz, por muy bien que le vaya, deja al enemigo la mitad de sus fuerzas". Muy poco antes el Congreso del Perú había ordenado al Poder Ejecutivo que llamase perentoriamente a Bolívar: "Que el Presidente de la República –decía el decreto congresil– suplique al Libertador Presidente de la de Colombia ...". El general Lavalle le escribía al general Ibarra: "Si el Libertador no viene, el país se pierde; la fortuna le brinda la ocasión de agregar a sus títulos inmortales el de Libertador del Perú". Pero la autorización del Congreso de Bogotá no llegaba. Bolívar daba ejemplo en el acto de someterse a las leyes.

Era natural que Riva Agüero, ante la petición del Congreso de llamar a Bolívar, se sintiese en cierto sentido desautorizado o subestimado. ¿No había hombres en el Perú capaces de afrontar la crisis, de regir ejércitos, de gobernar lo político?

Sucre empieza a obrar. Primer acto: respaldar al Presidente.

> Cualquiera que haya sido el modo como fue colocado el señor Riva Agüero en la primera magistratura –escribe a Bolívar–, no le es contrario el pueblo. Nuestro deber y nuestra política será mantenerlo, por lo menos hasta que llegue S. E. el Libertador, pero lo haremos de manera de nunca faltar a la neutralidad.

Segundo acto: se dirige en una nota al Congreso, ofreciéndole "las armas de Colombia en garantía de su libertad". Tercer acto: ante la insistencia de que tome el comando general del ejército, ya que Santa Cruz se hallaba lejos, responde, con habilidad, que sólo accederá "si el ejército salía en campaña o si los enemigos se dirigían a la capital". Ya consta como el personaje número uno en el desarrollo de los acontecimientos. Y trata de sostener el mayor tiempo posible la insostenible situación política del Perú. Es lo hábil.

Los españoles, más de siete mil, se aproximaban en verdad a Lima, comandados por el general Canterac. Sucre acepta entonces

dirigir el ejército. ¿Libremente, fuera de normas? No. El cumanés, con finísimo tacto, deja constante el hecho de que no procederá sino según las instrucciones que reciba del Presidente de la República. Es un huésped del Perú, un extranjero. Riva Agüero determinó evacuar a Lima, sin batalla, retirándose hacia el Callao. Sucre hubiese querido combatir. Se lo confiesa a Bolívar: "He comprometido mi reputación y perdido a Lima estando en mis manos el ejército. Crea usted que he maldecido el momento en que yo vine a Lima. ¡Cuánto ha sido lo que usted ha exigido de mí!". ¡Ya Riva Agüero procede torvamente! Los saqueos de Lima desguarnecida cesaron al entrar en ella Canterac al día siguiente.

En aquel mes de junio apareció en Quito *El Monitor Quiteño*. Sucre no alcanzó a darlo a la luz pero hizo lo necesario para que se instalasen las prensas y se hallase el personal adecuado. Fue el periódico obra suya. Sucre no era periodista; escribía un castellano defectuoso y su pensar veíase desprovisto de vuelo imaginativo; utilizaba el lenguaje directo, claro, a veces enérgico. Pero conocía el poder de la Prensa, y trató de utilizar esa fuerza. Más tarde, en Bolivia, la propiciará, la impulsará.[130]

Y ese mismo mes estalló una segunda insurrección de Pasto contra los poderes de la República. Avanzaron los sublevados después de derrotar al gobernador militar, coronel Juan José Flores, hasta muy al Sur: Ibarra, Otavalo, con los jefes Agualongo y Merchancano. El gobernador de Quito, Vicente Aguirre, se aprestaba ya para la defensa de la capital. El Libertador, que se hallaba en la hacienda El Garzal, cerca de Guayaquil, partió inmediatamente y tomó el comando de la represión. Los revoltosos fueron destrozados en el combate de Ibarra. Salom siguió hasta Pasto con estas instrucciones: "Destruir. a los facciosos, expulsar a Guayaquil con sus familias a los irreductibles, fusilar a cuantos presenten resistencia,

[130] De *El Monitor Quiteño* aparecieron seis números, los días jueves. Se editó en la Imprenta del Gobierno de Quito, y se abrieron suscripciones en Bogotá, Caracas, Cartagena, Popayán, Cumaná y Guayaquil. Es lo que reza el primer ejemplar, aparecido el día 5 de junio. Gracias a esta edición se conocen los grandes festejos en Quito el día aniversario de la batalla de Pichincha. El carro alegórico fue adornado "con el más exquisito lujo" por Manuela Sáenz. En el "trono" se alzaban los retratos de Bolívar y Sucre, "coronados de laureles". El general Salom "preparó un abundante y delicado ambigú".

dejar en la ciudad sólo las familias mártires de la libertad". Libre de la pesadilla, volvió el Libertador a Guayaquil para prepararse a partir al Perú. El eje de su vivir amistoso fue ahí la familia Garaicoa, buena amiga también de Sucre. Temblaba Bolívar por lo que estuviese produciéndose en el Perú.

> Si por desgracia hubiese ocurrido algún mal suceso –le escribía a Sucre–, debe hacer usted los mayores esfuerzos para defender el Callao y para que se defienda el territorio libre del Perú. Es para lo que más deseo estar allá en un caso semejante porque es cuando más se necesita de más autoridad, de más celo, de más actividad y de más inteligencia. Estas cualidades son las que usted tiene y que usted debe desplegar en su mayor latitud.

De haber algún "mal suceso", Bolívar exige de su subalterno acción, y acción dinámica, inteligente.

En el lapso de una semana –siete días justos– se precipitan los acontecimientos políticos en el Perú. Riva Agüero intenta disolver el Congreso; éste se defiende, rehabilitando a tres diputados enemigos del Presidente: La Mar, Alvarado y Vista Florida. Aún más: decreta la traslación de sus sesiones y del propio Poder Ejecutivo a la ciudad norteña de Trujillo. Riva Agüero se opone, pero terminará por admitirlo. Nombra el Congreso peruano dos diputados para que viajen inmediatamente a Guayaquil y exijan a Bolívar su viaje al Perú, para que comande la guerra. ¿Quiénes son los nombrados? José Joaquín Olmedo, el ex presidente de la Junta de Guayaquil –refugiado en el Perú desde que Bolívar tomó el puerto colombiano–, y el eminente peruano José Sánchez Carrión. Olmedo era ya, a esta hora, un bolivarista. Los dos congresistas llegaron hasta Quito, donde se hallaba el Libertador, acabada de cerrarse la campaña contra los pastusos sublevados. Con él conferenciaron; a él le dijo textualmente Olmedo: "Sólo falta una voz que una a los peruanos, una mano que los dirija y un genio que los lleve a la victoria".[131]

[131] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 204.

El Congreso crea el cargo de jefe supremo militar, con el propósito de dárselo a Sucre. Riva Agüero protesta; siente vulnerada su autoridad. Se hace el nombramiento. Sucre lo rechaza: "La situación de esta plaza –le dice oficialmente al ministro de Guerra– es la confusión más completa que yo he visto jamás, y mi destino aconseja que yo consienta envolverme en ella como uno de tantos, mas no como un general. Todos mandan y estamos en medio de un caos". Ofrece hábilmente, sin embargo, una salida: "Si se me forzare a tomarlo, será bajo el solo y único concepto de que en todo lo que corresponde al ejército nadie se mezclará en él". Se aceptan las condiciones señaladas por el cumanés. Y para subrayar la significación del acto, se ordena darle el tratamiento de Presidente de la República. Hay ya un claro desconocimiento de la categoría del Jefe del Estado. Sucre salva el caso mediante un acuerdo que firma con Riva Agüero, noblemente, generosamente. Según eso, "el jefe supremo militar permanecerá neutral en cuestiones de política interna". Así, Sucre no estaba ni con el Congreso ni con el Presidente del Perú, dados ambos a una lucha a muerte. El Congreso, prescindiendo del convenio, decreta ese mismo día que el Presidente cese en sus funciones en todos los puntos donde haya escenario de guerra; concede, de esa manera, exclusividad de mando a Sucre. Aún más: casi en seguida declaran los congresistas que Riva Agüero ha quedado exonerado de toda autoridad. Era una destitución, que Sucre no aceptó. El Congreso escuchó los razonamientos del general colombiano y los admitió, restituyendo así a Riva Agüero en la Presidencia. Quería Sucre salvar la normalidad legal y amenguar la pugna entre los dos poderes.

Ante la delicadísima situación política peruana y frente al enemigo español, que se hallaba desafiante a muy pocos kilómetros de distancia, en Lima, lo que urgía era actuar. Y Sucre entró en acción, de lleno.

> La historia es un tribunal de justicia.
>
> SPENGLER. *La decadencia de Occidente*.

Había evitado la guerra civil. Correspondía impedir que la empresa militar de Santa Cruz fracasase, y mantener una suerte de

statu quo en las demás órdenes: tal lo que buscaba con sagacidad y firmeza el general cumanés, en espera de la llegada de Bolívar. Obraba con maquiavelismo.

¿Por qué había partido tan de prisa al Sur, en busca de los realistas, la expedición de Santa Cruz, sin esperar una bien meditada y certera formulación de planes estratégicos que pudieron haberse discutido con el general Sucre? Es que el objetivo de Riva Agüero se condensaba en esto sólo: adelantarse a Bolívar; de ser posible, triunfar sobre los españoles, sin Bolívar, sin los colombianos, en lo cual hallábase identificado el general Santa Cruz.

> Mucho temo que el general Santa Cruz presente disensiones –escribía confidencialmente Sucre al Libertador–, pues yo dije a usted muy al principio que la precipitación con que embarcaba su tropa y se marchaba era conocimiento de que él quería sustraerse hasta de la dependencia de usted, si usted venía al Perú.

No había franqueza peruana sino doblez para con Colombia. Se le llamaba a Bolívar y se le preparaba a la vez acción hostil.

¿A qué habían ido los colombianos al Perú? Sucre lo define en pocas palabras, dirigiéndose a Riva Agüero: "Tratemos sólo de echar a los españoles, y luego verán ustedes los peruanos su arreglo interior". Se evade, por tanto, el cumanés de los ámbitos políticos y sale en campaña, dispuesto a poner a salvo los ejércitos de Santa Cruz y a derrotar a los españoles, si fuere posible. "Si no le secundamos a Santa Cruz su operación, es perdida esa expedición", habíale declarado al Libertador.

El general Alvarado, jefe de estado mayor, se embarca en el Callao con la brigada de Jacinto Lara: más de dos mil hombres. Después, parten otros mil doscientos soldados, con cuerpos chilenos, a órdenes del general Pinto. Sucre obtiene inmediatamente su primer objetivo: los españoles de Canterac, temerosos de ser tomados por retaguardia, abandonan a Lima y marchan apresuradamente a la cordillera (a Jauja, detrás de los Andes, en la misma latitud de la capital). Para acosarlo, sitúa el cumanés en Lima una fuerza que, incluidos los argentinos, debía de llegar, con reclutamiento, a cuatro mil de tropa. Al Callao guarnecen tres batallones.

Sale, al fin, del Callao el propio Sucre hacia Intermedios. Sus últimos actos son el nombramiento del marqués de Torre Tagle, que estaba de gobernador de Lima, para el mando en la capital y el sur del país, y una carta a Riva Agüero donde le dice enfáticamente, en lenguaje directo:

> Yo temo nuevas revoluciones, y no debo ocultar mis temores a fin de que se tomen medidas que eviten disturbios [...] La división de Colombia es la que debe excitar menos celos, habiendo sido dividida, pues he mostrado en esto que nuestro fin es la causa pública. Estaremos, sí, alerta para despedirnos en cualquier defección.

O sea que los colombianos se hallan dispuestos en todo momento a abandonar el Perú si no se les comprende y trata en su verdadera entidad de libertadores exclusivamente. Riva Agüero desde Trujillo, no sólo dejó de hostilizar a Canterac, como era su deber de patriota, ni envió lo que se le había exigido para el mantenimiento de las tropas en el Callao, sino que avanzó resueltamente a la traición, como luego aparecerá. Con este hombre detrás y con el propósito de Santa Cruz de combatir y vencer solo, los planes de Sucre podían considerarse fracasados.

Apenas tocó el puerto de Chala, al sur peruano, Sucre le escribió al general Santa Cruz, dándole cuenta de su marcha, indicándole la urgencia de reunir las fuerzas, señalándole incluso lo que creía que debía atacarse en primer término: el Cuzco. Aunque lentamente, por falta de elementos, siguió hasta la segunda ciudad del Perú, Arequipa, que la guarnición española desalojó. Al cabo de cuarenta días, desde el desembarco en Chala, Sucre recibió una carta de Santa Cruz, en que le pedía se reunieran en el pueblo de Apo. Ahí supo que Santa Cruz, junto con el general peruano Gamarra, en vista del enemigo no se habían atrevido a presentar batalla; que perdieron más de una ocasión valiosa; que en Zepita habían librado un combate que quedó indeciso; que, al concentrarse las fuerzas españolas, con las tropas de Santa Cruz y Gamarra se produjo el desbande.

> Batallones enteros se dispersaban; las cargas de fusiles, pertrechos, imprenta y demás útiles de campaña estaban esparcidos y en vergonzoso abandono; el pavor de Santa Cruz fue tan grande que ni aun observó que el virrey no lo perseguía, ni podía hacerlo porque sus tropas estaban agotadas de cansancio.[132]

Sin que se disparase un tiro, en vigencia de pánico total, los peruanos dejaron cuatro mil prisioneros y más de cinco mil fusiles en poder de los españoles. Nunca hubo, en la guerra de independencia, una derrota por desconcierto de esta magnitud, ni jamás en el ánimo de los combatientes de entonces apareció tan determinante la conciencia de un aniquilamiento seguro a manos del enemigo. Este desastre de las tropas peruanas, regidas por sus mejores generales del momento, Santa Cruz y Gamarra –dos personajes que odiaban a Sucre y que lo acosarán, hostilizándolo, hasta el final–, demostró, a los ojos de todos, que sólo el ejército colombiano, con sus grandes jefes, podía sellar la libertad americana. Alvarado primero, Santa Cruz en seguida, habían matado todas las esperanzas de éxito mediante el esfuerzo de los peruanos, argentinos y chilenos unidos. Sólo Bolívar, sólo Sucre, y sus hombres superaguerridos procedentes del llano venezolano, de las tierras de Nueva Granada y del Ecuador, podían dar cima a la hazaña gigante. Los hechos, que no los pronósticos, ni los anhelos, ni la maraña política, ni las petulancias, dieron de sí esa voz, esa elocuencia. Sucre, desesperado y exasperado, movíase de un punto a otro, tratando de salvar los restos de los derrotados. Nada pudo. Al entrevistarse, patéticamente, con Santa Cruz en Moquehua, adonde llegó éste con un saldo de novecientos de tropa, confesó el vencido que cuando quiso presentar batalla a los realistas "se le habían extraviado el parque y la artillería, y que dos días después sus cuerpos habían disminuido tanto que ya no contaba con quién combatir" (informe de Sucre a Bolívar). Faltó, pues, comando. Al replegarse los efectivos colombianos a Arequipa, llega allí la noticia de que el Libertador ha arribado ya a Lima. Cambia así, el panorama de los

[132] PAZ SOLDÁN, MARIANO. *Historia del Perú independiente*. Segundo período. T. I: 122.

acontecimientos; Sucre se siente aliviado de responsabilidades; obedecerá órdenes. Manda, en consecuencia que su división se reembarque, y encomienda la operación al general Alvarado. Viajan todos al Norte, en busca de Bolívar. Los chilenos abandonan la guerra y retornan a su patria.

Riva Agüero, antes de la llegada del Libertador, como apresurándose a ello, consuma su traición, instalado en Trujillo gracias al apoyo y defensa que le diera Sucre, al obstruir la destitución que hicieron de él los legisladores. Decreta la disolución del Congreso pero éste se instala en Lima, protegido, por Torre Tagle. Ratifican los legisladores el cese de funciones de Riva Agüero, declarándolo "reo de alta traición"; proceden luego a dejar vacante la Presidencia de la República y se la entregan al marqués de Torre Tagle. Llama entonces Riva Agüero al general Santa Cruz y sus tropas, con interrupción inmediata de la campaña abierta contra los españoles y con deliberado olvido de la división colombiana. Con Santa Cruz y tales ejércitos se defendería Riva Agüero, política y militarmente, de Bolívar, del Congreso, de Sucre, de los colombianos. Para él lo político hallábase sobre lo patriótico y nacional. Interesábale su triunfo personal, no el del Perú sobre España. La orden no alcanzó a llegar a tiempo, pues ya el desastre de Santa Cruz se había producido.

Riva Agüero hizo algo más grave: escribió al general San Martín, que se encontraba en Mendoza, invitándolo a que "sin pérdida de momentos –lo revela el general argentino– me ponga en marcha a unirme a usted". La respuesta de San Martín debió de helarle los huesos al marqués:

> Al ponerme usted semejante comunicación –le dice– sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la libertad del país que usted, sí, que usted sólo ha hecho desgraciado. Es inconcebible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable en una guerra civil. ¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana? Sus intrigas han sido para desacreditar por medio de la Prensa y sus despreciables secuaces los ejércitos aliados y a un general de quien usted no ha

> recibido sino beneficios y que siempre será responsable al Perú de no haber hecho desaparecer a un malvado cargado de crímenes como usted.

(Carta del 23 de octubre, en respuesta a una del 22 de agosto). La andanada de San Martín termina así, en frases lapidarias para la historia:

> ¿Habrá un solo oficial capaz de servir contra su patria y, más que todo, a las órdenes de un canalla como usted? ¡Imposible! Escribo al coronel Urdininea, pero es haciéndole un fiel retrato de la negra alma que usted alberga. ¡Eh!, basta, un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado.

Llegaba Bolívar al Perú y se encontraba con una nación sin ejército propio, en grave escisión civil y con dos gobiernos, y todos bajo la amenaza de un ejército español poderoso, desafiante, lleno de orgullo por sus últimos éxitos. No había dinero, ni organización, ni fe. En medio de ese caos, lo único que se alzaba era la esperanza, porque la esperanza tiene un pie en la muerte y el otro en la vida. El Libertador, con clara sinceridad, habrá de expresarle a Sucre: "Yo ruego a usted, mi querido general, que me ayude con toda su alma. Si no es usted, no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales".[133]

[133] LECUNA, VICENTE. *Obras completas de Simón Bolívar*. T. I: 846.

Tercera parte
LOS AÑOS SABIOS

–Donde esté la libertad, ahí está mi patria–
dijo Franklin.
–Donde no esté –replicó Paine–, ahí está la mía.

ROBERT B. DOWNS. *Libros que han cambiado el mundo*: 64.

Bolívar fue recibido en triunfo desde el Callao hasta Lima, calificándosele de redentor. Y todo redentor sabe que le aguarda un vía crucis. "El Presidente Torre Tagle, los ministros y todas las autoridades se trasladaron al Callao, seguidos de una inmensa multitud formada por todas las clases sociales". No era sólo un victorioso regidor de ejércitos el que llegaba, sino el presidente de Colombia, un jefe de Estado. Además, una figura celebérrima ya en América. El Congreso le otorgó facultades extraordinarias. Pocos días más tarde, le entregó el poder dictatorial (10 de septiembre de 1823). En el banquete que se le ofreció, Bolívar subrayó el reconocimiento de la legalidad del Congreso de Lima y del presidente Torre Tagle. Por tanto, desconoció el Gobierno de Riva Agüero, instalado en Trujillo. E hizo esta promesa, en mensaje especial al Congreso: "Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, vencerán y dejarán libre al Perú, o todos morirán". Y lo cumplió. Y la figura vital eximia para este éxito fue el general Sucre, a quien correspondió, por imperio del Destino, dar la gran batalla final de la independencia en el continente.

Había en el Perú un doble problema: el militar y el político. Los realistas, con su virrey y sus orgullosos generales, tenían en su poder las tres cuartas partes del territorio peruano; el Gobierno dictatorial de Riva Agüero se entendía con los españoles y disponía de 2.000 hombres, traicionando así al empeño libertario nacional. Por añadidura, de las 800 o 900 unidades que le habían quedado al general Santa Cruz, sólo menos de la mitad llegó al Callao; los otros fueron capturados en alta mar por el corsario español *Valdés* y

conducidos a la isla Chiloé, en Chile. La acción de Bolívar tomó dos direcciones, en consecuencia: "dar coherencia a la lucha armada, y aniquilar a Riva Agüero". Había que partir de una realidad peruana que no vio San Martín y que sí la captó el caraqueño: "El Perú es un país poco acostumbrado a sacrificios y a privaciones".[134] A las tropas extranjeras –colombianas, básicamente, porque la cooperación argentina y chilena era de reducidas proporciones– tenía que corresponder, por tanto, la suma del esfuerzo luchador.

Arriba Sucre a Lima, adelantándose a sus ejércitos. El abrazo suyo con Bolívar debió de ser estrecho, intenso (octubre). No se habían visto durante seis meses. ¡Tenían tanto que decirse! Quizá hablaron muy largamente, con vista al pasado, al futuro. Todo encuentro entre amigos significa confidencia, recuerdos, presencia de proyectos.

Y cuando habían abarcado ya la plenitud del panorama, surge de pronto un impasse entre los dos. Serio.

–Llega usted muy a tiempo, general –le dice Bolívar–, porque lo necesito para un asunto urgente. He perdido la paciencia con Riva Agüero. Mientras él conspiraba a la cabeza de una fracción del ejército peruano, yo me abstenía de emplear las armas contra él, pero acabo de saber que está en connivencia con el virrey La Serna. Tratándose de una revolución peruana, yo procuraba atraerlo al buen sentido, pero una vez que se entiende con el virrey debemos tirar de la espada para someterlo. Con este objeto quiero que usted marche a Huaraz.

–Para eso no cuente usted conmigo –responde Sucre–. Hemos venido de auxiliares de los peruanos, y no debemos mezclarnos en sus partidos domésticos.[135]

La discusión continúa, sin que el cumanés ceda en nada. Más tarde Bolívar pide a Joaquín Mosquera que visite a Sucre y le convenza de la necesidad de su cooperación. Mosquera se excusa así:

---

[134] Carta a Santander, el 16 de septiembre de 1823.

[135] LARRAZÁBAL, FELIPE. *Vida de Bolívar*. T. II: 217. El embajador colombiano Joaquín Mosquera, único testigo de la escena, la narró al historiador Larrazábal, quien la transcribió en su libro.

–A lo que usted ha dicho, nada podré agregar que le haga fuerza. ¡Cómo ha de concederme a mí lo que a usted le niega!

Insiste el Libertador al otro día:

–General, estoy resuelto a obligar a Riva Agüero de grado o por fuerza a incorporarse al ejército. Es indispensable hacerlo, y sería un escándalo que usted se separase de mí en estas circunstancias. Acompáñeme como amigo, sin tomar parte en las operaciones militares. Que nadie sepa lo que ha pasado entre los dos. Sobre mí recaerá la responsabilidad.

Bolívar había cedido. ¿Por qué? ¿Y la disciplina militar, tan rígidamente necesaria en aquellos momentos de descomposición? Lo explicó el propio Libertador más tarde: "El general Sucre –dice–[136] dio en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva Agüero lo había calumniado atrozmente: lo suponía autor de los decretos del Congreso (por los cuales Riva Agüero fue destituido de la Presidencia del Perú); el agente de la ambición del Libertador; el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador para que no lo emplee en la campaña contra Riva Agüero, ni aun como simple soldado. Apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares con aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento a los vehementes clamores del general Sucre". No era, por tanto, incondicional la sujeción del cumanés al caraqueño, con ser que se querían tan hondamente. A un general en desacuerdo con su jefe le queda siempre la posibilidad de renunciar. Valido de esta facultad, Sucre antepuso en este caso la caballerosidad de su espíritu. ¡No iba a comandar el ataque a Riva Agüero, que se le había puesto de enemigo, cuando el asediado se hallaba en situación de desventaja! Hubiérase quebrado la rectitud de una conciencia que creía firmemente en el honor y en la limpieza de los actos. Quizá exageró Sucre su actitud; hubiérale bastado exigir una posición subalterna, si se situaba Bolívar en el comando supremo del ejército

[136] BOLÍVAR, SIMÓN. *Op. cit.*: 8.

unido para aquella campaña –como sucedió–; pero a tiempo que regía en su espíritu una nobleza irrenunciable, faltaba en él en ocasiones la ductilidad. Le traicionaba el puritanismo de cuando en cuando. Una de las fallas de su carácter fue la excesiva susceptibilidad, de que dará nuevas muestras muy pronto. Lo susceptible, esta vez, provenía de un sentimiento de dignidad ante las injustas acusaciones de Riva Agüero contra él. Reaccionó el cumanés con altivísimo orgullo, y se negó a aplastar a quien lo había ofendido. Con esta lógica, de no haber estado presente el Libertador, Sucre no hubiese podido resolver el problema político peruano. La eliminación de Riva Agüero y de lo que él representaba era condición previa básica para la prosecución de la guerra.

A mediados de noviembre sale el grueso del ejército hacia el Norte, rumbo a la población de Huaraz, a 200 kilómetros de Lima (200 kilómetros más al Norte está Trujillo, sede del Gobierno espurio de Riva Agüero). Sucre va con la oficialidad, pero sin comando. Su punto de vista personal ha sido más fuerte que su amor a Bolívar, y su carácter se ha mostrado en esta ocasión capaz de una soberanía casi desdeñosa. El hombre de carácter, aun hallándose equivocado mantiene su criterio con tal firmeza que es capaz de poner en juego sus propios intereses y su propia vida. El Libertador, más hábil, más sabio, menos joven, ocultó su ira en la paciencia y esperó. ¿Quién ignora en política, y en el trato de los hombres, que saber aguardar significa muchas veces saber triunfar? Cuando llegaron las tropas a Huaraz se le restituyó el mando a Sucre; no para que atacase a Riva Agüero, que de eso se encargaba Bolívar en persona, sino para que avanzara a hacer frente a los españoles, un poco hacia el Sur, pero ascendiendo los Andes. Parte de estos batallones encomendados a Sucre –todos colombianos– acantonaron en las estribaciones de la Cordillera Blanca; otros avanzaron hasta cerca de Huánuco, ya en la cima del macizo andino. Desde ahí serían vigilados los movimientos del enemigo hispano.

No fue fácil conseguir que Sucre aceptara la jefatura. A las razones que adujo antes sumábase hoy otra, mucho más grande. En la "Memoria de guerra de Colombia", presentada por el ministro Briceño Méndez al Congreso, en Bogotá, se habían puesto expresiones que lesionaban la dignidad militar del cumanés, en lo

relativo a la campaña de Huachi, en el Ecuador. Escribió entonces Sucre su renuncia, dirigida al vicepresidente Santander, donde se decía, con altivez, dignidad y dolor profundo:

> Motivos imprescindibles en la delicadeza de un militar me hacen el deber de poner término a la carrera en que desde joven dediqué mis servicios a la República [...] Un soldado, cultivando la tierra después de trece años de combates y cuando su patria no lo necesita, pasará por un espectáculo de honradez en una República naciente [...] El convencimiento de esta verdad hace que yo implore de V. E. mi licencia absoluta del servicio.[137]

Antes de ser remitida, esta carta fue hidalgamente puesta en manos del Libertador, y no llegó nunca a su destino. Bolívar escribió entonces una de esas páginas suyas donde, al fondo, no existen subterfugio ni salida posible:

> He visto la carta de usted con sumo disgusto, pero no con sorpresa, porque hace algunos días que noto un gran desagrado en usted. He visto todo y he procurado satisfacer a usted; todavía haré más por lograr persuadir a usted de que yo no le he ofendido ni aun remotamente, y que si lo he hecho estoy pronto a dar a usted una plena satisfacción, porque yo soy justo y porque amo a usted muy cordialmente a pesar de todo. Pero si usted no quiere abrir su corazón y rehúsa mi franca explicación y continúa usted con la idea de no tomar el mando, y de querer marcharse, yo no lo impediré porque jamás he gustado de amigos forzados, pues yo llamo amigos los que sirven conmigo en el rango que usted (Marca, 20 de noviembre).

Sucre cedió. Pocos días más tarde, el Libertador escribía ya a Santander:

[137] *Papeles de Sucre*, publicados por la *Revista de América* (Bogotá), (febrero 1945).

> El general Sucre ha marchado sobre Huánuco con una brigada del ejército a observar a los enemigos de cerca de sus fronteras. Este general es excelente y me ayuda infinito.

Agotó Bolívar los recursos para reducir a Riva Agüero sin choque armado. Hubo cartas y más cartas, envío de emisarios; hasta se concertó una conferencia con delegados de ambas partes en Pativilca, de donde no salió ninguna conclusión. Los batallones seguían avanzando sobre la ciudad de Trujillo. El vicealmirante Guise, con toda la escuadra, lo mismo que el general Santa Cruz, habíanse puesto del lado de Riva Agüero, desobedeciendo directamente las órdenes emanadas de Sucre, cuando éste se hallaba en el Sur. Por fin, en la madrugada del 25 de noviembre, el coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, comandante de los coraceros a caballo del ejército del disidente, al convencerse por sus propios ojos –tuvo en sus manos el documento– de que el ex presidente del Perú traicionaba a la República, lo prendió; al mismo tiempo era apresado en Santa el general Ramón Herrera. Así se cerró el capítulo de la traición de Riva Agüero. El coronel Gutiérrez de la Fuente los embarcó y los remitió a Guayaquil para evitar que se los fusilase.[138]

Recorrió entonces Bolívar la cordillera occidental, "desde su nacimiento cerca de Pasco hasta la célebre capital incaica de Cajamarca". Conocer minuciosamente el terreno es la regla elemental tanto para la estrategia como para la táctica. Sólo que, por vez primera, el organismo del Libertador se resintió, y el grande hombre cayó enfermo de gravedad en Pativilca. Allá acudirá, férvida de amor, Manuela Sáenz, para atenderlo con infinitas ternuras. Así comenzó el nuevo año de 1824. ¿Cuál fue la dolencia? La comunicación al vicepresidente Santander la describe:

[138] En Guayaquil fueron recibidos como traidores y encarcelados; luego, salieron expulsados del país. Riva Agüero se dedicó a publicar artículos de odio contra Bolívar. Cuando llegó a Londres, dio a la estampa el libro *Exposición de la conducta política de José de la Riva Agüero*, enconada diatriba contra el Libertador (que ha servido de documento informativo a escritores como Salvador de Madariaga). Cinco años más tarde volvió al Perú, donde dirigió la publicación de *Memorias para la historia del Perú*, de los canónigos José María Arce y José Nicolás Garay, obra que ha sido calificada de "infame e indigesto fárrago de calumnias" contra Bolívar y sus hombres en el Perú. (Véase *Bolívar*, por Francisco A. Encina. T. II: 361).

> Es una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómito y de dolor cólico [...] Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como esta represento la senectud. Además me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia, aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón, sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor. [Carta del 7 de enero].[139]

Los cuerpos en ese momento[140] se contaban así, en forma efectiva: cinco mil colombianos capacitados y listos para la lucha, una división peruana no disciplinada ni suficientemente moralizada todavía, y los Granaderos de los Andes, sin reemplazos y carentes de muchos artículos. Los generales españoles Canterac y Valdés disponían de más de doce mil veteranos. Ante tan desventajosa situación, exige Bolívar al Gobierno de Colombia el envío urgente de doce mil hombres, y remite el pliego con su edecán Diego Ibarra. ¿Y los soldados argentinos y chilenos que en el ejército de San Martín pasaban de cuatro mil? Casi no cabía tomarlos ya en cuenta, por su escaso número.[141] ¿Por qué desertaban tantos? La propia división colombiana había sufrido pérdidas, entre fugados, enfermos y muertos, sin batallas todavía. Sólo en parte de las tropas había convicción respecto de la libertad nacional y continental; los otros seguían a un gran general o empeñábanse en la aventura por pasión heroica o habían sido tomados a la fuerza. Los batallones se integraron con lo que había a mano: agricultores, arrieros, mozos de ocupaciones diversas muy modestas, pequeños negociantes, leñadores, cuidadores de rebaños; masa elemental, sometida voluntaria o involuntariamente a la hazaña de la guerra. ¿Quiénes tenían fortaleza moral suficiente para no cejar en el empeño, quiénes

[139] Hay médicos actualmente que opinan que en esa ocasión, en Pativilca, se presentaron los primeros síntomas serios de la tuberculosis que llevó a la tumba al Libertador.

[140] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada*... T. III: 341.

[141] En Ayacucho pelearon sólo ochenta, según el historiador Encina (*Op. cit.* T. II: 368).

eran capaces del reto permanente, cuántos aceptaban o toleraban pacíficamente que no se les pagase si no muy poco y sin regularidad? El entusiasmo no llegaba a todos, flaqueaba la tenacidad. El ánimo intrépido, aun a pesar de que la mayoría de las tropas era juventud, no iba lejos al afrontar una guerra larga. Los invencibles eran los jefes.

Los colombianos, en los cuales se podía confiar completamente por aguerridos y por extranjeros en el Perú –desde esta hora ya no desertará ninguno más–, recibieron todos el comando supremo de Sucre y fueron divididos en tres partes: una, dando frente a los hispanos; otra, en Huaylas –tierra feraz entre las dos cordilleras, la Negra y la Blanca–; el resto, cerca de la costa. Formaban así una suerte de muro extendido muy largamente y listo para marchar en ofensiva apenas recibiese órdenes. Los batallones peruanos, al mando del general La Mar –Bolívar sabía perdonar y prefería vigilar de cerca a quien había actuado ya turbiamente–, ocuparon a Trujillo; son unos mil trescientos, que llegarán a dos mil.

El Libertador, medio convaleciente, recibe la visita del diplomático suyo Joaquín Mosquera, quien le pregunta: "¿Y qué piensa hacer usted ahora?". Los soldados españoles son doce mil, frente a menos de siete mil republicanos; el jefe supremo liberal está gravemente enfermo; el Perú hállase en plena descomposición política y en muy seria crisis moral. "¡Triunfar!", responde el Libertador. "¿Y qué piensa usted hacer para triunfar?". "Tengo dadas las órdenes: levantar fuerte caballería en Trujillo; fabricar herraduras en Cuenca, Guayaquil y Trujillo; tomar todos los caballos del país y embargar los alfalfares. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería; si no bajan, dentro de tres meses tendré fuerzas para atacar; subiré la cordillera y los derrotaré". Casi acto seguido manda que su secretario le escriba a Sucre. He aquí los términos: "S. E. ha facultado ampliamente a vuestra señoría para que opere con el ejército de su mando del modo que juzgue más conveniente, en todos los casos que se presenten en el discurso de la campaña". Es la entrega de poderes omnímodos en lo militar.[142] Exígele solamente que informe y que se empape

[142] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Documentos*. T. XI: 251.

bien, previamente, de lo que piense el propio Bolívar en punto a planes.

A la vez trata de lograr un armisticio. Tanto el Presidente Torre Tagle como el Congreso aprueban esta idea, y Torre Tagle designa a su ministro de Guerra, general Berindoaga, conde de San Donás, para la consiguiente entrevista con los españoles. Llevaba una carta del Presidente al jefe realista, general Canterac. Y portaba instrucciones reservadas. ¿Qué constaba en lo uno y lo otro? La traición de Torre Tagle, similar a la de Riva Agüero: "asociarse con los españoles para expulsar a los auxiliares colombianos, chilenos y argentinos –principalmente a Bolívar y Sucre– y restablecer la paz monárquica en el Perú". Se ha explicado esta persistencia pro realista de los aristócratas peruanos Torre Tagle, Riva Agüero, Berindoaga:

> Estos magnates y muchos funcionarios públicos –dice Lecuna, fundándose en el historiador peruano Luis Alayza Paz Soldán– gozaban bajo el Gobierno español de grandes prerrogativas y las podían recuperar llevando otra vez el Perú al dominio del rey. Tanto el comercio como el pueblo en general, arruinados por la revolución, echaban de menos el antiguo régimen. El ejército real, asistido por una brillante juventud nativa del lugar, era más peruano que el ejército libertador, compuesto éste, en su mayor parte, de extranjeros. La sociedad había sufrido hondos quebrantos, especialmente durante el gobierno de San Martín y Monteagudo –argentinos–, por las persecuciones, destierros, prisiones y muertes de españoles relacionados con los criollos.[143]

Había peruanos eminentes que pensaban de otro modo, pero no se hallaban en el poder, y había pueblo revolucionario, pero de muy reducidas proporciones. Los auxiliares, en especial los colombianos –los otros quedaron reducidos a poca cantidad–, se vieron así en un medio casi de todo en todo hostil. Buscaban la libertad de los peruanos, a pesar de los peruanos. No existía en aquella región, por tanto, una conciencia continental de la revolución,

[143] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada*... T. III: 317.

sino que se enfocaban los problemas en sentido lugareño y de conveniencias personales. No se comprendía que mientras hubiese efectivos militares españoles en América, la independencia no se había alcanzado: de ese punto de apoyo se expandiría el enemigo de los republicanos, en ánimo de reconquista de lo perdido en guerra. El sincero anhelo de retorno a lo antiguo, implicaba tonta miopía: ya esa paz colonial no podía volver jamás; el proceso evolutivo y dialéctico no se detienen nunca.

Hubo por estos días de enero una significativa discusión de carácter militar entre Bolívar y Sucre. El uno, sabía escuchar; el otro, tenía su propio criterio, que lo expresaba nítidamente, aunque con modestia. Proponía el cumanés atacar a Canterac en la zona de Jauja en la altiplanicie peruana detrás de la cordillera y en el mismo paralelo que Lima. Obedecía el plan al hecho de que la otra parte del ejército español hallábase muy lejos, al Sur. "Un triunfo sobre Canterac –sostenía– valdría tanto como una victoria sobre todo el ejército". Bolívar responde que es preferible esperar los refuerzos colombianos procedentes de Panamá y Guayaquil. Y así queda planteada la divergencia de opiniones entre los dos grandes generales, el maestro y el discípulo. Sucre insiste, no se somete ciegamente ni acata planes –órdenes, sí– sin meditarlos por propia cuenta:

> S. E. –dice– habrá mejor que nadie contemplado la situación de los contendientes en esta guerra y del carácter que ella ha tomado; no ocultaré mis cuidados de que mientras nosotros vamos por refuerzos a Colombia, los enemigos los toman dentro del país. Si los enemigos llegan a buscarnos en esta parte, y nosotros por atraerlos nos vamos en retirada sobre la provincia de Trujillo, creo que en lugar de que logremos llevarlos a un campo de batalla hacia la costa, ellos habrán conseguido expulsarnos completamente de la sierra, que siempre ha sido su objeto, y que, verificado del todo, quizá les bastará para arruinarnos.

Los dos tenían razón. Bolívar creía en los auxiliares colombianos, próximos a llegar –empezaron a arribar en estos mismos días: desembarcaron unos 350, al mando del oficial irlandés Francisco Burdett

O'Connor, procedentes de Panamá–; Sucre preveía que tales tropas no se presentarían ni en número suficiente ni a tiempo, como sucedió; el grueso de los contingentes se hizo presente en el Callao cuando ya no hacían falta.

Bolívar atiende los razonamientos de su subalterno, fija como punto de reunión, en caso de retirada, no Trujillo, junto al mar, sino Huamachuco, en el mismo paralelo de Trujillo, pero en la serranía. Al par amplíale las facultades hasta un límite casi omnímodo (desde Pativilca, donde el Libertador está convaleciente, pero todavía incapacitado para moverse):

> Le autorizo para que en caso de que los enemigos nos busquen con fuerzas inferiores, pueda usted reunir todas las fuerzas de Colombia y las del Perú que sean indispensables, y espere y busque al enemigo donde convenga. Esta autorización de atacar o esperar a los enemigos es extensiva para toda la campaña, siempre que los enemigos nos busquen en nuestro propio territorio y seamos superiores a él en número y calidad.

Aún más: hácele esta hermosa declaración (carta del 26 de enero):

> Mucho me gustan la carta y oficio de usted del 19, porque hace muy justas y sabias observaciones. Las ideas de usted me animan a mí también y hacen vacilar muchas veces mi resolución. A pesar de la languidez en que me ha dejado la enfermedad, usted me anima a irme a dar una batalla, que realmente no se puede perder de modo alguno con fuerzas iguales y aun algo superiores.[144]

Mi mano derecha equivale a un dios.

VIRGILIO. *Eneida*. T. X: 773.

Era Sucre hombre de mundo, ancho de criterio, conquistador de mujeres, sensual. Dejó hijos ilegítimos en el Ecuador, Venezuela,

[144] Sucre dará la batalla de Ayacucho, ese mismo año, contra fuerzas no "algo superiores", sino inmensamente superiores: 9.300 realistas frente a sólo 5.780 republicanos.

Bolivia. Tomaba la aventura sexual a lo militar en tiempo de guerra: despreocupadamente. Una carta[145] dirigida al general O'Leary desde el Perú revela algo de esa intimidad muy amplia, muy tolerante:

> Quilca, 15 de octubre de 1823. Querido O'Leary. Agradezco mucho la cartica de usted del día 4. Usted me prueba su amistad y sus recuerdos, y creo que los míos hacia usted están justificados. Usted sabe que hasta la dama le cedí en alguna ocasión, ofendiendo aun mi amor propio, cuando aparecí ante la gente arruinado y derrotado. Escríbame usted todo lo que ocurra por esas tierras y cuanto lo ama grandemente su cordial amigo. Un abrazo a Ibarra. Dígale usted que me escriba, que no sea flojo. A todos los demás edecanes y amigos, salúdelos usted de mi parte.

Toda pudibundez queda por fuera en este lenguaje de hombre a hombre. Este es el personaje abiertamente humano, a quien le seguirán aguardando, aparte del amor, la grandeza y la gloria.

Sorpresivamente, en la noche del 5 de febrero, los auxiliares argentinos que hacían la guarnición del Callao –unos mil cien hombres, de los cuales ciento cincuenta eran chilenos– se sublevaron, declarándose del lado del rey. El general argentino Alvarado, su jefe, fue apresado y remitido por mar a Pisco, al sur. Al amanecer, y durante el día los amotinados saquearon la ciudad, mientras volaba un emisario especial a dar la noticia al general Canterac. Este la tomó con precaución, y para prevenirse envió un contingente militar de significación al mando del mariscal Monet. Con las tropas españolas del coronel Rodil, acantonadas en Pisco, tomaron posesión del Callao. Llegaron "cuando ya los feroces negros habían saqueado en la población todas las riquezas, sin que los jefes argentinos se atreviesen a corregirlos".

Ese mismo día, desde Pativilca, y en dramático contraste, que incluye la potencialidad de una intuición genial, el Libertador

[145] Carta autógrafa que pertenece a la colección Eduardo Santos, en Bogotá. Fue publicada por la *Revista de América*, en febrero de 1945. La población de Quilca se halla al sur del Perú, cerca de Arequipa. O'Leary se encontraba en Lima, preparándose para salir en misión diplomática a Chile, donde trataría de conseguir cooperación militar.

se dirigía al Presidente del Congreso pidiéndole que crease un dictador.

> Creo que la soberanía nacional –le decía– debe crear un dictador con facultades ilimitadas, omnipotentes, y que ese dictador declare la ley marcial en la República. Sólo este dictador puede dar un rayo de esperanza a la salud de la República.

Para pedir esta solución al problema peruano, señalaba dónde estaba el punto crítico. "Tres autoridades supremas manejan la suerte de este Estado", declaraba. Eran el Presidente Torre Tagle, el Congreso y el propio Bolívar. Este se despoja de las facultades que se le dieron a poco de llegado:

> Mi poder ha cesado desde este día, pues yo lo renuncio cordial y formalmente, no encontrándome en capacidad de hacer frente a una tempestad iracunda en una nave dirigida por tres pilotos.

Aquí aparece la personalidad del Libertador en su auténtica esencia: ha de mandar él sólo, o se retira; no admite ni compañeros de poder ni émulos; el último personaje por él desalojado fue San Martín. Y el único a quien permitía ascender y ascender, hasta dejarlo situarse a una misma altura, en la guerra y en la política, era Sucre. "Sucre es el venezolano de más mérito que yo conozco –había escrito cuatro meses atrás en Guayaquil, confesándoselo al vicepresidente Santander–; y como Dios le dé una victoria, será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el sur lo habrá hecho todo, hasta el Potosí".

Una semana más tarde el regimiento argentino de Granaderos de los Andes que se dirigía a Lima procedente del Sur, se alzó en armas, apresando a sus oficiales, y se incorporó a los insurrectos del Callao. La contrarrevolución comenzaba a ensancharse, vigorosa, amenazadora.

El golpe drástico sugerido por Bolívar es atendido por el Congreso. Se le inviste al Libertador de la "autoridad suprema política y militar". Más aún: se declara suspenso el ejercicio de la

Presidencia de la República, y el Congreso mismo entra en receso. Era la destitución de Torre Tagle. ¿Qué haría este personaje, cuyo entendimiento con los españoles venía en proceso desde atrás?

El mensaje de Bolívar a los peruanos –al pueblo peruano– fue de optimismo y decisión:

> ¡Peruanos!: Las circunstancias son horribles para vuestra patria; vosotros lo sabéis; pero no desesperéis de la República. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible.

Actúa en seguida, con eficacia. El general Martínez es cambiado en el mando de la capital por el general Necochea. La orden decía: replegarse con todas las fuerzas y acantonarse en Pativilca, sacando previamente de Lima –adonde no tardarán en llegar los españoles– todo cuanto pudiera ser útil al ejército. Necochea obliga a Torre Tagle a entregarle el poder. Un día, casi en seguida de estos sucesos, cae en manos de Necochea una carta del general español Canterac para Torre Tagle, donde quedaban en descubierto la inteligencia entre los dos y la decisión de deshacerse de Bolívar y las tropas auxiliares. Informado Bolívar, ordena que Torre Tagle se presente en Pativilca. El ex presidente y su ministro de guerra, Berindoaga, prefieren ocultarse –temían ser fusilados– y no reaparecen sino cuando los efectivos españoles de Monet y Rodil entran en Lima.

No se detiene ahí la crisis. Los regimientos de caballería Lanceros Peruanos y Lanceros de la Guardia del Perú viran hacia el campo monárquico, lo mismo que "multitud de jefes y oficiales del ejército, empleados civiles, judiciales y ciudadanos pacíficos". Creían perdida la causa republicana. De las listas del ejército libertador fueron borrados trescientos dieciocho jefes y oficiales de los contingentes peruanos, que se habían pasado a los españoles.[146] La contrarrevolución hallábase en su punto culminante; los patriotas republicanos no quedaban sino con Trujillo, Huaylas y Cajamarca.

[146] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Documentos*. T. XII: 367.

Las unidades peruanas todavía fieles continuaron a órdenes del general La Mar.

Sucre, ante esta situación de suprema descomposición, recibe el nombramiento de general en jefe del ejército unido de colombianos y peruanos. Y he aquí lo que realiza, según atestiguación escrita del propio Bolívar (*Resumen sucinto de la vida del general Sucre*):

> Volvió a tomar el mando del ejército –dice–, lo acantonó en la provincia de Huaylas, donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y su infinita dulzura.

Pero esto no significa sino preparación castrense para la próxima campaña. ¿Y lo político? El problema era doble: político y militar; el elemento civil, por ende, quedaba arrollado en ese ímpetu. Toda crisis de carácter nacional involucra a todos, aun a los que se consideran inmunes. La acción de Sucre en estas circunstancias es callada, valiosa, eminentemente hábil.

> El general Sucre –continúa Bolívar– recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país. El general Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. Escribía a sus amigos que más interés habían tomado por la causa del Perú que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable. Sus servicios no se vieron burlados; ellos lograron retener en la causa de la patria a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre.

Las cartas, por aquellos tiempos, constituían el elemento de mayor importancia y de más hondo impacto en la conciencia de las personas, visto que no existía otra forma de comunicación a distancia. Toda la guerra de independencia se hizo a base de cartas: indicaban los movimientos militares, o los planes o los puntos de vista internos e internacionales; revelaban el criterio sobre las gentes, relataban el amor, difundían doctrinas. Sucre, aun a pesar de su falta de imaginación poética, las utilizó escribiéndolas en su lenguaje directo y limpio, libre de ocultamiento y preciso en los conceptos, sin olvidar nunca el buen tino. No se puede hallar en ninguno de esos papeles suyos una sola muestra de ingenuidad.

Lo más dramático estaba en que Bolívar continuaba pidiendo tropas y armas a Colombia, a su Colombia, gobernada por el general Santander. Y esos elementos no llegaban. Entre marzo de 1823 y febrero de 1824 había solicitado 37.000 hombres.[147] ¿Cuántos arribaron al Callao? En diciembre de 1823, quinientos, y entre marzo y mayo de 1824, dos mil. O sea, solo 2.500. Santander alegaba que el Congreso no se había reunido; que no tenía autorización, que continuaba el peligro de una ayuda de Francia a España. Sobraba razón para la dura queja del Libertador al vicepresidente:

> En sustancia, diré a usted que la única hostilidad que se nos puede hacer en América es el impedir los auxilios a nuestro ejército en el Perú, y que el único auxilio que pueden recibir nuestros enemigos es este servicio negativo.

Era muy claro lo que pensaba el Libertador de los combatientes: "No tengo confianza, si no es en los nuestros, y haga usted otro tanto", le dice a Sucre. Al general Santander le indica:

> El Perú está dividido en tres partidos: primero, patriotas anticolombianos; segundo, godos españoles, y tercero, godos de Torre Tagle y Riva Agüero. El resto de la masa inerme del pueblo no tiene sentimiento alguno. De suerte que aquí no hay más que dos cosas

[147] ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit*. T. II: 405.

> positivas: el ejército de Colombia por la patria, y todo lo demás contra ella; todo lo demás es insignificante, nulo, nada en fin.

Dentro de sí, Bolívar bramaba, rugía, y esperaba de los demás generales el mismo temple. En Sucre halló ese carácter recio, de reto. A tal punto que Bolívar llegó a temer por la vida del cumanés:

> Mucho he sentido –le escribe en carta de Pativilca el 16 de febrero– no haber visto a usted por aquí. Su maldito viaje a Reyes sobre Pasco me ha privado de esta satisfacción, y temo que también me prive de usted. Le recomiendo de nuevo que se cuide, que no ande solo y que no se meta en aventuras, porque la moda del día es un poco peligrosa para los que tienen que perder.

En ese lapso de crisis y descomposición, lo único que cabía era suma precaución, por un lado, y suma energía, por otro. El propio Libertador señalaba el procedimiento:

> Dicen todos –le cuenta a Santander– que pronto se compondrá todo con la receta de la onza de plomo y los cuatro adarmes de pólvora que estoy recetando para aliviar a la patria de la apoplejía de traidores que tiene. Yo estoy hecho un caribe: tengo algunos en capilla, y mañana fusilo uno de ellos por haberse querido pasar a los godos siendo colombiano.

Y a Sucre:

> El mes que viene no tendremos que comer, si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes.

Y al general Necochea:

> Si me permite usted la franqueza, le diré que estoy furioso contra su bondad, su política y su parsimonia.

> La guerra no vive sino de acto de violencia y de destrucción, no se hace por el amor de Dios.

Y al general Salom:

> Trate usted al pueblo de Quito bien; pero al que caiga en alguna culpa capital, fusílelo usted. La orden del día es terror; por este medio he contenido la propagación del crimen en este país.

Llegó a Trujillo en aquel mes de marzo, hacia fines, el mensaje del Presidente Monroe al Congreso de los Estados Unidos, donde se fija la "doctrina Monroe" de defensa continental frente a las posibles audacias de la Santa Alianza europea. Quizá en ese momento no se advirtió la trascendencia de esta novedad en el derecho internacional americano, pues se hallaba en preparación una gran campaña y las noticias que llegaban de Venezuela, Bogotá y Quito eran halagadoras. Puerto Cabello había caído, tras larga resistencia de casi dos años, después de Carabobo, y ya no quedaba enemigo español en tierra colombiana. No se le temía, por tanto, a la Europa de la Santa Alianza. Pero sí se advirtieron la esencia novedosa y la consecuencia del célebre documento. *La Gaceta de Colombia*, órgano oficial del Gobierno colombiano, dedicó su nota editorial al tema. Observaba que el contenido intrínseco del mensaje era una clara y elocuente exposición del sistema político americano que se oponía en un todo al europeo, pues mientras en "éste se establecían el legitimismo y la divinidad de los reyes, en aquél imperaba la democracia y, por tanto, la intervención del pueblo en los negocios públicos".[148] Sucre fue avisado del particular inmediatamente, en carta de Bolívar el 27 de marzo.[149] La doctrina de Monroe fue innecesaria en la guerra de independencia latinoamericana. Llegó tarde. Pero corridas las décadas, asumirá nueva significación, maléfica y benéfica.

---

[148] GUERRA IÑIGUEZ, DANIEL. *El pensamiento internacional de Bolívar*. Caracas, 1955: 123.
[149] *Archivo de Sucre*, V: 190.

> En todo cuanto emprendemos hay que conceder las dos terceras partes a la razón y la otra al azar.
>
> NAPOLEÓN. *Pensamientos.*

Todo iba dentro de rígida y estricta disciplina. Lo único que correspondía a mera esperanza era el arribo de refuerzos colombianos en gran escala, en los cuales no creía Sucre. De pronto, interpónese el Destino, o el azar, o como quiera llamársele, y el curso de los acontecimientos cambia. En la Historia, lo mismo que en la vida de las personas, juegan y actúan mucho los acontecimientos que no se pueden calcular. ¿Quién iba a prever que los ejércitos españoles, contra los cuales se preparaba una ofensiva de carácter decisivo, iban a dividirse y pelearse entre sí, dando con eso ancho margen al éxito de los republicanos? ¿Quién podía imaginar que, al plantearse la pugna entre los dos bandos españoles, el virrey determinaría, torpemente, aplastar primero a sus compatriotas rebeldes, que no a los ejércitos de Bolívar, cuyo poderío quizá subestimaba? ¿No calculó el virrey que el hombre que había independizado a Venezuela, la Nueva Granada y el Ecuador se hallaba presente en el Perú no sólo con su genio y su tenacidad, sino además con sus propios oficiales y sus propios soldados, con los cuales había dado cien combates y que eran por tanto, los más aguerridos de América?

Nada de esto pudo calcularse, porque el problema no procedía del Nuevo Mundo, sino de España peninsular. Allá había restablecido Fernando VII el régimen absolutista; en consecuencia el general Pedro Antonio Olañeta, que comandaba el ejército del Alto Perú, se mostró en seguida furibundo absolutista, pues esa era su convicción. No así el virrey La Serna y los generales Canterac y Valdés, constitucionalistas ambos, o sea, enemigos del absolutismo. La Serna, Canterac y Valdés, españoles peninsulares por añadidura, menospreciaban a Olañeta, español criollo.[150] ¡La lucha estaba declarada!

[150] "Es un hecho que, antes de la guerra, Olañeta había sido minero y comerciante en Tupiza y Jujuy", dice Luis Paz en *Historia general del Alto Perú, hoy Bolivia*. T. II: 588. (Edición en Sucre, 1919).

Al saber Olañeta el cambio en el régimen de España, lo proclamó en sus dominios; expulsó al gobernador de Potosí, y declaró que el Alto Perú quedaba anexado al virreinato del Río de la Plata. Fernando VII fue proclamado solemnemente soberano absoluto. ¡Era la insurrección contra el virrey La Serna! El ejército que respaldaba al rebelde pasaba de 4.500 unidades. El virrey mandó al general Valdés para que conferenciara con Olañeta; luego, le envió con tropas, para someterlo: 4.500 hombres. ¡En suma 9.000 soldados menos para la resistencia contra Bolívar! El Destino encegueció a los españoles. Se peleaban entre sí cuando ya no existían ni el virreinato del Río de la Plata ni ningún otro, pues toda la América hallábase independizada, con la excepción del Perú. La causa del gravísimo yerro estuvo en haber subestimado al ejército colombiano y sus jefes, tanto de parte de La Serna como de Olañeta.

> Yo no puedo encontrar –le escribía el general Valdés al general Canterac– que sea tan sobresaliente Bolívar; en cambio, es grande su ferocidad. Opinión, que es la piedra de toque, no tiene ninguna, las tropas que fueron del Perú le tienen, desde el primer jefe al último soldado, odio mortal, y sus tropas, por bisoñas y otras causas, son poco a propósito para moverse y batirse.

Suponían también al ejército libertador "bien escaso de pertrechos de guerra, pues todo apresto militar estaba depositado en la plaza del Callao".[151]

Sucre recibe inmediatamente estas instrucciones de Bolívar:

> A consecuencia de todo esto, yo pienso que debemos movernos en todo el mes de mayo contra Jauja a buscar a Canterac, que no nos puede resistir.

Jauja está detrás del macizo de los Andes, en el mismo paralelo de Lima y en la altiplanicie. En mayo será la marcha; en junio, el choque. (La carta es de abril). Y le pide luces al cumanés:

[151] PAZ, LUIS. *Op. cit.* T. II: 592.

> Piense usted mucho, para que me aconseje lo mejor. Venga usted a verme inmediatamente a Mollepata, para donde parto pasado mañana: allí trataremos de todo, todo. Medite usted mucho en el camino sobre lo que conviene más.

Al par le señala las necesidades; detalle que muestra los problemas en que se veían los ejércitos en aquellos tiempos:

> La más grande dificultad consiste en el estado de los caminos (llovía mucho), de los caballos, de los pastos, y también de los ganados y de los granos que son indispensables para los hombres y los caballos. No permita usted que los caballos se hierren con las herraduras que se han mandado porque los clavos no valen nada, nada. Los caballos buenos, útiles, que se vayan engordando con cebada. Tenemos 1.400 hombres de caballería por lo menos; cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo del diestro. El parque y el bagaje nos ocuparán 1.000 mulas y debe llevar reemplazos. Diez mil reses de repuesto serán pocas. Se debe mandar labrar galletas. Debemos pensar en que lleve cada hombre sacos de maíz o cebada cocida o tostada; también mucha cebada para los caballos, que deberán llevar en dos sacos de dos arrobas, cada caballo. Haga usted que a los caballos de la costa se les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándose con planchas de hierro caliente y bañándoselos con cocuiza; si es posible, que estén bajo cubierta.

La frase quemante de esta carta es: "¡Y usted debe hacerlo todo, todo!".

Sucre no pudo acudir a la cita en seguida, sino al cabo de dos semanas. El "hacerlo todo, todo" quería decir suma de actividad y suma de organización. El éxito, en todo ir que requiera tiempo y tenacidad, depende del engranaje de la maquinaria; o todo perece, por desarticulación. "... Y el ejército –declara el Libertador– recibió todos los auxilios necesarios debidos, sin duda tanto a los pueblos

peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente". El método de Sucre para lograr cuanto necesitaba no era el de la fuerza, sino en casos extremos; prefería convencer. Nos lo cuenta su amanuense Rey de Castro:

> Infatigable, como siempre, en el trabajo, se ocupaba desde el primer momento en adquirir datos estadísticos en todos los ramos, enterándose de los recursos con que se podía contar, no menos que de la opinión dominante en el país. Para ello consultaba, con solícito interés, a los vecinos notables y patriotas que le visitaban; los que, prendados de la afabilidad de su trato y finos modales, se complacían en ofrecerle sus servicios, empeñándose en suministrarle cuantas noticias le fuesen necesarias para que llegase a tener conocimiento claro de la situación y del país en que se hallaba [...] Cautivaban su juventud, su suavidad y noble franqueza, su hidalguía y nobleza [...] Vestía de ordinario una simple levita azul, sin insignia ninguna.[152]

Cuando era indispensable la energía, como en estos días graves, la empleaba plena. Al coronel Deza le escribe: "Que su espionaje sobre el enemigo sea el más exacto y vigilante"; al intendente de Canta: "Tenga espías en todas direcciones; castigue severa y ejemplarmente toda falta en sus partidas"; otra vez al coronel Deza: "Por ningún motivo ni consideración dejará de cumplirse esta orden (la de recoger las alhajas de los templos), y de su ejecución es V. S. responsable"; o bien: "Todo espía o persona que conduzca papeles sediciosos será pasado por las armas sin excepción alguna, justificado que sea su delito".[153]

---

[152] REY DE CASTRO, JOSÉ MARÍA. *Recuerdos del tiempo heroico. Páginas de la vida militar y política del Gran Mariscal de Ayacucho*. Guayaquil, 1883. Rey de Castro, natural de Arequipa, entró al servicio de Sucre en esa ciudad en 1823. Era hijo de un español a quien Sucre concedió completa libertad, aun a sabiendas de que había sido funcionario del rey.

[153] Cartas de Sucre publicadas en *El Washington del Sur*, por B. Vicuña Mackenna (Apéndice). Editorial América, Madrid.

¿Había en Bogotá interés –o sea, voluntad de cooperación– para enviar al Perú los contingentes solicitados por Bolívar? Sucre no lo creía: el Libertador lo esperaba, lo deseaba vehementemente. Su última carta –10 de febrero– fue un S. O. S.:

> Advierta usted –le decía a Santander– que en la toma del Callao y Lima, los godos se hacen de inmensos millones, porque han tomado todos los efectos y las bolsas intactas de los particulares y de los comerciantes patriotas y no patriotas.

Un día de fines de abril llega una nota oficial de Bogotá, firmada por el secretario de Guerra, Briceño Méndez, en respuesta a aquel S. O. S. de febrero. Ahí se dice que a Colombia no le corresponde auxiliar al Perú más que con 4.000 hombres, según el Tratado de Confederación en vigencia, y que esas tropas ya las tiene Bolívar. Este, indignado, escribe una o dos cartas más al vicepresidente, ¡y luego corta toda correspondencia con él por lapso de seis meses! Quizá Santander hallábase bien dispuesto; pero no había descubierto la urgencia. Tal su falla grave. El mensaje de solicitud de las autoridades del caso para enviar lo que Bolívar pedía, no lo remitió al Congreso sino al cabo de un mes de instalado éste. A fines de mayo firmó el decreto, para cumplir lo mandado por el Congreso. Y se dirigió al Libertador para anunciarle el viaje de batallones "para dentro de pocos meses". En efecto, los primeros soldados de esta remisión llegaron al Perú cuando ya se había consumado la libertad en Ayacucho; ¡cuando ya no hacían falta! ¡Los ejércitos libertadores, así, hubieron de lograr milagros para triunfar sin el auxilio del Gobierno de Bogotá! El embajador especial Juan de Salazar y el edecán O'Leary nada consiguieron de Chile; la Argentina tampoco cooperó. En los hombres esforzados, los factores adversos aumentan la energía, hasta desorbitarla.

Durante este tiempo todo, Sucre estuvo carteándose con Mariana Carcelén, porque el amor entre los dos manteníase vivo. Quien servía de intermediario amistoso y de elemento para el trámite seguro de la correspondencia era el coronel Vicente Aguirre. Una comunicación dirigida a este oficial al año siguiente, contiene este párrafo:

> Hablaré por fin de Mariana. La carta de esta amable niña me ha sido a un tiempo complaciente y desagradable. Usted verá mi respuesta, que va, para el caso, abierta. Es ésta mi posición el único partido que me ofrece, para cumplir a la vez mis deseos, mis deberes y mi palabra. A decir verdad, Mariana es una mujer que me convendría, porque después de dos años y medio de estar ausente [la carta es de septiembre de 1825], tengo tanto cariño por ella como estándole tratándola. Sin embargo de esto, yo no me atrevería a comprometerla en nada, porque no sé ni cuándo vuelvo a Colombia [...] Mi suerte está unida en cierto modo a la del Libertador hasta el caso de no tener voluntad para disponer de mi residencia [...] Así, por estas consideraciones, debe meditarse mi posición, para que Mariana resuelva libre y francamente, sin atarse más que lo que crea que más nos conviene.[154]

Y mientras Sucre se complacía pensando en su prometida, la otra quiteña Manuela Sáenz, andaba muy cerca de Bolívar, separada ya definitivamente de su esposo el doctor Thorne, que se quedó en Lima, al caer esta ciudad en manos españolas.

Sucre, en la altiplanicie ya, detrás de la Cordillera Blanca, se ocupó en preparar la vía para los ejércitos que iban a atravesarla pronto. "La Cordillera Blanca es en esa parte uno de los cordones de los Andes más elevados, más abruptos y más desprovistos de recursos. Sus pasos son estrechos senderos pendientes y resbaladizos, bordeados por profundos precipicios, cortados por los cauces de los arroyos y con frecuentes estrechuras por donde sólo puede transitar un hombre".[155] Sucre hizo componer los pasos más difíciles, construyó puentes; de trecho en trecho situó una suerte de tambos, que los indígenas de la región llaman *pascanas*, con víveres y forraje. Era su propósito que las fuerzas llegasen en lo posible intactas: podía presentarse una batalla en cualquier momento.

> La inmensidad de trabajos y dificultades –escribe el general Miller, compañero de Sucre en esta campaña–

[154] Carta publicada en *El Comercio*, Quito, mayo de 1960.
[155] ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit.* T. II: 429.

> para hacer transitables los caminos o más bien sendas por barrancos tan profundos y a lo largo de tales precipicios, pueden juzgarse únicamente por los que han atravesado la más que majestuosa cordillera de los Andes, requerían el todo de los esfuerzos del talento y actividad del general Sucre. Este desplegó desde el comienzo de la campaña el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones que adoptó para facilitar la marcha del ejército a Pasco, distante cerca de 200 leguas [1.000 kilómetros] de Cajamarca por el terreno más áspero del país más montañoso de la tierra.[156]

El bravo tramontar se efectuó a mediados de junio, por cuchillas de 4.700 metros sobre el nivel del mar. Fue un hacer heroico, sobre todo para los llaneros venezolanos, acostumbrados a climas y alturas de sólo 500 metros sobre el mar. Tres rutas distintas fueron utilizadas, de modo de salvar el grueso de las fuerzas en caso de un ataque sorpresivo, y también para doblar la cima en el menor tiempo. Ya del otro lado, fueron avanzando todos hacia el pueblo Cerro de Pasco. Los Andes, en el Perú, se abren desde el sur del Ecuador en tres lomos gigantes que se juntan en mitad del territorio peruano y hacen el nudo o laberinto de Pasco. De ahí siguen hacia el Sur, divididos en sólo dos cordilleras. En esa suerte de caos geológico semidesértico y sin árboles, pasó el Libertador revista a sus tropas: 8.700 hombres; de ellos, 1.000 de caballería. Les habló, por entusiasmarles. Y comenzó la marcha hacia el Sur, pausada, prudente, en busca del enemigo. Este se hallaba a sólo 30 leguas, en los fecundos valles de Jauja. En el camino hay una laguna: Chinchaycocha. Canterac avanzaba hacia la laguna, de Sur a Norte, para bordearla del lado oriental. Bolívar y Sucre iban en dirección contraria, y tomaron el borde occidental, para cortar por sorpresa a Canterac la retirada. El jefe español advirtió la maniobra y ordenó a su ejército retroceder precipitadamente; podía ser aislado; hallábase, además, en grave inferioridad: no sospechaba que los republicanos llevaban el pleno de sus efectivos. A las dos de la tarde, el ejército realista fue divisado desde una loma. Corría, volaba; no por temor,

[156] MILLER, GUILLERMO. *Memorias*. T. II: 130.

sino por necesidad militar. La caballería patriota iba bastante adelante de la infantería, comandada por Sucre. El Libertador ordena el ataque con sólo los escuadrones, a los de Canterac, que caminaban en retaguardia. Se produce el choque, sin armas de fuego, sumido en el clamor de los gritos de los agonizantes que caen a lanzazos y de los hirientes relinchos de los caballos. A los tres cuartos de hora –iba a declinar la tarde–, los escuadrones patriotas de 900 hombres, comandados por Bolívar y Necochea, habían destrozado a 1.300 jinetes realistas. Las lanzas venezolanas de tres varas y media, que atravesaban a dos hombres de una vez, pudieron más que las españolas de sólo dos varas. Tal la batalla de Junín, en que no pudo participar Sucre, porque llegó con la infantería cuando ya se escuchaban los vítores del triunfo. Necochea cayó herido, lo tomaron prisionero los hispanos; los llaneros lo rescataron (agosto, 6 de 1824). ¿Fue la acción de Junín un grave revés real para los españoles? Vista la pérdida en sí, menos de 500 de caballería de un total de 1.300, no lo fue. Pero un ejército posee o no posee, ante todo, la moral. Y los hispanos en Junín la perdieron: se derrotaron en el espíritu, que es el fracaso mayor en el hombre. Comprendió Canterac demasiado tarde que se habían subestimado el poder y la decisión de Bolívar y Sucre; que constituyó error haberse desprendido de una tercera parte de las tropas para combatir a Olañeta; que lo que le envolvía ahora era todo el peso del ejército unido colombiano-peruano y que la gigante pesa destructora estaba ya sobre su cabeza. No pensó sino en huir desaforadamente, sin dar siquiera descanso a la infantería, en olvido de la advertencia napoleónica de que la guerra se la gana o se la pierde por los pies: por la capacidad de marcha de los de a pie. No se detuvo sino cuando arribó al Cuzco, adonde llegó con cerca de 3.000 unidades menos. Se le escapaban en el camino, se le enfermaban, desaparecían. Bolívar no lo persiguió: defendía los pies de sus hombres. Esa noche, con sus soldados, durmió a la intemperie en el propio campo de batalla, entre los quejidos de los agonizantes y el olor a sangre. Era una nueva experiencia para Sucre, quizá para todos: ¡la vida, la muerte, la agonía, el sueño, juntos! Valía la pena no conturbarse: el hispano había recibido un golpe en la cerviz. Cinco días después entraban al rico valle de Jauja. En Huancayo se leyó esta proclama:

> Peruanos: dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú: el ejército unido y el ejército del bravo Olañeta que, desesperado de la tiranía española ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los propios suyos. El general Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad.

Olañeta, ya se sabe, combatía por la defensa del absolutismo del rey español Fernando VII y por ambición: aspiraba a virrey; no lo hacía por la libertad. Pero la habilidad de Bolívar al presentarle como patriota, enfervorizó a las huestes colombianas y peruanas, que vieron así más cercano el triunfo definitivo.[157 y 158]

Por esos mismos días posteriores a Junín, el general español Valdés continuaba en el acosamiento a Olañeta. En ese esfuerzo recorrió algo más de 2.000 kilómetros en poco más de un mes. Por lógica, perdió unos 2.000 soldados, desertores, enfermos o muertos; la mayor parte de sus caballos, sus cañones y todas las municiones de guerra.[159] Junto a Potosí hubo un choque decisivo (agosto 17), en el ingenio La Lava; triunfó Valdés y propuso un acuerdo, que fue aceptado por Olañeta: éste se quedaría con el mando del Alto Perú, y Valdés retornaría al Cuzco. Había recibido del virrey la orden de regresarse, para engrosar las fuerzas contra Bolívar y Sucre. Olañeta, por servir al absolutismo monárquico y a sus propias ambiciones personales, traicionó en realidad a la causa del rey y fue el gran elemento sorpresivo en favor de la independencia americana. La ambición, con frecuencia, es torpeza.

Y sucedió que el Libertador, preocupado por el retraso en la marcha del parque, por la alta cantidad de los enfermos y cansados, y por la hostilidad que encontraban al paso, la cual venía a ejercerse principalmente sobre los que no habían avanzado con el grueso del ejército, comisionó a Sucre para que marchase a retaguardia y pusiese

---

[157] Escribió Bolívar a Olañeta más de una carta para felicitarle por la actitud rebelde e invitándole a pelear junto a los republicanos. Olañeta no tomó en cuenta los mensajes de Bolívar.

[158] El más vibrante elogio de la batalla de Junín lo hizo José Joaquín de Olmedo, en su celebérrimo poema "La victoria de Junín. Canto a Bolívar".

[159] PAZ, LUIS. *Op. cit*. T. II: 597.

a salvo todo cuanto estaba en peligro de pérdida. Tenía que regresar hasta Pasco. El espíritu militar de Sucre se indigna y, sin titubeos, presenta su queja por escrito a Bolívar. Carta dura, esta, de hondo resentimiento y de adusto sentido de la propia dignidad:

> Jauja, 28 de agosto de 1824. Mi general ...
> Yo he sido separado de la cabeza del ejército para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente, se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil. Pienso, señor, que al usar este lenguaje no se me acusará de orgulloso ni de aspirador [...] Se me ha dado el más fuerte golpe, que jamás preví, de reducirme, ante el Ejército Unido, al papel de conducir enfermos y atrasados. No sé si al conferirme semejante comisión se ha tratado de abatirme. Sea lo que sea, mi general, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman [...] Es incontestable que de hecho se ha declarado a la faz del ejército que no se me necesita para nada ... Sin embargo yo creo de muy buena fe que sirvo para mucho más que tales comisiones [...] Condenado, por consecuencia, a la más cruel despedida, permaneceré algunos días de Huancayo a Tarma, mientras usted tiene la bondad de mandarme sus órdenes, que en mi estado desagradable sabrá usted cuáles convengan [...] Yo quiero ser, de simple particular en Colombia, un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastante para ser buen militar [...].

La herida, de muy ancha boca, sangraba. Sucre, espíritu de excesiva susceptibilidad e intocable en punto a lo que él creyera su dignidad o su honor –temperamento nervioso puro–, vigilaba su autoridad más que ninguna otra cosa; sin ella, un jefe militar se

sabe perdido. Cuando habla de los que no son sus amigos, se refiere principalmente a los generales La Mar y Santa Cruz.

Bolívar sabía replicar, y le convenció a Sucre de lo contrario con una carta de admirable sagacidad, directa y franca, elocuente:

> Contesto la carta que ha traído Escalona, con una expresión dé Rousseau, cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero que ésta le mandaba: "Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento". Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio cuando ha pensado que yo he podido ofenderle [...] La comisión que he dado a usted la querría yo llenar; y pensando que usted lo haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a usted, más bien como una prueba de deferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir [...] El ejército necesitaba y necesita de todo lo que usted ha ido a buscar y de mucho más. Si salvar al ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas [...] Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de usted: la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de usted [...] Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.

Bolívar no había buscado, ni remotamente, poner a Sucre en situación difícil a los ojos de los oficiales y soldados. Al contrario, era el único general en quien confiaba verdaderamente, ante lo grave del momento: los cuerpos republicanos hallábanse en seria desventaja frente a los efectivos del virrey, en el Cuzco. Con el retorno de Valdés, de hecho, las tropas realistas pasaban de 11.000, frente a los sólo 8.700 congregados semanas atrás en Pasco. No se podía, por tanto, perder ni un hombre ni de los rezagados ni de los enfermos; y menos, nada del parque. El punto de vista de Sucre no fue éste, sino otro: el de que se le echaba a retaguardia en momentos

de campaña sobre el enemigo. Quizá el Libertador no le había confiado todavía sus planes: entregarle el mando supremo a él, a Sucre; descender de la cordillera, tomarse a Lima, asediar al Callao, aguardar las tropas auxiliares de Colombia, crear un nuevo ejército en la parte baja del Perú para el caso de una derrota en la altiplanicie, aguardar a que pasara el invierno para dar la ofensiva final al año siguiente.

"El incidente entre Bolívar y Sucre –narra el capellán Pedro Antonio Torres–[160] hizo subir de punto la moral en todo el ejército, y sobre todo en el ejército peruano, habituado antes a hacer lo que quería. Y sirvió para establecer el sitio del Callao y dar movilidad a los refuerzos de hombres y municiones que venían de Colombia, porque quedando encargado enteramente de la dirección de la campaña, fue obedecido sin contradicción alguna por todos los jefes superiores del ejército".

> Responsabilidad total en soledad total: ¿no es ésta la definición misma de nuestra libertad?
>
> SASTRE. *La República del silencio.*

Mientras el ministro universal de Bolívar, José Sánchez Carrión, eminentísimo peruano, organizaba las zonas que quedaban libertadas: retorno a sus parroquias de los curas fugitivos, juramentación de los pueblos a las nuevas autoridades, restablecimiento de la normalidad económica, reinicio de actividades en los cabildos y proclama de un indulto para todos, sin limitaciones; mientras los indígenas expresaban con frutos su agradecimiento porque no se les hostilizaba, en Bogotá alzábase el puño ruin para descargarlo sobre la cabeza del Libertador. Lo pérfido, manejado a través de la ley, es siempre más pérfido: la injusticia se comete mediante un instrumento de justicia.

Regía en Colombia un decreto-ley de 1821 (9 de octubre), según el cual se daban al presidente de la República –Bolívar– las facultades extraordinarias necesarias para el mejor éxito de la guerra:

[160] Cita de Rey de Castro, *op. cit.*

comandar los ejércitos "en todos los lugares donde hiciere personalmente la guerra", aumentar tropas, exigir contribuciones, dar grados y ascensos a oficiales, organizar las zonas liberadas, conceder recompensas e imponer penas, dar indultos, etc.

De pronto, el Congreso bogotano entra a considerar un proyecto enviado por el Poder Ejecutivo (mayo de 1824); lo discute, lo aprueba. ¿Qué reza el proyecto, que es ya ahora ley nueva del 28 de julio de ese año? Dice, en suma: "Artículo 12. Se deroga en todas sus partes el decreto de 9 de octubre de 1821". ¡Se le despoja al Libertador del mando del ejército colombiano en el Perú! ¡A él, al Libertador!

La noticia de este grave acontecimiento, forjado al par por la ambición política y por la ingratitud, no llegó a conocimiento del Libertador sino tres meses más tarde: el 24 de octubre.

Dos semanas hacía ya que Bolívar se había separado del mando militar para dirigirse a la costa. El 6 y 7 de octubre había conferenciado extensamente con Sucre en el pueblecito de Sañayca; al cabo de eso le entregó el comando supremo del ejército y partió. Necesitaba organizar cuerpos de reserva, tomarse a Lima, asediar estrechamente al Callao, recibir las tropas que venían de Colombia, manejar los problemas del mar, reagravados con la llegada de dos navíos, el *Asia* y el *Aquiles*, procedentes de España para reforzar la resistencia del Callao. Sucre y los demás jefes comprendieron las razones del alejamiento de su jefe nato, y hasta vieron complacidos que en caso de un revés, no se perdería lo fundamental: la presencia y el prestigio del hombre supremo en aquella guerra.

Ese 24 de octubre, Bolívar se hallaba todavía en la altiplanicie en el pueblo de Huancayo. Leyó el documento emanado del Congreso, y dictó dos oficios, ambos para Sucre; no los firmó él, sino su secretario. En el uno decía:

> La nueva orden del Congreso sobre revocación de las facultades extraordinarias obliga al Libertador a dejar el mando inmediato del ejército, no porque sea ésta la orden expresa del Gobierno y la mente del Congreso sino porque S. E. cree que el ejército de Colombia a las órdenes de V. S. no sufrirá ni el más leve daño ni perjuicio por esta medida.

En el otro expresaba:

> El Cuerpo Legislativo no sólo ha suprimido a S. E. el Libertador las facultades extraordinarias que le concedió la ley de 9 de octubre, sino que no le permite mandar el ejército colombiano que auxilia esta República.

Sucre estaba en Pichirgua. Sintió ira, desprecio de la bajeza. A él, tan delicado, tan recto y noble le dolió como a nadie esa puñalada por la espalda; y se le quedaron tintineando en los oídos las palabras que el secretario de Bolívar había añadido a una de las cartas: "Al desprenderse el Libertador de este idolatrado ejército, su alma se le despedaza con el más extraordinario dolor, porque ese ejército es el alma del Libertador". Era preciso actuar; un soldado es un hombre de acción, por esencia; un general es una figura que, en guerra, tiene derecho a opinar, a discutir, a disentir. Contesta las cartas inmediatamente de recibidas (10 de noviembre), reúne a sus oficiales y, con ellos, firma este hermoso mensaje, generoso y recto, de protesta por la "atroz injuria", rebosante de lealtad, altivo:

> Excelentísimo señor Libertador presidente de Colombia:
>
> El ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte, la resolución que V. E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él, a virtud de la ley de 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V. E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V. E.
>
> Meditando la ley del 28 de julio, no hemos encontrado que el Cuerpo legislativo, al dictarla, tuviese la intención expresa de separarnos de V. E., ni de dañar a este ejército cuyos sacrificios, si no son bien sabidos en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana. Es cierto que esta ley destruye las facultades con que V. E. ejercía su

autoridad en el Sur y en el ejército, y con que ha completado la libertad de la República, dado vida al Perú y la paz a sus vecinos; pero entrevemos que el Congreso comete estas facultades extraordinarias al ejecutivo en las provincias de asamblea, delegables a quienes sea necesario. Confesamos que esta misma circunstancia expresada por nuestros legisladores, al derogar la ley del 9 de octubre del año 11, es ofensiva en algún modo a la delicadeza de V. E., mucho más cuando al presentar los bienes que esta ley produjo, no mostraron la gratitud que debía la nación al que con ella y sus constantes sacrificios supo salvarla; pero no pensamos que ocurriera ni remotamente que la autoridad extraordinaria con que V. E. ha estado investido, fuese sospechosa a la libertad del Estado ni a la seguridad de los ciudadanos del Sur. El genio que ha creado una nación, que ha formado a Colombia y que nos ha dado patria y existencia, no podía presentarse jamás a la conciencia de los legisladores sin sus naturales virtudes. La ley de 28 de julio, si no manifiesta la consideración debida a los eminentes servicios y a la comportación de V. E., tampoco lo autoriza para que, por dar nuevos y raros ejemplos de su desprendimiento, nos prive de la intervención de V. E. en nuestras armas, cuando V. E. no está en el miserable caso de justificar su conducta noble, estando ella escudada por la libertad que un medio mundo debe a la espada de V. E. y a sus principios generosos.

Después de catorce años de combates, en que los enemigos fueron expulsados más acá del Ecuador, y que integraba la República en su territorio, habíamos cumplido nuestros juramentos a Colombia, el ejército fue invitado a la campaña del Perú; V. E. lo envió, y autorizado luego en los términos constitucionales, vino a mandarlo según se lo había ofrecido solemnemente. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su Gobierno por los tratados existentes, los tiene V. E. mucho más sagrados hacia él particularmente, desde febrero, en que, dislocado completamente el orden regular de las cosas en este

país, le ofreció V. E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria. V. E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V. E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra ruina, y ni el Congreso ni V. E. pueden resolver nuestro abandono y decretar nuestra ruina.

Los representantes de la nación no parece que pudieran pensar que la ley de 28 de julio produjese la deliberación de V. E. de 24 de octubre; los legisladores saben que nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna, sino en busca de la gloria de Colombia, del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la independencia de América, y lo diremos también, señor, sin ideas de lisonja, por acompañar a V. E. que nos ha educado, que nos hizo soldados, que ha impreso en nuestros corazones el amor a la libertad, y que nos convidó a llevarla a nuestros hermanos desgraciados. Si en medio de la carrera de V. E. nos dejase, por ningún motivo humano tendríamos el derecho de suplicar a V. E. que nos volviese a nuestra patria; allí cerca del Gobierno, cerca de los apoderados de la República gozaríamos inmediatamente de la beneficencia de las leyes, recibiría pronto el ejército sus recompensas y serían innecesarias las facultades extraordinarias que V. E. ejerció para premiarlo; gozaríamos de la paz dulce que disfruta el resto de los militares, y de los tiernos recuerdos que se hacen a la nación por sus servicios, mientras los nuestros, en un país extraño, con inmensas fatigas, únicos en la guerra y con ningunas esperanzas particulares [...] no deseamos, señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del Poder Ejecutivo en consultar al Congreso si los empleos que V. E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado nuestra patria, como si nuestros servicios fueran una especulación y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales; este insulto, que hemos sentido

> más por la publicación en las Gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre sostendrán su libertad, sus leyes y su Gobierno; ni es nuestro ánimo oponernos a las disposiciones de los escogidos del pueblo, no obstante que algunas a largas distancias pueden ser inconsultas e inconsideradas; es, sí, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego, que V. E. revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución de 24 de octubre, y que, tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea éste volver a su frente para conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V. E. ha comenzado, y en que esperamos que V. E. nos dará nuevos laureles para restituirlos a Colombia y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional.[161]

Bolívar reaccionó con gran dignidad; no remitió al Congreso la petición de las tropas colombianas; al dirigirse al Gobierno en Bogotá, oficialmente, se limitó a agradecerle por el anuncio de auxilios de tropas, a informarle de la victoria en Junín, y a anunciarle que "bien pronto no habrá más españoles en el Perú".

[161] Las firmas de este documento, que se conserva autógrafo en la Casa Natal de Bolívar, en Caracas, fueron las siguientes: "El comandante en jefe, Antonio José de Sucre; el general, comandante general de la primera división, Jacinto Lara; el comandante general de la segunda división, José M. Córdoba; el coronel de Rifles, Arturo Sandes; el coronel de Húsares, Laurencio Silva; el coronel, comandante de Vencedor, Ignacio Luque; el comandante de Vargas, Trinidad Morán; el comandante del tercer escuadrón de Húsares, Pedro Alcántara Herrán; el coronel de Granaderos, Lucas Carvajal; el coronel, comandante de Pichincha, José Leal; el coronel, comandante de Bogotá, León Galindo; el teniente coronel, comandante de Caracas, Manuel León; el teniente coronel, mayor de Granaderos, Cruz Paredes; el teniente coronel, comandante del 3º de Granaderos, Mariano Ajear; el teniente coronel, comandante del 2º de Granaderos, Felipe Braun; el comandante de *Voltígeros*, Pedro Guasch; el jefe del estado mayor de la 2ª división, Antonio de la Guerra; el ayudante general, Antonio Elizalde; el jefe del estado mayor del ejército, Francisco Burdett O'Connor".

El vicepresidente Santander habíale escrito a Bolívar para remitirle la nueva ley. Trataba de explicarle el origen en estas palabras:

> A ella han dado lugar: primero, los coroneles nombrados por mí con motivo de la ocupación de Puerto Cabello, segundo, los ascensos superiores concedidos por usted en Trujillo y Pativilca.

Señala descontento en el Senado y en la Cámara. Y confiesa: "Todo calmó con la nueva ley...". Bolívar le contestó con quemante ironía:

> No he escrito a usted en muchos meses [...] El general Sucre ha quedado mandando en el ejército; está autorizado para todo [...] Las noticias que tengo de Colombia son muy satisfactorias. La Constitución es la reina de sus hijos. Por lo mismo, me han quitado mis derechos colombianos los señores del Senado, de lo que me he alegrado infinito, porque me desprende de Colombia y me quita toda la responsabilidad colombiana. Usted me aconseja que muestre moderación por el favor que me ha hecho el Senado; mi respuesta es que para lo único que tengo que mostrar moderación es para no repetir de nuevo mi renuncia de presidente titular, que es cuanto me queda de mi madre patria. Ruego a usted que presente mi anterior renuncia al Congreso. No la repito ahora porque quiero que sea la misma del año pasado, a fin de que nadie crea que es efecto de resentimiento por la bondad con que me ha tratado la sabiduría del Senado, a instancia de mi querido amigo el Poder Ejecutivo [...] En lugar de darme las gracias por mis servicios, se quejan de mis facultades [...] Concluiré mi carta diciendo a usted que yo no tengo de Colombia más que la escarapela y el corazón; que terminada la guerra del Perú me voy de América [...], para que el pueblo no piense en mí en las próximas elecciones. Así la elección del pueblo será más acertada, y ella deberá recaer en uno de aquellos jefes que mejor

> haya servido a la República y más consagración haya mostrado a sus leyes. [A Santander le llamaba Bolívar "el hombre de las leyes"].

Aquí, en esta referencia final a las próximas elecciones, se oculta el verdadero móvil de la acción en Bogotá contra Bolívar. Antes de dos años tenían que efectuarse comicios, y el general Santander aspiraba a la Presidencia de Colombia. ¿Cómo lograrla? Debilitando la posición política del Libertador. Por añadidura, había resentimiento de tipo militar, que el propio Santander exhibió ante Bolívar un año atrás:

> ¿Creerá usted –le decía el vicepresidente– que ahora hace pocos días estuve pensando que todos los generales pueden ser generales en jefe antes que yo, si sigo en el Ejecutivo? Pues es buen chasco: salir de vicepresidente dentro de tres años, a que me manden tantos generales que no sirven para mandarme. Dispense usted mi orgullo, y crea que siempre lo he tenido, y que si no lo he manifestado es porque mi desgracia no me lo permitía ni era regular; pero jamás me he creído súbdito sino de usted, de Urdaneta, de Soublette y de Sucre, generales a quienes reconozco ventajas.[162]

¿Qué pensaba entonces Sucre del general Santander, vicepresidente de Colombia? Se lo dijo a Bolívar, en carta del 10 de noviembre:

> He leído y releído la ley del 28 de julio, y hablando francamente, encuentro menos culpa en el Congreso que en el Ejecutivo. Este puede ser, como usted dice, la causa inocente de tales alteraciones; pero quizá es la bondad de usted la que lo hace juzgar así. Yo soy

[162] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 281. O'Leary, edecán del Libertador, añade: "La verdad es que Santander contemplaba con evidencia la merecida elevación de Sucre en el ejército y temía que, en caso de triunfar en el Perú, el Libertador le conferiría el grado de general en jefe. Esta no es mera conjetura mía; me fundo en hechos y documentos auténticos".

> amigo del general Santander, pero le hallo, contra mi deseo, más culpable; quisiera encontrarlo más excusable, porque por lo mismo que lo aprecio me es molesto encontrarlo ingrato. Algunos jefes aquí lo han acusado de mezquino y dicen que yo soy la causa del mal que ellos van a sufrir por estas disposiciones, pues creen que el general Santander sospechando que estando yo en campaña pudiera recibir un ascenso antes que él haya puesto tales trabas [...] Todos están aquí muy disgustados de esta cosa, y culpan al general Santander. ¡Ojalá resulte del todo inocente![163]

Bolívar se aproximó a Lima; con los restos de las tropas del coronel Luis Urdaneta, que había sido derrotado por los españoles –el Libertador hizo fusilar a cinco de los oficiales, por culpables de ese fracaso, acusándolos de cobardes–, formó un cuerpo vigoroso y con él se tomó la capital peruana, evacuada apresuradamente por los españoles. Fue recibido en triunfo. Restableció en seguida el asedio del Callao. Unos cuantos días después, sus milicias se elevaban ya a 3.000. Así, las operaciones en las serranías tomaban dramatismo menor, pues había salvación lista en caso de fracaso. Por otra parte, la autoridad de Bolívar no había sufrido mengua alguna con el golpe político forjado en Bogotá; continuaba de Dictador del Perú.

De la correspondencia entre Bolívar y Sucre entre la segunda quincena de octubre y los primeros días de diciembre, aparece que el general cumanés, autorizado como estaba para obrar según su propio criterio y seguro como se hallaba, por otra parte, de que no llegarían los refuerzos pedidos a Colombia, se decidió por el ataque e hizo marchar a sus ejércitos hasta orillas del río Pachachac, rumbo al Cuzco, donde estaba concentrado el enemigo. "Nuestras tropas –escribía con decisión– son de obrar a la ofensiva". Pero Bolívar, sin perjuicio de las atribuciones de Sucre, le aconseja prolongar la campaña y acampar el ejército. Contesta el cumanés: "Siempre someteré con gusto mi opinión a la experiencia de usted en la guerra". Y da descanso a las tropas, pero situándolas a distancia, por grupos, por razones de abastecimiento. El Libertador le arguye:

[163] LECUNA, VICENTE. *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. T. III: 151.

> Usted debe tener reunido su ejército y marchar con él siempre unido. Digo a usted rotundamente que no creo conveniente la operación que usted me ha indicado. Si usted la ha ejecutado, habrá obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: la unión hace la fuerza.

Bolívar juzgó error la separación del ejército en agrupaciones porque no tenía suficiente información, desde Lima, de las distancias. Todos podían juntarse, en caso necesario, en pocas horas. Al final de esa misma carta de improbación, expresa el caraqueño: "Querido general: está usted autorizado para hacer lo que mejor le parezca; y esta autorización no recibe ni modificación ni restricción alguna". Esta carta llegó a manos de Sucre una semana antes de Ayacucho.

Mas el ejército español en masa, dirigido por el virrey La Serna y los generales Canterac y Valdés, se había puesto en camino, en busca de los republicanos, desde mediados de octubre. Las avanzadas y servicios de exploración descubrieron esos movimientos a tiempo, pero cuando ya esos cuerpos, de más de 10.000 hombres, iban aproximándose a Andahuailas, donde se habían detenido las fuerzas de Sucre. Como La Serna iba en dirección de Sur a Norte, los de Sucre tomaron ese mismo rumbo, acercándose cada día más. El general cumanés, en presencia de las nuevas circunstancias, pidió a Bolívar instrucciones, y exigió que se le permitiese librar batalla. El Libertador autorizó el choque, cualesquiera que fuesen los resultados. La nota la leyó Sucre cinco días antes de la batalla.

El 30 de noviembre, en esa inminencia de choque en que iban todos, el general español Valdés cantó victoria. Había desplegado un movimiento envolvente, situándose en la retaguardia de los republicanos. Al pasar el río Pampas, éstos quedarían entre dos fuegos. He aquí lo que dijo Valdés:

> Hemos terminado la campaña tan felizmente como no se ha visto jamás terminar ninguna; aturdido Sucre con nuestro movimiento envolvente, se ha metido donde no le es posible salir.[164]

[164] TORATA. *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú, Diario de Sepúlveda.* T. III: 33, 2ª parte. Cita de Lecuna.

Mientras esto decía, Sucre atravesaba el río, protegido por las sombras. Valdés no creyó que se podía caminar por la noche en aquellas zonas y quedó burlado.[165]

Tras esta maniobra en falso del general Valdés, los dos ejércitos fueron avanzando rumbo al Norte en dos líneas paralelas que no tenían una separación de 10 kilómetros. Los pelotones de vanguardia vigilaban estrechamente y daban cuenta del más leve incidente. Poseíales a los en reto a muerte una especie de fiebre que arrancaba de raíz toda fatiga y comunicaba a los espíritus rabia, odio. En cualquier momento produciríase la colisión; acababa de comenzar diciembre. No sería un combate más, en el decurso de la larguísima guerra. Lo que estaba inminente tenía carácter decisivo. O cesaba la lucha, o se prolongaba en condiciones en extremo favorables para España. En caso de derrota de Sucre, se aniquilaban los soldados colombianos, que eran lo realmente valioso en el ejército republicano unido, y se producía una desmoralización que ni el genio de Bolívar hubiese podido compensar con las fuerzas que había preparado en Lima. Sucre, por tanto, llevaba sobre sí no un dilema, no una suma de responsabilidades solamente, sino la perentoria obligación de la victoria, sin alternativa. Y Sucre sentía la conciencia del triunfo. Presentó batalla el día 2, el día 3, sin que se le aceptara el reto. Buscaban los españoles un golpe sorpresivo que debilitara las fuerzas enemigas. Y lo dieron ese día 3, al atravesar los de Sucre la quebrada de Collpahuaico. A las tropas españolas se las veía quietas, hacia el lado izquierdo. Nada sucedió mientras pasaron las divisiones de los generales Córdova y La Mar. De pronto, una columna enemiga, que había caminado por detrás de las lomas ocultamente, cayó sobre el *Vargas*, *Vencedor* y *Rifles*, de la división del general Lara, que venía a retaguardia. Aparece aquí la serenidad del general Sucre: ordena que las unidades que habían logrado cruzar ya la quebrada prosigan la marcha, que el batallón *Rifles*, desplegado en guerrillas, trepe la loma a cualquier precio; que los otros dos cuerpos, tomando otro camino alcancen la altura y defiendan con sus fuegos tanto al *Rifles* como la caballería y el parque. Así, el enemigo no halló punto concreto de ataque eficaz.

[165] Lecuna anota: "Esta operación nocturna de Sucre fue una de las más gloriosas y difíciles de la campaña". (*Catálogo de errores*... T. III: 158).

La oportunidad de mando de Sucre tuvo efecto magnífico e impidió el desastre, pero fue gracias a que contaba con hombres aguerridos, que no se desbandaban, ni titubeaban, ni temblaban, sino que obedecían rígidamente las órdenes de sus jefes en quienes confiaban de todo en todo. Esta prueba de Collpahuaico dio a Sucre la convicción de que la próxima acción dependería del despliegue táctico y no de la actuación de los combatientes, que sería en todo caso brillante, disciplinada, heroica. En la sorpresa perdieron los independientes más de 300 hombres, parque de campaña y una pieza de artillería. ¿Ganaron algo? Sucre lo dijo: este choque hizo creer a los españoles que los republicanos se hallaban gravemente lesionados; por lo mismo, decidieron empeñar la batalla cuanto antes. Que era lo que quería Sucre. En los días siguientes, hasta el 8, los realistas hicieron un movimiento rápido y se situaron en lo alto del cerro Cóndorcunca, al cabo de cuya falda de suave plano inclinado se extiende la planicie de Ayacucho. El pequeño promontorio no se alza sobre la planicie sino 300 pies. Hace un frío intensísimo: 3.360 metros sobre el mar. Rondan el heroísmo, el miedo, la muerte, en los contornos. En el pueblecillo vecino Quinua, donde tratan de dormir los republicanos, discurren silenciosamente las plegarias, o las maldiciones. ¿A quién le tocará perecer? Durante toda la noche, pequeñas guerrillas han disparado, casi sin cesar, para impedir que los españoles cambien de localización. El Destino sonríe; es el único que sabe el desenlace. ¿Existe el Destino, o nos lo forjamos para explicar los hechos trascendentes? Los disparos iban rompiendo, rompiendo reiteradamente, el pecho oscuro nocturno, y la sangre roja del fogonazo se pulverizaba, humeante.

> Los grandes no están solos. A través de las edades realizan un desfile imponente, orgullosos, impávidos, inconquistables.
>
> BERTRAND RUSSELL. *Diccionario del hombre contemporáneo*, 135.

El soberbio choque en Ayacucho –gigantesco en aquellos tiempos– no duró sino tres o cuatro horas. Sucre está en grave desventaja: una diferencia de 3.500 combatientes en su contra: los

hispanos se presentan con más de 9.300, y él no dispone sino de 5.780. La otra realidad contraria: que los realistas, al descender de la colina sobre la planicie, pueden arrollar y arrollar y arrollar. Del lado derecho de la pampa –vista desde el campo patriota– hay un barranco inabordable; entre el cerro y la llanura, desde la mitad, se abren quebradas que pueden ser atravesadas con dificultad; lo mismo hacia el lado izquierdo. En suma, sólo hay un trecho libre para bajar de la loma sin obstáculos: una suerte de garganta tersa por donde aparecerá la victoria o la derrota para cualquiera de los dos campos. El gran derrame de sangre se hará ahí y en las quebradas poco profundas de la izquierda.

Sucre arenga a sus hombres: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Soldados: Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia!". Sucre no era orador militar; pero las tropas tenían en él fe absoluta, y la fe real es siempre omnipoderosa. Valdés va a dirigir la batalla de la otra parte, porque Canterac quedó desacreditado con la acción de Junín, y el virrey La Serna confiaba ahora sólo en el valeroso y hábil general asturiano, que tenía casi los mismos años que Bolívar y que en su juventud había estudiado Derecho.

El plan estratégico de Sucre se condensa así: "atacar a fondo al enemigo, destrozando una después de otra las columnas que vayan bajando del cerro, sin permitirles desplegarse en la llanura; compensaba así la peligrosísima inferioridad numérica de sus batallones".

Valdés piensa de otra manera:

> Me situaré –decía–[166] al otro lado de la barranca; de esa manera podremos sin gran dificultad posesionarnos de la importantísima posición que ofrece la eminencia que allí se ve (señalándola). Conseguido eso, dentro de dos horas quedará todo concluido, pues tomaremos al enemigo entre dos fuegos.

[166] VICUÑA MACKENNA, B. *Op. cit.*: 67. Esta declaración del general Valdés la escuchó el ex amanuense de Sucre, Rey de Castro, quien hubo de presenciar la batalla, situado del lado de los españoles.

Ambos cumplieron su plan. Valdés pasó la barranca para apoderarse del sitio que necesitaba. Pero le forzaron a retroceder y a pagar muy caro, en vidas, la audaz irrupción. Por ende, se le desmoronó la obra. Había fundado su victoria en una suposición: la de que lograría alcanzar un punto determinado, y suponer es exponerse a fracasar. Sucre no se fió de ninguna contingencia. Su sabia táctica ha quedado como modelo de arte militar en las guerras de aquellos tiempos;[167] defendió enérgicamente el lado vulnerable, frente a Valdés, mientras destrozaba a los que, atropelladamente por falta de espacio, iban bajando de la colina. Esta victoria fue obra exclusiva del talento militar, brillantemente secundado por jefes y tropas muy veteranos, acostumbrados a mofarse de la muerte en el campo de sangre.

El desenlace consta en este característico lenguaje sencillo, puro, ajeno a la enfática declamación:

> Se hallan, por consecuencia, en este momento en poder del ejército libertador: los tenientes generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales; más de 2.000 prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían.

¡España perdió todo en esta acción final! Y el feroz encarnizamiento con que se peleó aparece, patético, en los muertos y heridos. Víctimas realistas: 1.800 muertos y 700 heridos. Víctimas republicanas: 310 muertos y 609 heridos.[168 y 169]

[167] Puede consultarse la magnífica obra del general CARLOS CORTÉS VARGAS. *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. Bogotá, 1924.

[168] En las guerras de aquellos tiempos el vencedor sufría menos bajas en sus filas (muertos y heridos) porque la mayor carnicería efectuábase a la hora de la persecución a los vencidos, que huían en todas direcciones. Bolívar –y lo mismo Sucre– consideraban la persecución tan importante como la batalla en sí.

[169] BOUSSINGAULT, JUAN BAUTISTA. *Memorias*. París, 1903; expresa que Manuela Sáenz estuvo en Ayacucho. Dice: "De bravura militar había dado Manuela Sáenz más de una prueba: ella asistió lanza en mano, con el general Sucre, a la batalla de Ayacucho. Recogió como trofeo unos soberbios bigotes, con los cuales se hizo hacer postizos". (Boussingault fue traído por Bolívar a la Nueva Granada, para investigaciones científicas).

Así se cerró el proceso de independencia de todo un continente. Comenzó medio siglo atrás, cuando los norteamericanos iniciaron la guerra contra los ingleses el 19 de abril de 1775, en el episodio trágico del campo comunal de Lexington, donde perecieron siete hombres. George Washington fue el primer gran general; Bolívar y Sucre, los del épico corte final glorioso. ¿Cuántos perecieron en aquel lapso de media centuria en pro de la libertad? La cifra se ha hecho subir a seiscientos mil. De éstos buena parte propició la permanencia del pasado monárquico y la vigencia de la fórmula colonial para América. La mayoría se sacrificó generosamente, porque lo que más ama el hombre, y más busca, y más ahincadamente sostiene, es su libertad. La liberación americana se logró bajo la luz de la doctrina liberal, que fue la única de vanguardia, la sola revolucionaria en ese tiempo. La mente política no había descubierto aún ningunos otros horizontes. Los ideólogos, los jefes militares, instruían; la masa, valerosa y buena, tomaba las armas y avanzaba. El pueblo americano de aquellos cincuenta años insuperables se situó a la altura de su responsabilidad plenamente. Fueron varones del hoy, que conquistaron el mañana con desinterés y reto. Así alcanzaron la inmortalidad noble que sólo obtienen los que mucho dan y los que todo lo entregan.

Dos cartas, una tras otra, escribió Sucre al Libertador para comunicarle la victoria. La primera,[170] de cierta euforia, no entra en detalles. La segunda, más austera, señala pormenores y presenta una petición grave, de carácter personal.

Dice la primera:

> El campo de batalla ha decidido, por fin, que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del ejército libertador han destruido en Ayacucho los diez mil soldados realistas que oprimían esta república: los últimos restos del poder español en América han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado. Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que V. E. se dignó

[170] Esta primera carta consta transcrita por Rey de Castro, *op. cit*. La segunda, por O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 304.

> confiar al ejército unido. Han pasado cuatro horas que terminó la batalla, y diferentes cuerpos persiguen los dispersos enemigos en varias direcciones. Por este momento el ejército libertador ofrece a V. E., como un trofeo de Ayacucho, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, más de mil prisioneros, entre ellos el virrey La Serna y sesenta jefes y oficiales; más de mil cuatrocientos cadáveres y heridos enemigos y multitud de otros elementos militares. Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres. No hay tiempo para hacer detalles [...] El comandante Medina, edecán de V. E., y mi edecán el capitán Alarcón, tendrán la honra de poner en manos de V. E. esta nota y de presentarle mi humilde respeto y la consideración más distinguida.[171]

No aparece aquí el estilo austero de Sucre. La carta eufórica, altisonante, debió de ser redactada por otro y firmada por el mariscal en esas horas palpitantes posteriores a una batalla, en las cuales se cuentan los cadáveres, se los identifica por el uniforme, se recogen armas, se cuidan prisioneros, se atiende por igual a la muerte y a la vida.

La otra carta señala más detalles de la acción y piensa en los vencedores. Aquí ya hay una redacción directa de Sucre.

> He creído de justicia –dice– conceder algunos grados. No he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a la América[...] Como hemos ahorrado los cien mil pesos del contingente de noviembre, los ofrecí al ejército de regalo después de la victoria, y he de cumplir mi oferta sin falta [...] Por premio para mí, pido a usted me conserve su amistad.

Y aquí, sin espera ninguna, estampa su extraña petición:

[171] Medina, que conducía el parte oficial de la batalla, fue asesinado por los indios en el camino, en la población de Huando. Así, Bolívar recibió la noticia oficial de la victoria con bastante retraso: a los nueve días.

> Creo que para terminar esto, con un cuerpo de seis mil hombres contra tres mil (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta), basta cualquiera y, por tanto, me atrevo a suplicar a usted por mi relevo y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este.

Bolívar responde a lo solicitado:

> Mi querido general, llene usted su destino, ceda usted a la fortuna que lo persigue, no se parezca usted a San Martín y a Iturbide, que han desechado la gloria que los buscaba. Usted es capaz de todo y no debe vacilar un momento en dejarse arrastrar por la fortuna que lo llama. Usted es joven, activo, valiente, capaz de todo, ¿qué más quiere usted? Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes que llegue. Yo no soy ambicioso, pero veo que usted debe serlo un poco para alcanzarme o superarme.

Pero el Libertador, que recibió la noticia de Ayacucho el día 18, por la tarde, y que se puso a danzar en la pieza fuera de sí, entre los oficiales, gritando: "¡Victoria, victoria!", ¿no reaccionó también en la misma forma que Sucre? Su carta del 22 de diciembre –o sea, cuatro días después de conocer el magno suceso– al presidente del Senado de Colombia, expresa:

> He llenado mi misión; por consiguiente, es tiempo ya de cumplir mi oferta, tantas veces hecha a mi patria, de no continuar más en la carrera pública cuando no hubiese más enemigos en América[...] Suplico a V. E. se sirva someter a la sabiduría del Senado la renuncia que hago de la Presidencia de Colombia, cuya aceptación será la recompensa de mis servicios en estas dos repúblicas.

Ninguna de las dos renuncias alcanzó eficacia. El "ir adelante siempre adelante, hasta el final", era el sino de esos dos grandes, a

pesar de que ambos querían retirarse a descansar, a rumiar ingratitudes, a escudarse contra odios.

Sucre mostró ante los vencidos una nobleza sin límites, rebosante de hidalguía. En el acta de capitulación hizo el Mariscal concesiones de generosidad magnífica, tanto más extraordinarias cuanto que bien pudo imponerse a los vencidos una rendición absoluta, sin condiciones.

> Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país; podrá ser admitido en el Perú en su propio empleo, si lo quisiere; no será incomodado por sus opiniones anteriores, si su conducta fuere conforme a las leyes; el Perú respetará las propiedades de los individuos españoles, todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla quedarán en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones, y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú.

Este último punto, relativo a los heridos, lo subrayó Sucre. Además, invitó a un almuerzo en Quinua a los oficiales derrotados y prisioneros, y al virrey le puso una guardia de honor.[172] No era posible dar más, en ejercicio de magnanimidad. El cumanés obró sin otro elemento de consulta que su propia inclinación caballerosa. ¿Por qué ni para qué humillar a quienes acababan de perder un vastísimo imperio para siempre? En Ayacucho se hundieron, ahogándose en sangre y humo de pólvora, los sueños imperiales de los Reyes Católicos, de Carlos V, Felipe II y Fernando VII. España volvió a su antiguo ser de país continental europeo. Y lo poco que le quedaba en América: Cuba y Puerto Rico, se esfumó setenta y tres años más tarde. Al concluir el siglo XIX ya no tenía la posesión de un solo kilómetro cuadrado en el Nuevo Mundo.

Las dos proclamas de Bolívar, a los soldados y a los peruanos, revelan su júbilo supremo, que se desborda en la plenitud de una poesía heroica magnífica:

[172] Estos detalles constan, con otros, en el *Diario de la campaña de Ayacucho* (pág. 47), del oficial de Valdés, Bernardo F. Escudero, español. Los oficiales hispanos retornaron a su patria; de los soldados, sólo muy pocos abandonaron el Perú. El texto de la capitulación hizo que se volvieran ciudadanos de América.

> ¡Soldados! La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Elevó inmediatamente a Sucre al rango de Gran Mariscal; confirmó todos los ascensos determinados por Sucre. Y decidió el galardón sumo, el premio único para el inmenso cumanés: escribir su biografía sucinta, que apareció publicada dos meses después, en Lima, en un total de once páginas. El Libertador, en su grandeza, de redactor de la biografía de otro: ¿quién pudo imaginar nunca homenaje mayor? En carta le dijo a Sucre, el 21 de febrero (1825):

> Usted créame, general: nadie ama la gloria de usted tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación con la vida de usted, hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia, le doy a usted cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo admiro lo que es sublime.

En esas páginas biográficas estampó el Libertador:

> La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución, divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos y el sagrado imperio de la naturaleza.

Los galardones se multiplicaron. El Congreso de Colombia ordenó una espada de oro para Sucre, con esta inscripción: "El Congreso de Colombia al general Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824". El del Perú cambió el titulo del nuevo grado militar del cumanés, poniéndole "Gran Mariscal de Ayacucho", y ordenó la distribución entre oficiales y tropa vencedores de un millón de pesos, de los cuales le correspondieron

a Sucre doscientos mil. Otro millón fue ordenado a favor de Bolívar; no lo pagaron nunca, a pesar de que Bolívar se negó a recibirlo para sí y lo aceptó para Colombia, sin éxito. Los doscientos mil pesos no le fueron entregados al mariscal en dinero, sino en la hacienda Huaca, en el valle de Chancay, no muy lejos de Lima.[173] Nadie luchaba por interés. Al fin de la guerra se crearon, por justicia, estas recompensas, pequeñas en verdad, ante la magnitud de los servicios y del sacrificio.

El general Canterac se dirigió a Bolívar en estos términos:

> Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a V. E. por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, este su afectísimo y obsecuente servidor, José de Canterac. [Huamanga, 12 de diciembre de 1824].

El Libertador contestó inmediatamente:

> Usted me cumplimenta por los sucesos de nuestras armas. A la verdad, este rasgo es generoso y digno por lo mismo de la gratitud [...] Mando los pasaportes que se me han pedido, en los términos correspondientes.[174]

Se festejó la victoria de Ayacucho en muchos puntos de América. En Caracas y Cumaná poco, pues no había sino dolor y duelo: la guerra hizo desaparecer la tercera parte de la población venezolana. En Lima y varias ciudades peruanas, en la Nueva Granada, y singularmente en Bogotá, el alborozo tomó altísimo énfasis. En Chile, "el Gobierno se congratuló de labios afuera".[175] En Buenos Aires, a pesar de los rencores de los unitarios

[173] El decreto de Bolívar, que ordena la entrega de la hacienda Huaca, fue dado el 8 de marzo de 1825, o sea a los tres meses de la celebérrima batalla.

[174] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 313. Cuando Canterac llegó a Europa, negó, en un diario francés, que hubiese escrito aquella carta. El general Heres recibió la orden de sacar un facsímil, pero se encontró con la oposición de Manuela Sáenz, que la guardaba en el archivo secreto de Bolívar a ella confiada. Fue necesaria una orden especial del Libertador para conseguir esa copia.

[175] ENCINA, FRANCISCO A. *Op. cit*. T. II: 485.

capitaneados por Rivadavia (antibolivarista), el pueblo se desbordó por calles y plazas, acompañado por los federalistas. Fue algo más que una celebración nacional. "Durante un mes –refería el general Las Heras– hubo un volcán de fiestas y alegría. Al fin tuve que tirar un decreto para reglamentar el delirio".[176] ¿Por qué tan desbordada fiebre en la ciudad del Plata? A causa de que en ese momento gobernaba la Argentina un amigo del Libertador, el general Juan Gregorio de las Heras, uno de los jefes mayores del ejército de San Martín cuando la independencia de Chile. Combatió en Maipú. Posteriormente fue enviado en representación del Gobierno de Buenos Aires a tratar con el virrey del Perú un posible acuerdo de paz (1822), y el virrey La Serna lo apresó. Las Heras, gran admirador de Bolívar, tenía así motivos especiales para agitar, encender y avivar el ardor multitudinario. Ahora La Serna era el apresado, el vencido.

> Los Andes, las enormes moles sentadas sobre bases de oro, jamás se moverán ...
>
> OLMEDO. *Canto a la victoria de Junín*.

Sucre fue un hombre de los Andes. Nació a la orilla del mar, puesto al alcance de sus ojos el hervor tropical donde el paisaje se retuerce en fiebre; pero la suerte le volvió hombre andino echándolo hacia cumbres. Sus mayores éxitos militares, en la altiplanicie aparecen: Ayacucho, Pichincha, Pasto, Tarqui. En Quito, al pie del Pichincha, cúmplese la plenitud del amor para su corazón. En Bogotá, sobre la falda del Monserrate, preside el Congreso Admirable. Chuquisaca fue la capital de 2.500 metros sobre el nivel del mar, desde donde desempeñó la Presidencia de la República de Bolivia; ahí se disparó contra su cuerpo, en atentado vil. Y en lo alto de los Andes, en el bosque frío de Berruecos, le asesinaron sus enemigos políticos, dejando así esa tierra altísima y serena impregnada con la sangre del hombre fijado a las alturas por el destino. En la tierra baja tuvo los más arduos problemas, por contraste: en Guayaquil, frente a los zarpazos del Perú, regido por San Martín; en Lima, puesto entre los dos fuegos del Presidente

[176] MORENO, GABRIEL RENÉ. *Ayacucho en Buenos Aires*: 29.

Riva Agüero y el Congreso; en los propios llanos de su patria venezolana, en los cuales su ir significó aprendizaje duro, llevado hasta el punto de haber pedido ahincadamente a Bolívar, en 1817, que lo pusiese a su lado, alejándolo de Mariño y Bermúdez.[177]

Este varón de los Andes, fino e introvertido, triste, discreto, generoso, muy vehemente a veces, severo siempre, no nada ambicioso y muy lejos de la soberbia que ponen los éxitos en los fatuos, cumplida la gran batalla tomó rumbo al Cuzco. No todo estaba ganado. Los españoles y los promonárquicos esperaban mucho del realista Olañeta. ¿Sería necesario otro Ayacucho? La capitulación del virrey La Serna se refería a todos; ¿sería acatado aquel vencimiento integral? Avanzó en vanguardia, con una división, el general Gamarra. A su paso, los españoles fueron entregándose. Hacia fin de mes entró triunfante el mariscal a la antigua capital de los incas, donde fue recibido con grandes aclamaciones. Su Proclama señaló la nueva realidad:

> ¡Cuzqueños! El Libertador de Colombia os envía la paz y la redención [...] Dejasteis eternamente de ser españoles: sois peruanos; sois libres. En adelante los destinos de la República dependerán de vuestras virtudes y patriotismo.

Y tomó de la catedral el histórico pendón real de Pizarro y se lo remitió a Bolívar. Era el mejor símbolo de la definitiva victoria. Los del ejército de Sucre pasaban ahora de 11.000; ¿quién podría atajarlos?[178]

En Lima se producen sucesos importantes en este momento de énfasis de gloria sobre lo alto de la cordillera. Se puso sitio, por mar y tierra, al Callao que regido por el jefe español Rodil se negó a

[177] Bolívar le contestó desde Angostura (19 de octubre de 1817): "No olvidaré jamás sus deseos de acompañarme en el Occidente. Ofrezco a usted que en cuanto Cumaná esté libre de facciosos y enemigos, le llamaré a usted a mi lado, y no lo haré como un favor, sino como una necesidad, o más bien por satisfacer mi corazón, que lo ama a usted y conoce su mérito".

[178] Bolívar obsequió a Caracas la bandera de Pizarro. Las otras banderas tomadas a los españoles las envió Sucre, en obsequio, a Bogotá. Una de ellas fue regalada por el gobierno santafereño a la ciudad de Cumaná.

capitular; se defendía con una suma de 2.700 soldados. Comandaba el cerco el general Salom. Había comenzado el nuevo año de 1825, y con él empezaba la ardua obra de la estructuración republicana, que quería decir básicamente reeducación de los pueblos, acostumbrándolos a la libertad, al voto, al ejercicio de los derechos. Detrás de los combates se alzaba la ley, y con ésta el requerimiento de la justicia social, la atención a los indios en el drama del despojo de que fueron víctimas. Hacían falta muchas normas renovadoras, que el Libertador comenzó a fijar con energía, sin descanso, con irrevocable fe. Desde ese inicio de 1825 hasta que él estuvo en el Perú, todo fue originalidad y dinamia. Se crearon una entidad económica para todo el país y la Corte de Justicia; se preparó un proyecto de Código civil y criminal; empezaron a marchar las direcciones departamentales de minería; funcionó una Escuela Normal, que se regiría por el sistema Lancaster. Instalado el Congreso, Bolívar entregó la dictadura; pero los legisladores se la encomendaron de nuevo "por todo el tiempo que lo concibiese necesario para organizar la administración de la República". El nuevo Consejo de Gobierno lo integraron el general La Mar y los señores Sánchez Carrión y Unanue, peruanos. Este Consejo envió a Inglaterra una misión diplomática, visto que esta nación reconoció, el 2 de enero, la independencia de Colombia, México y Buenos Aires.

Un día el político argentino Bernardo Monteagudo, que había sido ministro del Gobierno de San Martín en el Perú y que gozaba de la confianza de Bolívar –muy amigo, además, de Manuela Sáenz; fraterno, servicial, quizá adulador–, apareció asesinado, a las siete de la noche, por el negro de veinte años Candelario Espinosa. Alguien movió la mano del negro. ¿Fue un crimen político? A Monteagudo se le odiaba en el Perú, y se le veía próximo a una cartera ministerial. La hora del inicio de los crímenes políticos había sonado en la América nueva, que acababa de erguirse en Ayacucho. En adelante, se multiplicarían.

Otro día llegó a la ciudad un hombre extraordinario: Simón Rodríguez. Bolívar lo había llamado, al saber que se encontraba en Bogotá.

> ¡Oh, mi maestro! –habíale dicho en emocionada carta–. Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia,

> para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto [...] Presente usted esta carta al vicepresidente, pídale usted dinero de mi parte y venga a encontrarme.

El edecán O'Leary cuenta:

> Yo vi al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo. Bolívar le abrazó con filial cariño.

Rodríguez constituirá grave problema para Sucre dentro de poco.

Y otro día –febrero de este nuevo año– el ministro Sánchez Carrión pidió al Congreso peruano, a petición de la Corte Suprema de Justicia, procesar por traición a Riva Agüero, Torre Tagle, el vicepresidente Aliaga y al conde de San Donás José Berindoaga. Riva Agüero se hallaba fuera del país; Torre Tagle había muerto; Diego de Aliaga no había llegado a desempeñar la vicepresidencia, por lo cual fue excluido de acusación. Berindoaga hallábase detenido, y sobre él en persona cayó el pleno castigo de la ley. Limeño, general de brigada, aristócrata y orgulloso de su título de conde, fue convicto de traición a su patria, en connivencia con Torre Tagle. La sentencia de condena a la horca fue cumplida un año más tarde. Bolívar se mostró inexorable ante las peticiones de clemencia de la municipalidad, de los particulares, de numerosas entidades. El 15 de abril de 1826, el cuerpo de la víctima quedó balanceándose, a las once de la mañana, en la plaza de armas de Lima, ante los ojos desorbitados de una multitud inmensa. Abogado brillante y militar de prestigio, "cayó en el error de colaborar en el proyecto de Torre Tagle para imponer un gobierno que fuera presidido por el virrey La Serna".[179]

En Bogotá, el Congreso reunido en febrero negó por unanimidad de votos la admisión de la renuncia del poder presentada por el Libertador. Al conocerse el resultado de la votación, los

[179] EGUIGUREN, L. A. *El proceso de Berindoaga*. Buenos Aires, 1953: 244.

congresistas, puestos en pie, aplaudieron largamente. La presencia de la grandeza causa delirio en las ocasiones solemnes; ahí, hasta los pequeños se muestran capaces de admiración.

Olañeta decidió resistir, a nombre del rey. Disponía de casi seis mil soldados. Sucre, imperturbable, continuó su avance, y no destinó a esta campaña sino los cuatro mil quinientos hombres de la división peruana. ¡Con eso bastaba! Y entró en Puno. Y fue recibido en La Paz. Escribió al rebelde, y la carta se la llevó el coronel Antonio Elizalde:

> S. E. el Libertador –le decía– me ha repetido diferentes órdenes de tratar a V. S. y a sus beneméritas tropas como partes del ejército libertador. Nosotros confesamos franca y sinceramente que una gran parte de la campaña la debemos a V. S [...] S. E. el Libertador, dispuesto á dar todas las recompensas merecidas por los valientes que siguieron a V. S. en la empresa de redimir esos pueblos y determinado a trabajar cuanto pueda por prosperarlos, espera saber el estado en que están esas provincias, su pronunciamiento por la causa de la independencia y los términos en que lo hayan hecho o lo hagan [...] El ayudante general, teniente coronel Antonio Elizalde, tendrá la honra de recibir las proposiciones que V. S. guste remitir a S. E. el Libertador.

No dio resultado eficaz la generosa gestión. En consecuencia, prosiguió la ofensiva y Sucre entró en Potosí, mientras Olañeta se replegaba hacia el Sur, a la provincia de Chichas.

Ahí apareció de nuevo, esta vez sin previsión posible, una cooperación de ese sector en pro de la libertad. El batallón realista de *Cazadores*, al mando del coronel Medina-Celi, se sublevó, declarándose partidario de la independencia. Olañeta marchó contra los insurrectos y se trabó en batalla, en Tumusla, el primero de abril. Olañeta fue derrotado; una bala de fusil lo hirió de gravedad y expiró al día siguiente. Los vencidos se acogieron a los términos de la capitulación de Ayacucho; Sucre aceptó inmediatamente esta solicitud, y los que quisieron se regresaron a España.[180] La epopeya

[180] PAZ, LUIS. *Op. cit.* T. II: 635.

se cerró así en la propia tierra donde se dio la primera voz de total liberación en Hispanoamérica (25 de mayo de 1809, en Chuquisaca).

El Libertador, poco después –10 de abril– salió de Lima con su Estado Mayor y su secretario a recorrer las regiones independizadas, rumbo al Sur. Empieza en grande la acción civil reedificadora. La paz va a ser tan difícil como la guerra, porque el hombre, al saberse libre tendrá que aprender a serlo realmente, y esa complejidad requiere sacrificios, poda, renunciación; toma, por lo mismo, mucho alarde y beligerancia la reacción.

No se encontrará Bolívar con Sucre sino más tarde. Van a desarrollarse sucesos de alta trascendencia. La liberación comienza a mostrarse creadora.

Cuarta parte
PAZ DRAMÁTICA

Nathanael, quiero inflamar tus labios con una sed nueva.

ANDRÉ GIDE. *Les nourritures terrestres*.

El río Desaguadero, ancho, de lento ir al comienzo y en parte navegable, lleva las aguas del inmenso lago Titicaca al lago menor, Poopó, trescientos kilómetros hacia el Sur. Ahí terminaban los territorios peruanos y comenzaban los argentinos en los días de Ayacucho. ¿Atravesaría Sucre con sus tropas el significativo caudal linderador? Eso era retar a la Argentina. ¿Se detendría? ¿Retrocedería? ¡Tenía que atacar a Olañeta! Detrás de estos interrogantes, con potencialidad perennizadora, yérguese la ocasión para que se manifieste audaz, original y certero el estadista de muy altos alcances que había en el mariscal. En este mariscal que está para cumplir apenas los treinta años. En este cumanés cuyos talentos crecen en forma dinámica, férvidamente. Se le ha agigantado el espíritu, y ya nadie, sino Bolívar, ve con precisión a qué suerte de poderíos arribará. Para detenerlo, tendrán que asesinarle.

Las cuatro provincias al otro lado del Desaguadero –La Paz, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca– fueron peruanas primitivamente, durante el régimen colonial hispano; pero en 1778 las incorporó el rey Carlos III al virreinato del Río de la Plata, acabado de crear. El de Lima no se conformó nunca con esta desmembración, a la que siguió denominando Alto Perú; pero los altoperuanos fueron desligándose más y más de su viejo lar, sin que por eso llegaran a sentirse argentinos. Detestaban más bien a los bonaerenses, de quienes sabíanse tan diferenciados. Así surgió un claro sentido de independencia que se manifestó cuantas veces pudo. Las setecientas mil personas de esa región (cálculo de 1825), mitad indígenas puros, quechuas y aymaras, y mitad mestizos, con escasa población blanca; vieron el desenlace de la guerra, en consecuencia, como el momento precioso para el logro de sus viejos anhelos liberatorios regionales.

Estimábase, a mayor abundamiento, que contaban con una ciudad apta para capital: Chuquisaca, con su arzobispado, su Real Audiencia, su Universidad sobre todo, donde se habían educado figuras de tanta entidad como Mariano Moreno y Juan José Castelli. Los altoperuanos, así, al enterarse de la batalla de Ayacucho y al ver que se aproximaba Sucre, desbordaron su entusiasmo y acudieron en cien maneras, en persona y con auxilios, a los lugares bajoperuanos para mostrar su voluntad autonomista.

Sucre escuchó el alto clamor, que llegaba además en los textos de declaraciones enfáticas de independencia en Cochabamba, en Chuquisaca, en numerosas poblaciones. Como político, tenía que resolver el complejo problema. ¿Qué pensaría la Argentina, a la cual pertenecían de derecho esas provincias? El general Arenales, con tropas de Salta, había avanzado para oponerse a Olañeta a nombre del régimen de Buenos Aires. ¿Qué diría Arenales?

Bastante atrás, en los días de Junín, el caso altoperuano había sido tratado ya por Bolívar y Sucre. "En una conversación en Yacan, pueblo cerca de Yanahuanca –escribióle el mariscal al Libertador, recordándole el hecho–,[181] me dijo usted que su intención para salir de las dificultades del Alto Perú era convocar una asamblea de estas provincias". Con este antecedente, más lo categórico de las exigencias ciudadanas, pasó Sucre el gran río divisorio por el puente de balsas que allí había. "No faltó quien dijera al general –cuenta su secretario privado Rey de Castro– que había pasado el Rubicón. "¡Pero cuánta diferencia! –contestó el cumanés–: yo no diviso el puñal de Bruto; veo, sí, a nuestros hermanos esperando con los brazos abiertos al ejército que les lleva la paz y la libertad entre olivos y laureles". El 7 de febrero entraron a La Paz, bajo el dombo sonoro de las aclamaciones multitudinarias. Por la noche se sirvió un banquete en honor de Sucre y sus oficiales.[182]

Dos días después cúmplese el acto trascendente: redacta y firma Sucre el decreto por el cual convoca a Asamblea de diputados de las cuatro provincias altoperuanas, a fin de que en ella se decida

[181] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 371.

[182] COSTA DE LA TORRE, ARTURO. *Romance y descendencia del Gran Mariscal de Ayacucho en la ciudad de La Paz*. La Paz, 1961. La historia ha conservado los nombres de los asistentes al banquete.

el destino que ha de tomar la región. No ha sido expresamente autorizado para ello por Bolívar, Presidente dictatorial del Perú; ignora lo que piense la Argentina. Asume, sin embargo, las consecuencias de su paso, y cita al extraordinario conclave, de donde va a emerger una República más en América. Quien tiene garra de estadista lee en el futuro y actúa. El Libertador al recibir la carta de Sucre, de ocho días antes, en la que le anunciaba la medida por tomar, reacciona con energía y la desaprueba por anticipado:

> Ni usted, ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América [...] El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires [...] Llamando usted estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata [...] Usted tiene una moderación muy rara. No quiere ejercer una autoridad de general cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa.

Cuando recibe el decreto, habla con mayor enojo:

> Convenga usted conmigo, aunque le duela su amor propio, que la moderación de usted le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mí me hacía dudar, y por lo mismo no resolver, lo juzgó usted muy sencillo y lo hizo sin necesidad. Digo sin necesidad primero, porque el país no se había libertado; segundo, porque un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas, y tercero, porque no tenía órdenes para ello.

Replica Sucre con firmeza, aunque sin salirse un ápice de su posición de subalterno:

> Mil veces he pedido a usted instrucciones respecto del Alto Perú y se me han negado, dejándome abandonado [...] Yo creo haber dicho a usted que

> me había de pesar el venir a estos países, cuya situación iba a ponerme en compromisos. Después de estar aquí, y no sabiendo qué hacer sin presentarme con un aire aborrecible al pueblo, tomé el camino más noble y generoso, que fue convocar la Asamblea general de las provincias [...] Usted dice que la convocación de esta Asamblea es reconocer de hecho la soberanía de las provincias, ¿y no es así en el sistema de Buenos Aires, en que cada provincia es soberana? ¿Salta, Córdoba, Tucumán, La Rioja, Santa Fe, etc., no tienen sus Gobiernos independientes y soberanos? [...] En mi triste opinión, encuentro haber hecho un servicio al país, a Buenos Aires y a la América con la convocación de esta Asamblea [...] No se verificará la reunión de la Asamblea para el 19 de abril, sino el 25 de mayo, para cuyo tiempo usted estará aquí y le dará el giro que quiera al negocio [...] Desde ahora sí le advierto que ni usted ni nadie une estas provincias, de buena voluntad, a Buenos Aires, porque hay una horrible aversión a este vínculo. Si usted tiene idea de unirlas, puede decir a Buenos Aires que mande un fuerte ejército para que lo consiga, pues de otro modo es difícil.

El hombre responsable defiende su conducta, aun a riesgo de causar disgustos. Amén de que, en casos como éste, hállase la razón de parte del actuante. Los hechos se encargaron de atestiguarlo. Las nacionalidades están apenas estructurándose. Hay titubeos. El Gobierno de Buenos Aires, un día antes del decreto de Sucre –las grandes distancias impedían la coincidencia de los sucesos–, le notificaba su pensamiento y determinación al general Arenales en estas palabras categóricas:

> Gobierno de Buenos Aires, encargado del poder ejecutivo nacional, ha venido en autorizar plenamente, como por la presente autoriza al señor coronel mayor don Juan Antonio Álvarez Arenales, gobernador y capitán general de Salta, para que ajuste las convenciones necesarias, sobre la base de que las cuatro

> provincias hasta el Desaguadero han de quedar en la más completa libertad para que acuerden lo que más convenga a sus intereses y gobierno.

Arenales se lo comunicó a Sucre y se lo hizo saber al Libertador. Este, con astuta provisión, obtuvo que el Congreso del Perú expidiese una resolución:

> [...] Si verificada la demarcación, resultaren las Provincias Altas separadas de la República del Perú, el Gobierno a quien pertenecieren le indemnizaría las costas causadas en emanciparlas.

Así, Buenos Aires y el Perú autorizaron la constitución de la nueva nacionalidad. Sucre había acertado plenamente. El futuro estaba de su parte; y es el futuro la atestiguación, refrendada, de la grandeza de los valores.

Estas luchas y éxitos morales venían mezclados con gravísimo quebranto en el espíritu del cumanés, porque recibió, sin previos avisos de enfermedad o gravedad, la noticia de la muerte de su padre. Había fallecido varios meses atrás (2 de julio de 1824) en Cumaná. Nadie quiso dar a conocer el desenlace de esa vida valiosa; y lo ocultaron a tal punto que el propio Bolívar, a raíz de Ayacucho, se había dirigido al viejo coronel para felicitarle por la gloria de su hijo:

> Regocíjese usted, mi querido amigo, porque la victoria ha coronado las fatigas y esfuerzos del más bravo general, de mi más querido amigo: el digno hijo de usted. Yo lo felicito, pues, con todo mi corazón por la inmensa parte que le cabe al padre del vencedor de Ayacucho [...]

Estas palabras al llegar a Cumaná, cayeron como flores póstumas sobre el heroico oficial desaparecido, a quien la suerte no le permitió aguardar.

Sucre iba de duelo a través de los lares altoperuanos. Y, a pesar del profundo dolor, hubo de continuar la marcha creadora.

Todo padecimiento fortalece; y los padecimientos, que no las dichas, son los que encumbran y vuelven a la persona invencible. Nada cambia, aparentemente, en el joven mariscal. Lo íntimo, en el hombre público, ¿ha de volverse voz y anuncio? Varios duelos se habían arracimado ya en ese espíritu. Uno más, y tan ingente, acentúa la tristeza íntima del glorioso militar, en quien asoma ahora muy subterráneamente, un anhelo vivo de desahogo. La soledad induce a buscar compañía, y a actuar intensamente para acallar el martilleo del triste son. La soledad es un concentrarse que exige esparcimiento. Nunca hubo un solitario absoluto. La soledad, por añadidura, hace al hombre irritable, duro.

Convoca a lo más significativo de la ciudad con el propósito de mostrarles los requerimientos del ejército. Eran contribuciones que iban a exigirse. Tras la exposición del mariscal, alza la voz un anciano, de grandes bienes de fortuna y patriota íntegro –el general Loaiza– y propone esta solución: "Dos o tres banquillos, colocados en la plaza, facilitarán en el día cuanto necesite el general". La respuesta de Sucre fue vívida, cortante:

> ¿Ha creído usted, señor general, que el ejército libertador ha venido para ser el verdugo de los pueblos? Usted ofende la causa de la libertad, desconoce mi carácter y agravia lastimosamente los nobles sentimientos de sus ilustres paisanos. Jamás, en ningún caso, podría aceptar la temeraria propuesta de usted.[183]

Cinco semanas permanece en La Paz, ciudad entonces de escasa importancia. Su preocupación capital es la campaña contra Olañeta (cuya muerte se producirá al comenzar abril, como quedó anotado anteriormente). Hacia el final de este tiempo, en el mundo superfrío de la población cordillerana, aparece de pronto un amor, apasionado amor. Sucre lo deja penetrar en su corazón solitario, requerido de consuelos. La mujer, Rosalía Cortés y Silva, una aristócrata de veintiún años, hija de Juan Cortés y García, chileno

[183] Relación del secretario privado de Sucre, Rey de Castro. B. Vicuña Mackenna, *op. cit.*: 78.

(santiaguino), y Teresa Silva, paceña, se entrega al héroe y lo hace sin reservas. Vive en lo más destacado de la sociedad, como sobrina que es de doña Antonia Cortés y García, esposa del teniente general y brigadier español Rafael Maroto, a quien el rey había hecho sucesivamente gobernador intendente de la provincia de La Plata y presidente de la Real Audiencia de Charcas, amén de concederle luego el título de conde de Casa Maroto. Según tradición, era Rosalía muy bella. El retrato que de ella se conserva en La Paz –tela ya borrosa– muestra un rostro de tipo trigueño, con cabellera y ojos negros; la figura debió ser esbelta. Vivía en la casona colonial de sus padres, calle de San Juan de Dios, del barrio de San Agustín, llamado posteriormente de la Recoba.[184]

Los amoríos, mucho más hondos que la simple aventura hirviente, dieron su fruto en un niño, a quien se puso el nombre de José María. Nació el 13 de enero (1826) y fue bautizado en la iglesia catedral de La Paz. En la partida no consta que el niño fuera hijo de Sucre:

> [...] Yo, el presbítero don Gregorio José de Molina, exorcisé y bauticé solemnemente a un párbulo que nació ese día, a quien le puse por nombre José María, hijo de doña Rosalía Cortés, soltera, natural y vecina de esta ciudad; fue su padrino don José Mariano Rivera.

Cinco años más tarde –ya Sucre había muerto–, la madre del niño se presentó al juez de Derecho de su ciudad natal, con esta petición:

> Doña Rosalía Cortés, mujer soltera de esta vecindad, ante usted, con arreglo a Derecho, me presento y digo: Que tengo que probar la filiación natural de un hijo mío que desgraciadamente a su padre ha perdido. Bien comprende que para lograr su calificación me es forzoso hacer una confesión justa, y desprendiéndome del pudor natural de mi sexo, como ser a una debilidad:

[184] Estos datos y los que siguen constan en el libro ya citado de Arturo Costa de la Torre, páginas 25 a 116.

> yo la preferiré en obsequio de lo que más amo, y acaso por cambiar o mejorar su suerte; me haré esta violencia, y la justificación o de disculpándomela, se ha de servir recibirme una sumaria información de testigos previa citación del personero que tuviere a bien el designar, quienes bajo la religión del juramento absuelvan las preguntas siguientes: Primeramente digan por el conocimiento de las partes y demás generales de la ley. Ítem digan si saben y les consta que el general Sucre mantuvo amistad conmigo ahora cuatro para cinco años; si en ella aparecí embarazada, y quedó aquélla acabada con su separación de la República de Bolivia. Ítem digan si soy soltera y vivo hasta ahora al abrigo de una pobre[185] madre. Ítem digan y les consta que el hijo que presento para su conocimiento, llamado José Sucre, es de aquel señor. Ítem digan si saben y les consta que el referido niño, en las varias ocasiones que logró ir al palacio de su padre, era reconocido por tal hijo, halagado, acariciado, distinguido y obsequiado de una manera cual nadie, y si todos los que dependían de la casa y en homenaje de aquel señor le rendían al niño a porfía cuidados, comedimientos y esmero, mientras él se conservaba. Ítem digan si saben y les consta que por su menor edad dejó de acompañar a su padre en su retirada y quedó librada su conservación a mi cuidado, inter él disponía.
>
> Paz, marzo 24 de 1831.[186]

Entre los declarantes figuran el ex mayordomo del mariscal –"le oyó a su señor expresar su sentimiento porque el niño quedaba pequeño"– y el ex cocinero –"vio los cariños que le prestaba el señor al niño; que en varias ocasiones lo vio en el palacio y la última ocasión que estuvo el señor en esta ciudad quiso llevarse al niño"–. Como consecuencia de la vasta investigación, el juez sentenció: "Que se le discierne a doña Rosalía Cortés, en forma legal, el cargo de tutora y curadora del menor su hijo José". Se

[185] Pobre tiene aquí el sentido de desventurada, no de falta de bienes.

[186] El expediente, en original auténtico se encuentra en manos del ya citado historiador boliviano Arturo Costa de la Torre.

produjo el expediente, porque la madre del niño poseía bienes de fortuna. Su testamento –murió a la edad de cincuenta y ocho años– habla de varias casas, una finca y un departamento; y quería preservar a su hijo de posibles reclamos de la hermana de doña Rosalía, doña Carmen (de) Eyzaguirre. En La Paz se conoce –está publicada– toda la descendencia, muy numerosa, del mariscal por causa de este amorío. José María –militar a los quince años, como su padre, aunque sin haber persistido en el ejército después–, dejó once hijos. Llevaba, lógicamente, los apellidos Sucre y Cortés.[187]

¿Y el amor a distancia con Mariana Carcelén, la marquesita de Solanda en Quito? Ni se había interrumpido, ni padecía crisis. La veleidad del corazón masculino suele diferenciar nítidamente el simple *amorío*, por apasionado que sea, del propósito de matrimonio o del matrimonio mismo. Ninguna mujer admitirá ni perdonará esta dualidad, presente, sin embargo, en los valores y hasta en la generalidad del mundo varonil. Sucre continuaba escribiéndose con su novia oficial, al mismo tiempo que avanzaba la gestación de su hijo en Rosalía Cortés. De septiembre de este año es la comunicación suya al coronel Vicente Aguirre, en Quito, en la cual le dice: "Hablaré por fin de Mariana. La carta de esta amable niña me ha sido a un tiempo complaciente y desagradable...". Y en diciembre, también de este 1825 (José María Sucre Cortés nació un mes más tarde), escribe nuevamente al mismo coronel Aguirre:

> Estoy en la más grande vacilación. De un lado, mi estada por estos países, la guerra que aún puede tener lugar, puesto que no se halla reconocida la independencia, mi incertidumbre en todo me detiene; de otro lado, mi delicadeza, que ella [Mariana] crea mala fe de mi parte, retardo u otra cosa, me determina librarnos de compromisos, y a esto se opone el cariño que tengo por ella.

Al mariscal le traiciona el subconsciente: Teme que Mariana crea que "otra cosa" pueda romper compromisos. Esa otra cosa es Rosalía. Y añade la carta:

[187] Los hijos ilegítimos superabundaban en aquellos tiempos, y muy pocas mujeres exigieron matrimonio tras su desliz.

> Sin atreverme a decir nada, pediré a mi señora Rosita que me mande su retrato [el de Mariana], puesto que lo tiene en su poder, remitiéndole por conducto de don Cristóbal Armero en Lima.[188]

Sucre sigue amando a Mariana, pero no es fiel a ese amor. Estos casos, que suelen calificarse de humanos, son en realidad propios de la naturaleza humana; pero no de la común, sino de la que con los actos rompe linderos y se desborda. El varón de destino superior atribuye a las concupiscencias validez accesoria, casi meramente accidental; marcha hacia la meta y toma, de paso, cuanto le ofrezca el camino. Importa su obra, no los sucesos pequeños, al margen de ella.

Al llegar el mariscal a Oruro, procedente de La Paz, yérguese de pronto contra él el primer intento de asesinato de Sucre. Van avanzando los hombres de la libertad, forzando a retroceder al general español Olañeta, a quien no le quedan, según el Destino, sino quince días de vida.

> Apareció allí –cuenta el secretario privado del cumanés un capitán del ejército de Olañeta, como en tránsito, por haber según decía, dejado sus filas. Llamábase Pablo Ecles, de nacionalidad suiza, fuerte, alto y rubio; su aspecto como de cuarenta años; fisonomía si no del todo franca, tampoco repulsiva.

En el cuartel general de Sucre ve que todos tenían por él "decidida adhesión". ¡Era el vencedor de Ayacucho! Con un jefe así, todo oficial, todo soldado, sábese orgulloso. Obra con astucia, tratando de comprar al asistente del general a fin de que fuera echado en el chocolate el polvo venenoso que portaba: mezcla de opio y arsénico. No halla cómplices, se siente en peligro, resuelve entregarse y lo hace, sin titubeos. "Solicitó y obtuvo del prefecto, que lo era entonces el coronel Ortega, una audiencia privada, y en ella, sin rodeos ni vacilación, le descubrió su intento y plan". ¿Cómo podía probar la veracidad de sus asertos? Con "la pasta negruzca" del

[188] Las cartas entre Quito y Chuquisaca (Bolivia) tardaban casi tres meses.

veneno, y además con cuatro cartas, de puño y letra de Olañeta, dirigidas a quienes debían dar dinero y facilidades al asesino.

Apresado inmediatamente el suizo e instruido el correspondiente sumario, vuelve a confesar ampliamente el proyecto de crimen. Terminado el juicio en el cual se declara la culpabilidad, obra Sucre y pone en libertad al miserable y se le entrega el valor de dos sueldos para que abandone el país. Pudo fusilarlo. Prefirió la compasión. O el desprecio.

A este otro –el general español Pedro Antonio Olañeta– escríbele inmediatamente; con palabras sin embozo:[189]

> Al llegar a esta villa me iba encontrado con una novedad. El capitán suizo Ecles ha presentado cuatro cartas de usted para don Francisco Ostria, don Miguel Cevallos, don Manuel Arguedas y don Hipólito Maldonado, todas escritas de letra de usted y rubricadas de su mano; ellas contienen unas libranzas para que estos sujetos den a Ecles ciertas cantidades de dinero para una comisión importante de que venía encargado. Ecles ha declarado que la comisión era para asesinarme y para matar al general Lanza, y ha presentado el veneno que usted le dio para el efecto, que es una composición de opio y arsénico; añadiendo que otro agente de usted que anda por Cochabamba tiene la misma comisión, con el premio de dieciséis mil pesos al que lo ejecute. Apenas puedo persuadirme que un hombre como usted, que se jacta de principios morales y religiosos, pueda pensar en un atentado tan horrible, que no está contado ni entre los horrores de los españoles en la revolución de América. Tal crimen no cabe sino en un corazón corrompido y malvado, y hablando sinceramente, no había creído a usted capaz de él [...] He pasado una orden estricta y terminante para que en cualquier parte que sea asesinado o envenenado un oficial del ejército libertador se aprehendan y sean fusilados irremisiblemente cuantos españoles europeos existan en el país, que no tengan pruebas incontestables de su decisión por la

[189] Carta fechada en el cuartel general de Oruro, 16 de marzo de 1825.

> independencia. Después de haber dado testimonio de una clemencia sin límites hacia los enemigos, hacia los bárbaros que han devastado nuestro país, es una obligación que nos impone la justicia misma nombrar y ejercer con los ingratos tanta severidad cuantas han sido nuestras bondades hacia ellos.

Este lenguaje es el lenguaje de Bolívar. ¡Habla su discípulo! Los jefes españoles, al saberse impotentes, durante la guerra, acudieron al expediente de la eliminación de sus jefes enemigos más de una vez. Fracasaron siempre. Morillo llegó a mandar a Jamaica un emisario especial, con ese lúgubre encargo; y a tal punto subió el desarrollo del plan, que el negro sirviente de Bolívar descargó su puñal y mató al señor Amestoy, proveedor del ejército revolucionario, convencido este negro, de nombre Pío, de que asesinaba al Libertador.

Añade Sucre en su carta a Olañeta que el brigadier Echeverría del ejército realista, había sido puesto en libertad, en virtud de la capitulación de Ayacucho, y que, con violación de su palabra, había vuelto a usar las armas contra la independencia americana. "El brigadier Echeverría se reunió a usted en La Paz, tomó servicio activo y, habiendo faltado vilmente a su palabra y juramentos, ha incurrido en la pena de muerte; he mandado, pues, que, siguiéndole la causa y justificada su culpa, sea fusilado".

Este vigor, junto a la actitud de desprecio y misericordia ante un infeliz suizo agente del crimen, muestra que Sucre hállase ya en la plenitud de su personalidad en todo sentido. Mañana mismo, al asumir la Presidencia de la República que va a fundarse demostrará que en él, además de un militar admirable y un político de consumada eficacia, hay un gobernante, un estadista. Haber logrado madurez cabal a los treinta años: he ahí la precocidad suya. Viene viviendo aprisa, sin proponérselo, como si en su suerte hubiese una predeterminación secreta en tal sentido. El no lo sabe, pero la muerte le aguarda a sólo cinco años de distancia.

Olañeta, una semana antes de su desaparición final había regado por los pueblos una proclama, en que anunciaba que fusilaría a todo quien que se opusiese a la causa del rey. Sucre encontró un

ejemplar, en el camino de Oruro a Vilcapugio. Inmediatamente dictó una contraproclama, dirigida a los soldados de Olañeta:

> El general Olañeta –decía Sucre– me ha declarado oficialmente que degollará seis inocentes americanos por cada español que las leyes condenen a muerte en el Perú. Este es el jefe a quien prestáis vuestros servicios: fanático, hipócrita y bárbaro a la vez; él sufrirá los castigos del cielo y la execración eterna de los hombres [...] Venid a vuestros hermanos, que os traen la paz, la dicha y la gloria.

Y a Olañeta, en respuesta a la carta, le notificó, rebosante de virilidad, que por cada patriota que él degollase fusilaría a cuatro godos de los que hubiese a mano; y si no los hubiese, apresaría a cuatro vecinos españoles, que sufrirían la pena capital sin contemplaciones. Las grandes causas ignoran la clemencia.

Olañeta mantuvo el clima de guerra después de Ayacucho, por mera tozudez. Murió, así, sin otra gloria que la de haber favorecido la lucha por la libertad dirigida por Bolívar y Sucre, a pesar de que no fue ese su personal designio. Quiso, únicamente, crear la pugna entre españoles, y lo logró. ¿Con qué objeto? ¿El de adular al déspota Fernando VII? ¡No valía la pena! ¡Y menos desde América! Con dividir a los hispanos, le hizo a su monarca el peor de los favores.

> Todo lo humano, si no avanza, tiene que retroceder.
>
> EDWARD GIBBON. *Decadencia y caída del Imperio romano*, 7.

Y hubo peligro, inminente peligro de guerra con el Brasil, a principios de mayo. Fue un incendio que duró poco y que le permitió a Sucre mostrar la dinámica desafiante de que se hallaba poseído.

El gobernador de la provincia altoperuana de Chiquitos, coronel Sebastián Ramos, se puso en contacto con las autoridades imperiales brasileñas de Mato-Grosso –tierra limítrofe– y firmó con

ellas un tratado por cuya virtud Chiquitos quedaba incluida en el territorio del Brasil. La autoridad regional brasileña de Mato-Grosso aceptó oficialmente la anexión, y sus agentes militares invadieron la zona, para tomar posesión de ella. A quien no obedeciese la orden de evacuar, se le amenazó "con talar el país y pasar a cuchillo a la guarnición", y hasta se "tuvo la imprudencia de amenazar también al general en jefe del ejército unido (Sucre), bajo cuya protección se habían puesto las provincias altoperuanas, amonestándole en tono insolente se abstuviese de todo acto de hostilidad para recobrar la de Chiquitos".[190]

Rebélase Sucre con vehemencia iracunda, en nota al jefe de la invasión, oficial Araujo e Silva:

> El comandante Ramos –dícele–, gobernador de Chiquitos, no sólo carecía de facultades para ninguna negociación con usted, sino que no tenía ninguna credencial para entrar en relación con un Gobierno extranjero. La entrega que ha hecho de la provincia de Chiquitos a usted es una traición y una perfidia; y usted ha cometido una agresión injusta en ocuparla [...] Prevengo, pues, al señor comandante general de Santa Cruz que, si usted no desocupa en el acto la provincia de Chiquitos, marche contra usted, y no se contente con libertar nuestras fronteras, sino que penetre al territorio que se nos declara enemigo, llevando la desolación, la muerte y el espanto para vengar nuestra patria, y corresponder a la insolente nota y a la atroz guerra con que usted lo ha amenazado.

El régimen del Brasil presentó las debidas satisfacciones, y se cerró este episodio que mostró en público la conciencia de poderío que regía en el vencedor de Ayacucho y en sus tropas.

Bolívar, que iba de éxito en éxito por los pueblos, rumbo al Alto Perú, expidió en Arequipa un decreto que confirmaba la convocatoria de Sucre a la Asamblea de las provincias altoperuanas. Basábase el Libertador en una resolución aprobada ya, en el mismo sentido, por el Congreso del Perú.

[190] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 396.

De Arequipa, donde dictó varias disposiciones, en parte con el propósito de desarrollar la educación pública, Bolívar avanzó al Cuzco. Aquí, entre muchos regalos, recibió una corona de oro con diamantes y perlas. El Libertador la destinó a Sucre, como homenaje a la gloria de Ayacucho. El cumanés, varón de alto desprendimiento, la envió al cuerpo representativo de su patria grande, Colombia.[191] En esta gira pensó Bolívar en los aborígenes, en cuyo beneficio ordenó entregarles tierras, salvarles de los despojos que habían padecido por causa de la guerra, impedir abusos de los caciques contra ellos. Íbase contra esa magna esclavitud americana. No tuvo continuadores en el justiciero propósito. Ni en cien años, ni en más, se hará la redención del aborigen americano. Fue Sucre el único que en aquellos días y ya desde el poder, atendió los problemas indígenas con solicitud. No les repartió tierras, pero los libró de determinadas explotaciones, de blancos, clérigos y hasta caciques indios.

Sucre pasó de Potosí a Chuquisaca, en compañía del general argentino Arenales. Fueron recibidos en delirio multitudinario. El cumanés respondió al homenaje con una suma de mandatos: devolución de las propiedades a los emigrados, creación de una Corte Superior de Justicia; atribución a los presidentes de los departamentos para que ejerzan el vicepatronato. Aquí recibió el anuncio oficial de que una delegación del Congreso de Buenos Aires visitaría pronto al Libertador. Reafirmaba el decreto legislativo argentino la autorización para que las provincias altoperuanas decidiesen de su destino libremente. Con tal documento, ¿qué podía sentir Sucre sino rebosante satisfacción?

Hubo tropiezos, sin embargo, muchos y graves, para que el Alto Perú llevase a término sus anhelos políticos fundamentales. El mayor, que la convocatoria y reunión de la Asamblea constituyente proyectada contenía este artículo: "La deliberación de esta Asamblea no recibirá ninguna sanción hasta la instalación del nuevo Congreso del Perú en el año próximo". ¿El Alto Perú y su voluntad quedaban sujetos a las determinaciones peruanas? ¿Por qué? Las provincias pertenecían al virreinato del Río de la Plata. El ejército libertador no había librado guerra alguna en estos territorios.

[191] LARRAZÁBAL, FELIPE. *Vida de Bolívar*. T. II: 309.

Bolívar era presidente-dictador en el Perú, no en las cuatro regiones argentinas.

Sobre todas estas consideraciones discurrieron las muchas conferencias que tuvo Sucre en Chuquisaca, tanto con las personas de entidad como con los diputados que ya empezaban a llegar. El mariscal hizo cuanto pudo para debilitar resistencias y aplacar reacciones contra lo determinado por el Libertador, que seguía los dictámenes del Congreso de Lima. Había, por otra parte, la febril actividad de los partidarios de la agregación de las provincias al Perú o a la de Buenos Aires. Todo fue hábilmente dominado. Las tropas recibieron orden de repartirse en un diámetro de 40 leguas de la ciudad, para vigilar el orden, y el mariscal abandonó a Chuquisaca el 2 de julio. Arenales lo había hecho ocho días antes. Era necesaria la cabal libertad de acción de los congresistas. La Asamblea magna, así, se abrió el 10 de julio (1825), con 39 miembros; posteriormente, arribaron otros.[192] La libertad política empezaba a mostrarse fecunda. Los hombres comenzaban a gobernar sus destinos por libre determinación, sin presiones ni influencias, creando.

Al partir Sucre rumbo a la frontera, pues quería salir al encuentro del Libertador, dejó para la Asamblea un mensaje. Acto continuo –dice la *Gaceta de Chuquisaca* de 30 de julio de ese año– se leyó por uno de los representantes la exposición de la conducta política y militar del excelentísimo señor general en jefe del ejército libertador del Alto Perú, Antonio José de Sucre, desde que pasó el Desaguadero hasta el 30 de junio.[193] Tres días después fue leído otro pliego de Sucre: una memoria administrativa: sugerencias sobre leyes urgentes, establecimiento de institutos docentes, atención a la agricultura y minería. Se señalaba el procedimiento y se indicaban los recursos con que podría contarse. Con este antecedente, de sobrada elocuencia, ¿quién podría dudar sobre la persona a quien

[192] Pueden consultarse principalmente: *Creación de Bolivia*, por Vicente Lecuna; *La creación de Bolivia*, por Sabino Pinilla; O'Leary: *Memorias*, tomo II; *Bolívar, Perú y Bolivia*, por Luis H. Delgado; *Historia de América*, publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, 15 tomos (Buenos Aires, 1951), etc.

[193] Cita de Luis Paz. *Op. cit*. T. II: 665. Se hacía, en la exposición, una reseña de las marchas militares y de los nombramientos que se habían efectuado.

correspondería el poder en la nueva nación cuyo nacimiento estaba produciéndose? No sería justo suponer que los mensajes del mariscal tuvieran la intención de crear ambiente para su ascenso a la Presidencia. El cumanés carecía de ambiciones; lo demostró siempre; el propio Bolívar le exigía que fuese siquiera un poco ambicioso, para impulsarlo más fácilmente. El golpe, sin embargo, trajo la consecuencia que cabía: Sucre arribará a la jefatura del nuevo Estado, con lo cual su ímpetu ascensional culminará con gran fulgor. Los hombres vigorosos trazan su propio destino, aun sin proponérselo a conciencia.

En la comunicación que le envió la Asamblea a Bolívar se reconocía la importancia del acto de Sucre:

> Instalado este cuerpo de representantes el 10 del corriente mes –decía su presidente Mariano Serrano–, en el modo que los convocó el Gran Mariscal de Ayacucho por su decreto de 9 de febrero último [...], etc.

No se aducía el texto del decreto del Libertador, posterior al de Sucre, sino el de éste, considerado por los altoperuanos como la base del acto jurídico que realizaban. El documento, con certera visión, terminaba con estas palabras dirigidas al gran caraqueño:

> La Asamblea se acoge a la mano protectora del padre común del Perú, del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar. Con V. E. lo andaremos todo, todo lo seremos con su ayuda.

El Libertador, de hecho, quedó comprometido a redactar la ley fundamental para la nueva entidad política. Y lo hizo. Y erigió, con ello, uno de los monumentos de la historia jurídica internacional.

En esta Asamblea entra a figurar con relieve –era buen orador– un personaje de apariencia valiosa, falso en el fondo: el doctor Casimiro Olañeta, sobrino del general muerto hacía tres meses. Muy inteligente, ávido de ascenso, propicio siempre a la traición, disfrazábase con suma habilidad. Cerca de Sucre, pasaba

por su consejero respecto de los problemas del Alto Perú. ¡A Bolívar habíale asegurado que su tío, el general, se entregaría espontáneamente! En las sesiones fue el gran refutador de todos los argumentos que se exhibieron para que no se constituyera el Alto Perú en Estado independiente. Parecía el más patriota, el más amigo de Sucre. Mañana, cuando se produzca el atentado contra el mariscal, Olañeta exhibirá su falacia.

En Zepita, a orillas del lago Titicaca, se encontraron Sucre y Bolívar. Atravesaron juntos el Desaguadero, y el 18 de agosto estaban ya en La Paz. ¿Hubo alguna vez abrazo de más intensa expresión que el que se dieron los dos venezolanos, el caraqueño y el cumanés, al cabo de varios meses? El uno había subido tanto que iba ya cerca del altozano donde imperaba la magna personalidad del Libertador; el otro, orgulloso de su discípulo y amigo –llegará a llamarle hijo–, sentía desbordársele el espíritu de magnífica ventura. En la intimidad de ambos vibraba intenso júbilo, que debió de leerse en sus rostros y que sin duda produjo vibrantes aplausos en los que presenciaron la escena. La amistad sincera entre dos grandes llegó a su límite más puro, sirviendo de luz, ejemplo y acicate a los demás. Como el hombre mira siempre al futuro, Bolívar se supo satisfecho porque ya contaba con un sucesor para el cumplimiento pleno de la obra de redención de los pueblos americanos. Sucre se sintió, una vez más, arrastrado a seguir junto al héroe máximo por fuerza de las circunstancias y por imperio de la gratitud; al fondo, en lo íntimo recóndito, no soñaba sino en ir a Quito, a casarse, a embeberse en la paz. ¿Dónde está la paz para nadie que tenga ingentes responsabilidades? El Libertador no se engañaba en la fe puesta en el continuador suyo, el mariscal creía en la tranquilidad equivocadamente. El drama del hombre surge cuando los hechos no toman acuerdo con los deseos. El de Sucre no tendrá ni atenuación ni término. Si todo lo había alcanzado, y tan temprano, lo obvio era que le aguardaran graves padecimientos. ¿Qué vida alta no se debate en el absurdo?

Hubo, en el encuentro, un hecho poco humano, sin altura, narrado por el edecán O'Leary, que estuvo presente: "Al desmontarse Sucre –dice– para abrazar al Libertador, se le salió la espada de la vaina; al verla caer, observé yo que era un mal presagio. Al día

siguiente, al darle Sucre un planazo con la misma espada a su asistente, que se le había insolentado, se rompió. "Este sí que es peor agüero que el de ayer –le dije–, y desde hoy comienzan sus desgracias, general". "Así lo estaba pensando", me contestó Sucre.[194] Ese planazo del mariscal a un inferior nos lo revela al cumanés irascible, injusto. Por suerte, estos desbordamientos negativos no fueron frecuentes en él.

El Acta de Independencia del Alto Perú hablase firmado ya en Chuquisaca, el 6 de agosto, aniversario de la batalla de Junín. Constan en ella los nombres de 48 diputados. Cinco días después, los asambleístas aprueban la célebre ley número 11 donde se dice:

> La denominación del nuevo Estado es, y será para lo sucesivo, República Bolívar.[195] [...] La ciudad capital de la República y su departamento se denominarán en lo sucesivo Sucre.

Y, románticamente, añadía:

> El presidente de este departamento queda encargado de mandar grabar, y presentar a S. E. el Gran Mariscal Antonio José de Sucre, a nombre del Congreso, una medalla de oro, guarnecida de diamantes, del diámetro que crea bastante para que en su anverso se grave a S. E. arrancando al Perú, figurado por una vicuña, de entre las garras de un león, y al reverso, la siguiente inscripción: "La República de Bolívar a su defensor, héroe de Ayacucho [...]". [...] Todo hombre que hubiese combatido por la libertad en Junín o Ayacucho se reputará natural y ciudadano de la República de Bolívar.

Así, Sucre fue, desde esa fecha, ciudadano boliviano por naturaleza: como si hubiese nacido ahí.[196]

[194] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. II: 383.

[195] El nombre de Bolivia lo creó el Libertador al ofrecer la Constitución a la nueva República.

[196] Los altoperuanos consideraban suyas las grandes glorias de Ayacucho y Junín, aun a pesar de haber roto con Lima.

El 6 de octubre se clausuró la Asamblea boliviana, y determinó que Sucre tendría el mando supremo de la República, en ausencia de Bolívar. Pero, en realidad, Sucre gobernó a Bolivia desde que pasó el río Desaguadero (mes de febrero de este mismo 1825). Y lo hizo, y lo hará, de modo tan certero y fecundo, que en mayo del año siguiente el doctor Olañeta se expresará así ante los legisladores reunidos en la segunda Asamblea, esta vez constituyente: "La fiel Historia os pintará en la posteridad como el guerrero que con su espada salvó un mundo del cautiverio, y como al filósofo que con su pluma creó una nación dándole instituciones liberales".

Bolívar y Sucre llegaron a la ciudad de Potosí, en coincidencia con el acta última de la Asamblea inicial de Chuquisaca. Fueron recibidos bajo arcos triunfales. Aquí, el mariscal, acuciado por el éxito, hurgó en lo profundo de su sentimiento. El hombre generoso busca a quién consagrar las glorias. Al sentirlas plenas, piensa en aquella que más ama el corazón. Sucre halló que Cumaná era su querer supremo y escribió a la municipalidad para ella esta carta elocuente, noble, sincerísima:

> En medio de los favores que la fortuna ha querido dispensarme en la guerra del sur de Colombia y en la del Perú, jamás he tenido sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Yo no decidiré cuál objeto me ha estimulado más en mis trabajos militares: si el patriotismo, la gloria o el anhelo de buscar la paz con la esperanza de que ella me restituye donde mis amigos de la infancia. Puedo asegurar que Cumaná nunca se separó de mi corazón.
>
> Después que una espléndida victoria llenó en el Perú los votos del ejército libertador, con cuyo mando he sido lisonjeado, fue mi sagrado deber presentar memorias de amor y respeto a la República: nuestros trofeos están remitidos al Gobierno Supremo. Y satisfecha esta agradable obligación, vuelvo los ojos a mi país para cumplirla también. Pongo, pues, en manos de U. S. M. I. una guirnalda de oro que me regaló Cochabamba al entrar en aquella ciudad, la cual no tiene otro valor que ser el sencillo presente de un pueblo entusiasta por la causa de América, y destinada

> a un cumanés que ha venido a obtenerla, combatiendo constantemente por su libertad, con las armas de Colombia, a 2.000 leguas de su patria.
>
> El Colegio de Cochabamba me obsequió una pluma de oro para que mis hijos escribiesen las glorias de Ayacucho: yo la destino con mucho más placer a que con una pluma de oro de Potosí escriban mis paisanos las páginas brillantes que caben a Cumaná en la historia de la revolución, y los sacrificios heroicos de un pueblo generoso en la guerra de la Independencia.[197]

En Sucre había una conciencia continental, como se verá después. Habla, en sus documentos, de América; su sacrificio es por América; sus ideales son "la causa de América". Ni él ni Bolívar olvidaron nunca, sin embargo, a sus ciudades de nacimiento. El sitio donde se nace corresponde a destino y es irrenunciable. En ocasión en que Bolívar anuncia que, en memoria de las últimas victorias de la guerra, se pondría en Caracas a un establecimiento el nombre de "Colegio de Ayacucho", y a una casa de salud el de Hospital de Junín, Sucre comenta inmediatamente la decisión y le expresa al Libertador:

> El proyecto del Colegio de Ayacucho y el Hospital de Junín me parecen dignos de su autor; me complacen tanto más cuanto sabe usted que yo quiero a Caracas. Sin embargo, como cumanés, diré a usted que imitaré en mi país al autor de estos establecimientos cuanto esté a mi alcance con la fortuna que me haya proporcionado la guerra. Todo lo deberé a usted, y mis paisanos además los actos de beneficencia que yo haga.

La vida, en el proceso de su azar, se opuso a estos generosos propósitos. Sucre no volvió nunca a Cumaná.

Aparte de saberse urgido por esa conciencia continental, que implica captación profunda de que el hombre es ente histórico, ¿por

[197] Cochabamba envió una diputación especial a La Paz, para felicitar a los generales y entregarles los presentes de la ciudad.

qué luchaba el joven general? Era leal, sin duda, con su vocación capital. Pero ¿seducíanle además el honor en el arduo empeño, o el íntimo anhelo de regresar un día a su país y a su Cumaná como héroe; o desembocaba en eso simplemente su ansia de satisfacción? De entre las dos maneras de un vivir verdadero: la intelectual o estética, y la pasional, escogió la segunda. Su pasión, la gloria; sus sacrificios, rumbo a la gloria. ¿Cuál gloria? La de haber libertado naciones, sirviendo así a la Humanidad. No era hombre que se dejase llevar por las circunstancias. Había en su espíritu una trascendencia, que descubrió, cultivó y condujo hasta el ápice, sin detenerse en el dolor que, por contraste y para purificarlo, dábale la existencia a cada paso. Cuando se le ve ir de una parte a otra sin desmayo, regido por la obsesión de avance ascendente, día sobre día, mes tras mes, por el lapso de veinte años, desde que entró al ejército hasta que lo asesinaron, cuando se le observa triste y tenaz, enérgico consigo mismo más que con los otros: parientes, amigos, ciudadanos, oficiales, tropa, como si le consumiese una llama vívida, surge una personalidad de garra que sabía exactamente para qué vivía, qué realizaba y adónde iba. La indispensable necesidad de no retroceder produce una angustia continua que excita e impele. Y mientras más crecían sus logros, al lado de los generales Mariño y Bermúdez, primero; después, junto al Libertador, y en seguida, solo, más se le acentuaba la soledad. Crecer es dejar abajo a los otros. Mientras mayor el agigantamiento, mejor percibida la mordiente realidad del aislarse. Únicamente los que escogieron y encontraron lo solitario, de por sí heroico, se realizan a sí mismos y se perennizan.

> La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.
>
> BOLÍVAR.

Potosí, en la historia de la independencia, significa la apoteosis. Esta frigidísima ciudad, a 4.000 metros sobre el mar, presenció la glorificación de quienes habían comandado la guerra

magna en su zona más difícil: Venezuela-Perú. Aquí se sintieron insuperados, radiosos. No sólo estaba cumplida la tarea suprema, superheroica, sino que deshilvanábase ya, pródiga, la renovación en la vida civil por medio de decretos que reestructuraban los organismos, daban paso a la inquietud intelectual, defendían al indígena repartiéndole tierras, salvaban de la ignorancia a la mujer. Para la educación, un varón soñador acompañaba a los viajeros: Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. El iba, paso a paso, señalando la creación de escuelas y colegios y mostrando los métodos de mayor avance, traídos por él del Viejo Mundo. No le entenderán; le acusarán, hasta derrocarlo. Todo innovador padece las consecuencias de su reto.

Potosí necesitaba, más que ningún pueblo, la redención del aborigen. Su cerro, magnífico cerro puntiagudo, tenía la entraña de plata. Durante la colonia se les volvió mineros a los indios –mitayos se les llamaba en este caso– y se les forzaba a trabajar hasta treinta y seis horas seguidas. "Los desgraciados indígenas –dice el historiador boliviano Gabriel René Moreno–, arrancados y arrastrados por la mita, se despedían para siempre de sus *ayllus*, porque perecían en las minas o quedaban inutilizados en la violenta faena. Sólo Potosí empleaba anualmente 80.000 mitayos. De 5.000 que entraban a los socavones de Potosí, apenas salían 400 por término medio".[198] Sucre legislará muy poco después, por salvar a estos miserables; fundará en Potosí un Colegio de Ciencias y una Escuela Especial de Mineralogía; ordenará cuidar las lagunas, indispensables para el trabajo de las minas.

A este mundillo frígido, de raíz cruel, llegaron, tres días después que Bolívar y Sucre, dos comisionados del Gobierno y Congreso argentinos: el joven general Carlos Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez, quienes arribaron en el rango de ministros plenipotenciarios. Venían a felicitar al Libertador por haber cumplido la independencia del Nuevo Mundo y "por haber puesto a cubierto de la anarquía las provincias del antiguo Alto Perú". El fondo de la misión era otro: obtener que el Libertador cooperase con sus tropas para la inminente guerra entre la Argentina y el Brasil, por causa de la provincia oriental del Uruguay, invadida por el Brasil y

[198] Cita de BOTELHO GOSÁLVEZ, RAÚL. *Potosí colonial, historia y fantasía*: 29.

perteneciente de derecho a la Argentina. Querían una gran alianza de Colombia, el Perú, Bolivia y la Argentina, a fin de presionar o atacar al monarca brasileño. El pretexto sería "la necesidad de implantar el régimen republicano en todo el continente (el Brasil continuaba de monarquía, pero independizada de Portugal), aprovechando para ello los victoriosos ejércitos colombiano-peruanos" y acuciando la "sed de gloria" del Libertador.

Bolívar les recibió en dos audiencias privadas; manifestó que se hallaba impedido para entrar en compromisos que dependían de los congresos; hízoles saber que no se realizarían conversaciones de carácter diplomático, toda vez que se hallaba ausente el ministro de Relaciones Exteriores del Perú. En suma, el plan secreto había fracasado. Bolívar no cayó en la tentación seductora que se le presentaba tan lindamente pintada –decíanle que podría regresar a Colombia por Río de Janeiro–; y si en algo pensó el Libertador fue en poder marchar hasta el Paraguay para redimir a esa nación del tirano Gaspar Rodríguez de Francia, y para rescatar al sabio Bonpland, apresado por aquel gobernante maniático. Los argentinos no vieron bien este proyecto sobre el Paraguay, aunque no se opusieron a él abiertamente. En la audiencia pública a ellos concedida hubo únicamente un cruce de discursos elocuentes.

Fue entonces la apoteosis de los libertadores. En compañía del mariscal Sucre, los plenipotenciarios de Buenos Aires, el prefecto del departamento, el general Miller, el maestro Simón Rodríguez y el Estado Mayor, ascendió Bolívar a la cumbre del Potosí. Viajaron en parte a caballo o mula; después, a pie, hasta pisar la cúspide. Ahí, el Libertador se sintió arrebatado por su alma romántica. "Sólo la comunicativa expansión de tan escogida comitiva –cuenta el edecán O'Leary– pudo hacernos soportable, evocando grandes recuerdos del pasado, el triste desamparo de aquel yermo destituido de todas las gracias de la Naturaleza". Bolívar hizo enarbolar las banderas de Colombia, el Perú y el Plata, y dijo estas férvidas palabras: "Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. En pie, sobre esta mole de plata que se llama Potosí –"Cerro que brota plata", en lengua indígena–, y cuyas venas

riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo".

Sucre también había venido desde las playas ardientes del Orinoco. Este día, quizá, fue el más brillante para los dos grandes venezolanos. Habían cumplido una ardua obra, y eso en el hombre significa siempre profunda complacencia. ¡Lo logran tan contados en la Historia!

La segunda parte de la soberbia apoteosis hízose en las calles de Chuquisaca donde se celebró pomposamente el primer aniversario de la batalla de Ayacucho.

> La gente agolpada en la plaza –cuenta Rey de Castro– aturdía con vítores al Libertador y al Gran Mariscal [...] A las nueve y media de la mañana, con gran acompañamiento, se dirigió el prefecto del departamento a la casa del general Sucre, y después de una elegante arenga colgó en el pecho del Gran Mariscal la medalla decretada por el Congreso [...].

Continúa el secretario privado de Sucre, testigo de estas escenas:

> De allí pasó la comitiva al palacio del Libertador, quien con majestuoso aparato ciñó al Gran Mariscal la espada que la Municipalidad de Lima le acababa de remitir. Al verificar este acto, el Libertador dirigió una corta, pero noble y sentida, alocución al vencedor en Ayacucho; éste, a su vez, contestó con precisión y elegancia, jurando que con ella sostendría el imperio de las leyes [...] Acompañados de las corporaciones, marcharon los libertadores a la iglesia catedral [...] En seguida del sermón se cantó el Te Deum e inmediatamente, acompañados de un cortejo inmenso, regresaron al palacio. S. E. el Gran Mariscal fue el primero en tomar la palabra, y con su natural modestia habló como si no hubiera sido más que uno de los

> soldados vencedores en Ayacucho, refiriendo al general Bolívar la gloria de aquella jornada [...] Como a la una de la tarde principiaron a concurrir las señoras a la casa dispuesta para la comida y baile de aquella tarde y noche [...] A las cuatro principiaron a comer [...] El Libertador presidió la mesa ocupada sólo por señoritas y caballeros. La segunda comida presidíala el Gran Mariscal: 64 soldados vencedores en Ayacucho, interpolados con los generales, jefes y oficiales, fueron servidos por señoritas y caballeros.

Los diplomáticos argentinos habían seguido a Bolívar hasta Chuquisaca. E insistieron en sus sugerencias o peticiones, a fin de que el ejército de Colombia operase contra el Brasil.

Fracasaron de nuevo y no se despidieron del Libertador sino el 2 de enero, o sea al cabo de tres meses de llegados a Potosí. Bolívar dejó a Bolivia, confiándola a Sucre, el 1º de este enero de 1826. Un mes más tarde ya se hallaba instalado en Lima, en la quinta de La Magdalena.

Chuquisaca volvióse espléndido campo de amor para los dos generales venezolanos. El primero en enredarse jubiloso fue Bolívar. Con Benedicta. El propio Sucre dejó en sus cartas la clara información. Decíale a O'Leary (marzo 27 de 1826):

> Hablando de niñas, le diré a usted que la señorita Benedicta no ha querido venir anoche al baile de casa, sin que yo sepa por qué. Me han asegurado personas de respeto que su madre ha dicho a los que van a su casa que el Libertador las ha traído aquí y las ha dejado sin una mesada ni cosa alguna con que mantenerse; sé también que Benedicta ha mostrado una o dos cartas que le ha escrito el Libertador [...] Aseguro a usted que les hago una visita por semana contra mi voluntad y sólo por consideración al Libertador.

Al propio Bolívar dícele Sucre el 27 de mayo:

> También le he dicho que Benedicta y su familia le habrán escrito a usted algo, porque no las he visto [...]

> Anteanoche he bailado tres valses con ella, y estando en la cena parece que recibió una carta [...] no sé de quién, pero oí que le dijo a Oro: "Tengo muy buenas noticias y estoy muy contenta: siempre soy colombiana".[199]

Benedicta, cuyos amores de alto vuelo, íntimos, hirvientes, duraron tan corto, se casó con el capitán Herrera, del batallón colombiano *Voltíjeros*. Sucre le comenta a Bolívar (carta del 27 de diciembre de 1826):

> Anteanoche me han dado los congresales un magnífico y suntuoso baile [...] En el baile me habló Benedicta que si yo tendría dificultad en dar licencia al capitán Herrera para casarse con ella; le respondí que no tenía ninguna en mi clase de general. Vino ayer Herrera con el memorial y se le decretó Concedido; pero yo no le puedo decir a usted qué hay en este matrimonio, pues Herrera el joven, el elegante, nada tonto, y sabe cuánto se ha dicho de esta niña.[200]

Sucre se sumergirá también en el incendio amoroso; se trabó en pasión intensa con María Manuela Rojas en el segundo semestre de 1827, como se verá más adelante. ¿Quién fue esta mujer?

Asimismo el general argentino Alvear fue arrollado por la pasión, hasta el punto que se quedó en Chuquisaca muchos días más (partió el 17 de enero) obsesionado por una joven religiosa del convento de Santa Mónica. Cuenta el general Heres, secretario del Libertador, en Lima (lo mismo que el coronel J. Gabriel Pérez):

> Cuando Alvear estuvo en Chuquisaca, en vez de ocuparse de la comisión que tenía, sedujo a una monja, hermana del doctor [...] Por la noche escaló el convento, auxiliado por el hijo de Díaz Vélez, y se introdujo en el aposento de la monja. Al amanecer, lo supo la superiora, echó llave a la celda y dio aviso al gobernador del arzobispado. Este lo pasó al general

[199] LECUNA, VICENTE. *Creación de Bolivia*. T. II: 177-178.
[200] Ibid. *Catálogo de errores*... T. III: 297.

> Sucre, quien por prudencia esperó la noche para sacar a Alvear, como lo hizo, con asistencia del gobernador eclesiástico. Este escandaloso suceso fue público, y yo lo supe por el mismo mariscal que me lo refirió. Por el mismo suceso, de fervoroso partidario de Buenos Aires que era el doctor [...], se convirtió en enemigo suyo o, al menos, no abogó con tanto calor sus intereses".

Sucre informó al Libertador pocos días más tarde (carta del 27 de enero):

> El general Alvear salió el 17. Debo decir a usted, en prevención de lo que pueda escribírsele por otros, que este señor tuvo la imprudencia de verificar su entrada en las Mónicas, y sorprendido por la superiora, tuve yo que poner manos en el asunto para evitar escándalos. Pude hacer que saliese sin que la cosa hiciese gran alboroto; pero no hay títere en la ciudad que no esté impuesto del hecho.[201]

Las mujeres, en Chuquisaca, se consideraban a sí mismas, todas –las solteras– posibles novias del mariscal. No daban crédito, sin duda, a su compromiso con Mariana Carcelén, en Quito. Una carta de Sucre a Bolívar (27 de mayo) reza con sencillez:

> Escribiré hasta una simpleza. En este momento avisan que me convidan para un banquete que dan unas señoritas esta noche en casa de Mideyros, no por mi elección para el Gobierno, sino porque yo lo haya aceptado. ¿Creerá usted que estas pequeñeces me han enternecido? El 25 de mayo di en casa un magnífico banquete y todas las niñas me rogaban que me quedara en el país por algún tiempo. Di en la cena mis últimos

[201] PALMA, RICARDO. *Tradiciones peruanas*, la titulada "Un tenorio americano". Según él, la monja se llamaba Isabel, tenía veintiocho años el día de la aventura y era hermana del doctor José María Serrano, diputado por Chuquisaca a la Asamblea de Bolivia. Serrano había puesto a su hija en el dilema de casarse con un comerciante acaudalado o meterse a monja. Isabel, de diecisiete años entonces (1814), prefirió el claustro. Alvear había nacido en 1789.

> brindis despidiéndome de ellas, y se quedaron tan en silencio como en un entierro. Les agradezco estas bondades.

El heroísmo, la fama, quebrantan el corazón femenino con gran facilidad. A Sucre se lo disputaban con vehemencia. ¿Por qué se mostraba reiteradamente taciturno, de pocas palabras, aun a pesar de que se sabía apasionado y virulento en algunas ocasiones excepcionales? Este misterio suyo, temperamental, aumentaba sus naturales atractivos. Y el hecho de que hubiese mantenido, por sobre todo ese cerco de quereres su lealtad a la quiteña, prueba cuánto la amaba y cuán profundamente. Hacía muy poco –el 25 de diciembre– hablase dirigido a su amigo el coronel Vicente Aguirre en Quito, para decirle:

> El 9 hemos tenido aquí una magnífica fiesta celebrando el aniversario de Ayacucho. Yo hubiera querido cumplirla en Quito, que es el país que mi corazón tiene muy de cerca. Usted no puede juzgar cuánto amo a Quito; no sé qué me sucede en esa tierra fría y triste para otros, y para mí tan buena [...] Si me quedo, será por solo un par de años, pues mi afección y mi interés mismo están por Quito.

Se quedó. Y hacia ese tiempo hubo una monja, sor Martina del Corazón de Jesús, abadesa del monasterio de los Remedios, que se enamoró de Sucre con romanticismo total. El mariscal recibió de la religiosa esta carta:

> Después de mi agradecimiento, paso a suplicar a S. E. ¿Será posible, señor, que estando mi corazón lleno de júbilo y con la dulzura en el pecho, llegue a tener el acíbar en los labios, para una exigente despedida, sin verme? Y si es así el caso, llenaré con lágrimas los pavimentos de mis coros.

El "no" masculino suele ser tan frecuente como el "sí" femenino.

> Los pueblos se muestran muy contentos del gobierno y todos son muy adictos a mis principios, porque me he puesto a la cabeza de los más liberales en el país.
>
> SUCRE. *Carta al general Soublette* (Chuquisaca, 24 de agosto de 1826).

Sucre gobernó discrecionalmente a Bolivia durante más de un año, hasta que en mayo de 1826 entregó el poder al Congreso constituyente. El doctor Olañeta presidente de la Cámara, hizo este elogio del mariscal:

> Desde que empezasteis a mandar la República, se presenta en la Historia esta nueva nación como el documento justificativo de que es posible la formación de las sociedades sin pasar atravesando torrentes de sangre para llegar al término de organizarse. Vuestra administración franca, pura e infatigable, la justicia en vuestras provincias y un conjunto admirable de virtudes, es la lección más importante para nuestros magistrados.[202]

Se han condensado así los servicios e innovaciones de Sucre: organización de la Hacienda nacional, centralizando las rentas y eliminando los impuestos indirectos; independización de la administración de justicia y creación de tribunales; establecimiento del sistema postal; apertura de la Casa para Pobres; fundación y mejoramiento de hospitales; reorganización de la Casa de Moneda; revivificación de la minería, favor a los cultivos de añil y coca. Para los indígenas amplió y forjó novedades, sobre los decretos dados por el Libertador en punto a entrega de tierras y liberación de cacicazgos. Además de la vialidad, se atendió muy directamente a la educación pública, cuya regencia fue encomendada a Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. Fue inaugurada una Academia Militar; se abrió un Colegio de Ciencias y Artes, etc.[203]

[202] VILLANUEVA, LAUREANO. *Op. cit.*: 437.

[203] VILLANUEVA, LAUREANO en la *op. cit.*: 438 y siguientes, condensa detalladamente la obra administrativa de Sucre en este lapso.

El primer acto de la Asamblea Constituyente fue encomendar al propio Sucre la Presidencia de la República. El gallardo venezolano se excusó en estos nobles términos:

> El Congreso Constituyente ha empezado sus trabajos humillándome con sus bondades al encargarme del Poder Ejecutivo [...] Este nombramiento contraría mis sentimientos y mi conciencia, que me aconsejan no ejercer este encargo en que puedo comprometer los destinos de vuestra patria. Yo amo a Bolivia como la hija querida del padre de Colombia, y como un pueblo en donde, siendo extranjero, he recibido constantes pruebas de estimación que han excedido a la recompensa de mis servicios y la traicionaría y correspondería indignamente a la confianza que me dispensa el Soberano Congreso si no repitiese que educado en los cuarteles como un soldado, es evidente mi incapacidad de dirigirla.

Sucre era hondamente sincero al negarse a aceptar el Poder. Dentro de lo normal, no estaba preparado para el Gobierno, no había hecho los necesarios estudios. Sólo que en él existía un talento natural, rico en intuiciones, certero en la decisión, justo en el obrar, abierto además a toda suerte de investigaciones que le condujesen al acierto, y esa fue su fuerza. Aceptó la Presidencia, pero sólo por dos años, y esto a exigencias de Bolívar. A tanto llegó el despliegue de la eficacia administrativa, que a lo largo de la historia más que centenaria de Bolivia aquel vuelo fulgurante de reacciones, rectificaciones y vigor ejecutivo no ha sido superado, ni siquiera igualado. Comenzó por establecer las libertades de imprenta y de cultos. Concedió amnistía general.

Cuando la Asamblea determinó que las monedas de plata llevasen las efigies de Bolívar y Sucre, el mariscal se opuso a que se grabase la suya. No fue escuchado. Pero el día en que se le señaló un sueldo de treinta y seis mil pesos anuales, lo rechazó y obtuvo que no se le pagaran sino veinte mil. Empezó así, a parecer, a hacer teatro, a traicionarse. Por suerte para él, se detuvo a tiempo. El teatralizar y la demagogia van juntos.

Ya había dictado el Presidente varias disposiciones relativas al clero. Sucre era firme liberal y obraba dentro del criterio de una absoluta tolerancia religiosa para los pueblos. Así, los dineros destinados a obras pías los entregó a la educación pública; suprimió claustros menores; dio la ley del Patronato Eclesiástico, eliminó los conventos de San Agustín y Santo Domingo. Por ende, obra espontánea apareció, a los ojos de muchos, su célebre orden de exclaustración de las monjas y frailes que así lo quisieran. No que Sucre fuese anticatólico, sino que sus convicciones exigían esas vigencias ricas en amplitud. Una carta suya al Papa dejó constante que el Gobierno boliviano lo reconocía como jefe de la iglesia católica en el país. León XII correspondió con la bendición apostólica.

La quinta de La Magdalena, en Lima, está convertida en el centro de la política. El puerto del Callao se rinde al fin, cerrándose con eso toda realidad beligerante. Y una mujer impera en La Magdalena con donaire e inteligencia: Manuela Sáenz.

Había fiebre de creación: el Libertador preparaba la Carta fundamental para la nueva República. Daba, además, los pasos para la unión federal de Colombia, Perú y Bolivia. Mandaba sus últimas disposiciones para el Congreso anfictiónico de Panamá, fundamento de la unidad continental americana y base del panamericanismo. Durante el día, en esa histórica quinta, donde había tenido también su despacho el general San Martín, se laboraba en grande. Por la noche se danzaba; Bolívar amaba sobre todo el vals y decía que entre baile y baile alcanzaba las mejores inspiraciones. Allí amó mucho; allí fue amado muy intensamente.

La Ley Constitucional para Bolivia se terminó en mayo.

> Yo doy a los pueblos que el ejército ha libertado –decíale en carta a Sucre– un código de salud que reúne la permanencia a la libertad al grado más eminente que se conoce en el gobierno de los hombres y que si aspiran a lo perfecto, alcanzarán lo ruinoso.

No se sujetó ahí el Libertador a los tres clásicos poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, sino que introdujo un cuarto, el Electoral, sin eliminar la otra originalidad que había creado en Angostura: el Poder moral. Para Bolivia este poder quedó absorbido

en la estructura de una tercera cámara: la de los Censores. Así trata de dar suma trascendencia a la conducta del ciudadano y quiere, a la vez, poner en relieve supremo el acto de votar, de donde emana la esencia democrática representativa. Ninguna de las dos originalidades fue comprendida ni entonces ni después. El talento de Bolívar muéstrase superior al de su tiempo y al posterior. En la Carta Fundamental para Bolivia había establecido la Presidencia vitalicia, como ensayo, con posibilidad expresa de modificación; en la de Angostura, seis años antes, forjó lo de los senadores hereditarios. A la constitución boliviana se le puso malévolamente, en seguida, el mote de "la vitalicia" por desacreditarla, sobre todo en el Incario. En Bolivia fueron más respetuosos. La Ley magna entró en vigencia tanto en la nueva nación como en la del Perú. Bolívar, ante las hostilidades, se limitó a exclamar, con entereza: "Yo la consagro a la posteridad, para que la juzgue".

Sucre la puso en marcha. Quería someterla al reactivo de la experiencia, por ver hasta dónde iba en el origen despótico que se le atribuía. Halló, en dos años de gobierno con ella, lo contrario. Lo dijo en su mensaje de despedida, en 1828:

> De mi parte, haré la confesión sincera de que no soy partidario de la Constitución boliviana: ella da sobre el papel estabilidad al Gobierno, mientras que de hecho le quita los medios de hacerse respetar, y no teniendo vigor ni fuerzas el Presidente para mantenerse, son nada sus derechos y los trastornos serán frecuentes.

El mariscal habló con franqueza y rectitud. ¿Qué ofrenda mayor podía hacer a Bolívar que esta de poner en marcha sus mayores anhelos constitucionalistas, para luego extraer alguna conclusión de carácter práctico tendiente a posteriores rectificaciones? Esta fue una de las razones para haber asumido, por orden del Congreso boliviano, el poder legal supremo de la juvenil nación que llevaba el nombre del Libertador.

Pero cuando se le designó vicepresidente de la Confederación del Perú, Colombia y Bolivia, una de las ideas de vuelo del gran caraqueño, el cumanés contestó excusándose en estas palabras:

> Agradezco tanto como no podré expresar la elección que usted [Bolívar] hace de mí para su vicepresidente. Si usted me permite, le diré que grabando en mi alma esta honrosa distinción, me excuse hasta de pensar en ella [...] Usted cree que yo puedo mandar un gran pueblo, y lo niego con toda franqueza y sin usar de gazmoñería; mi capacidad está limitada a poco, y si hago algo, y si tengo acierto en algo, es porque pienso para todo en complacer las ideas generosas de usted por los pueblos, y por ayudarlo en alguna cosa en sus trabajos, y para corresponder siquiera con mis servicios a las distinciones con que usted tan frecuentemente me favorece.

Midió sus fuerzas y halló que no las tenía mayores que las requeridas para orientar a un Estado que nace. No quiso otra complicación, o sea otra responsabilidad, aunque bien hubiese podido ir más lejos.

En el Perú –que ya había reconocido al Estado de Bolivia– el Libertador fue nombrado Presidente vitalicio. Por enfermedad de La Mar, se le encargó la Presidencia del Consejo al general Santa Cruz, "de mucha ambición y bastante capacidad política", según el edecán O'Leary.

Por aquellos tiempos llegó de Colombia Antonio Leocadio Guzmán, quien traía pliegos de Caracas y Bogotá en los cuales se sugería que Bolívar fundase un imperio y se coronara emperador. La respuesta fue categórica: "Seré Libertador, o muerto, aun cuando supiera que por seguirlo pereciera todo el género humano". La opinión de Sucre vino también explícita:

> Me parece que los de Caracas que han propuesto a usted el proyecto napoleónico lo hacen de mala fe y por tentarlo [...] Creo que el proyecto envuelve en sí la destrucción del país [...] A su muerte de usted, cada uno de los proyectistas se creería con derecho a sucederle, y cada uno tomaría un pedazo de terreno para despotizarlo [...] Como Libertador, va usted con gloria a la eternidad de los siglos.

Sucre también sabía leer en el futuro.

Acababa de entrar el cumanés en el régimen de Gobierno constitucional, cuando por segunda vez se atenta contra su vida. El hecho está narrado por el secretario José María Rey de Castro:

> Un comandante, Valentín Morales Matos, atolondrado y de genio impetuoso, se había restituido recientemente a su país natal [...] Es el caso que teniendo pendiente una solicitud en el Ministerio, le fue despachada en sentido desfavorable, y lo atribuía exclusivamente a mala voluntad y prevención que creía tenerle el Jefe del Estado. Esta idea fatal, labrando progresivamente en su acalorado cerebro le arrastró, con el impulso vehemente de la pasión, al depravado pensamiento de asesinarlo [...] Se armó de un puñal, y protegido por las sombras de la noche, se introdujo en el palacio, subió las escaleras sin ser sentido, y cuando iba a penetrar en el dormitorio para clavar el puñal en su inocente víctima, se vio detenido por una robusta mano que le cerró el paso, asiéndole fuertemente y desarmando su brazo del puñal homicida [...] Al día siguiente se inició el sumario.

Un Consejo de Guerra lo condenó a la pena capital. La madre del reo se prosternó de rodillas ante Sucre, para implorar clemencia. "Alce usted; señora –le dijo el Presidente–, y enjugue su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona y esta circunstancia mitigará el rigor de la Ley". Pasado un tiempo, Sucre expidió un decreto:

> Art. 3º. El reo Valentín Matos condenado a muerte y conmutada esa pena en destierro que actualmente sufre por el asesinato premeditado contra mi persona, queda exento de toda pena por dicho delito en virtud de la autorización que obtuve del Congreso Constituyente para indultarlo.

Para el viaje al exilio, le había regalado, secretamente, doscientos pesos. ¿Qué es un asesino sino un desventurado? Frente

a él, un espíritu excelso reacciona con compasión, no con ira; la generosidad cabe siempre ante la miseria de algunas conciencias. De haber procedido al fusilamiento el eminente venezolano habría acrecentado el odio que ya había contra él, originado en el Perú: no se le perdonaba que fuese colombiano, ni toleraba que hubiese sido el eje dinámico para la creación de Bolivia; menos se admitía su preeminencia civil y militar, contra la cual se estrellaban los planes peruanos destinados a eliminar la nueva República. Las maquinaciones irán en avance, a pesar de todo. ¿Ha habido nunca una grandeza que no haya sido mirada con rencor por los espiritualmente pequeños? Sólo que en aquellos tiempos, terminada la guerra magna, las ambiciones de los subalternos no titubearon en buscar la eliminación de quienes las atajaban. El asesinato intentado por el comandante Morales Matos no tenía raíz política.

Un personaje de significación, Simón Rodríguez, maestro del Libertador, va a crear serios problemas en la ciudad de Sucre (Chuquisaca). Bolívar lo había llevado, para que se encargase de la educación pública, con omnímodos poderes en punto a organización, métodos, número de establecimientos, condiciones exigibles a estudiantes y padres de familia. Se esperaba de él todo. Hombre de estatura pequeña, de pocas carnes, orgulloso, riquísimo de conceptos e imaginación, dogmático, con un por qué de iluso, mostrábase lo mismo reticente que expansivo. "Yo estoy encargado de dar ideas", solía decir, en ánimo de definición de su personalidad. "Yo desearía hacer de la tierra un paraíso para todos", expresaba para mostrar su desinterés cabal y permanente. Su inteligencia tocaba con lo genial, por vigorosa, por desbordada. En mucho se adelantó a tiempos muy posteriores: la enseñanza objetiva, necesidad de la especialización, preferencia por las artes manuales y la ciencia. Se negaron a comprenderle; no soportaron tampoco la unción luminosa con que señalaba sus planes de dominio.

Al comienzo de ese 1826 abrió sus puertas el primer centro educativo con doscientos alumnos. Exigía el director la coeducación. ¡En aquella edad oscuramente fanática en lo religioso y en aquella capital, tradicionalista por excelencia! Se quería la no distinción de razas y colores: ¡el hijo de aristócrata junto al hijo de indígenas, cuando los estratos sociales estaban rígidamente divididos!

Combinados con las clases se daban cursos de artes manuales, para un ambiente en que el trabajo manual estaba considerado como no apto para los españoles y criollos distinguidos, por "degradante". La anatomía la dictaba el propio singular caraqueño, desnudándose en parte, para la correspondiente explicación objetiva. Como esto se creía "pecado", el clero inició pronto prédicas contra el colegio; el escándalo fue en crecimiento. El Gobierno dejó pasar unos meses, y cuando Simón Rodríguez se encontraba en Cochabamba, empeñado en abrir allá otro centro, el de Sucre fue clausurado. El mariscal presentó explicaciones al Libertador:

> Estoy descontento con el sistema de don Samuel [el maestro de Bolívar firmaba entonces Simón Rodríguez y también Samuel Robinson]: no hay rentas para pagar la multitud de empleados de cada colegio. ¿Creerá usted que en solo el colegio de Cochabamba ha puesto señores rectores, fuera de vicerrectores y maestros? Lo peor de todo es que no ha dado parte y yo lo he desaprobado porque lo he sabido de fuera [...] Si don Samuel se disgusta de mi desaprobación, que tenga paciencia. Vea usted las cosas: aquí tiene un carpintero francés, que por ser francés gana cinco pesos diarios. Otra cosa más rara: siendo don Samuel tan enemigo de los frailes, ha nombrado a todos los frailes de catedráticos para Cochabamba, y clérigos de rectores. Lo he desaprobado también.

En otro mensaje:

> Don Samuel me dijo que iba a renunciar; le dije que lo sentía, porque siendo puesto por usted quería conservarlo. Me ofreció que serviría, pero no como empleado [...] Don Samuel ha hablado tantos disparates que yo no lo he tolerado tranquilamente considerando que tiene la cabeza de un francés aturdido [...] Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también como una cabeza alborotada, con

> ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene, bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es [...] En sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra.

Aparte de la educación, se le habían encomendado a Simón Rodríguez los hospitales ...

La carta del maestro a su antiguo discípulo es patética:

> No he escrito a usted porque quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del cargo que me hizo [...] No sé si se acuerda usted que estando en París siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía a Toro, Montúfar, a usted y a todos sus amigos; pues así he seguido desde entonces; ya tengo el lomo duro, y si he de decir lo que siento, me gusta tener la culpa para evitarme el trabajo de justificarme. *Mea culpa*: el haberme encargado del Hospicio de Bogotá. *Mea culpa*: de haber sido comisario bizcochero. *Mea maxima culpa*: el haberme metido de director en Charcas. Sáqueme usted de aquí, enviándome con qué irme; lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con los muchachos creyendo que hacía bien [...] Muriéndome estoy de fastidio aquí, porque no tengo qué hacer [...]
>
> P. D. –El nombre del carpintero francés es Brutus Simón. ¡Qué casualidad, tres Simones en un negocio! Así irá mi carta libranza: Señor don Simón, recomiendo a usted al maestro Simón.
>
> *Simón.*

Desde Oruro, adonde se retiró, el educador se quejó de Sucre en una carta en que se presenta a Bolívar como menospreciado y ofendido por el cumanés:

> [...] Todo lo soporté; pero no pude sufrir la desaprobación del Gobierno, y mucho menos a que me reprendiese en público [...] ¡A mí desairarme! ¡Reprenderme a mí! ¡Ni usted! Me retiré a mi casa, y

> con la inacción y el silencio respondí. A un sargento que va a buscar forraje se le pone arrestado si en lugar de veinte quintales trae cuarenta. A mí se me escribe, se me consuela, y si algo parece fuera de orden, se me dice privadamente, midiendo las expresiones para no ofender mi delicadeza. Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del Gobierno [...] Sucre me reprende como un lacayo. No sé lo que habrá dicho, porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuenta. Es muy regular que la satisfacción que haya dado a usted haya sido mi acusación. Me ha tratado de caprichoso. Debo perdonárselo, porque no sabe o no quiere distinguir de sentimientos ni de acciones [...] Infante me prestó trescientos pesos; Sucre, quinientos.

El choque debió ser violentísimo. ¡Irascible Sucre, irascible Rodríguez! Los bolivianos le apodaban a su presidente "hombre de carácter vidrioso"; al maestro "el loco Rodríguez".[204] No hubo injusticia del gobernante contra el pedagogo, que parecía en extremo revolucionario para su tiempo. Fracasó el innovador por excesiva osadía, que Sucre, el metódico, no toleró.

Existía un punto de muy grave preocupación en Sucre: la explotación del indio. Desde los siglos coloniales se les había acostumbrado a celebrar fiestas religiosas con excepcional pompa pueblerina; habían de pagar altos derechos por ello tanto al sacerdote como a la autoridad civil. El indígena no tenía –no tiene– sino un sentido fetichista de la religión, hecho muy aprovechable para el despliegue de lo externo del culto. Para satisfacer el costo de esas festividades, frecuentes en el año, los indios se endeudaban.[205] El Presidente decretó que no fuesen obligatorias aquellas celebraciones, y que el valor de las mismas fuese voluntario; dióles, al par, a los

[204] Simón Rodríguez, caraqueño, era mayor que Bolívar con doce años. Después de Oruro, anduvo vagando, en diferentes ocupaciones, por el Perú, Chile, el Ecuador. Hizo publicaciones importantes, una de ellas en defensa del Libertador. En Chile se encontró con Andrés Bello. Ya anciano, visitó a Manuela Sáenz en el puerto peruano de Paita. Murió en la miseria, en Amotape (Perú) en marzo de 1854. Sus restos se hallan en el Panteón Nacional de Caracas, junto a los de Bolívar.
[205] VILLANUEVA, LAUREANO. *Op. cit.*: 446.

explotados el derecho de queja y denuncia.[206] Y para salvarlos en el cultivo de sus parcelas, otorgóles créditos. ¿Intuía Sucre, aunque vagamente, que el problema indígena es casi uno mismo con el de la tierra? Su apoyo a la legislación agraria del Libertador lo hace sospechar. Bolívar obró respecto de los aborígenes con el espíritu del padre Las Casas, y hasta pensó que la capital –una nueva capital– para su Colombia grande debería llevar el nombre del generoso fraile. Ordenó la entrega de terrenos baldíos a los indígenas, mandó devolver cuantos les habían quitado, en acto de despojo; suprimió los caciques de indios, figuras de abuso y explotación; "prohibió a los prefectos, gobernadores, jueces y prelados emplear a los indios en toda clase de trabajos manuales, tales como faenas, mitas, séptimas, pongueajes y otras clases de servicios domésticos y usuales".[207]

En cuanto a educación –¡se interesaba tanto con ello!– cabe destacar este su propósito fundamental (consta en la Memoria que presentó a la Asamblea de Chuquisaca): "crear las cátedras prohibidas por el sistema colonial". Sucre, un autodidacta desde los quince años, sabía por qué debía avanzarse en materia de conocimientos. Propició la fundación de la Universidad de La Paz, y de colegios en Cochabamba, Santa Cruz y Potosí, con amplias mejoras para los ya existentes en Chuquisaca y La Paz.

El Cóndor se llamó el periódico publicado por Sucre en la capital boliviana. La Prensa significó fuerza importante en la guerra de independencia e inmediatamente después de ella. El primer número de *El Cóndor* traía cuatro páginas pequeñas, "y nunca pasó del tamaño de papel de oficio".[208] Uno de los motivos capitales para su aparición era la necesidad de que se difundiese el pensamiento de la Constitución escrita por Bolívar para Bolivia. Le escribió al general Heres, en Lima:

---

[206] MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, escribió –más de un siglo después–: "Hoy, la esperanza de una solución eclesiástica al problema del indio es indiscutiblemente la más rezagada y antihistórica de todas", pág. 46.

[207] LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada*... T. III: 493.

[208] GRISANTI, ÁNGEL. *El general Sucre, precursor del periodismo continental.* Cita Grisanti la autoridad del historiador boliviano Alfredo Jáuregui Rosquellas.

> Ojalá usted pueda mandar con Alarcón algún papel, siquiera que sea más grande que el común. En todo este mes tendremos aquí una buena imprenta, y me propongo que se escriba algo en favor de la Constitución, para arraigarla en el amor de los pueblos.

Y al general Santa Cruz le manifiesta (enero de 1827):

> Hemos comprado aquí una imprenta en 8.000 pesos, y por cierto muy cara. Si la que ha llegado a Lima se vende por secciones, tomaríamos tres o cuatro pliegos de letra la más pequeñita que haya, que hace suma falta, por ejemplo como la de imprenta de *El Cóndor* de hoy, número 60.

Al propio Libertador le informaba:

> En *El Cóndor* se han insertado las comunicaciones del presidente del Senado y el vicepresidente de Colombia a usted [...] Este *Cóndor* es tan chico que no vale la pena: no se ha podido encontrar papel grande ni en Buenos Aires; si en Lima lo hay, fuera bueno que usted hiciera venir un poco.

A fin de proteger la libertad de expresión, el Congreso boliviano legisló al respecto (noviembre de 1827). El presidente había dicho enfáticamente en su memoria: "A ningún hombre se ha perseguido; ninguna propiedad se ha atacado; ningún ciudadano ha sido arrestado si no ha sido por la ley".

Para los colegios, Sucre expidió un *Reglamento orgánico*, oficializando el *Tratado de ideología*, de Destutt de Tracy.[209] El artículo 94 rezaba: "La *Ideología* se estudiará dividiéndola en cuatro exámenes, por la obra de Destutt de Tracy. El 1º será de ideología propiamente tal; el 2º, de la gramática en general; el 3º, de la lógica, y el 4º, del tratado de la voluntad". También se ordenaba cursar la filosofía del

[209] FRANCOVICH, GUILLERMO. *La filosofía en Bolivia*: 70. También puede consultarse la *Historia de la filosofía en Latinoamérica*, por Manfredo Kempff Mercado, cap. III.

eminente enciclopedista francés Pablo Enrique Holbach, y conocer las doctrinas de Jeremías Bentham, padre del utilitarismo.

Los *Elementos de ideología*, del filósofo francés Destutt de Tracy, logró vasta influencia en toda la América. Era lo más avanzado, entonces (fue publicada la obra entre 1801 y 1815). Jefferson había dicho de ella: "Espero que este libro será el manual de nuestros estudiantes, de nuestros hombres de Estado y hará que entre nosotros progrese una ciencia en la que tantos errores hemos cometido".[210]

Al haberlo impuesto Sucre, cabe suponer que la conocía y le daba un valor exacto, fundamental. De ahí que importe copiar lo que la obra expresa en defensa de la razón, contra la teología; eso indica indirectamente cuál era el fondo de las creencias del mariscal. Dice de Tracy:

> La teología es la filosofía de la infancia del mundo; ya es hora de que deje el sitio a la de su edad de razón; es la obra de la imaginación, como la mala física y la mala metafísica, nacidas con ella en tiempos de ignorancia y que le sirven de base, mientras que la otra filosofía está fundada en la observación y la experiencia.[211]

La raíz de estos pensares hallábase en Condillac. El liberalismo de los hombres de la revolución de independencia era estrictamente racionalista.[212]

---

[210] Para Destutt –férvido admirador de Voltaire y de Condillac y ex mariscal en la Revolución francesa– el pensamiento se reduce a sentir: "pensar, recordar, juzgar, querer, es sentir". Explica la noción de exterioridad así: "A la facultad de movernos es a la que debemos el conocimiento de los cuerpos". Su obra, puesta en el "Index" por el Vaticano, defiende una moral de absoluto utilitarismo.

[211] Cita de E. BRÉHIER. *Historia de la filosofía*. T. II: 510.

[212] Bolívar se expresaba así sobre estas materias (*Diario de Bucaramanga*: 132): "El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro. Que se llame este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa. El cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia".

Bolívar abandonó a Lima, embarcándose para Guayaquil, a comienzos de septiembre de 1826. Antes, bastante antes, había asegurado la situación económica de Sucre, al otorgarle en propiedad La Huaca, con base en una disposición del Congreso del Perú (de 28 de febrero de 1825). Sobre este bien raíz dejó dicho el mariscal en su testamento:

> Seis mil pesos me debe el señor Cristóbal de Armero por los arriendos de la hacienda La Huaca en los años de 27 y 28, y de que, rebajados algunos picos que dice él que tiene que cargarme, quedarán a lo menos a mi favor cinco mil trescientos y doscientos seis mil y pico de pesos en que está tasada mi hacienda de La Huaca, sita en el valle de Chancay y del departamento de Lima, siendo este su valor el año de mil ochocientos veinticinco, y sin comprender las mejoras que haya tenido hasta ahora.

El mariscal esperaba mucho de esos terrenos. A su amigo el coronel Vicente Aguirre le escribía:

> He librado contra Roca, en Guayaquil, seis mil pesos que he destinado a componer y arreglar la hacienda de La Huaca, que me dice es muy buena. Está totalmente libre de pensiones: parece que dentro de poco podrá dar esa hacienda mil pesos mensuales libres, según lo que me informa.

Inclinado más bien al ahorro –la raíz flamenca en su sangre– sometía los gastos a estricta vigilancia. E hizo otro tanto con los fondos públicos. En la Bolivia pobre de ese tiempo pudo mantener en el Tesoro siempre un remanente disponible.

> A los dioses nada los desacredita.
>
> ANATOLE FRANCE. *Conversaciones con Paul Gsell.*

Como en Guayaquil, como en La Paz, el amor sometió a Sucre también en Chuquisaca, incendiándole la carne. Quizá

discurrieron los diálogos de la conquista muy poco a poco, a partir del propio 1826, estimulado como estaba entonces el glorioso general y estadista por la tranquilidad que advertía en torno. "En Bolivia –le decía en carta al coronel Aguirre– hay hasta ahora una perfecta paz; y aunque no veo ni asomos de disturbios, no aseguraré a usted mantener este orden". Varón querido y adulado, célebre y noble, silencioso y discreto, sabíase rodeado de las mujeres más hermosas y más valiosas de esos pueblos ¿Cómo no iba a llegar, con alguna, a la plenitud de la pasión? No nada puritano, daba a su ir un camino ordenado, pero ancho, libre.

Chuquisaca fue un Edén para los soldados de Colombia. Mucho más que Lima, donde se les toleraba, sin quererlos. Una carta tras otra del presidente al Libertador revelan detalles: "Ya avisé a usted que había dado licencia al coronel Galindo para casarse, y lo verificó el 13 (agosto de 1827) con la Argüellitos". Al señalarla, como la señala, por el simple apellido y en diminutivo muestra Sucre que Bolívar conocía y debía recordar a esta boliviana. "Anoche se casó mi edecán Molina con Rosa Medeyros. He dado licencia a estos dos oficiales de Colombia porque creo útil que vayamos ligando este país por relaciones de familia con nosotros". ¿Sucre, ingenuo?

> Anoche se casó también el teniente coronel Valle, director de la Escuela Militar, con Martina Caros [...] El último domingo se casó Geraldino (un secretario del mariscal) con la señorita Mariana Mendieta, y el capitán Salgar con Tomasa Casos; antes se casó el capitán mayor Satizábal con una señorita Rico de Cochabamba; el capitán Arrieta se casará con Teresa Argüelles [...] Ruego a usted mi general, que mande algunos buenos oficiales subalternos para estos cuerpos. Las compañías están por lo general a tres oficiales, y ya quedan muy pocos sargentos y aspirantes a que ascender. Después de eso, quedarán en Bolivia doce o más oficiales colombianos que se están casando; y aunque no permitiré que se separen de sus cuerpos hasta que éstos se vayan, siempre debe contarse que están de baja.

Este nuevo querer de Sucre se llama María Manuela Rojas. No es capitalina, sino de la ciudad de Tarija, en el Sur. ¿Vivía en Chuquisaca? Probablemente. Y debió de ser gente distinguida, porque le trata de señora doña, que era el signo de aristocracia colonial. No han podido conocerse hasta ahora detalles de esta mujer; cabe suponer mucho, sin embargo, en elogio de la enamorada, porque Sucre se mostró, en materia sentimental, hombre de buen gusto y exigente; en el querer tomaba altura, como en lo demás.

Creció la soberanía del deseo, y ese amorío volvióse fecundo. El hijo se llamará Pedro César. He aquí la partida de bautizo:[213]

> En el año del Sor, de mil ochocientos veinte y ocho, el 7 de junio yo el teniente del Sor: Cura Rector Propio de este Sagrario de Guadalupe, D. D. Manuel Antonio Flores, bauticé, puse óleo y crisma a Pedro César, del día 7, hijo natural del Sor. General Gran Mariscal de Ayacucho, Excelentísimo Sor. Antonio José de Sucre, y de la señora doña Manuela Rojas, natural de Tarija. Fue padrino el Sor. coronel retirado don Ramón Molina su Edecán, natural de Colombia y vecino de esta capital, quien supo su obligación y parentesco espiritual; para que así conste, lo firmé. Dr. José Higueras.

Pedro César recibió educación cuidadosa; llegó hasta la Universidad de Chuquisaca; en esta ciudad se casó en enero de 1867 –a los treinta y nueve años– con Carmen Matienzo. No dejaron sino un hijo, Julio César. En la partida matrimonial, vuelve a reconocerse la paternidad del mariscal:

> En el año del Señor de mil ochocientos sesenta y siete, a los diez días del mes de enero, el señor Cura de Tomavi, D. D. José Manuel Carvajal los desposó al D. D. César Sucre, español, soltero, mayor de edad e hijo natural del señor General D. Antonio José de Sucre

[213] Este documento fue hallado por el escritor venezolano Elías Pérez Sosa, quien investigó además la trayectoria de Pedro César. Cf. PÉREZ SOSA, ELÍAS. *Gestas dialécticas*. Caracas, 1957: 49.

> y de Dª Manuela Rojas, ya finados, vecinos de esta parroquia, con Dª Carmen Matienzo, española, soltera, mayor de edad e hija legítima del D. D. Nicolás Matienzo, ya finado, y de Dª Tomasa Carvajal, vecina y residente en esta parroquia. Fueron padrinos [...] [Para este sacerdote no se había producido la independencia: ¡los bolivianos continuaban siendo españoles!].

El hijo de Pedro César Sucre Rojas tomó la carrera de las armas, como su abuelo el mariscal y llegó al grado de teniente coronel; murió a comienzos de este siglo XX y dejó dos vástagos varones: Manuel y Julio César.

Estos amoríos de Sucre con María Manuela Rojas tuvieron una grave complicación, de serias consecuencias. María Manuela hallábase comprometida oficialmente para casarse con el doctor Casimiro Olañeta, personaje de mucha monta en la nueva República, y que pasaba por consejero de Sucre, desde antes del arribo de éste a Chuquisaca. Rompió la valerosa mujer su palabra dada, y se entregó, por amor, al cumanés. Olañeta, calculador y astuto, no perdonó nunca que el glorioso venezolano le hubiese quitado la novia; y, llegada la hora de la venganza, volvióse el autor intelectual del atentado del 18 de abril de 1828 contra el mariscal, como luego se verá. Quiso limpiar con sangre la ofensa, cuando el niño, que pudo ser suyo, tenía apenas tres meses de nacido.[214]

Mucha gente odiaba a Sucre en el Perú, y algún sector en Bolivia: por muy poderoso, por muy recto en lo político y militar; por muy exigente. Y a causa de lo que representaba: la presencia de lo extranjero en aquellas regiones, cuando ya la guerra había terminado. ¡Se hablaba de ocupación! Un periódico de Lima, *El Heraldo*, abrió y arreció la campaña contra los colombianos, y en

[214] Muerto Sucre, el doctor Olañeta volvió a los requerimientos de amor de María Manuela Rojas, aun a pesar de que ya él se hallaba casado con María Santiesteban. Cedió María Manuela y, como consecuencia, nació Jano Olañeta. Cf. COSTA DE LA TORRE, ARTURO. *Romance y descendencia del Gran Mariscal de Ayacucho*: 121. Otro dato curioso es que la hermana de María Manuela Rojas, de nombre Rosa, fue la esposa del déspota boliviano Mariano Melgarejo.

especial contra el cumanés. Seguía soñando el Perú con la absorción de Bolivia. El clérigo Larriva publicó en *El Heraldo* este cuarteto:

Sucre, el año veintiocho
irse a su patria promete.
¡Cómo permitiera Dios
que se fuera el veintisiete!

El historiador peruano Mariano Paz Soldán (*Historia del Perú independiente*) expresa cómo dos generales detestaban con saña mayor al mariscal venezolano:

> El general Santa Cruz –dice–[215] estaba poseído de odio o envidia contra el héroe de Ayacucho, y nunca desperdició ocasión para desprestigiarlo, intentando neciamente apocar sus glorias y méritos. Gamarra, por su parte abrigaba también profundo resentimiento y emulación con Sucre por semejantes razones que Santa Cruz.

Gamarra fundó su ira en el hecho de que el mariscal no le hubiese nombrado en el parte de la batalla de Ayacucho. Sucre explicó cómo prestó servicio en aquella acción, pero sin relieve. O'Connor, en sus Memorias, llega a manifestar que "no se le vio la cara".[216]

Agitábase algo tan serio como esta resistencia exterior, con ecos dentro: los soldados colombianos empezaron a sufrir la descomposición de la victoria. Libres de lucha, cayeron en la

[215] PAZ SOLDÁN, MARIANO. *Historia del Perú independiente*. Segundo período. T. II: 151.

[216] LECUNA, VICENTE en *Catálogo de errores*... T. III: 217, señala así a esos dos generales: "Ambos caudillos, Santa Cruz y Gamarra, probaron su incapacidad absoluta en la célebre campaña del Talón: los dos perdieron el ejército dando carreras inútiles hasta más allá del Desaguadero, en la retirada se les extravió el parque y más adelante dejaron las banderas en el suelo, botaron las armas y llegaron a la costa casi sin tropas, en completa derrota. En Pichincha Santa Cruz abandonó el campo cuando huyeron sus batallones, y luego, al ver que no habría derrota, volvió a incorporarse solo".

indisciplina. Sucre, ocupado en la política y la administración, entregó al general Córdova el comando del ejército. En noviembre de 1826 se sublevó el regimiento de caballería *Granaderos de Colombia*, acantonado en Cochabamba: 170 soldados, y su jefe, el teniente Matute. ¿Qué pretendían? Tomaron hacia el Sur y, perseguidos, penetraron a la Argentina donde el general Arenales los dominó, e hizo fusilar a Matute. Se le llamó seriamente la atención a Córdova, pero éste fue pedido por Colombia "para que responda de una demanda judicial con motivo del castigo que le había impuesto a un sargento en la campaña del Cauca". Cuando partió, marzo de 1827, quedó en su reemplazo el general Miguel Antonio Figueredo, "valeroso, pero débil e irresoluto".

El Gobierno de Bogotá, por su parte, agudizaba esta situación de todo en todo dañina y peligrosa para Sucre. El 22 de enero (1827) se le privó al mariscal de toda intervención amistosa en los soldados, "coartando las facultades del comandante general de la división, como si las tropas estuviesen inmediatas al Poder Ejecutivo de Bogotá".[217] Los batallones recibieron esta disposición con el mismo ánimo de repudio que mostraron cuando ese mismo Gobierno de Bogotá, dos años y medio antes, despojó al Libertador del poder de intervención en el ejército colombiano en el Perú. Pero la baja moral se acentuó. "Ni en el Gobierno español –le comentaba Sucre a Bolívar (carta del 4 de junio)– había tales desatinos en tiempos de su dominio. Los capitanes generales tenían a la distancia más facultades en América que en la península". Por añadidura, llegan del Perú –¡y de Bogotá!– grandes cantidades de hojas volantes, en las cuales se incita al ejército a la rebelión. Había que destruir a Sucre; tal el propósito, en Lima y en otros lugares. A Bolívar y Sucre se les considera una misma persona. El mariscal, sin inmutarse, empieza a despachar, rumbo a Colombia, los cuerpos de esa procedencia. Los primeros, enviados a Panamá hacia mitad de año, fueron *Pichincha*, *Voltígeros* y *Bogotá*. El *Voltígeros*, que se hallaba en La Paz, se alzó en insurrección; fue dispersado.

Gamarra, dispuesto a presionar por las armas y listo a invadir a Bolivia, según proyectos concretos que se llamaban públicamente

[217] LECUNA, VICENTE. *Catálogo de errores*... T. III: 207.

"el plan Gamarra", acantonó en Puno unos 4.000 hombres. Sucre se lo comunicó a Bolívar inmediatamente. Al coronel Aguirre, en Quito, también le informaba: "Un incendio de anarquía amenaza a este país por el Norte y por el Sur, y aunque las gentes son buenas, temo que no se salve; si sucede, será un milagro de la fortuna". Salió, luego, en correría el presidente: era indispensable actuar, previniendo acontecimientos. Halló que su prestigio personal no sólo no se había amenguado, sino que se robustecía porque de él se esperaban paz, salvación ante las amenazas de caos. Llegó a hombre necesario, que es la cumbre mayor a que puede aspirar un estadista. Sus enemigos hacían minoría.

También en el Perú se había sublevado la división colombiana (enero de ese año 1827) que comandaba el general Jacinto Lara. Apresado éste, lo mismo que el general Arturo Sandes con varios oficiales; todos salieron, expulsados, rumbo a Colombia. El abanderado de la revuelta fue el comandante Bustamante, jefe de Estado Mayor. En ese momento, Bolívar se encontraba en Caracas desde hacía quince días. En Bogotá, a su regreso del Perú, no se había quedado sino algo más de una semana. El problema político estaba en Venezuela.

José Bustamante, neogranadino, se ha negado a obedecer la Constitución boliviana, adoptada por el Perú. Son 2.400 soldados en rebeldía. En Lima ya no queda lealtad para Bolívar sino en el corazón de Manuela Sáenz, cuya madre acaba de morir. Intenta operar en contra de Bustamante: "Disfrazada de hombre y pistola en mano, penetró a caballo en uno de los cuarteles insurrectos, con el fin de reaccionarlo en favor de Bolívar". La apresaron y le concedieron veinticuatro horas para abandonar el país. Sale, en efecto, con el general Córdova, otros oficiales y sus negras Jonatás y Nathán; su marido, el doctor Thorne, se queda en el Perú para siempre; la ruptura es definitiva; Manuela avanza, uncida al destino de Bolívar.

¿Qué se proponían los revoltosos? Poner en insurrección al Ecuador, adonde llegaron por tierra y mar. Las fuerzas leales a la Constitución aplastaron en Guayaquil el audaz intento. En Bogotá,

Santander celebró el delito de Bustamante cual pudiera una victoria. Algunos jefes y oficiales sacaron música

> por las calles. El general Santander se unió en la calle y acompañó a la manifestación largo rato, mostrando en sus arengas el intenso placer que le dominaba. [Relato del general Posada Gutiérrez].

Sucre escribió a Santander:

> La nota del secretario de Guerra a Bustamante, aprobando la insurrección, es el fallo de la muerte de Colombia. No más disciplina, no más tropas, no más defensores de la patria. A la gloria del ejército libertador van a suceder el brigandaje y la disolución. [Carta del 10 de julio de 1827]

El secretario de Guerra complacido con la sublevación era el general Carlos Soublette.

Mientras discurrían todos estos sucesos, propios de una posguerra, donde los odios, las ambiciones, los abusos y las vanidades empezaban a desmesurarse –lo grande no pierde su medida–; mientras Santander poníase en evidencia contra Bolívar, hasta el punto de que éste, en marzo de ese 1827, rompió con aquél definitivamente; mientras en Quito y Guayaquil pedían la dictadura de Bolívar, a lo cual se adhería Cuenca con entusiasmo; Sucre preparaba la retirada. Había ofrecido gobernar únicamente dos años, y era tiempo de disponer lo necesario para su futuro personal. ¿Qué quería? Todos sus anhelos parecen condensados en su carta del 16 de abril, desde La Paz, al coronel Aguirre:

> Antes he dicho a usted que estoy resuelto irrevocablemente a marcharme de aquí para Quito en agosto del año 28; pero que si había alborotos, lo haría antes, porque pienso a la menor novedad convocar al Congreso, entregarle el país e irme. En eso estoy tan resuelto, que nada me hará retroceder [...] El retiro y la vida privada es todo mi anhelo y no saldré de ella sino para ser soldado cuando enemigos exteriores nos amenacen; del resto, soy hombre inutilizado.

Pero, al alejarse de los negocios públicos y del ejército, ¿en qué se va a ocupar este varón de altas actividades, rico de vida,

dinámico y tenaz, severo y exigente, silencioso y constructor? Su determinación es casarse en Quito con Mariana Carcelén, la linda marquesita de Solanda. Aquello de un hijo ilegítimo en Guayaquil, otro en La Paz, otro en Chuquisaca, no tenía sentido. Tan seguro está del matrimonio, que no lo pone ni en duda.[218] Piensa en las propiedades de su futura esposa; da indicaciones sobre ellas, acude al mejoramiento económico de las mismas. Sucre era realista, además de enamorado. Todo se le confía al coronel Aguirre:

> De Chisinche a Chillo [haciendas de la marquesa) y de Chillo a Chisinche; unos buenos libros, unos pocos amigos y escogidos, una bonita casa de campo y querer cada día más y más a la buena compañera de mis destinos: he aquí mi ansia y las ocupaciones de mi vida [16 de abril de 1827].

Y continúa:

> Yo le he escrito [a Mariana] la última vez que lo hice a usted, y repito hoy. Dije a usted en la del 3 de éste que, calculando mi viaje próximo, no le mandaba mi poder, pero que lo haría si las cosas me hacían quedar hasta el año 28. Todo lo sabré en la visita que voy a verificar ahora por los otros departamentos. Si me demoro mandaré el poder para ser casado el 3 de febrero próximo, en que cumplo treinta y tres años; digo casado con todas las fórmulas, pues desde ahora la considero tan mi mujer, cuanto que es la elegida de mi corazón, y porque es mi propósito desde muy atrás.

Viene, en seguida, lo relativo a las propiedades agrícolas de la novia (misma carta): "Hablé también de las haciendas de Mariana. Usted me dice de parte de su madre que éstas se están perdiendo y que yo diga lo que debe hacerse". En Quito también, según ésto, se consideraba el matrimonio como cuestión firme.

[218] Se han forjado muchas leyendas sobre el noviazgo de Sucre. Hasta se ha dicho que alguna vez lo echó a la suerte, en competencia con otro general, que también pretendía la mano de Mariana. Y que ganó en aquel lance por golpe de fortuna, cuando lo que regía ahí era solamente un auténtico querer ejemplar de años, a pesar de la distancia.

> Antes de venirme esta carta de usted, le escribí previniéndole que se pusiera de acuerdo con Mariana y su madre para invertir en lo más esencial de Chisinche los diez mil pesos que usted debe tener míos. Digo lo más esencial, como ganado, etc., o bien lo que ellas dispongan. He escrito a don Mariano Sereseda de Arequipa, que unos veinte mil pesos que él debe recoger más los mande a usted por medio del señor Armero, y usted los ponga a disposición de Mariana, arreglando con ella la inversión que se les dé para mejorar y restablecer las haciendas. Pienso recoger por de pronto hasta cincuenta mil pesos de mis gratificaciones; y los iré mandando para que se trabajen las haciendas y se pongan en estado de producir; pues yo he dicho que al poner el pie en Colombia, no tengo que hacer con empleos; y que renunciando de todos ellos, no quiero vivir sino con lo que tenga como particular. Supongo que invirtiendo por ahora cincuenta mil pesos en las haciendas se las mejorará mucho. Cuide usted de Chisinche mucho, y recomiéndeselo a Mariana y a la señora. He dicho también a usted que venda mi casita[219] y con su producto componga bien la de Mariana, que tiene cerca de la plaza, o lo gaste en la hacienda. Usted me ve con qué juicio le hablo ya en arreglo de intereses, estoy muy formal y tal vez me volveré económico, ojalá que suceda. No puedo, pues, hablar más de la materia, porque dejo al cuidado de usted y a lo que Mariana diga, los trabajos que se hagan y que serán los más útiles y necesarios para fomentar estas fincas.

Ese no vacilar, característico del cumanés, constituye uno de los secretos de su éxito vital. Quien no duda, reta, se enfrenta, pelea y decide si hay coraje en el ánimo. Sucre lo tenía, rebosante de poderío. Si alguna vez padeció titubeo, como en vísperas de la primera expedición de los Cayos, pagó su indecisión. En lo tocante

[219] La casa, adquirida por el mariscal con dinero que envió desde Bolivia, no fue vendida. Residió en ella una vez casado. Existe todavía, en la esquina de las calles Venezuela y Sucre.

a su matrimonio, a pesar de las incitaciones de toda suerte que giraban en torno suyo, sobre todo en Chuquisaca, mantuvo su determinación.

¿Quiénes eran los amigos del mariscal, en Quito, desde antes de su matrimonio? Lo dice en una carta:

> Adiós, mi querido Aguirre; abrazos a mi doña Rosita, Carlos y Eladislao; mil cariños a toda la familia. Al señor Montúfar y señora; San José y la suya, a Catita, las Carcelenes, Villacises, Borjas, Barbas, Salvadores, Ascázubis, Salinas, Leonor, Chiribogas; en fin, a todas mis amigas mil afectos; a los amigos todos, memorias.

Tras los recuerdos, viene la expresión romántica: Vuelve a pedirle el retrato de Mariana: "mándemelo con seguridad, y pronto".

> Desdichados de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros.
>
> ALBERT CAMUS. *La caída.*

Y llegó el día en que se atentó contra Sucre, disparando sobre su cuerpo e hiriéndole. Querían eliminarlo. Estorbaba a los planes peruanos de anexión del territorio de Bolivia; molestaba, por representante de la ideología de Bolívar y de sus magnas concepciones continentales; estaba demás, porque ciertos bolivianos aspiraban al poder en su país. No le creyeron al venezolano que gobernaría por sólo dos años. ¿Cuándo había mentido Sucre, sin embargo? ¡Jamás!

El golpe miserable se produjo en la propia Chuquisaca, el 18 de abril de 1828. A distancia de cinco meses –en septiembre– se intentará, en Bogotá, asesinar al Libertador. ¡Sucre y Bolívar eran los dos condenados a muerte! Pasada la hora histórica de los muy altos, tenía que venir la de los pequeños; nadie es grande impunemente. Los beneficios extraordinarios suelen producir ingratitudes también extraordinarias; el mundo de los redentores, así, vuélvese mundo de víctimas. A Sucre le llamaban, en el Perú y

en Bolivia –no el pueblo, sino los ambiciosos de mando–, "el usurpador". Gamarra lo calificó de "Agente principal de los proyectos de opresión del tirano de Colombia". La vil hazaña se hizo "en defensa de la libertad y en odio a la tiranía que oprime a Bolivia". El doctor Olañeta, jefe de la conspiración, peroró ante las masas, herido ya Sucre, contra el "extranjerismo".

Sabía el cumanés que se movían sus enemigos en las sombras, "se lo habían denunciado –dice su secretario particular Rey de Castro– personas muy caracterizadas, entre ellas algunos diputados del Congreso, indicándole hasta el lugar y hora de la noche en que se hallaban reunidos, e instándole a que mandara sorprenderlos". Sucre les respondía que, según la constitución, "toda casa de un boliviano es un asilo inviolable". Y no procedió. De haber sido experto en esta clase de urdimbres habría prevenido acontecimientos para no tener que remediarlos. El deber del político es anticiparse. Y dejó que avanzaran los sucesos.[220]

Había en Chuquisaca un aventurero, apellidado Cainzo, originario de Tucumán. Como no tuviese oficio, Sucre le había regalado, quince días antes, doscientos pesos para que comiera y se vistiera. Este fue el mercenario, jefe visible del complot, que obedecía órdenes del doctor Olañeta, quien, a su vez, hallábase en contacto con el general Gamarra.

Poco antes del amanecer aparece Cainzo en el cuartel, da muerte con su mano al oficial Contreras, desarma al retén y hace formar a la tropa en el patio; pone fuera una guardia reforzada. Casi en seguida llega el doctor Miguel Luna, médico de este escuadrón *Granaderos a caballo*; era madrugador; trata de entrar; ordénanle regresarse; alguien le habla de sublevación. Corre e informa al presidente. Este, vístese rápidamente con el "uniforme popular de la Guardia Nacional, institución suya, de que él era el coronel"; manda ensillar su caballo, mueve gentes; ordena al coronel José Escolástico Andrade que parta a informarse de lo sucedido. Sale el

[220] Tanto la narración del secretario privado de Sucre como las declaraciones de los testigos presenciales, canónigo Juan Crisóstomo Flores, en aquella noche "guardia del orden en calidad de practicante jurista", y Jorge Mallo, en cuyo capote fue trasladado Sucre sangrante desde el segundo patio de palacio hasta su dormitorio, pueden leerse en la *op. cit.* de Vicuña Mackenna, páginas 137 y 241.

oficial a galope; disparan contra él; un soldado le toma el animal de las bridas, salta el jinete por el anca, huye a pie, pegándose a las paredes. Aún no ha clareado bien. Cantan los gallos y las flores sacuden las alas, mientras se desarrolla el drama de los hombres.

Ya venía Sucre en volandas, acompañado del ministro Infante, que vivía en la casa presidencial, el comandante Escalona, armado de su lanza habitual, dos edecanes, el intendente de policía, coronel Gabino Ibáñez y varios gendarmes de caballería, con lanzas. Se detienen, oyen el informe de Andrade. Desenvaina Sucre su espada, que levanta en alto, hinca las espuelas en el vientre del bruto; atropella a los centinelas y penetra al cuartel; el guarda va a disparar su fusil contra Sucre; cáele a tiempo Escalona y le atraviesa con la lanza al soldado, pero la bala, de todos modos disparada, destroza el hombro del valeroso Escalona.

"¡Fuego! ¡Viva Gamarra!", gritan adentro. Una descarga cerrada recibe al mariscal, a tiempo que las detonaciones se multiplican en todo rumbo. Hay todavía oscuridad; nadie sabe para dónde tomar; los corredores se llenan de humo; gritan los hombres con voz estentórea; relinchan las bestias; la confusión parece caos. El ruido de las armas, en esa población pequeña, excita a las gentes, que salen en carrera rumbo a la plaza en busca de noticias. Los que integran la conspiración se amotinan frente al edificio presidencial. A los cuantos minutos, ya todos están en pie; o furiosos con furor de agresores, o anhelantes, o perplejos, o iracundos, con ira patriótica contra los destructores de la paz. Las pasiones toman oleaje y espuma.

Una bala atravesó el antebrazo derecho del presidente, antebrazo que iba en alto; varias perforaron su sombrero de pluma tricolor; una de éstas hirió la cabeza superficialmente: de ahí manaba sangre que empurpuraba el rostro. Otra bala perforó la oreja del caballo encabritado. ¡Todos apuntaron, en medio de las sombras a la cabeza de la víctima! Erraron el golpe, porque el Destino se ríe, a veces, de los planes humanos. Todos los conspiradores tenían la instrucción precisa de asesinar.

Da media vuelta el animal, a velocidad suma, y sale del cuartel a galope tendido, rumbo a su querencia. El jinete, buen jinete, desangrándose, quizá creyéndose agónico, no se cae, pero no

gobierna las riendas. Al pasar por en medio de un grupo, grita: "¡Chuquisaqueños!" ... Nadie le oye; su voz, lánguida, piérdese en el vértigo. No advierte que ha perdido espada y sombrero. Sus compañeros, ¿dónde estaban sus compañeros? Cada quien huyó por distinto rumbo en la fatal confusión.

Al llegar a la puerta de la caballeriza por donde va a entrar el espantado bruto, defiéndese instintivamente el cumanés, con el brazo sano, del dintel, que era bajo. Salva la frente del violento choque pero cae en tierra. De ahí le recogen los de palacio y le llevan a la parte alta, al dormitorio. El noble herido, por suerte, contó con los servicios inmediatos del médico mismo que había dado la voz de alarma. "¡Ah! Lo que no me había sucedido en toda la guerra de independencia... ", exclamó, profundamente amargado.

El galeno exigió absoluto reposo. Los conjurados no pensaban lo mismo. Sabiéndose triunfantes, desde que no había más fuerza militar que la de ellos en la ciudad, repartieron fusiles entre el pueblo: más de seiscientos. Despacharon inmediatamente a Mariano Barriga, alias *El Okelomo*, en las propias bestias del Gobierno, para que llevase "la buena nueva" al general Gamarra. (Los sargentos comprometidos eran peruanos). Y salieron contingentes para "apresar" a Sucre.

> Cuando los sublevados acudieron a palacio –cuenta Mallo– para apoderarse de la persona del presidente, ya la concurrencia de gentes llenaba los patios, salas y galerías del palacio, impidiendo en masa que se llevase a cabo semejante determinación. Las señoras, en particular, se señalaron por la energía y algazara con que se opusieron a la captura del general, consiguiendo que, durante el día por lo menos, quedase en el palacio para ser debidamente atendido por ellas [...] El clero encabezado por el respetable deán, doctor Orihuela, y los canónigos, no se apartó de su lado hasta la noche de ese día 18, por temor de cualquier atentado que pudieran intentar los revoltosos contra la vida del Gran Mariscal.

A las ocho de la mañana, entre otras damas se presenta la esposa de Olañeta, quien hace, a nombre de su marido, las mayores

protestas de rechazo del ataque, y pide audiencia para el doctor, quien quiere ofrecer servicios en esta emergencia.

> Agradeció, finamente el general esta manifestación y consintió en la solicitada entrevista, pero diciendo a la señora que nunca podría aceptar servicios rendidos a su persona que viniesen del señor su esposo, después de la desleal conducta que con él había observado: hacía tiempo que su propia conciencia lo había alejado de palacio". [Narración del secretario privado].

Sucre, según esto, sabía decir las verdades con claridad, sin el retorcimiento de los eufemismos. A las once de la mañana se presentó Olañeta y le reiteró su ofrecimiento al presidente. La respuesta de Sucre fue dura, quemante:

> Sus servicios podrán ser útiles a su patria, si la consecuencia y la lealtad viven todavía en el ánimo de usted. En cuanto a mi persona, los agradezco sin aceptarlos. Emplee usted su influjo sobre la tropa; evite usted que salga del cuartel y haga sufrir al pobre pueblo [...] Vaya usted y pregunte qué es lo que quieren. Si piden que yo muera, y esto pudiera salvar a Bolivia de los males que se la preparan, no excusaría el sacrificio. Si no solicitan esto, dígales usted que todo quedará perdonado, que olvidaré los balazos y sufriré en silencio mis dolores, con tal de que se restituya el orden, y no se de tal escándalo a la América.

Salió Olañeta. La plaza veíase repleta de gente. "La plebe estaba en general con los revoltosos, y una buena parte de la juventud participaba en algo de las pasiones de éstos", dice el canónigo Flores, en lenguaje de la época. "Que se abra el salón del Congreso –díjoles Olañeta–, y allí os daré cuenta de mi entrevista con el Gran Mariscal". Allí el tribuno –y ministro de la Corte Superior– peroró a sus anchas, seguro, bien seguro, de que el presidente hallábase reducido a la impotencia. La visita tuvo ese fin: es la sempiterna precaución de los cobardes. La rebelión, que él aplaudía entusiasta, era –decía– "el grito de los pueblos y del ejército"; contaba con

apoyos poderosos; los grandes enemigos eran la constitución y la presidencia vitalicia; había que combatir al "extranjerismo". Olañeta habló con sorpresa del público –dice Jorge Mallo– y excitó la susceptibilidad más delicada y sagrada de la plebe, diciendo que el gobierno colombiano era hereje y perseguidor de los frailes y de la religión; que tenía planes de cargar nuevas contribuciones al pueblo y llevar sus productos a Colombia ... La masa se exaltó fácilmente al influjo del profuso orador, hasta el extremo de prorrumpir en gritos de: "¡Corramos a las armas; moriremos por nuestra santa religión!". Los azuzadores –los hay siempre; son los hombres-eco, que no se sienten fuertes sino rodeados de muchos– fueron Ángel, Antonio y Rudesindo Moscoso, todos "del pueblo medio".

Se extendió, a continuación, un acta que nombraba comandante de la revolución al coronel Pedro Blanco, jefe en Tarija (sur del país) de un regimiento de caballería,[221] y prefecto del departamento al comandante peruano, en retiro, José Antonio Acebey. Después, continuaron los desórdenes por cuatro días. Al oscurecer de ese 18 de abril, "el palacio fue entregado a saco, llevándose los revoltosos todas las armas, monturas y caballos y robando muchas otras cosas". En la noche, los amigos de Sucre trataron de hacerlo fugarse, pero descubriéndolo a tiempo la esposa de Olañeta, María Santiesteban, lo denunció a los revoltosos, que redoblaron la vigilancia y ordenaron que al día siguiente, bajo las sombras, fuese el mariscal conducido prisionero a una casa próxima al cuartel, propiedad de Gaspar Frontaura. Las señoras, en gran número, ocuparon los corredores y habitaciones, al igual de lo que habían hecho en palacio durante todo el 18 y 19, impidiendo que entrase nadie de peligro. También el clero se turnaba en la vigilancia.

[221] Pedro Blanco, boliviano, era de la misma edad que Sucre y vivió un año menos que éste. En Ayacucho fue ascendido a coronel. Gran amigo de Gamarra, de quien había sido compañero de armas, odiaba a Sucre, y colaboró en todo con el general peruano. Ocho meses después del atentado contra el venezolano, que se regresó a Colombia, fue elegido presidente de Bolivia por el Congreso. Se juramentó del cargo el 26 de diciembre; el 1 de enero, cinco días más tarde, fue derrocado y asesinado en la prisión. Sucre, por contraste, hallábase ya de luna de miel en Quito con Mariana Carcelén.

> Las señoras principales –cuenta el canónigo Flores– se disputaban el honor de curar al ilustre herido. Por la noche, fieles amigos se alternaban para velar tras de las cortinas del catre. A más de eso, dormía constantemente bajo la cama un clérigo. Doña Josefa de Linares, condesa de Luzarazu, puso al mariscal una pistola bajo la almohada. Y se tenía adelantado un foramen a la casa vecina de don Manuel Arana.

Los sublevados pusieron a la cabecera del prisionero dos sargentos "con puñal levantado".

El único militar que voló en defensa de Sucre y de la ley, el coronel Francisco López, prefecto de Potosí –mientras el coronel Pedro Blanco, en Tarija, aguardaba los acontecimientos para proceder–, no disponía sino de setenta y cinco hombres. Con ellos atacó a Chuquisaca hábilmente, inteligentemente, el día 21, y con ellos triunfó.[222] Apenas se presentó al mariscal, éste le ascendió al grado de general. Los amotinados huyeron, rumbo a la Argentina; López los persiguió y alcanzó a cuarenta leguas de Chuquisaca (Cainzo logró salvarse). El caporal Victorio, músico mayor y dos sargentos peruanos, con los cuales se iniciara la rebelión, fueron condenados a muerte y alanceados en la plaza pública; también otros sufrieron la pena capital. Nunca faltó suma de energía en el ánimo del cumanés. Esta vez no hubo perdones. ¿Qué, sino mano dura, ha de mostrar un gobernante si tan gravemente se atenta contra el orden?

Sucre encargó el mando presidencial a su ministro de guerra, general José María Pérez, que llegó del Norte pocos días después. En este lapso, el herido pasó en el hogar de Manuel Antonio Tardío, y luego se trasladó a la hacienda Ñuccho, a fin de preparar su Mensaje de despedida al Congreso.

---

[222] En el combate pereció el general José Miguel Lanza, héroe de la resistencia popular altoperuana. Sucre ordenó homenajes especiales en su honor y se le declaró "Defensor constante de la independencia americana, muerto por conservar el orden y las leyes". La lucha se desarrolló, de parte de los leales, contra fuerzas revoltosas desorganizadas, ebrias de falso triunfo, carentes de jefe capacitado. La revolución había contado con la muerte de Sucre, al fracasar el asesinato, se vieron sin salida.

¿Y Olañeta? Se supo que se había fugado a Potosí. Escribió entonces Sucre al doctor Leandro Usin, amigo suyo, pidiéndole "que lo buscase y lo sirviese en cuanto fuere necesario y que le aconsejara se alejase del alcance del general López, rogándole al mismo tiempo pusiese a su disposición la cantidad de mil pesos". Esta actitud hay que entenderla en el sentido de habilidad política, por el problema que hubiera creado la prisión del popular tribuno. Por otra parte, ¿no había, muy en lo hondo, un real desprecio para la figura pequeña de este personaje que, acusado en Chile quince años más tarde, declaraba: "Confieso que mi vida está llena de errores y quizá de un delito político el año veintiocho?". Sucre, aristócrata, limpio de vida, altísimo en la fama firme, despreciaba en algunos casos con clara sinceridad.

El general Agustín Gamarra, que esperaba en Puno la noticia de la revuelta contra Sucre, cruzó la frontera con los batallones que tenía listos e invadió a Bolivia. Había preparado activamente los ánimos contra los colombianos con el diario *El Fénix*, en Tacna, y por cartas, anónimos y hojas volantes que regó en abundancia en los poblados. El coronel boliviano Blanco, a cuyas órdenes se hallaban los mejores soldados del país, se le sumó, y recibió en premio el grado de general de brigada. Alegábanse tres razones para la irrupción: "asegurar el orden", "proteger" la vida del Gran Mariscal y responder al reclamo de los bolivianos, que pedían su intervención para arreglar sus propios asuntos".[223] En realidad "la intervención de las tropas peruanas en los asuntos internos de Bolivia obedecía, no sólo al propósito de terminar con el predominio del bolivarismo, sino también a la intención, ya bien definida, sobre todo en Gamarra, de unir el nuevo Estado al Perú mediante un pacto de confederación, realizado más tarde por el mariscal Santa Cruz".[224] Al cabo de menos de dos meses (fines de junio), Gamarra estaba a las puertas de Chuquisaca. La resistencia ofrecida por el presidente encargado Pérez fue nula.[225]

[223] *Historia de América*, dirigida por Ricardo Levene. T. XI: 8.
[224] *Ibid*, VII: 76.
[225] Para Gamarra, el que pereciera o no Sucre en el atentado de Chuquisaca era punto secundario. Quería el pretexto para la invasión, y lo halló. La invasión se hizo.

¿Qué hicieron con Sucre? Un escuadrón, con banderolas peruanas, a las órdenes de Blanco, avanzó a la hacienda Ñuccho e hizo prisionero al Gran Mariscal, llevándoselo al campamento de Gamarra en la población de Siropo. El general peruano había satisfecho su venganza: aquel "venezolano" que no le había nombrado en el parte de Ayacucho, estaba en sus manos. El hombre que había dado la magna batalla final por la independencia, liberándole al Perú, ante todo, de la garra colonial hispana, era víctima ahora de una política sin altura, sin trascendencia. ¡Cuán humillado y triste no debió de sentirse! ¿Cuándo aprenderían esos pueblos a tomar conciencia de la libertad? No es libre quien dispone a voluntad de sus actos, sino el que orienta sus acciones hacia el perfeccionamiento. Toda libertad implica responsabilidad. Los arbitrarios, como Gamarra, como Blanco, como Santa Cruz más tarde, violan la libertad y la corrompen.

El invasor peruano tenía en su poder una carta recibida de Sucre, que debió escocerle. Había sido escrita en el momento en que el mariscal, herido, recibió la noticia del comienzo de la irrupción. Decía (10 de mayo):

> Ha llegado aviso del prefecto de La Paz, incluyendo el oficio que usted le ha pasado el 30 de abril manifestando los motivos por que se introduce en Bolivia con fuerza armada. Estos, en resumen, son dos: el primero, salvar mi vida, amenazada por unos pocos facciosos en Chuquisaca el 18 de abril; y el segundo, mediar entre los partidos que amenazan a Bolivia con la anarquía [...] Desde el mismo 18 yo conté que usted y sus tropas podían servirme si las llamaba en un conflicto; pero como la mayor de las calamidades públicas es que tropas extranjeras se mezclen en las disensiones de una nación, me guardé bien de dar aquel paso y con él un ejemplo fatal. Fui tan circunspecto y precavido en esto, que previne a los ministros, en medio mismo de los apuros, que por ningún motivo llamasen un solo soldado colombiano de los pocos que quedaban en La Paz [...] Entretanto vino el prefecto de Potosí con setenta cazadores y

dispersó a los facciosos [...] Sin pedir auxilio a nadie he sido sacado de las manos de los asesinos por las tropas y los pueblos bolivianos [...] Acaso usted habrá sabido el entusiasmo de Potosí, Chichas, Cinti, Porco, Chayanta, etc., donde se alistaron más de seis mil paisanos para venir contra los amotinados. He recibido una herida, pero también he recibido los testimonios del más cordial afecto de los pueblos. Usted supondrá cuánto me lisonjea que mi salvación sea obra de ellos.

Dice usted en su nota que viene a mediar entre los partidos. Puedo asegurar que, con la sola excepción de un pequeño número de genios turbulentos o de gente hambrienta y traposa, los bolivianos aman sus instituciones y están contentos de su situación. Ellos gozan la independencia, paz, libertad y todas las garantías sociales. Dice usted que ha sido llamado por algunos bolivianos; pero el hecho de llamar extranjeros no muestra patriotismo sino un alma envilecida por bajas pasiones. Desde ahora aseguro que si usted muestra las cartas de los llamadores, son todos de los que acabo de describir. Aun cuando no fuera de estos malvados, no se dónde encuentre usted el derecho para oírlos. En marzo del año pasado recibí en La Paz tantas cartas del Perú, de personas respetables y de muchas autoridades, llamándome, y aunque yo tenía allí cuatro mil soldados veteranos, y aunque el Perú no tenía entonces ninguna fuerza que oponerme, y aunque se me habían hecho insultos personales, me guardé bien de dar el fatal ejemplo de que extranjeros intervinieran en los negocios domésticos de un país.[226]

Dice usted que, respetando la independencia de Bolivia también lo hará a la voluntad nacional. Es inconcebible este respeto a la independencia con la irrupción que usted ha hecho, y que es inaudita en los anales de los pueblos cultos [...] La nación no tendrá

[226] Cuando salió Bolívar del Perú en septiembre de 1826, dejó encargado del poder al general Andrés Santa Cruz, presidente del Consejo de Estado. Gobernó nueve meses. El Congreso de junio de 1827 eligió Presidente al general La Mar "como el más indicado para erradicar el bolivarismo". La Constitución redactada por Bolívar para Bolivia estuvo vigente en el Perú también, por menos de un año.

voluntad libre existiendo en el territorio una fuerza armada extranjera y metida en el país a título de más fuerte.

Espero que usted regrese al Perú. Preferiría mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención, y mucho menos de hacer irrupciones tártaras. Medite usted cuán fatal es la lección que usted ha dado. Habría querido ser víctima de disensiones en Bolivia antes que haber visto hollar los derechos y la independencia de un pueblo americano.

Escribo esta carta con tantas explicaciones porque no estando encargado del gobierno, y habiendo cesado mis compromisos con este país el 18 de abril, puedo tener la franqueza de la amistad. El general Urdininea, encargado del Gobierno, pedirá a usted las correspondientes explicaciones, y vengará en todo caso los insultos de su patria. Sabe usted que jamás se ultraja impunemente a una nación.[227]

Ya que usted me ofrece sus servicios, le ocuparé quizá en pedirle un buque que me lleve de Arica a Guayaquil. El 13 de junio tomaré la Presidencia para el solo acto de entregar la República al Congreso y leer mi mensaje. Después nadie me hará variar de la resolución, que dije a usted en el Desaguadero,[228] de separarme de todo negocio público y de retirarme a la vida privada en Quito. [Como Sucre no podía firmar, a causa de la parálisis definitiva del brazo derecho, signó la carta el edecán José E. Andrade].

Dolíale a Gamarra este documento severamente acusatorio, grave y diáfano en su doctrina. Pero, por sobre el efecto que podía producir en ese general y sus secuaces, hay que considerar que constituye, de por sí, uno de los más valiosos testimonios para juzgar

[227] Gamarra pereció en la batalla de Ingavi entre peruanos y bolivianos (noviembre de 1841). La acción fue ganada por los bolivianos.

[228] Sucre, en su gira por los departamentos, se había entrevistado con Gamarra en la frontera. Trató inútilmente de disuadirle de sus intentos agresivos.

y calificar el pensamiento de Sucre. Condena la acción interventora de un país en otro en todas formas; el llamamiento que, por circunstancias políticas, puedan hacer las personas de una nación a los efectivos militares de otra; el derecho del más fuerte. Advierte que no se ultraja impunemente a una república. Los alegatos, americanos o de otro continente, en pro de la no intervención, deberían citar siempre esta admirable carta del Gran Mariscal de Ayacucho, tan eminente como ciudadano y político que como soldado. Un militar que abomina del derecho del más fuerte, es un gran militar ante la historia. En la hondura de esas doctrinas, tan nítidamente expresadas, aparece la magnitud del ideólogo que hubo en Sucre: un ideólogo de los derechos del hombre y de los estados.

Nunca un atentado político, que no logró el asesinato que buscaba, sirvió para mayor encumbramiento de la víctima de éste; ni nunca hubo en el agredido una satisfacción íntima mayor al comprobar que la sociedad, el pueblo, la inmensa mayoría de los hombres emulaban por mostrarle adhesión y amor. Sucre pudo exclamar entonces, con ingenua satisfacción: "¡Cuánto me quieren!"

Gamarra no se atrevió a escribirle a Sucre, una vez que atravesó la frontera. Se dirigió al "Gobierno provisional de Chuquisaca", en la creencia de que éste había triunfado. Al conocer la verdad, hizo que un sargento se dirigiese en su nombre al mariscal. El sargento Cirilo Figueroa. La carta, desde Oruro (mayo 10), decía:

> Mi general en jefe Agustín Gamarra me ordena decir a V. E. que le ha sido demasiado sensible el horrorosísimo atentado de Chuquisaca contra la persona de V. E., tanto por la buena amistad que a V. E. profesa, cuanto porque el Perú jamás olvidará que V. E. es el Gran Mariscal de Ayacucho; que solas estas consideraciones lo han obligado a moverse de sus cantones". A la perfidia, Gamarra unía, así, la ruindad.

Preso el cumanés, se realizaron negociaciones entre Gamarra y Pérez, que culminaron en la firma del tratado de Piquiza. ¿Dónde se hallaba Sucre ese momento? Según el *Boletín del Ejército* peruano (número 5), en Puno, o sea, en tierra peruana. Dice el *Boletín* malévolamente:

> El señor general Blanco se presenta al Gran Mariscal, tributándole las más obsecuentes demostraciones de respeto. La contestación que recibe son reiterados improperios contra su persona, contra el ejército peruano y su general en jefe [...] En vista de una conducta tan impropia, y bien penetrado de que el Gran Mariscal era el foco de donde partían todas las concitaciones contra la libertad de su patria, y que sólo respiraba sangre y desolación, a pesar de su impotencia, se vio en la necesidad de conducirlo consigo para cortar por este medio el hilo de sus maquinaciones. Tan poderosos han sido los motivos que han obligado al señor general Blanco a decidir la traslación del Gran Mariscal a Puno, donde sigue prodigando insultos a cuantos se acercan. El proceder de este agente principal de los proyectos de opresión del tirano de Colombia debe ser un aviso para todos los amantes de la libertad.

¿Estuvo el mariscal realmente en Puno? Parece que hubo, quizá, el proyecto, o que se dio ese dato para ocultar el sitio donde se encontraba. Sucre, en su mensaje de despedida al Congreso, se limita a decir:

> El departamento de Chuquisaca lo invadió bruscamente la fuerza de Blanco, unida a una columna peruana, y en esta desgracia también fui yo envuelto, pues se me arrastró brutalmente el 4 de julio del retiro en que me curaba de mis heridas, para obligarme a marchas y fatigas que me han agravado considerablemente, después de haberme dado ofertas y protestas de que no sería molestado.[229]

El convenio impuso el retiro de todas las fuerzas extranjeras (aún había colombianos); la reunión del Congreso el primero de agosto próximo "para aceptar la renuncia del mariscal Sucre"; el

[229] Blanco tenía sus resentimientos contra Sucre: no había sido ascendido a general ni nombrado prefecto de Cochabamba, como había solicitado. Además, habíale disgustado que el Gobierno expidiera un reglamento para la administración en el ejército, lo cual le impedía el manejo de los caudales de su regimiento.

nombramiento de un Gobierno provisional y la convocatoria de una Asamblea que estudiara la modificación o derogatoria de la Constitución de Bolívar. Sucre comenta, airado (en su mensaje al Congreso):

> [...] El tratado, en fin, obliga a la representación nacional a abrir sus sesiones y a deliberar bajo las bayonetas; de estas bayonetas que han hecho esta tártara irrupción del norte de Bolivia, del mismo modo que los bárbaros del norte de Europa la hicieron en aquellos tiempos salvajes, y que por lo mismo han manifestado que su profesión es la alevosía, y los derechos que reconocen, la fuerza.

¿Cuál fue la actitud de los bolivianos ante el asalto peruano? El mariscal venezolano la analiza en el referido documento:

> Desde mucho tiempo el Perú ha concebido miras de usurpación, y de refundir a Bolivia en aquella República [...] El comportamiento noble, generoso y heroico del departamento de La Paz al entrar allí las tropas agresoras, distinguiéndose siempre como el adorno de la República; las firmes repulsas de los pacíficos cochabambinos en medio de las bayonetas enemigas; la conducta del departamento de Oruro; el desdén y odio que les han manifestado los potosinos; el triste silencio con que les han recibido los propietarios y personas respetables de Chuquisaca, y la solemne, enérgica y patriótica protesta de los diputados al Congreso constitucional que se hallaban ya en esta ciudad, han convencido a los peruanos de que los hijos de Bolivia aman su independencia y que no caerán ni en los astutos y secretos lazos que se les preparan.

Sucre hablaba a la faz del país; no temía, por tanto, ser desmentido, y lo hacía en presencia de los agresores.

El ejército boliviano, que debía repeler la irrupción peruana, ¿qué hizo? Lo denuncia el mariscal:

> Al momento de la invasión las fuerzas militares eran suficientes a rechazarlos. La necesidad de concentrarlas hizo que prudentemente se evacuara el departamento de La Paz. Las guarniciones todas marchaban al punto de reunión con el grito de la venganza, y la victoria era el resultado infalible, cuando el coronel Blanco, por resentimientos innobles con el Gobierno, puso en problema la cuestión, por una defección escandalosa [...] Debilitó al ejército en un cuarto de su fuerza [...] Sin embargo, el entusiasmo que manifestaron nuestros soldados en esta ocasión suplió al número, y los campos de Oruro[230] les ofrecieron el triunfo [...] En lugar del combate se iniciaron negociaciones pacíficas en Paria con el general peruano: éste exigió condiciones ignominiosas que fueron rechazadas. No quedaba otro arbitrio que librar a las armas la decisión.

¿El resto de los continentes militares? Fue destacado contra el jefe disidente Blanco. Este, a marchas forzadas, se unió al enemigo. Entonces, "el desaliento y la desmoralización se introdujeron no sólo en el ejército nacional, que disminuía diariamente, sino también en los pueblos, que viéndose sin apoyo desfallecían de su entusiasmo y se plegaban a las bayonetas de los invasores". Sucre llega a esta conclusión: "La única sangre derramada en esta campaña pertenece a Colombia, cuyos hijos, llenando sus deberes por la libertad e independencia de esta República, prefirieron los combates a la vergüenza de sus aliados".

Sucre no dirigió la inicial resistencia; no fue quizá ni consultado por Pérez; Blanco apresó a tiempo a la ilustre víctima.

Gamarra entró a Chuquisaca después del tratado de Piquiza acompañado de su señora y trescientos cazadores, más su Estado Mayor. Se hospedó en casa de una de las tres únicas familias conocidas que tomaron parte en la conspiración del 18 de abril: la de Agustín Careaga. "Ninguna señora de séquito –cuenta Jorge Mallo– visitó a la señora de Gamarra; no tuvo convite alguno público

[230] El general Gamarra, tras el combate, siguió con sus ejércitos hacia Chuquisaca. Ya habían caído en poder suyo La Paz y Cochabamba.

ni particular; paseaba la señora por el Prado y las calles cortejada de sus militares". Sucre, libertado por causa del convenio, regresó a Chuquisaca para entregar su mensaje al Congreso.

Se alojó en hogar privado. Le visitaron sus amigos, que eran todos. Y en cada labio advertíase este único pensamiento: si el cumanés hubiese querido o podido actuar, Gamarra no habría podido avanzar cien kilómetros; hubiérale bastado con la base de los quinientos colombianos que le quedaban para desbaratar esas audacias.

¿Odiaba Gamarra únicamente a Sucre? También detestaba a Bolívar; pero en esto último había algo más que circunstancias políticas o militares. Una carta del mariscal (18 de septiembre de 1828) revela el secreto:

> Antes que me olvide, diré que Gamarra es acérrimo enemigo de usted. Procuré indagar los motivos, y por un conducto muy secreto supe que sobre su aspiración a la presidencia añadía como pretexto que habiendo hecho tantos obsequios a usted en el Cuzco, le enamoró su mujer, que esta misma se lo ha dicho. Presenta esta cosa como un comprobante de que a usted le faltan virtudes sociales para el mando, no respetando ni lo más sagrado de sus súbditos más amigos. Aunque doña Panchita es una buena pieza, y que realmente ha hecho esta delación, no sé la verdad. Allá hallará usted en su conciencia lo cierto.[231]

> El hombre es más interesante que los hombres;
> a él es a quien Dios ha hecho a su semejanza.
>
> ANDRÉ GIDE. *Journal*.

Esperó Sucre la reunión del Congreso el primero de agosto. Entregó el texto de su mensaje, fechado el 2 de ese mes, y salió

[231] LECUNA, VICENTE. *Creación de Bolivia*. T. II: 629. La esposa de Gamarra se llamaba Francisca Zubiaga; era joven, muy bella y muy ambiciosa.

rumbo a Quito. El 18 de septiembre hallábase ya en Guayaquil. El día de su viaje, "al salir –cuenta Mallo– de su casa acompañado de unos pocos amigos, fue insultado por Antonio Moscoso: "¡Afuera, mulatos!", fue la expresión de Moscoso en alta voz". Cuando parta de Bogotá Simón Bolívar, rumbo al destierro y la muerte, le gritaran también, ofendiéndole: "¡Longaniza, Longaniza!".

Antes de viajar, y antes de que la situación política boliviana entrase en grave crisis, el mariscal se había preocupado de su matrimonio. Determinó casarse por poder. Al efecto, en la ciudad de La Paz, y no en la capital Chuquisaca –¿por qué? …– el día 25 de enero de aquel 1828, en notaría, otorgó "poder cumplido, especial y tan bastante como es necesario –dice el acta– al señor coronel Vicente Aguirre, para que a nombre del señor compareciente y representando su persona, se despose por palabras de presente, que constituyen legítimo y verdadero matrimonio, con la señora Mariana de Solanda y Carcelén.[232]

El gobernador eclesiástico de Quito, monseñor Calixto Miranda, al dar dispensa de proclamas, expresó:

> Advertimos que por el mérito y dignidad de los desposados y por la cordialísima amistad que tenemos con el Excmo. Sr. Antonio José de Sucre, su matrimonio será presenciado y bendecido por nos mismo.

El acto se realizó el 20 de abril, es decir, cuando Sucre, en Chuquisaca, acababa de salir con vida del atentado del 18. Fueron padrinos los marqueses de San José: Manuel de Larrea y Jijón y su esposa doña Rosa Carrión. Sirvieron de testigos el general Tomás de Heres, el coronel Carlos Eloy Demarquet y el coronel Cervellón Urvina.

Dos años antes, y desde la propia Chuquisaca, Sucre confió sus amoríos al Libertador, consultándole sobre el proyectado enlace. La carta rebosa lealtad, finura de sentimientos:

[232] Ha sido descubierto por Arturo Costa de la Torre (*op. cit.*: 129) un segundo poder, del 8 de febrero, con nombre en blanco para el apoderado, "por habérsele noticiado a Sucre haberse ausentado del departamento de Quito" el coronel Aguirre. Este segundo poder no fue legalizado, sin duda por innecesario.

> Como siempre he sometido a usted mis asuntos particulares, más como a mi padre y amigo que como a jefe, consultaré a usted el más importante. Varias veces dije a usted aquí que mis compromisos con una señorita en Quito no habían sido disueltos aun después de treinta meses de estar ausente, y a decir verdad no sé cómo lo disuelva, ni yo me he empeñado en ello, porque ciertamente esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer [...] Exijo de usted que para darme su consejo considere que lo va a hacer a un hijo suyo, pues creo tener derechos a su estimación para que me los dé como a tal [...] Observando que el estado de las cosas presenta el aspecto de un poco de paz, he resuelto cumplir de una vez el compromiso a que estoy ligado con la señorita Solanda en Quito, y que al efecto escribo en esta fecha al coronel Aguirre. Si hay circunstancias que hagan parecer mal este partido, autorizo a usted para que escriba a Aguirre que lo suspenda. He dicho a usted que confío siempre de sus consejos como de los que recibiera de mi padre". Esta consulta significaba acto de delicadeza. La determinación estaba tomada: "He resuelto cumplir de una vez el compromiso [...].

¿Qué buscaba Sucre en el matrimonio? "Descansar al lado de mi mujer y familia". El varón de la guerra, puesto sobre las armas ininterrumpidamente desde 1810, o sea, a partir de los quince años, quiere hogar y paz, como cualquier ciudadano. Una personalidad de relieve, sin embargo, no alcanza esos bienes comunes; lo impiden su ímpetu vital, su trayectoria, su sino encumbrado. Para tener sosiego se requiere pequeñez de espíritu; los valores padecen, sin cesar, angustia y fuego interior; haber crecido ingentemente es haberse comprometido con mucho, que ya no se puede dejar. Toda grandeza implica sacrificio duro e insoslayable. El mariscal quería algo que no le será dado sino en muy parva dosis, a manera de dicha perentoria; entrando dentro de sí, inquiría por la fórmula de la felicidad estable, equivocándose de todo en todo: cuando el hombre penetra en sí, halla tristeza y descontento. Sólo un actuar intenso y persistente, que absorba y cope, puede ofrecer algún ahogo

del dolor. Y Sucre fue, inagotablemente, hombre de acción. Aun a pesar suyo.

En el mensaje que dejó el cumanés al Congreso estampó con orgullo algunas de sus últimas realizaciones como gobernante:

> La educación pública es lo que ha hecho más progresos. Los colegios quedan establecidos y marchan bien en todas las capitales de departamentos, donde también se han abierto escuelas de enseñanza mutua que adelantan rápidamente; en tres de ellas las hay para ambos sexos [...] Una ley previno al Ejecutivo ponerse en relaciones con la Silla Apostólica para atender a las necesidades de la Iglesia boliviana; el Gobierno ha procurado cumplirlas manifestándolas al Sumo Pontífice [...] Tres decretos han organizado las catedrales de la República, y ellos darán la doble utilidad de servir de base al Cuerpo Legislativo para siquiera modificar el impuesto de diezmos, tan oneroso a la agricultura. Las reformas de los regulares están ejecutadas conforme a ley, y de los treinta y seis conventos religiosos que había en la República al encargarme de su gobierno, sólo quedan seis [...] La agricultura iba mejorando, y después de diez años de desolación se veían ya hasta sobre los caminos ganado y campos cultivados. La invasión que hemos sufrido ha causado un retroceso más penoso que grande. La minería ha participado de este mismo mal después que iba convaleciendo de sus atrasos [...] La deuda exterior, según la última liquidación con el Perú, alcanzó por todo a doscientos veinticuatro mil pesos.

Las palabras de despedida se desbordan en magnitud de espíritu:

> Al separarme haré una confesión ingenua que servirá de ejemplo a mis sucesores: siguiendo los principios de un hombre recto, he observado el de que en política no hay ni amistad ni odio, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna, la

> conservación de sus leyes, su independencia y su libertad. Mis enemistades y mis afectos han sido, en mi administración, por los enemigos o amigos de Bolivia [...] La ley me hace inviolable: ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego, pues, que se me destituya de esta prerrogativa y que se examine escrupulosamente mi conducta. Exijo este premio con tanta más razón cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado: el bien o el mal, yo lo he hecho. Los ministros sólo han tenido aquí la organización de los ramos de sus departamentos, en los cuales han gozado de toda la amplitud que les era necesaria [...] Aún pediré otro premio a la nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación: de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia [...] No he hecho gemir a ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de infelices condenados por la ley y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad [...] En el retiro de mi vida veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

Para cerrar no invoca a Dios: "Representantes del pueblo –dice–, hijos de Bolivia: que los destinos os protejan. Desde mi patria, desde el seno de mi familia, mis votos constantes serán por la prosperidad de Bolivia".[233]

Pero en este mensaje salta, además, una clarinada de guerra. ¡La injusticia de la invasión no podrá quedar impune!

> Si las bayonetas enemigas –les dice el mariscal a los congresistas–, continuando el uso del derecho bárbaro

[233] El Libertador, en su última Proclama a los colombianos, dirá: "Mis últimos votos son por la felicidad de la patria". Entre el lenguaje de Sucre y de Bolívar llegó a haber en los tres años finales, notables parecidos.

> de la fuerza, os obligan a traspasar vuestros deberes, apelo en nombre de la nación a los Estados de América para la venganza; porque está en los intereses de todos destruir este derecho de intervención que se ha arrogado el Perú, y que envolvería nuestro continente en eternas guerras y calamidades espantosas; apelo especialmente al Libertador, aclamado por la República padre y protector de Bolivia, para que defendiéndola de sus enemigos, la deje en libertad de reformar sus instituciones si lo cree necesario, cuando no haya absolutamente dentro del territorio ninguna fuerza extranjera que coarte su libertad. Es por tan poderosas consideraciones que ante la nación protesto solemnemente que cualquier reforma hecha mientras las tropas peruanas ocupen la República, es nula y que todo ciudadano, cualquier militar, los tribunales y corporaciones están no sólo facultados para desobedecerlas, sino para destruirlas y establecer el régimen constitucional, contando para ello con el apoyo del protector de la República.[234]

Y la guerra empezó a gestarse. ¡Bolívar no iba a dejar abandonada a su Bolivia! ¡Ni Sucre ha de negarse a actuar en defensa de la República cuya capital llevaba su nombre! En suma: el Perú tenía que ser atacado. Soñaba Sucre, a la hora de su mensaje, que una acción contra los invasores erradicaría en su nacimiento, las audacias de los hombres y naciones en América. Estaba equivocado: la historia latinoamericana del siglo XIX llena está de actos de agresión de un país –el Perú, por ejemplo– contra otro país. Y la propia Bolivia será la víctima mayor, el día en que pierda –muy pronto, después de estos sucesos de 1828– todo su territorio de la costa despojada por Chile.

Aún no salía Sucre de Chuquisaca cuando ya el Libertador –3 de julio– había lanzado en Bogotá esta proclama:

---

[234] Sorprende que Sucre, con anticipación a una doctrina universalmente aceptada después, haya proclamado la desobediencia civil y militar. La obra *Desobediencia civil*, del norteamericano Henry David Thoreau, fue publicada inicialmente en la revista *Aestetic Papers*, en 1849.

> ¡Ciudadanos y soldados! La perfidia del Gobierno del Perú ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia. Después de mil ultrajes, sufridos con una paciencia heroica, nos hemos visto al fin obligados a repeler la injusticia con la fuerza. Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia sin previa declaración de guerra y sin causa para ella. Tan abominable conducta nos dice lo que debemos esperar de un Gobierno que no conoce ni las leyes de las naciones, ni las de la gratitud, ni siquiera el miramiento que se debe a pueblos amigos y hermanos [...] Armaos, colombianos del sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal de combate![235]

La proclama tiene el lenguaje viril del hombre omnipotente.

Hacía una semana que Bolívar era dictador en Colombia. Quiso ir nuevamente a Venezuela –de donde regresara a mediados del año anterior 1827–, pero se detiene en Bucaramanga, mientras se celebra la Convención de Ocaña, en la cual deberá estudiarse y hacerse la reforma de la Constitución. Los convencionistas están divididos en dos grupos hostiles: el bolivarista, que defiende un centralismo vigoroso, y el santanderista, buscador del sistema federal. Eran las doctrinas político-administrativas contrapuestas; y eran los amigos de Bolívar y los amigos de Santander, enfrentados también. Santander actuaba, ya de enemigo del Libertador y aspiraba a ganar la partida. No le fue posible. Los bolivaristas dejaron la Convención sin quórum; se disolvió ésta y Bolívar fue proclamado dictador por los bogotanos.

Durante la estada del Libertador en Bucaramanga, uno de sus acompañantes, el general L. Pérou de Lacroix, anotaba diariamente cuanto oía al genial caraqueño. En la página correspondiente al día 11 de mayo, se lee:

[235] Colombia podía sentirse agredida por el Perú, no sólo porque la fundación de Bolivia había sido colombiana, sino porque aún quedaban unos quinientos soldados colombianos en suelo boliviano, y el mayor de ellos: el mariscal Sucre.

> Vuelto a casa S. E. habló de nuevo del general Sucre, y nos hizo el retrato siguiente del Presidente de Bolivia: Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico, capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República y el primer hombre de Estado. Sus ideas son excelentes y fijas; su moralidad ejemplar; grande y fuerte su alma. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política no es un defecto el juzgarlos peores de lo que son en realidad, el general Sucre tiene el de manifestar demasiado los juicios desfavorables que hace de ellos. Otro defecto del general Sucre es el de querer mostrarse en extremo sencillo, muy popular y el de no saber ocultar que en realidad no lo es. Pero, ¡qué ligeras manchas sobre tantos méritos y tantas virtudes que no se muestran, y que para verlas es menester un ojo muy observador! A todo esto añadiré que el Gran Mariscal de Ayacucho es valiente entre los valientes, leal entre los leales, amigo de las leyes y no del despotismo, partidario del orden, enemigo de la anarquía y, finalmente, un verdadero liberal.[236]

A este hombre tendrá que enfrentarse el Perú.

Desde el Callao, a donde arribó Sucre a bordo de la fragata *Porcospín*, antes de continuar hacia Guayaquil, escribió una carta al Gobierno de Lima, presidido por el general La Mar, ofreciéndole servicios personales de mediación en las relaciones tirantes entre el Perú y Colombia (10 de septiembre). Al día siguiente le contesta el ministro José María Galdiano que el Gobierno del Perú no puede negarse a aceptar su intervención amistosa; pero que duda del éxito, porque el plenipotenciario peruano José Villa no ha sido recibido por el Libertador (José Villa fue secretario y cómplice del traidor Berindoaga; además, el representante diplomático de Colombia en el Perú había sido apresado y expulsado; los nexos diplomáticos se hallaban prácticamente rotos).

[236] PÉROU DE LACROIX, L. *Diario de Bucaramanga*, Madrid: Editorial América, 1924: 105.

En Guayaquil es recibido por las autoridades y los amigos múltiples con inmenso cariño y admiración. En algo más de cinco años, el cumanés ha alcanzado el ápice de los honores: mariscal en el ejército y Presidente de una República. El brazo que trae destrozado prueba objetivamente el temple de su carácter; fue ocasión, por otra parte, para los agasajos mayores de parte del pueblo boliviano, que tan hondamente lo amaba. Al estrechar a sus camaradas generales Flores, Heres y O'Leary, recién llegados a la ciudad, debió de sentir, junto al júbilo, un profundo estremecimiento: en los ámbitos no se perciben sino voces de guerra. ¡Y él viaja en busca de paz, de la paz del hogar; O'Leary le informa al Libertador:

> Esta madrugada llegó el general Sucre. Todo el día he estado con él [...] Mañana hemos de tener Flores, Heres y yo una conferencia con el general Sucre, y convendremos con él en lo que deba hacerse [...] Sucre dice que él hará todo por V. E. y por su patria si se adopta un plan, pero que no quiere trabajar, ni trabajará sin saber por qué y para quién [...] Muy favorable me parece la llegada del general Sucre; su presencia en el Sur equivale a una reserva, y animado como está de una justa indignación contra el Perú, yo espero que logrará excitar la opinión pública del Ecuador en favor de la guerra.[237]

El propio Sucre se dirige a Bolívar desde "el río de Guayaquil":

> Los negocios de Bolivia quedan mal. Gamarra ha dicho casi públicamente en Potosí que si no hay guerra con Colombia, viene a quitar a La Mar de la presidencia,[238] porque no permitirá que un extranjero gobierne a su país [...]. Yo salí del Callao el 12, y el 13 se embarcaba La Mar en la fragata *Prueba* para venir a Paita y tomar

[237] Adviértase que desde 1828 ya se usa el nombre Ecuador para las provincias del sur de Colombia la grande. Sobre todo se empleaba para designar la provincia de Quito.

[238] La Mar, nacido en Cuenca (Ecuador), se hallaba en la presidencia del Perú.

> el mando del ejército del Norte, a donde también vino Necochea como jefe de la caballería.

Avanza el conflicto. Gamarra cumplirá su designio de derribar al "extranjero" La Mar.

El Perú aceptó oficialmente el reto colombiano. El Presidente lanzó una proclama a los peruanos el 30 de agosto:

> [...] Corramos a un triunfo fácil y glorioso [...] Volemos al combate, que por amor a la humanidad hemos procurado evitar, ya que nos compromete la audacia del enemigo de nuestra constitución y nuestras leyes.

Y el 25 de aquel septiembre, muy temprano, salió el mariscal de Guayaquil en busca de la dicha de amor que le aguardaba en Quito. Por la noche, en la quietud de la posada, descansa y espera. Quizá recordó la frase amarga, puesta en una de sus cartas al Libertador: "El servicio a pueblos ingratos me es tan molesto como la carrera pública". Aquella misma noche, lejos, en la helada impavidez de Bogotá, a las doce, bajo una luna de turgencia casi azulina, doce enmascarados penetraban a la casa presidencial para asesinar al Libertador. Algo como lo del atentado de Chuquisaca, pero más tétrico. Una mujer valerosa, Manuela Sáenz, quiteña como Mariana Carcelén, salvó la vida del superhéroe haciéndole saltar por una ventana que el conspirador Carujo se había olvidado de vigilar. El destino se burló de los asesinos mediante el sencillo recurso de aprovechar la torpeza de uno de ellos. Una mano femenina fue más poderosa que los doce puñales. Al tener noticia del vil atentado, escribióle el mariscal:

> Mi general: A la verdad, que aunque he esperado todos los crímenes después que he visto el estado de desmoralización de nuestras tropas, jamás pensé que hubiera un colombiano que atentase a la vida de usted. Me he espantado de que tal sea la situación en que nos hallamos, que ni el hombre a quien todo lo debemos tenga siquiera su persona a cubierto del desenfreno de

> los partidos y de los rencores de los facciosos [...] Contemplo el alma de usted despedazada de dolor, ya por el mismo suceso que le convence de la completa falta de moral pública de nuestros pueblos, ya por la mancilla del ejército libertador.

Aparece en seguida lo que no podía faltar: el temple recio, drástico, del cumanés:

> Si algún bien –dice– puede traernos ese escándalo, es que tal vez se resuelva usted ya a poner remedios radicales en nuestras desgracias y a separarse de escrúpulos y consideraciones que nos han hecho vagar entre medidas medias y con las cuales Colombia va de día en día a su ruina.

Al respecto, Bolívar le contó el final del proceso a Pedro Briceño Méndez:

> La conspiración puede decirse terminada pues las causas han sido ya sentenciadas por la comandancia general. Unos a confinación, otros a presidio, y además de los catorce que se han fusilado en días pasados, han sido condenados a muerte seis o siete entre éstos Santander, que ha resultado convicto. Pienso perdonar a todos los demás miserables, si se le conmuta la pena a Santander.[239]

El 30 de septiembre arribó Sucre a Quito e inició, al fin, su vivir hogareño, tan anhelado.

> No sé –confíale a Bolívar por carta– cómo me irá en mi nuevo estado; una vida extraña a la que he tenido desde los quince años; lazos que cambian en cierto modo mis deberes y ocupaciones que me son

[239] Quien conmutó la pena a Santander fue el propio Bolívar. Esa trágica "noche septembrina" el edecán de Bolívar, Fergusson, fue asesinado por el coronel Carujo, encargado de custodiar el edificio. El otro edecán, Ibarra, quedó herido. Perecieron, además, tres guardias de la puerta de entrada al palacio.

> desconocidas van a emplear mi tiempo [...] Mi familia ha hecho cuanto es posible por mostrarme su contento [...] Daré a usted las gracias por la cariñosa carta que ha tenido la bondad de escribir a mi mujer, y que ella ha contestado antes de mi llegada. Es inútil decir que mi familia toda participa de mi amistad por usted, y que toda ella se le ofrece con el afecto con que yo he sido su apasionado en los conflictos como en las prosperidades de usted.

El matrimonio ¿cambia a los hombres? A los valores, no; siguen ellos su sino. El de Sucre continuará inmodificable, dramático, arduo.

Quinta parte
ÚLTIMAS GLORIAS

> El hombre es un ser que, durante la mayor parte de su tiempo, persigue los fines que le impone la vida misma.
>
> J. LAMEERE. *L'art ou la recherche du plaisir.*

Hubo dos casos en que Sucre titubeó, hasta el punto de mostrar una indecisión que pudo ser, la segunda vez, de graves consecuencias. En la organización de la empresa de Los Cayos, en 1816, se mostraron indecisos varios oficiales cuando se produjo la división entre los que irían con Bolívar por jefe, a la reconquista de Venezuela, y aquellos que buscaban otro dirigente. Sucre, puesto en la disyuntiva, optó por un tercer camino: no tomar ninguno de los bandos, e irse, más bien, hacia lejanos horizontes. Llegó, así, a la isla Trinidad. Este acto revela timidez o excesivo cálculo. Lo primero, a los veintiún años, parece poco lógico; lo segundo, indicaría oportunismo. El hecho de que al año siguiente le pidiera a Bolívar que le pasase a sus toldas, quitándole de las de Mariño y Bermúdez, denuncia que ya en Los Cayos urgía caudalosa admiración por el Libertador, sin que se produjera todavía la determinación para el cambio. Lo que se le había clavado dentro por tanto, y en forma obstructora, hasta una cierta eliminación del propio criterio, era la disciplina militar rígida, irrevocable. Puesto Bermúdez contra Bolívar, y siendo Sucre un oficial de las tropas de Bermúdez, no tuvo el joven cumanés el valor de romper esa férula y situarse del lado del Libertador, que era lo que, en el fondo, hubiese querido hacer. Su excesiva rigidez, su puritanismo, le traicionaron.

El segundo caso aparece más dramático. Al irrumpir Gamarra en territorio boliviano, podía y debía esperarse que Sucre aun a pesar de la herida del brazo, se pusiera a la cabeza de los batallones y rechazara al invasor. Hubiese sido acción superheroica. Conocía los intentos del Perú. Aún más, informóle a tiempo a Bolívar del serio problema. Pero ahí mismo –enero de 1828– ya se declara hombre que se sitúa al margen.

> Bolivia –le dice– [carta del día 27] tiene demasiados motivos para declarar la guerra al Perú, y sin embargo de mis pareceres por la paz, la habría hecho yo si fuera boliviano. He tenido que sufrir hasta vejámenes [aunque indirectos], porque, resuelto a marcharme el 6 de agosto, no quiero comprometer este país en cuestiones que no sé el giro que otro les daría, y cuando tal vez sería fácil hacer creer que la guerra no era por un deber o interés nacional, sino por miras o resentimientos míos. Mi calidad de extraño perjudica a Bolivia.

Tal su estado de ánimo, previo al atentado, es decir, desde antes de la irrupción peruana. O sea, que los escrúpulos, o su excesiva susceptibilidad, o el simple "querer irse", le echaron en una actitud equivocada. No actuó por temor a que se creyera otra cosa: tal la falsa perspectiva de su visión. Se mintió a sí mismo. No quería comprometerse. Como consecuencia, la guerra, que hubiera debido desarrollarse en tierra boliviana, fue trasladada a territorio ecuatoriano. El choque armado venía inevitable, a causa de los propósitos peruanos contra Bolivia. Pero de no transferirse el conflicto a tierras del Ecuador, Sucre hubiese quedado ante la historia como responsable del fracaso de Bolivia frente al Perú.

Al presentarle a Bolívar su carta-informe, desde Guayaquil (18 de septiembre de 1828), se limita Sucre a acusar al ministro Urdininea, encargado del poder: "Urdininea –expresa–, que por mi herida presidía el Consejo de Ministros y que luego fue revestido por éste con todas las facultades del Gobierno, traicionó a la causa de su país. Como mandaba el ejército, pudo desmoralizarlo y casi disolverlo, pues cuando las negociaciones tendría muy escasos dos mil hombres. Los pueblos se mantuvieron siempre fieles, mostrando enemistad por los peruanos, y las tropas, con excepción del cuerpo de Blanco, se portaron bien y siempre bolivianas". Ni una palabra más respecto del conflicto. Y nada sobre una profunda minuciosa explicación de su no actuación en los sucesos. ¿Realmente creyó que había procedido con acierto y justicia? Al volver a enfrentarse con los peruanos –como va a suceder dentro de breve lapso–, ¿no habrá pensado quizá en que su abstención, en Bolivia, constituyó yerro trascendente? ¿Error en el cual él mismo tendría que poner el correctivo?

Queda en pie, sin embargo, otra consideración capital: como gran general calculó, tal vez, que seria más fácil derrotar a los peruanos en campo colombiano que en el de Bolivia. Sucre tenía fe absoluta lo mismo que Bolívar, sólo en los ejércitos de Colombia, veteranos, imbatibles, y no en ningunos otros. El de Bolivia, según lo probaron los hechos, cedió fácilmente a los ocultos manejos antipatrióticos de Urdininea y de Blanco; con combatientes de esa laya, aptos además para la asonada, no era del todo posible esperar victoria. Un comandante, sin soldados aguerridos, puede ser reducido a la impotencia infaliblemente.

Apenas recibió Bolívar la primera carta de Sucre, escrita en el Guayas, saltó de júbilo. Hallábase nervioso, porque el importante documento había tardado cuarenta días. "Mi querido general –decíale–: bendito sea el día en que usted llegó a Guayaquil. Yo temía todo por su suerte de usted, y también espero todo de su regreso. Ojalá sea usted más dichoso que los héroes de la Grecia cuando tornaron de Troya. Quiera el cielo que usted sea feliz en los brazos de su nueva Penélope".[240]

La alegría del Libertador fundábase en que ya podía contar con un general de su confianza para afrontar los complejísimos problemas político-militares en desarrollo. En coincidencia con el avance hacia la guerra internacional en el Sur, los coroneles José María Obando y José Hilario López se habían sublevado en la zona de Popayán. Alegaban que, como había fracasado el asesinato de Bolívar en la noche del 25 de septiembre, requeríase continuar la resistencia contra la dictadura. Apelaron a las armas; combatieron, dominaron a las tropas del coronel Tomás Cipriano Mosquera. Obando era el jefe; López, el subalterno. Cuando se sintió suficientemente fuerte, Obando escribió dos cartas, sobre cuyo contenido un vehemente defensor de este personaje neogranadino, ha expresado: "Hay que decir que no se halla posible para su conducta la menor disculpa, mucho menos la absolución".[241]

[240] Bolívar, al comparar a Mariana Carcelén con Penélope, escribió el mejor elogio de la quiteña, que, como la griega esposa de Ulises, aguardó al hombre a quien amaba, sin fijarse en el número de años de espera. Ambas hicieron honor a la fidelidad.
[241] LEMOS GUZMÁN, A. J. *Obando*. Popayán, 2ª ed., 1959: 98.

Obando, acuciado por la pasión política, se puso del lado de los peruanos, que invadieron el territorio colombiano. La una carta rezaba:

> La Horqueta, 28 de noviembre de 1828. Señor comandante Vicente Micolta: Por fin la patria se cansó de sufrir tanto ultraje y tanta ignominia. No faltarán buenos hombres que den una combinación general en toda la república para derribar al coloso [...] Yo marcho a llevar elementos de guerra a Pasto, para evitar el que Flores tenga ese apoyo en su retirada, y para poner a cubierto todo el departamento, a tiempo que apoyo las operaciones del ejército del Perú, que contemplo ya muy cerca de Quito [...] Escríbeme siempre, y sobre todo empéñate en mandar avisos al ejercito del Perú.

La otra carta, dirigida a La Mar (desde Pasto, el 14 de diciembre), habla en tono aún más categórico:

> [...] Yo me ocupo hoy de algunos arreglos para hacer algún amago sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de usted, que no debe debilitarlas por ningún motivo [...] Este es el momento en que el Perú recompense a Colombia la protección que le dio en igual comprometimiento [...] Actual puede marchar el ejército hasta la capital de la República, sin encontrar más obstáculo que el miserable ejército que tiene usted al frente, mandado por el insignificante Flores [...] Si usted tiene necesidad de alguna cooperación por mi parte, puede ordenármela, pues estoy dispuesto a incorporarme al ejército auxiliar y someter la división de mi mando hasta libertar a Colombia.

Quince días después, Obando remitió otro mensaje a La Mar (Guáitara, 29 de diciembre):

> Por algunas dificultades que encontró el posta con quien dirigí mi primera carta, de fecha 14, desde Pasto, se ha

> demorado hasta hoy, que he encontrado otro que podrá vencerlas [...] Ruego a usted, a nombre de toda la República y de la humanidad, que no detenga su marcha, sino que la active hasta ocupar Juanambú [río cercano a Pasto] [...] Tengo el gusto de acompañar a usted algunos documentos y la proclama de usted de 30 de agosto en Lima, reimpresa en Popayán.

Poco duró esta rebeldía de Obando y López. El arribo de la fuerza del general Córdova, enviada por el Libertador, y la propia presencia de éste, que se dirigía al Ecuador, cerró esa resistencia en la capitulación de La Cañada. Bolívar entró a Pasto el 8 de marzo.

Obando fracasó en el pobre empeño. En adelante, sus odios incluirán a Sucre, odios ciegos, satánicos, que no se detendrán en nada.[242] Hacía sólo algo más de un lustro que se había incorporado al ejército republicano –sirvió antes en el realista–; tenía treinta y un años.

El edecán O'Leary había recibido el encargo de actuar como diplomático ante el gobierno peruano, a fin de evitar el estallido bélico mediante una suspensión de hostilidades, "durante la cual se arreglarían las cuestiones pendientes entre los dos países, es decir, la de límites y la de la deuda en favor de Colombia", según el propio O'Leary. Y añade: "Yo llevaba también instrucciones para invitar al Perú y a Bolivia a cooperar contra España, que, según se decía, intentaba invadir las costas de Venezuela con una fuerte expedición".[243] Así, el conflicto que estaba para estallar traía fondo muy complejo, y no se fijaba sólo en el hecho de la agresión de los peruanos a Bolivia. El Libertador le acusó al Perú de haber inspirado la traición de las tropas de Bustamante; de la expulsión del representante diplomático de Colombia en Lima –fue apresada y forzada a salir también Manuela Sáenz–; de la usurpación de las provincias de Jaén y Mainas, pertenecientes a Colombia.

---

[242] "El general Obando, lo mismo que José Hilario López, integraba el grupo santanderista", enemigo del Libertador; enemigo a muerte. En consecuencia, odiaba a Sucre, el general más querido por Bolívar y su probable sucesor.

[243] O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. T. III: 368. (La invasión temida, procedente de España, no se produjo).

A los treinta días, la misión de O'Leary podía considerarse fracasada. A las tres cartas del diplomático colombiano, La Mar había contestado con evasivas; no le despacharon siquiera el salvoconducto de rigor para que se trasladase a Lima. La Mar buscaba realizar, con ocasión de esta guerra, aquello que no alcanzó en 1822, cuando hacía de emisario de San Martín: apoderarse de Guayaquil. Este puerto es atacado, en efecto, por barcos peruanos: dos fragatas y tres o cuatro lanchas; se produce la lucha; son derrotados los agresores por el valeroso marino, intendente de la ciudad, Juan Illingworth, y la intrepidez del comodoro Tomás Carlos Wright, valioso voluntario irlandés al servicio de Colombia.[244] Perece en la acción el vicealmirante Jorge Guise, jefe de la escuadra del Perú, "eterno enemigo de Bolívar y de Colombia". Ese mismo momento, mes de noviembre, miles de soldados peruanos violaban las fronteras e irrumpían en el territorio colombiano por las provincias de Loja y Cuenca. Repuestos, además, de su primer desastre, los peruanos estrechan por mar el bloqueo a Guayaquil. ¿Quién iba a hacerles frente? ¿Quién, sino Sucre? Bolívar había encomendado el comando al general venezolano Juan José Flores; pero, apenas supo del viaje del mariscal, dióle a éste la autoridad suprema; con el cumanés sería imposible una derrota. Aplacó a Flores con estas hábiles palabras: "El general Sucre deberá haber llegado ya ... Yo lo he nombrado, pues, para que mande en jefe ese ejército; y esté usted persuadido que no le privo a usted de la menor gloria, pues que no hay ninguna que ganar en el miserable estado de las cosas".

Nunca un presidente, un dictador, entregó tal suma de atribuciones a un general, como lo hizo Bolívar con Sucre:

> Dirijo a usted –le decía desde Bogotá el 28 de octubre– un extraordinario, que lo es el doctor Merino, con el objeto de llevarle a usted estos pliegos: ellos contienen el nombramiento de jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes, buenos y malos, los delego en usted. Haga usted la guerra, haga usted la paz; salve o pierda al Sur. Usted es el árbitro de sus destinos, y en usted he

[244] La biografía de Wright fue publicada por uno de sus descendientes, Alberto Eduardo, con el título de Destellos de gloria (Buenos Aires, 1949).

> confiado todas mis esperanzas [...] Yo espero con deseo que los peruanos nos busquen al saber el estado de nuestras cosas; entonces podrán ocupar alguna parte de nuestro territorio, para dejarlos internar y destruirlos [...] No contesto por esta vía ni a Flores ni a O'Leary ni a nadie; por esto mismo, deseo que usted les lea esta carta, a fin de que sepan que yo le he dado a usted el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, usted es uno conmigo, excepto en su bondad en mi fortuna.[245]

En realidad, esta carta contiene el plan estratégico: "dejarlos internar y destruirlos". La Mar cayó en el lazo.

Mucho preocupa a Sucre, en Quito, la situación de Pasto donde operaba la facción Obando López, en connivencia criminal con el invasor. Se angustia también por la falta de tropas y de transportes. A las dos cosas había atendido Bolívar, que por esa fecha –28 de diciembre– iba ya rumbo a Quito.

> Una vez resuelta la organización de un ejército de reserva –escríbele a O'Leary– he debido ponerme a la cabeza de él: lo he hecho, y continuaré mi marcha hacia el departamento del Cauca [...] A los generales Sucre, Flores y demás amigos, que a fines de enero estaré entre los combatientes contra el Perú. Guerra, guerra, guerra es el grito de Colombia, del ejército, de mi corazón.

Sólo cuatro meses logró estarse Sucre junto a su esposa. Desde el arribo a Quito sabía lo que le aguardaba, de modo que su dicha se supo mezclada de inquietudes y angustia. La ansiada paz hogareña resultábale mezclada de sales amargas, no por causa de la bella esposa o sus parientes, sino por ese mundo exterior que suele empotrarse en los hombres de alta responsabilidad: los sacude, los martiriza, los fuerza a actuar perennemente aun a costa de sus personalísimos anhelos. El hombre público tiene su galardón en lo

[245] En esta carta, Bolívar le ofrece a Sucre hacer pagar el dinero que éste había depositado en las cajas de Guayaquil "para atender a la situación aflictiva" de sus hermanos en Cumaná. "Usted sabe –dice– cuánto amo a mis hermanos y cuánto anhelo llenar el encargo que me dejó mi padre por ellos".

público, pero también su condena. A mayor grandeza, mayor acosamiento. En una carta confidencial a O'Leary –quien recibió orden de Bolívar de incorporarse al ejército de Flores–, responde: "Yo no debo ni puedo tomar el mando del Sur. Explicaría a la voz mil y mil motivos para ello; pero nunca lo haré por la pluma, y aun ruego que esta carta sea sólo para usted". No es que dude, sin embargo sobre si aceptar o no la petición de jefatura hecha por Bolívar. Al Libertador no podía negarle nada, sobre todo dado el antecedente de que este conflicto era el mismo que pudo desarrollarse en Bolivia, al momento de la agresión de Gamarra. Su desaliento se debe a que cree que no está nada preparado para el conflicto, lo cual entraña de su parte una crítica contra el propio Bolívar:

> Si hay algún modo "muy decente" de negociar la paz –le confiesa a O'Leary–, debe aprovecharse. Yo no veo por aquí nada, nada, ni a un sistema para llevar a cabo esa guerra ni para nada. Soy el primero que tiene motivos de rencores con la administración de Lima, pero no veo cómo es que se la refrena, cuando ni hay sistema, ni casi objeto, ni hay medios, etc. Se ha echado la carga toda de la guerra del Perú a los tres descontentos departamentos de la frontera, y el resto entero de la nación no puede habilitar una fragata que mandar al Pacífico. Yo no entiendo esto.

Sucre estaba desinformado; ignoraba las órdenes múltiples dadas por Bolívar. Sufría, y muy intensamente, porque ya se veía en la dirección suprema, con responsabilidad de la guerra contra el invasor, y sin lo indispensable para el arduo choque. Hubiese querido prepararlo él mismo todo. Desconfiaba, injustamente, del mismo Libertador.

La navidad de ese año la pasó en el campo:

> Acabo de pasearme –carta a O'Leary– viniendo de Chisinche, a donde me fui a pasar las pascuas [...] Contemple usted mi ansia por tener una contestación del general Flores, en que terminantemente me diga si debo o no ir para el ejército [...] Si es útil mi presencia

> en el ejército, marcharé al instante, pues a cualquier hora estoy pronto.

¿Cómo iban las relaciones entre Flores y Sucre? Ambos venezolanos, el uno de Cumaná y el otro de Puerto Cabello; el primero tenía en ese momento treinta y tres años, el segundo veintiocho. El uno, aristócrata; el otro, hijo bastardo de la unión del comerciante de origen vasco Juan José Aramburu y de la mestiza Rita Flores. Apenas si fue Flores a alguna escuela. En el grupo de oficiales tuvo la misma ignorancia que Páez y otros; del semihogar no tomó sino energías y pasiones, ansia de redimirse. Alto, delgado, orgulloso y tenaz, mostraba vívida inteligencia no nada sometida a sentimentalismos. Su gran astucia y su audacia suma alimentaban con éxito sus ambiciones, para las cuales no tenía mesura ni pausa. Ni dudaba ni dejaba de calcular. Su placer, la acción; su entretenimiento, la discusión; su arma en la guerra, la caballería, por la celeridad, por el impulso. Aparte de la ignorancia intelectual, sus dos fallas mayores aparecían en la escasa generosidad y en el empleo de cualesquiera medios para el logro de los fines. Sin saberlo, seguía en política a Maquiavelo. Pero, ¡cuán certero para dirigir batallas; qué valeroso en el combate; cuán sagaz en la táctica!

Hubo un incidente por ese tiempo en Quito entre Sucre y Flores. Antes de la llegada del cumanés habíase decretado para el Departamento del Ecuador un empréstito forzoso. A la familia Carcelén habíanle correspondido trescientos pesos, que no pudo pagar inmediatamente; Sucre lo hizo, "no en calidad de empréstito, sino de donación". Al efectuarlo le notificó al intendente que no consentiría en las haciendas de la familia de su esposa "las exacciones que hacen algunos comisionados en el campo". El intendente manifestó que la orden procedía de Flores. El mariscal le escribió entonces a éste una carta de duro, terminante acento (28 de octubre):

> A pocos días –manifestábale– de mi entrada a Quito, vino el señor intendente a verme y me mostró la nota original por donde se le ordenaba ejecutar a mi suegra, y en ella misma se le prevenía de hacer otras exacciones tomando las cosas sin el consentimiento de sus dueños.

> Debí tomar este paso como la notificación que me hacía el intendente de que ni yo, ni mi familia, ni mis propiedades merecían consideración, y que las haciendas de casa serían las primeras violadas [...] Confieso que me ofendió en lo sumo el que estando yo ausente se molestara a mi mujer por trescientos pesos, y que mis compañeros añadieran esta desconsideración a las penas que la rodeaban. Yo no habría hecho otro tanto jamás [...] Yo he pensado y pienso que mis propiedades no están al nivel de las de cualquier otro ciudadano. Consagrado desde los quince años al servicio de la patria, y habiendo al fin quedado medio inválido, sin otro medio seguro de subsistir que la merced de mi mujer, parecía indudable que yo debía contar con que los medios de ésta para mantenerme serían sagrados a la vista del Gobierno, de sus funcionarios, y más y más a la de mis compañeros que ejercen el poder [...] Mucho se corrobora esta aserción si se atiende que cediendo yo mis sueldos, concurro más que nadie en el Sur a los gastos públicos, que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país da tanto como yo para el sostén del ejército. Así, pues, queda completamente destruida la indicación de usted de que a mi ejemplo los pueblos negarán los recursos [...] Se me observará acaso que yo puedo hacerlo y otros no; pero respondo que yo puedo hacerlo por mi resignación a recibir un pan de la mano de mi mujer, contemplando entre tanto mi suerte después de mis servicios. A fe de caballero aseguro a usted que ésta es mi situación; porque estando mi poca fortuna en el Perú, se halla envuelta en los trastornos y hasta hoy no me ha producido un solo real, como lo informará a usted mismo el general Heres. De Bolivia he traído por resultado de mis economías mil pesos, de que el primer gasto fue cubrir la contribución impuesta a mi mujer en mi ausencia.[246]

[246] ÁNGEL GRISANTI. *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la marquesa de Solanda*, 53.

El cumanés defendía bien sus intereses económicos. Amaba la seguridad. Y la marquesita halló en su mariscal un buen apoyo y un excelente defensor.

En Quito se hizo pronto un desate de enredos contra Sucre y su familia. No se habían cumplido treinta días del arribo del cumanés, cuando éste, exacerbado por la comidilla social hostil, venenosa, muy propia de las ciudades chicas y más, en América, si son estas de la altiplanicie, le confiesa al propio Flores:

> Ruego a usted que tolere que le diga que conociendo mi destino he solicitado del Libertador, por cuarta vez y con la más grande vehemencia, el que permita que yo disponga libremente de mi persona por tres años, dentro o fuera del país. Es mi intento reunir en unos pocos meses algún dinero para ausentarme, porque será el único modo de que esté libre de chismes y de las asechanzas de algunos para indisponerme hasta con mis mejores amigos. Con el mismo fin de precaverme de los chismes es que muy pronto me iré al campo con mi familia [27 de octubre].

¿Qué sugestiones hacían circular las buenas señoras de Quito? Cabe suponer que hablaban de que había habido un matrimonio por interés y de que los Carcelén, Larrea y demás habían aceptado al joven general por ambición política.

Sucre no partirá, para dirigir la guerra contra el Perú, sino un mes más tarde: a fines de enero. Está ocupado en la complejidad del manejo de las propiedades de su esposa. "Hay un pleito en cada casa cada año, le cuenta al Libertador. Yo, que soy enemigo de los pleitos, deseo una medida justa y no más que justa que me los ahorre ... Los pleitos nos obligan a estar en la ciudad, sin poder atender a nuestras obligaciones en el campo; de que es la consecuencia que a los disturbios de familia se añaden perjuicios a nuestra fortuna". Las haciendas, causa de las disputas, se llaman Chisinche, Turubamba, Santa Ana, Conocoto; hay, además, unos terrenos en Chillogallo y una casa en Quito, aparte de dinero colocado a intereses.[247]

[247] Muerto Sucre, los problemas acerca de estos bienes y de los dejados por el mariscal subirán de punto, hasta el extremo de que la marquesa, viuda y solitaria, buscará un segundo matrimonio.

No halla, así, el mariscal la dicha jubilosa, desbordada, en que parecía soñar. Lo grande –una nueva guerra– y lo pequeño, se juntan para impedir el tranquilo saboreo de la buena ventura. Seguirá triste, hermético, en visible acentuación de su soledad interior. Toda soledad es ahondamiento; todo ahondamiento en el yo produce angustia: el hombre se sabe menos poderoso, o impotente. Entrar en el matrimonio es dejar en parte o del todo una problemática para tomar otra. Hay error cuando se entiende la felicidad como objetivo; de por sí ella no pasa de bien que se nos da ocasional y fugazmente. Estas palabras fueron escritas por Sucre a Bolívar: "Yo no me avergüenzo de decir que hay días que no tengo un real; pero sin embargo vivo por la misericordia de Dios, y tal vez por la de mi mujer. Así es y será este desdichado mundo". Voces de vencimiento, impotencia.[248]

> La vida de la persona, o de un país, o del universo, no conoce situaciones definitivas.
>
> ORTEGA Y GASSET. *Reforma de la inteligencia.*

Gamarra no pudo permanecer en Bolivia más de cuarenta días. Los miembros del Congreso designaron al general Santa Cruz, boliviano, para presidente del país, de la terna que había dejado Sucre y que incluía a los generales Velasco y López. Velasco tomó el poder, hasta que llegase Santa Cruz, que se hallaba en Chile. Gamarra le impuso a Velasco, para su gabinete, los más sectarios enemigos del mariscal: el doctor Olañeta y el general Blanco. Gamarra quiso que la presidencia fuera para Urdininea o para Blanco. Los congresistas no le oyeron: crearon varonilmente la resistencia. Llegado el momento, y, a base de una oportuna moción, se pidió que no se cumpliera el tratado de Piquiza, "mientras el invasor y su ejército no evacuaran al territorio de la república". Gamarra, que se hallaba presente en la tribuna, con su Estado Mayor, tuvo que recibir

[248] No era que las haciendas no produjeran, sino que, como lo explicó Sucre: "El vínculo mayorazgo que ha heredado mi mujer está gravado con la pensión de dos mil pesos cada año…, y el capital existente de la fundadora del vínculo no produce sino dos mil seiscientos". El hecho de "no tener un real" muestra la pulcritud con que Sucre manejaba esa fortuna.

en pleno rostro este bofetón boliviano; abandonó luego el territorio por él violado, "no sin antes exigir el pago de todos los gastos hechos en su expedición 'libertadora'". (El tratado fue cumplido.) Algo más de dos lustros después hará una segunda invasión, y en ella perecerá. La vez primera le estorbó Sucre; en la otra, Santa Cruz, el amigo íntimo, compañero en el odio al mariscal venezolano.

Los generales Juan José Flores y Daniel Florencio O'Leary pasan a la ciudad de Cuenca; La Mar espera a Gamarra en Loja, para proseguir juntos rumbo a Cuenca. Ha comenzado 1829. Las marchas de las tropas se hacen cautelosamente. Los peruanos, en una acción coordinada de alta eficacia, se apoderan del puerto de Guayaquil, a más de cien kilómetros de Cuenca, con la cordillera de los Andes de por medio: La guerra toma, así, dos puntos de desarrollo. Del uno –el de Cuenca, en la altiplanicie interandina– se encarga Sucre, que llega a la ciudad el 28; el otro, dirigirá Bolívar.

"El enemigo tiene sus puestos avanzados en Nabón, a tres jornadas de esta ciudad; la división de Gamarra se ha unido con La Mar", informa O'Leary. El mismo día de llegado lanza Sucre a sus soldados una vibrante Proclama:

> [...] Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido; la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas [...].

En efecto, se le presentan a La Mar las condiciones dentro de las cuales sería posible una paz negociada. Colombia es la agraviada, la invadida; pero propone, para demostrar poderío. La Mar, que ya no se encuentra sino a ochenta kilómetros hacia el Sur, envía una contrapropuesta, donde estampa esta insultante proposición: "El departamento de Guayaquil quedará en el estado en que se hallaba antes de que S. E. el general Bolívar lo agregase a Colombia". Y Guayaquil, en ese momento, hallábase ya en manos peruanas. Fracasa el intento pacifista; vendrá la batalla. El temple de Sucre puede advertirse en estas palabras a Bolívar: "Preferimos en este caso la sangre, la muerte y todos los males, antes que sufrir este ultraje a la tierra de los Libertadores". O'Leary se queja: "La provincia de Loja se ha portado infamemente. Los hombres de

influjo, sin exceptuar los empleados de gobierno, han observado una conducta notoriamente desleal. Ninguna parte del Sur ha desplegado nacionalismo". Las guarniciones colombianas se repliegan en orden.

Sale Sucre en busca de La Mar y Gamarra. Rawlet, con una columna peruana, se apodera de Cuenca. Se produce un choque en Saraguro; es de poca monta; los peruanos salen derrotados. Ambos ejércitos se mueven, se vigilan, cambian de posiciones en avance o retroceso. Nadie sabe en qué sitio exacto va a trabarse el combate. Pasan así quince días en este inquietante asedio mutuo. Hasta que la noche del 26 de febrero resuelve Sucre atacar y decidir. Los tres mil seiscientos hombres –los peruanos son ocho mil: ¡más del doble!– acaban de padecer una intensa lluvia; anochece, descansan. A las dos de la madrugada continúan. El enemigo está a tres leguas de distancia, en un sitio que él considera inexpugnable. Sucre es el único general entre todos que presenta y da batallas sin escoger sitio propicio. A las cuatro y media, en gran oscuridad e intenso frío, hacen alto: han llegado al Portete de Tarqui, casi a tiro de fusil de los peruanos; hay que esperar a la Segunda División y la caballería, que vienen con retraso. El intento es caer por sorpresa.

¡De pronto, una descarga entre las sombras! Las avanzadas de Sucre han sido descubiertas; se les refuerza, porque la lucha ha comenzado a tientas, sin que estén visibles los objetivos. Va otro contingente en seguida; los patriotas creen que son enemigos, y disparan contra sus propios compañeros ... Al fin, clarea. ¿Qué aparece a la vista? Una alta colina, llena de matorrales; a la izquierda, rocas escarpadas de muy difícil acceso; a la derecha, un bosque en tierras muy accidentadas dentro del cual hay un caminito que parece un hilo. Delante, una quebrada que protege la colina y el bosque. Quien quiera avanzar ha de pasar antes la quebrada, y no hay vía sino para ir de uno en fondo, en "fila india". Por aquí se habían metido, a caballo, los sorprendidos por los peruanos, que lo ocupan todo: la colina, las breñas, el bosque que es propiamente el desfiladero llamado Portete de Tarqui. Detrás, en vasta planicie y con el pueblo de Girón no lejos, La Mar aguarda con el grueso de sus soldados: irá echando hombres y hombres, hasta que Sucre quede aplastado. Es lo que piensa, con muy bien calculada táctica.

Forzar el paso por entre los árboles, tomar las breñas de la izquierda, apoderarse de la colina: tal la acción que se le presenta al mariscal, sin nada a favor y en momentos en que no aparece todavía la División retrasada. No cuenta sino con mil quinientos hombres.

Y el general peruano Plaza es desalojado de las breñas; pierde el bosque, a donde ha penetrado Flores con valentía suprema; y ya va a ser lograda la cima, cuando aparece La Mar en persona, con amplias fuerzas; a poco de esto, se presenta también Gamarra, con los batallones peruanos *Pichincha* y *Zepita*. Hacia las seis de la mañana son mil quinientos colombianos contra cinco mil peruanos. Llega la segunda División colombiana y entra en la lucha; los peruanos echan todo su poderío restante. A las siete,

> [...] no había más peruanos sobre el campo –dice Sucre en el parte enviado al Libertador– [...] la fuga fue su única esperanza, y arrojándose por el Portete al desfiladero de Girón, hallaron allí su sepulcro [...] Se suspendió la persecución cuando el enemigo había perdido entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos más de dos mil quinientos hombres, incluso sesenta jefes y oficiales. El campo de batalla era un espectáculo de horror: mil quinientos cadáveres de soldados peruanos han expiado en Tarqui las ofensas hechas por sus caudillos a Colombia y al Libertador, y tal vez, los crímenes del 2 de agosto de 1810 en Quito.

Los colombianos perdieron, entre muertos y heridos, trescientos cincuenta. La hecatombe, en aquellos tiempos, se producía siempre en el acto de la persecución al vencido; derrotarse era perecer. Flores fue ascendido a general de división en el propio campo.[249]

[249] Se ha sostenido que fue Flores quien escogió el campo para la batalla de Tarqui, tratándose con eso de darle al hijo de Puerto Cabello un mérito más en el relato de sus éxitos. El fundamento es una carta de O'Leary y Flores a Bolívar, desde Cuenca, donde se dice: "La llanura de Tarqui decidirá la gran cuestión" (carta escrita mes y medio antes de la batalla). O'Leary incluyó el documento en sus Memorias. La batalla no fue en la llanura, sino en el Portete. Por otra parte, la escogencia del campo fue pensada, según aquella carta, por ambos: Flores y O'Leary.

Manda Sucre un oficial para ofrecerle a La Mar –que estaba con el resto de sus combatientes en la llanura, a la salida del desfiladero– una capitulación "que salvara sus reliquias".

El criterio del cumanés en estos momentos asume excepcional grandeza: "Satisfecha la venganza y el honor de Colombia –dice–, no era el deseo del Gobierno ni del Ejército derramar más sangre peruana, ni combatir sin gloria". Y su arrogancia de espíritu alcanza aún mayor altura cuando expresa: "Juzgué indecoroso a la República y a su jefe humillar al Perú después de una derrota, con mayores imposiciones que las pedidas cuando ellos tenían un ejército doble en número al nuestro; y quise mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla".

La Mar trata de "no admitir" las condiciones presentadas por el vencedor. Sabe que tiene en sus manos a Guayaquil. Sucre le envía un ultimátum. Se firma entonces el convenio de Girón "después de largos razonamientos, en que sobre todo se reclamaron la indulgencia y generosidad colombiana y los intereses y fraternidad americanos". Quien los pedía era Gamarra, uno de los firmantes del acuerdo. En este documento quedó estipulado que "el ejército peruano, dentro de veinte días contados desde la fecha, evacuará completamente el territorio de Colombia y se devolverá a las respectivas autoridades la ciudad de Guayaquil y su marina". ¿Cumplirán los peruanos este compromiso? ¡No!

Las ambiciones de La Mar iban mucho más lejos que la anexión de Guayaquil al Perú. Una carta del general Heres, desde Loja, al general Urdaneta, y copiada por Bolívar en mensaje al diplomático colombiano Joaquín Mosquera el 12 de abril de este 1829, dice:

> Voy descubriendo aquí cosas muy buenas. En una mesa pública, brindando La Mar por Santander, añadió que venían llamados por él, que había sugerido los planes de invasión. La intención era: ir hasta el Juanambú, convocar un Congreso en Quito y separar el Sur con el título de República del Ecuador. La Mar debía ser Presidente, como hijo del Azuay (nació en Cuenca el 12 de mayo de 1776), y Gamarra del Perú, reuniéndolo a Bolivia.[250]

[250] JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *El Gran Mariscal José de La Mar*. 81.

Respecto de Bolivia –¿cómo no fijarlo?–, el Convenio de Girón estableció: "Ninguna de las dos repúblicas tiene derecho de intervenir en la forma de gobierno de la otra, ni en sus negocios domésticos; y se comprometen a respetar la independencia de la República boliviana, como la de los demás Estados continentales". ¿Hará honor el Perú, en el futuro, 'a esta su palabra?

Tres días después del triunfo, Sucre se despidió de sus valerosos batallones, en el propio Portete de Tarqui, con una proclama:

> Los pueblos del Sur os saludan como sus salvadores; Colombia, como los más celosos de su integridad; y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas [...] En todas circunstancias, en cualesquiera peligros, colocaos en torno del Gobierno y de las leyes [...] Clavando sobre vuestras bayonetas el estandarte de la unión, aseguraréis los apreciables bienes que a costa de padecimientos y de sangre habéis procurado a la nación, para conseguirle su independencia y libertad.

¿Retornaba Sucre a la "quietud" de su hogar? No era ese su propósito. Considerando que antes de veinte días Guayaquil sería evacuado por los peruanos, pensó en la sublevación de Obando y López en Pasto. Y le escribió a Bolívar desde Cuenca (3 de marzo):

> Hoy marcha el batallón *Quito* y el segundo de *Húsares* con más de mil plazas hacia Pasto. Mañana seguirán *Caracas* y el cuarto de *Húsares* con más de ochocientos, en la misma dirección [...] Yo me iré para Quito el 6, para dirigir las cosas sobre Pasto, mientras llega el general Flores, que es el que va a tomar a Pasto.

El hombre de la guerra, ya no da paz a su ánimo. Tarqui militarmente, había sido tan brillante como Ayacucho. Era indispensable ir hasta el fin. Pero, para después, pídele al Libertador "como la mejor recompensa", la "separación de todo mando y de todo puesto público". Confiesa: "Estoy cansado. Una repugnancia

invencible me aleja de los empleos, y con tal repugnancia nada puede hacerse bien".

Ignoraba Sucre que los intentos de Obando y López habían fracasado; que Bolívar había entrado en Pasto; que ya conocía la victoria colombiana en Tarqui y que caminaba rumbo a Quito. Allí se abrazaron los dos prohombres el 17. Un abrazo entre valores que tenían derecho a aguardar todavía larga vida; el uno no tiene sino cuarenta y seis años; el cumanés, treinta y cuatro. ¡Ambos perecerán el año siguiente: el caraqueño, víctima de la tuberculosis, el otro, traidoramente asesinado! Para Sucre, Tarqui fue la última hazaña militar de su vida.

Los dos generales conferencian acerca de los últimos sucesos: los peruanos se han negado a entregar la ciudad de Guayaquil. Por tanto, la guerra continúa. Va a dirigirla en persona Bolívar quien instala su cuartel general en Quito, de donde parte dos meses más tarde para presidir los ataques armados, en exigencia del cumplimiento del Convenio de Girón. Flores maneja las tropas; Flores recibirá orden de asalto a Guayaquil tan pronto como cesen las lluvias. Se hacen movilizaciones, acumúlanse ejércitos; hay fiebre aparente, pero no lucha, porque Bolívar prevé ya el final; lo adivina con exacta precisión. Solía decir, con énfasis, que leía mejor en el futuro que en el presente. A Joaquín Mosquera le anuncia en abril:

> No dudo que conseguiremos la paz para junio, por uno de los tres caminos siguientes: primero, por la reconquista de Guayaquil; segundo, por la llegada de nuestras fuerzas marítimas al Pacífico; y tercero, por una insurrección combinada de Gamarra con Santa Cruz: esto es casi seguro.

Además, Bolívar sabía bien que la causa peruana era cosa perdida. "La Mar ha perdido enteramente el juicio –escríbele a Urdaneta, en mayo–; dicen que está delirando. Todos se vuelven locos cuando me quieren hacer la guerra, porque está visto que hay una providencia especial para mí".

En junio, exactamente, se terminó el conflicto: Gamarra, en Piura, destituyó a La Mar, apoyándose en el Ejército, y lo expulsó por Paita a Costa Rica. Cuatro días antes, en Lima, el general Antonio

Gutiérrez de la Fuente derrocó al vicepresidente y tomó el poder, provisionalmente, hasta la llegada de Gamarra. Bolívar entró en Guayaquil el 21 de julio, tras la firma de un armisticio en Piura. El correspondiente tratado de paz quedó sellado en septiembre.[251]

La marquesa toma contacto con la familia de su esposo en expresiones de clara sinceridad, lo cual muestra hasta qué punto este matrimonio fue de la complacencia de todos. Dirigiéndose en carta a Jerónimo Sucre, expresa:

> Agradezco sus cariños, porque son los de un hermano, a quien amo por simpatía, además de los derechos que tiene en mi corazón como el hermano querido de mi esposo, y el compañero de sus trabajos en la guerra. Desde que mi marido llegó aquí, tuve el placer de escribir a la señora de usted y ofrecerle mis afectos y mis servicios, con toda cordialidad del parentesco que nos une. Yo espero que ustedes recibirán mis cartas y mis impresiones, no como un cumplimiento estéril, sino como los sentimientos sinceros de una persona de su familia y que se complace en pertenecerles [...] A mis hermanos todos, cariños muy expresivos, y reciban los de mi marido y de mis hermanas Josefa, Rosa y Mariquita, que presentan a ustedes sus respetos.

Y nace la primogénita del matrimonio. La bautizan al otro día, 11 de julio, y le dan el nombre de Teresa.[252] Sirve de madrina la esposa del general Flores, Mercedes Jijón. El acto se realiza en intimidad. La carta de Sucre a Flores da la noticia en lenguaje de soldado:

> Marianita parió el 10 y, por desgracia, hembra; el 11 se bautizó a la criatura, que se llama Teresa. Merceditas quiso que fuera una función, y yo la resistí: se hizo en

[251] El general La Mar murió en Costa Rica al año siguiente (1830), a la edad de cincuenta y cuatro años. Por nexos conyugales estuvo en lo más distinguido de la sociedad guayaquileña. Casado dos veces, sus esposas fueron Josefina Rocafuerte y Ángela Elizalde. Sus restos, llevados a Piura en 1844, pasaron a Lima en 1847, por mandato del Congreso peruano, con los honores correspondientes a un ex presidente de la República.

[252] El nombre de Teresa procedió de la abuela de la niña, Teresa Larrea Jijón. Y, al par, se recordó en ella a la esposa del Libertador, Teresa Rodríguez del Toro.

> silencio, aunque no tanto que no nos molestara una intempestiva música. Tiene usted, pues una ahijada que ligará, si es posible más, nuestras amigables relaciones.

Aquel "por desgracia hembra" corresponde a la mentalidad de un general, que hubiese preferido un varón a quien preparar, quizá, para el ejército. En cierta medida, el mariscal se sintió defraudado.

Fue grave falla en Sucre no haber pensado en Bolívar para padrino. ¿Tanto pesaban ya en él el ambiente de Quito y la familia de la esposa de Flores? Se quejó el Libertador por esta omisión. Tuvo el mariscal que presentar explicaciones, y por hacerlo escribió una carta de muy delicada transparencia:

> Agradezco sumamente su cariñosa queja sobre el compadrazgo. El día de Tarqui dije a Flores que no tenía una prenda de más fina amistad y afecto que darle que hacerlo compadre, y a la verdad que la creo la más fina. Estaba la cosa hecha cuando usted vino al Sur, y por tanto no hay tal preferencia. Además, ¿para qué esta nueva relación, cuando será imposible desmentir que todas las de mi corazón están con usted? Creo que toda mi carrera y mi vida están marcadas por los testimonios del más sincero afecto por usted, y dudo mucho si a mi padre mismo he querido más que a usted. Mi mujer me ha dicho anoche que dé a usted las gracias por su cariño, y que lo estima sobremanera; ella con toda mi familia lo saluda y lo felicita.

Esta carta fue enviada pocos días antes del alumbramiento (28 de junio). Bolívar la recibió en el Campo de Buijó, frente a Guayaquil, y repuso fríamente: "Acabo de recibir en el correo la apreciable contestación de usted, fechada en 28, a la carta que le hice de Samborondón. Doy a usted las gracias por sus felicitaciones, por sus buenos propósitos, por su victoriosa disculpa a mi queja de compadrazgo", etc.[253] ¿Por qué hizo compadre el cumanés al general

[253] La carta de ofrecimiento de la niña a Bolívar decía: "Tendrá esa carta el principal objeto de participarle que mi mujer ha parido el 10 de este mes. Desgraciadamente, me ha dado una hija en lugar de un soldado que yo quería para la patria. La ofrecemos a usted con el candor de nuestra amistad, como una amiguita cuyas primeras palabras serán de gratitud al redentor de Colombia".

Flores? No por propia iniciativa, sin duda. Aquí se ve evidente la presión de la marquesa. Una presión con propósitos de carácter social. Debió ser cosa resuelta mucho antes de Tarqui.

¿Qué efecto produjo en el general este saberse padre de hijo legítimo? A Alarcón, su edecán, entrega la confidencia: "Antes me era indiferente tener o no tener. Ahora es preciso que Teresita tenga algo". ¿De qué manera corresponderá Flores al acto noble, de generosísima amistad, del mariscal Sucre? Un futuro no lejano pondrá a grave prueba los nexos entre ambos venezolanos, vueltos ecuatorianos los dos por haberse casado con mujeres quiteñas.

Mucho sufrió Mariana Carcelén con el alumbramiento; también cayó enfermo su marido. El Libertador debe saberlo todo:

> Yo me restablecí de mi disentería –cuenta el 22 de agosto–, pero estoy molestísimo, porque mi mujer aún no se levanta de la cama, no obstante que tiene cuarenta y tres días de su parto. Porción de accidentes la han atormentado, y anteanoche la han rajado por tres o cuatro partes un pecho que se le ha hecho cecinas de una apostema. Aún no está libre de que el cirujano no tenga que hacerle alguna nueva curación, y aseguro a usted preferiría volverlas a ver en mi brazo que presenciar los dolores que ha padecido. Ahora mismo que me he separado de ella para escribirle a usted me recomendó saludarlo de su parte.

¡En aquellos tiempos no existía aún la anestesia! Con su esposo, los grandes consuelos para la enferma procedían de su madre y las tres hermanas menores: constituían el núcleo central de la familia. Mientras Teresita, en lujosa cuna de raso, parecía sonreír. La alta sociedad de Quito desfilaba por esa casa diariamente, en acto de cortesía y, a veces, de sinceridad. El numeroso personal de servicio proporcionaba comodidad de vida; los víveres venían de las haciendas en recuas semanales. Los Sucre-Carcelén, por nobles de sangre, ricos, cultos, y por la gloriosa celebridad del mariscal, eran el hogar de mayor prestancia en ese tiempo. Se les cortejaba; se les envidiaba.

Al comenzar agosto, el Libertador cae enfermo de gravedad en Guayaquil. Logran salvarlo. Se habla de "ataque de bilis negra"; ¿no habrá sido crisis en la tuberculosis, ya muy presionante y que acabará con su víctima un año y medio más tarde? De morir Bolívar entonces, la historia hubiese cambiado en la zona bolivariana. ¿Habrían firmado los peruanos el tratado de paz que firmaron al mes siguiente? ¿En qué manos hubiera quedado Guayaquil? Para Sucre hubiesen emergido nuevos horizontes; Sucre era el reemplazo natural, el único, del Libertador.

Al par que se procedía a fijar la paz entre Colombia y el Perú, el general Córdoba, en la Nueva Granada, alzábase en armas, incitando a la rebelión contra Bolívar y su gobierno. Siete meses antes ya le propuso al general Páez, en carta, la insurrección; le pidió también al general Mosquera que le acompañase. Se lanzó solo. El general O'Leary fue el encargado de dominarlo. Vencido el insurrecto, a los treinta días de campaña pereció en el combate de Santuario (17 de octubre).

Y circulaban a la vez, nuevamente, los propósitos monárquicos en favor de Bolívar. Este los rechazó enfática y definitivamente.

Nada de esto alcanzó trascendencia: ni la ciega acción de Córdoba ni el plan anti-republicano, alentado por venezolanos y por el propio Consejo de Ministros de Bogotá. En cambio, fue cuestión de grave sacudimiento y proyecciones decisivas una actitud de Venezuela, patria de Bolívar y de Sucre: varias poblaciones, con Valencia por eje, pidieron que Venezuela se separase de Colombia. Lo estableció luego una asamblea general, reunida en el templo de San Francisco, en Caracas, donde se llegó a la decisión de constituir a Venezuela en República independiente, y a la vez desconocer la autoridad de Bolívar. "Ni siquiera una voz –dice Baralt–,[254] y decímoslo con vergüenza y pena, se alzó para sostener directamente al Libertador, a quien inculparon muchos con excesivo rigor y aun desacato, rebajándole al nivel de su consejo". ¡La propia ciudad natal desconocía y ofendía a su magno hijo! Operaba ocultamente en ese tinglado desde Valencia el general Páez, "futuro dueño del

[254] BARALT, RAFAEL MARÍA. *Op. cit.* T. II: 570.

país", como le llama Vicente Lecuna. "En las calles de Caracas –continúa Baralt– y en las de otros lugares, aparecieron pasquines alusivos al Libertador, en los que con ruindad se le ofendía". Páez, hábilmente, se trasladó a la capital y expidió una circular condenatoria "de esos abusos, deshonrosos para el país". El Gobierno de Bogotá recibió informe (8 de diciembre) de lo resuelto en Caracas, de parte del propio Páez, quien sostenía la doctrina de que debía resolver el punto el Congreso Constituyente, convocado por el Libertador para los primeros días de enero. Pero los de Valencia, reunidos en una segunda asamblea, de más de mil quinientas personas, acordaron "desconocer la autoridad de Bolívar, la de su Consejo de Gobierno y la del Congreso Constituyente del año 30, contra cuyos actos protestan del modo más solemne". Pidieron a Páez que se encargase del mando supremo exigiéndole "que no permita de ningún modo que vuelva el general Bolívar al territorio de Venezuela".[255] El vicealmirante inglés, sir Carlos Elphinstone Fleming, entonces en Caracas, "activaba los manejos revolucionarios para derrocar a Bolívar", e hizo ofrecimientos de todo género a Páez, "para el caso probable de una guerra con el Libertador".[256] En realidad, se planteaba una guerra, de no aprobarse la separación de Venezuela. Si así se procedía con Bolívar, ¿por qué la ingratitud, la hostilidad, el reto a muerte no habrían de producirse también contra Sucre?[257] El general Mariño recibió el nombramiento de comandante general del Departamento de Orinoco, "encargándole la vigilancia de la frontera por el lado de la Nueva Granada". Muy pronto Sucre tendrá que habérselas con Mariño... Y se llamó al servicio activo a "muchos cuerpos de milicia auxiliares"; y se nombraron tres ministros del Gobierno provisional: el general Soublette para la Guerra, el doctor Miguel Peña –inspirador, consejero de Páez– para Interior, y el licenciado Diego Bautista Urbaneja para Hacienda y Relaciones Exteriores. La secesión venezolana estaba consumada. Páez decretó elecciones para el Congreso "venezolano" que habría de inaugurarse el 30 de abril (1830).

[255] REYES, VITELIO. *Páez, venezolano integral*: 459.
[256] BARALT, RAFAEL MARÍA. *Op. cit.*: 576-577.
[257] Aparecía obvio el propósito de anular simultáneamente a los mayores amigos y posibles continuadores de la política del Libertador.

> Escipión les contestó a sus acusadores sólo estas palabras: "En un día como hoy vencí a Aníbal; vayamos a dar gracias a los dioses".
>
> VOLTAIRE. *Diccionario filosófico* ("Cicerón").

Para el mariscal, el matrimonio no fue torre señaladora de puerto, aunque él así lo esperaba. Su sino de militar eminente, hombre público, político, avanza imperturbable, a pesar de todos los personales anhelos. Nadie, enraizado en grandeza, puede romper la garra del Destino ni torcer los rumbos esenciales. Apenas casado, tiene que afrontar la campaña contra el Perú, que halla ápice en el Portete de Tarqui. Nacida la primogénita Teresa y salvadas las enfermedades de él y de su esposa, recibe una petición del Libertador desde Guayaquil: que se encargue del comando del ejército del Norte, para aplastar la sublevación del general Córdoba y, sobre todo, para hacer frente de nuevo a la Península. "España manda hasta 32.000 hombres contra nosotros –reza la carta–; ya han ido a México 3.000". Era la verdad: España se movía hacia la reconquista. Movió tropas, que no llegaron a Venezuela nunca. El mariscal responde (7 de octubre):

> El puesto que usted me ofrece es malo para usted, para mí y para muchos que lo desean. Si el resultado del Congreso –va a reunirse en enero– ofreciere en los negocios públicos una marcha regular, y usted se compromete a llevar a cabo un régimen fijo y estable, prestaré a usted mis servicios en cualquier otra cosa. Yo no me niego a servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y el objeto, pues desde mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar a la ventura. Usted dirá que lo mismo está usted; pero yo respondo que son diferentes nuestras situaciones y nuestros compromisos, como son diversos nuestros apoyos, nuestros alcances y nuestro poder. También creo que la expedición española sea un refuerzo de orden, para asegurar en la guerra gótica la guerra de partidos [...]

> Yo siempre lamentaré que para obtener esta paz interior y esta marcha firme no se hubiera usted servido de su poder dictatorial para dar una Constitución a Colombia que habría sido sostenida por el Ejército.

El espíritu rectilíneo, casi rígido, de Sucre parecía dominar sobre la habilidad flexible demostrada en su gobierno en Bolivia. ¿Era que los graves sucesos por los cuales había pasado le llevaban a la convicción de que sólo una mano dura podía rendir beneficio cabal a las nacientes repúblicas? ¿De dónde procedía esa drasticidad de guardar una Constitución amparada en las tropas, es decir impuesta a la fuerza? En esta expresión hay un doble fondo: por una parte, Sucre, como todo revolucionario, una vez cumplida la etapa quemante, vuélvese conservador de sus doctrinas, aunque sin abandonar la acción heroica. Como ésta es cambio, se trata de fijar y mantener lo nuevo mediante la norma novísima: la obligatoriedad. Por otra, veía el cumanés que todo parecía congestionarse y derrumbarse, y trataba de salvar su obra, lo mismo que Bolívar. Este habíale manifestado en su última carta su profundo dolor: "Así está todo este continente, lleno de tontos conducidos por cuatro pícaros". Hasta se mostraba el Libertador atento a ese nacer de nacionalidades que, en el paso inicial, produce reacción de las unas contra las otras: "Siempre seremos de un nacimiento punible: blancos y venezolanos; con estos delitos no se puede mandar por estas regiones". En un desahogo, confiábale el Libertador a su amigo el doctor José María del Castillo Rada (carta del 10 de noviembre):

> Tengo muy pocas ganas de llegar a Bogotá, donde, aunque me obsequiarán bastante, también conspirarán mucho contra mí, si no con puñales, con calumnias y dicterios.

El 20 de octubre regresa el Libertador a Quito, donde se quedará nueve días, para luego proseguir hacia Bogotá. Entre él y Sucre, que debieron de conferenciar ampliamente sobre todos los problemas, hubo serias discusiones en lo relativo al mando militar del Norte, a que el mariscal se había negado por carta. Al escribirle

al general Urdaneta (octubre 22), Bolívar denuncia discretamente el fondo de la cuestión:

> Yo deseo que, mientras toma el mando el general Sucre, que va para el Norte, si usted no se ha ido para Casanare, usted debe dirigir personalmente las operaciones [contra Córdoba. No sabía aún el Libertador que Córdoba había muerto hacía cinco días]. Últimamente yo deseo que usted lo haga todo, mientras yo llego por allá; me parece que el general Sucre se ha de dilatar mucho, según tengo entendido y él me ha dicho, y para hablar más claro, el general Sucre llegará después que yo al Norte, porque parece que tiene sus inconvenientes para salir de aquí.

Sobre los ya fijados por el propio mariscal había otros impedimentos: la jefatura de una familia apenas constituida, rica en amor y dinero, completa ya por la presencia de Teresita, a quien mucho debió de acariciar Bolívar; la oposición de la marquesa a que su esposo partiera de nuevo al ejército, actitud propia de toda mujer casada, visto que el hogar significa presencia constante de todos sus integrantes y necesidad de seguridades. En el viajar y en el ir a servir de nuevo hay una especie de desintegración, a la que ninguna cónyuge enamorada o simplemente cuerda se somete sin resistencia. También los muchos parientes de la marquesa debieron de influir en Bolívar para que no se pensase más en el mariscal para los cuarteles. Además, Mariana no se sentía aún completamente libre de la gravedad de las enfermedades. Por otra parte, Sucre apenas si había comenzado a poner orden en las haciendas. Ahora continuaba ese arreglo, cada vez más arduo, porque las haciendas, casas y dinero, desde la muerte del marqués, padre de Mariana, habían quedado en manos de la viuda y la hija mayor, la marquesa. Los pleitos y las deudas producían escasez de ingresos. Sucre no quería dejar ese ámbito familiar, en el que tenía serias obligaciones.

Pero era hombre público, hombre célebre, y correspondíale sufrir las consecuencias. Ya que no de jefe militar del Norte, habrá de viajar a la capital de Colombia, en calidad de diputado, para el Congreso de enero. A eso, imposible negarse. Una elección no la

rechaza un ciudadano, y menos uno eminentísimo. Su experiencia en Bolivia servirá para volverse suma de bienes en suelo colombiano: es lo que se ha calculado al elegirlo. Irá como diputado por Cumaná; los electores de su zona natal fueron los que pensaron en él. ¿Cómo no servir a Cumaná, a Venezuela? Sobre el deber hogareño alzábase el deber cívico. Sucre no dudó. Le asignaron, por orden del Libertador, mil pesos para el viaje. Y estuvo a punto de no poder partir, porque no se los pagaban:

> Desde ayer –escribe el 10 de noviembre al prefecto del Departamento– estoy pronto para emprender mi viaje a Bogotá el día que ofrecí al Libertador marchar si era despachado por la Prefectura con los mil pesos que se me ofrecieron [...] Deseo una contestación de usted para mandársela a S. E.; y que él sepa que no ha consistido en mí la demora, sino en la dificultad de abonar los cuatrocientos pesos para el completo de los mil [...] Yo había emplazado a mis compañeros de marcha para esta tarde.

Así andaba el erario público en esos tiempos duros, de sacrificios y austeridad.

Era costumbre hacer el testamento antes de emprender viajes largos; lo efectuaba todo quien que contase con medios de fortuna. Sucre procedió, en consecuencia, a fijar el suyo, que firmó, cerró con tres sellos y entregó al cuidado del general Vicente Aguirre, su viejo amigo y confidente, el día 10 de noviembre, o sea la víspera o antevíspera de su salida de Quito.[258] Previamente se deshizo de deudas: "He vendido una casita mía, a fin de no ausentarme sin pagar lo que debía; y estando esto hecho, no tengo sino doscientos pesos" (del oficio al prefecto del Departamento, el 10 de noviembre). La compradora fue la señora Rosa Román Carcelén, viuda de Alcázar, en la suma de ocho mil pesos.[259]

[258] El testamento fue abierto, ante autoridades competentes y con testigos, el día 19 de junio de 1830. La marquesa no pudo concurrir, por hallarse enferma; fue representada legalmente, según determinación de ella, por el comandante José Mariano Andrade.

[259] GRISANTI, ÁNGEL. *El Gran Mariscal...*: 82.

He aquí las diez cláusulas del testamento; un testamento es siempre la total sinceridad, porque con él se asoma el hombre a la muerte, y en la muerte no hay engaño:

> Primera. En mi mujer legítima, Mariana Solanda, tengo una sola hija, Teresa, que ha cumplido cuatro meses de edad, por lo que mi mujer no está embarazada.
>
> Segunda. Si yo muero estando viva mi hija, es mi sola y mi única heredera, con excepción del tercio y quinto de mis bienes.
>
> Tercera. En el caso de que mi mujer sea mi heredera, el quinto de mis bienes lo tomará mi ayudante el coronel Pedro José Alarcón, y se le distribuirá en los términos que le prevengo en una Memoria separada que le dejo y que se observará puntualmente. El tercio de mis bienes se repartirá igualmente entre mis ocho hermanos legítimos José María, Jerónimo, Margarita, Manuela, José Manuel, Juan Manuel, Magdalena y Rosario. La distribución por partes exactamente iguales le encargo a mi hermano Jerónimo, que la cumplirá con fidelidad.
>
> Cuarta. Las muy pocas mandas que prevengo las cumplirá Alarcón de mi quinto. De mis bienes se separará la espada que me regaló el Congreso de Colombia como premio por la batalla de Ayacucho y que se entregará al general Bolívar en señal de gratitud por los servicios que ha hecho a mi patria.
>
> Quinta. Mi hija o mi mujer elegirán de entre mis bienes lo que ellas gusten para su herencia, y puesto que a la primera nada reservo, comprende este artículo a la segunda.
>
> Sexta. Mis bienes consisten en mi casa, que antes fue del marqués de Villarrocha, y que con lo que dejo para su conclusión me cuesta veinticuatro mil pesos, de los que 5.320 son a censo y pertenecen por una capellanía legal a mi mujer, a cuyo nombre se compró la casa, estando yo en Bolivia. 18.400 pesos que me reconoce a censo la hacienda de Santiago, perteneciente a los señores Zaldumbides. 600 pesos de unos negros de mi propiedad que están en

Esmeraldas. 1.000 pesos que vale mi cantina de plata. 12.000 pesos en plata que tengo en poder de don Lucas de la Cotera, residente en Bolivia, y cuya obligación se halla entre mis papeles. 12 ó 15.000 pesos que vale mi espada de brillantes que me regaló el Congreso de Bolivia. 6.000 pesos que me debe el señor Cristóbal de Armero por los arrendamientos de la hacienda de la Huaca en los años 27 y 28, que rebajados algunos picos que dice él que tiene que cargarme, quedará lo menos a mi favor 5.300. Y doscientos seis mil y pico de pesos en que está tasada mi hacienda de la Huaca, sita en el valle de Chancay, del departamento de Lima, siendo éste su valor el año de 1825 y sin comprender las mejoras que haya tenido hasta ahora.

Séptima. Mi herencia paterna y materna y unos 20.000 pesos que había prestado al Gobierno de Colombia por medio de mi apoderado en Guayaquil no se cuenta en mis bienes, porque los he cedido desde años pasados a mis hermanos, que deben estar en posesión.

Octava. Mi cantina de plata y las prendas de oro y plata que hay en mi equipaje las tomará mi ayudante Alarcón, también tomará lo que guste de mi equipaje, repartiendo el resto entre mis criados. Mi buena papelera la dejo a Carlos Aguirre, a quien se le entregará.

Novena. No debo cantidad alguna a nadie. Tenía una cuenta pendiente con mi ayudante el coronel Alarcón y le he dado una libranza para que mi apoderado en Lima se la cobre de toda preferencia con los productos de la Huaca de este año o del que viene.

Décima. Nombro por mis albaceas a los señores general Vicente Aguirre y coronel Pedro Alarcón, mientras se haga la distribución de mis bienes. Si mi hija vive, será mi mujer la tutora mientras no se case. Si mi mujer se casa, será el tutor de mi hija mi ayudante el coronel Alarcón. Los diez artículos que anteceden, escritos de mi puño y letra, son válidos como un testamento en forma y si yo falleciese sin

> haber hecho otro con fecha posterior al presente. Quito, a diez de noviembre de mil ochocientos veintinueve.

Antes de ocho meses, Sucre será asesinado y no volverá nunca a Quito. Se despidió de su mujer, su hija, parientes y amigos aquel 11 o 12 de noviembre de 1829 para siempre. Al partir a caballo muy de mañana, el mariscal, los diputados José Modesto Larrea,[260] Andrés García Tréllez, de Cuenca; quizá algún otro, y los acompañantes del caso: asistentes, arrieros, vieron correr lágrimas, desgajarse angustia. ¿Quién sabe nunca en qué momento da y recibe el adiós final?

No hay en el testamento ninguna declaración de fe religiosa. Eran los notarios los que solían poner, para todos, los encabezamientos donde se hacía profesión de catolicismo.

Con el documento, dentro del sobre, había una carta al coronel Alarcón. La disposición cuarta reza: "Las muy pocas mandas que prevengo (en la memoria separada que le dejo), las cumplirá Alarcón de mi quinto". Nunca se conocieron las órdenes dejadas por el testador en ese documento. ¿Fueron dineros destinados a sus dos hijos ilegítimos dejados en Bolivia? Es lo presumible. Alarcón conoció las aventuras amorosas del mariscal.

¿Por qué no le declara heredera universal a su esposa antes que a su hija? A causa de que la marquesa era inmensamente rica y cabía más proteger a Teresita. Mariana, constituida en heredera universal, podía perjudicar a Teresita en el caso de enviudar y volver a casarse. Exceptuada la hacienda la Huaca, evaluada en doscientos seis mil pesos, e improductiva hasta entonces, los bienes de Sucre no ascienden, en suma, según el testamento, sino a cincuenta mil pesos.[261] Lo que heredó de sus padres entregó en donación a sus numerosos hermanos.

La idea fija, en el camino de Bogotá o en Cúcuta, es Mariana y siempre Mariana. A Alarcón le escribirá reiteradamente sobre ella. De una de las poblaciones de tránsito dícele a su esposa:

[260] José Modesto Larrea, a disgusto de su madre, se casó con Mariquita Carcelén, hermana de Mariana, la marquesa. (Cf. GRISANTI, ÁNGEL. *Op. cit.*: 151).

[261] Después de la muerte de Sucre, la Huaca fue comprada por la familia Las Casas, en cuyo poder, quizá, continúa.

> Por el correo que vino ayer de Bogotá me dicen que se insiste en que yo tome la presidencia o vicepresidencia.[262] No sé lo que haya de exacto; pero sí te repetiré que no aceptaré nada, sean cuales fueren las circunstancias, las causas y las cosas. Todo, todo, todo lo pospondré a dos objetos: primero, el complacerte, y segundo, a mi repugnancia por la carrera pública. Sólo quiero vivir contigo en el retiro y en el sosiego. Me alegraré si puedo con esto darte pruebas incontestables de que mi corazón está enteramente consagrado a ti, y de que soy digno de que busques los medios de complacerme y de corresponderme.

El Libertador se quedó en Popayán, aguardándole a Sucre, con quien necesitaba conferenciar. También pensaba en su quiteña: "Tenga la bondad –escríbele a Urdaneta el 6 de diciembre– de cobrar de Tanco mil pesos a cuenta de mis sueldos para que Manuelita (Sáenz) se alivie de miseria. Remito la orden". Manuelita esperaba en Bogotá; Marianita, en Quito. Y por lo que hace a la separación de Venezuela, se expresa así Bolívar, en carta de esa misma fecha al doctor José Ángel de Álamo:

> Yo he convidado dos veces para que Colombia diga su opinión sobre Gobierno. Que lo diga, pues, Venezuela. Todo el Sur lo ha hecho como ha querido. Uno dijo que popular, electivo, alternativo; y otros, que monarquía; y otros, locuras. Haga Venezuela la suya: que se separe; o federación; o lo que quiera. Yo no me opongo a nada, nada, nada, pues no deseo más que mi licencia o la libertad, como los soldados o los esclavos.

Pero en lo profundo quema la amargura:

> Muy irritado me tienen los pasquines y las torpezas que se publican en Caracas contra mi reputación, calumniándome con pensamientos indignos de mi

[262] Se trata de la Presidencia o Vicepresidencia del Congreso.

> gloria y de un hombre que lleva por título Guerra a los Tiranos, que es lo mismo que Libertador... [mensaje a Páez].
>
> El espíritu de anarquía reina por todas partes, y al fin la disolución será general [...] Creo que el Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia [...] La Nueva Granada no nos quiere, y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá; de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos [...] Yo me iré del país sin llevar un peso con que vivir, pero prefiero pedir limosna en país extraño a ser espectador de tantos horrores como nos esperan [...] [palabras a Urdaneta].
>
> La infamia de mi país nativo me recuerda los crímenes de Atenas; y esto, unido a los desastres que temo, me despedaza el corazón. Aseguro a usted, mi querido amigo, que nunca he sufrido tanto como ahora deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio [...] [confidencias a José María del Castillo Rada].

De esto debieron hablar los dos generales muy "in extenso" en Popayán. ¡Y de todo lo que había que realizar para impedir el conflicto entre la Nueva Granada y Venezuela! ¡De nuevo la guerra! ¿Quién ha de atajarla? ¡Sucre! Pero de ahí viajará a la muerte. ¡Cuán hondo debió padecer el mariscal con el conocimiento de tal abundancia de traiciones!

Al abrirse enero de ese año final de 1830, que partió en dos la historia republicana de los pueblos colombianos, entran a Bogotá Sucre y sus compañeros de viaje. Hay ambiente tenso, de agresividad y descomposición, que ellos quizá no lo advierten. El mariscal se dirige en seguida a su ayudante el coronel Alarcón (enero 7):

> Anteanoche recibí una carta de usted de 1 de diciembre, y sé por una de Mariana que usted se fue el 4 para Guayaquil [...] Mucho me alegro que

> encuentre usted al señor Cotera en Valparaíso, para terminar con él mis cosas. Es preciso o los encargos o el dinero, y de preferencia éste. Ya no estoy mucho por muebles ni adornos. Si devuelve el dinero repito, que sólo quiero lo que encargué a usted: los brillantes para Mariana [...] Le diré que aquí me han recibido bien. Todos me consideran como moderado en mis opiniones y sólo exigente en pedir garantías. Me han hablado aquí y en Popayán de puestos públicos, y siempre he contestado con mi deseo de pertenecer sólo a mi familia. ¿Creerá usted que cada vez estoy más enamorado de Mariana?

Y en otro pliego, casi inmediato: "Escribo ésta para saludarlo y decirle que estoy bueno. Esto es lo menos malo que me sucede, porque no estoy bien fuera de mi mujer y de mi hija".

Van llegando a Bogotá los diputados de las diferentes regiones de Colombia la grande. Apenas arribe Bolívar se instalará el Congreso; del caraqueño se aguarda todo, como en los peligros de naufragio: se fían del capitán.

> Nuestra esperanza –escribía Soublette desde Caracas a Restrepo en Bogotá [carta del 30 de noviembre último]– está en el Libertador, porque confiamos que en crisis tan delicada y peligrosa encontrará el modo de salvarnos de una catástrofe general.

Y añadía, señalando con precisión el punto crítico:

> Yo estoy cierto que el general Páez verá con suma pena la necesidad de ponerse en guerra con el gobierno y mucho más con el Libertador.

El mismo Soublette decíale a Monagas (18 de diciembre):

> El general Páez y todos nos hemos puesto del partido del pueblo, y nos tiene usted en la empresa de llevar adelante sus votos manteniendo el orden, moderando la exaltación y procurando por todos los medios salvar el país de la guerra civil y de la anarquía.

El Congreso constituyente habría de estudiar la disolución de Colombia. Venezuela se había separado ya de hecho el 26 de noviembre anterior. ¿Se aceptaría o no esta secesión? De no aprobarse, Venezuela la sostendría con las armas. Tal el gravísimo dilema. También tendría que expedirse una nueva Constitución; problema que, en cierto modo, está supeditado al anterior.

Seis meses más tarde se liberará asimismo el Sur (el Ecuador), fracasando así y pereciendo la Colombia grande, forjada por el Libertador en 1819, en Angostura. Este fenómeno de disolución llegó a producirse no sólo por obra de las ambiciones localistas, o como consecuencia del acabamiento de Bolívar, a quien los aspirantes al poder en cada región consideraban ya poco menos que impotente.

Palpitaban y presionaban dentro, muy al fondo, otras cuestiones muy más categóricas. En primer término, la calidad del nexo entre las tres zonas: Venezuela, Nueva Granada, Ecuador. Apenas terminada la guerra, pudo advertirse que la Unión, indispensable durante el conflicto, por las necesidades de unidad de gobierno y de mando, tenía mucho de idealista y artificial. Los venezolanos no se entendían ni querían con los neogranadinos; ni éstos con los ecuatorianos. Los sucesos posteriores, durante el siglo XIX, lo probaron nítidamente. Y el hecho de que Bogotá fuese la capital, en tiempos en que no había medios de comunicación, entorpecía tanto lo administrativo como lo judicial; aparte de que nadie de Venezuela o el Ecuador se satisfacía con que rigiese y gobernase la ciudad neogranadina. El Libertador pensó, sin hallar eco ni apoyo, en una capital situada entre Maracaibo y Cúcuta, de nueva fundación, a la que se hubiese dado el nombre de Las Casas.

En segundo lugar, la tradición colonial, larga de tres siglos en esas tres regiones, correspondía a entidades étnicas diferentes, por causa del ser indígena distinto. Los colonizadores eran unos mismos; en cambio, el indio caribe se alejaba mucho del chibcha neogranadino y del inca ecuatoriano. En consecuencia, el mestizaje fijó características diferenciales que propiciaron, de hecho, distanciamiento. Aparte de que la propia forma de régimen hispano –de Capitanía General en Venezuela, de Virreinato en la Nueva Granada y de Real Audiencia en el Sur– había estructurado

paulatinamente una suerte de conciencia regional, muy cercana a la personalidad inconfundible. Cada cual de esas entidades constituía ya casi una nacionalidad.

No sorprende, por tanto, que, cerrado el período bélico y alcanzada la victoria sobre ligerísimos sacrificios y mucha sangre, las zonas constitutivas de Colombia miraran atrás y retomasen su tradición personalísima. Lo hicieron con vehemencia y pasión.

Bolívar que en sus comunicaciones de Guayaquil, Quito, Popayán, Cartago había anunciado su retiro definitivo del poder, llegó a Bogotá el 15 de enero. "Cuando se presentó –narra el general J. Posada Gutiérrez en sus *Memorias*–, yo vi algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado, sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda, apenas perceptible; los perfiles del rostro todo, en fin, anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal. La tuberculosis estaba dando sus últimos golpes en ese organismo que, sólo por férreo, sólo por titánico en el esfuerzo, pudo resistir un viaje a caballo de más de tres mil kilómetros, en ida y regreso. Lo único que le fortaleció, al arribar a la capital, dándole la vida que le faltaba, fue el amor lealísimo, profundo, de Manuela Sáenz. Sólo el amor puede consolar a los agónicos. Asimismo, y ya de hombre a hombre, debió de tonificarle la presencia de Sucre, amigo, discípulo, su orgullo, admirable hijo espiritual. Bolívar llevaba un propósito concreto al disponerse a abandonar la Presidencia: hacer que su sucesor fuera Sucre. Se lo dijo, con muy marcada intención, al general Flores, que había quedado con la autoridad en el Sur, en carta desde Popayán (5 de diciembre):

> Yo estoy no solamente cansado del Gobierno, sino hostigado de él; por consiguiente, haré todo lo que sea posible para separarme del mando, quedándome sólo con el del Ejército, si me lo quieren dar. Mucho siento dar a usted esta noticia; pero debo hacerlo para su gobierno. Probablemente será el general Sucre mi sucesor, y también es probable que lo sostengamos entre todos; por mi parte, ofrezco hacerlo con alma y corazón.

¿Permitirán los antibolivaristas que tome el poder el mariscal cumanés? ¿En cuál campo estaba ya Flores?

Instalóse el Congreso el día 20. El Libertador y los cuarenta y siete diputados se trasladaron a la catedral, a oír la misa del Espíritu Santo.[263] En seguida procedieron a elegir dignatarios: Sucre, presidente; el obispo de Santa María, José María Estévez, vicepresidente; secretario, el coronel Burgos. Culminó así el ir de Antonio José de Sucre a través de la historia. Acababa de otorgársele la dignidad suprema de dirigente de legisladores, en consecuencia de su éxito como general y de su labor como estadista en Bolivia. Sólo el Libertador le superaba en honores, merecimientos y gloria. Desde los días de la niñez, en Cumaná, junto al coronel su padre, hasta hoy, ¡cuán inmenso camino recorrido, con qué firmeza, con qué favor grande del Destino! Había sido afortunado, sin duda; todo cuanto pudo esperar habíale dado la existencia, y con creces. ¿Quedaba algo por ambicionar? Sí, algo quedaba: la Presidencia de Colombia. De la Colombia que se desmoronaba. Era el último escalón. Y al último escalón nadie llega nunca.

El Libertador presenta su Mensaje, que fija dos puntos sustanciales: lo que ha de hacerse, respecto del futuro; y la importancia de elegir otro Presidente, puesto que él, Bolívar, abdica en forma irrevocable. Para el futuro:

> Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad [...] Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba.

Tal el problema fundamental: consolidar la revolución, ensanchándola, perfeccionándola. ¿Quién proseguiría la obra de los libertadores? ¿Quién? ¡Inmediatamente después de 1830, nadie! Esa,

[263] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit.* T. V: 13.

la deplorable realidad hispanoamericana. Los libertadores aparecen solitarios en la historia. Después de ellos no se continúa el ímpetu de grandeza, sino que triunfan las pequeñas ambiciones, el logro personal, con olvido o menosprecio de los intereses de los pueblos. Durante los dos tercios del siglo XIX, el asalto, la rebatiña, la opresión económica, la constitución y éxito de oligarquías o el dominio de dictadores, tiranos y tiranuelos, serán lo imperante. Sólo algunas figuras aisladas se alzarán para protestar, y construirán, dentro de su ámbito de valores creadores. A partir de 1830, y por espacio de setenta u ochenta años la historia de la América hispana no figura con alto honor en la Historia universal. Se halla siembra poca, difícil, llena de obstáculos. Incluso lo que pudo volverse conciencia continental tornóse enemistad, odio, guerras entre países vecinos que se disputaban por linderos o por presuntas primacías. Imperó la injusticia.

En lo relativo al sucesor suyo, Bolívar señalaba:

> El magistrado que escojáis será, sin duda, un iris de concordia doméstica, un lazo de fraternidad, un consuelo para los partidos abatidos. Todos los colombianos se acercarán alrededor de este mortal afortunado: él los estrechará en los brazos de la amistad, formará de ellos una familia de ciudadanos. Yo obedeceré con el respeto más cordial a este magistrado legítimo: lo seguiré cual ángel de paz; lo sostendré con mi espada y con todas mis fuerzas.

El Libertador hacía el retrato de Sucre en esta descripción. La última frase, en esencia, decía lo mismo que en su carta a Flores, mes y medio atrás: "Probablemente será el general Sucre mi sucesor, y también es probable que lo sostengamos entre todos; por mi parte, ofrezco hacerlo con alma y corazón".

Dos días después de instalado, el Congreso recibía de Bolívar el calificativo de "admirable": por lo que iba a realizar, la calidad de su Presidente, Sucre; el espíritu liberal, auténtico, que ahí parecía regir: "El Congreso –dice una carta del Libertador al doctor José Antonio Arroyo– es admirable, sin que haya una persona que

pretenda la desunión, ni la separación: todos están unidos con ideas liberales. De manera que yo estoy muy contento". Era la alegría opaca de lo que es la única esperanza. Exigió el Congreso que Bolívar continuase en el poder hasta que se expidiera la nueva Constitución.

> Quien ha aprendido a angustiarse en debida forma, ha aprendido lo más alto que cabe aprender. Cuanto más hondamente se angustia, tanto más grande es el hombre.
>
> KIERKEGAARD. *La angustia.*

A los quince días de sesiones, Sucre deja la presidencia del Congreso, para cumplir grave mandato de éste: trasladarse a Venezuela con el vicepresidente, obispo Estévez y el diputado García del Río (que no pudo viajar). Se le confiaba así al mariscal una dificilísima misión, en momentos en que Venezuela vivía ya clima de guerra, sostenido principalmente por los generales Páez y Mariño. A la vez, se le forzaba, con el irrenunciable encargo, a dejar el recinto de las discusiones de la nueva ley fundamental; así, podría operarse libremente para impedir, entre otros objetivos, su acceso a la Presidencia de Colombia, de esta Colombia que se desarticulaba rápidamente. En su reemplazo fueron elegidos dos hombres "sin gran influencia en los negocios del país", según opinión del agente francés Buchet Martigny:[264] Vicente Borrero, "hombre muy razonable en sus ideas", y José Modesto Larrea, "el propietario más rico de Quito" (Presidencia y Vicepresidencia, respectivamente). Había comenzado a practicarse una política muy astuta, muy calculada, sin grandeza. Empezaba el Congreso a no ser "admirable".

El ambiente de Bogotá, emponzoñado, volvíase turbio a fuerza de sospechas, temores. Nadie sabe exactamente qué sucederá entre granadinos y venezolanos. Se conoce la decisión de Páez de defender a Venezuela de "todo poder extraño"; que el general Bermúdez, hasta ayer tan adicto al Libertador, ha lanzado una "Proclama" (16 de enero), donde dice:

[264] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit.* T. V: 73.

> Jamás me ocurrió la idea de que pudiese llegar a nosotros el día malhadado de tomar las armas para prepararnos contra un déspota, levantado del seno mismo de la familia colombiana: el general Bolívar [...] Ciudadanos: el solemne pronunciamiento de los pueblos de Venezuela ha excitado, sin duda, la rabia, el encono y el encarnizamiento del general Bolívar contra nosotros [...].

Mariño, tras comparar a Páez con Washington –"¿Me permitirá Vuestra Excelencia que le felicite como el Washington del siglo XIX?"–,[265] ha ofrecido "diez mil bravos" para marchar contra Colombia. Y Páez ha formado dos ejércitos: el uno de frontera, en el Táchira, y Mérida, y el otro de reserva. El primero está comandado por Mariño; el segundo, dirigirá Páez en persona.

Bolívar, calificado torvamente de "déspota" y de forjador de guerras contra su patria, Venezuela, pensaba de otra manera. Al día siguiente de partir los delegados Sucre y Estévez, se dirigía al general Montilla así: "Yo creo que las cosas de Venezuela se arreglarán amigablemente con la comisión que manda el Congreso a este fin; lo que será muy satisfactorio para todos los amigos de la Unión". El Libertador estaba equivocado. Los venezolanos habían decidido mantener su separación en forma definitiva y por todos los medios. Se engañaba quizá porque él, como ninguno, necesitaba paz. Se defendía, dentro de lo posible, de la tuberculosis, que lo iba destrozando. "Mi cabeza –escríbele a O'Leary hacia fines de mes (febrero)– no está en estado de entrar en el laberinto de la política y de la guerra". Es hombre vencido, aniquilado. Se hace demagogia en Venezuela, acusándole mucho. No hacía nada, no planeaba nada. A Rafael Arboleda (27 de febrero) confesábale: "Hace algunos días que me atacó una fuerte enfermedad provenida de revolución de bilis, y aunque ya estoy bueno, la debilidad con que he quedado me tiene bastante molesto". A tanto llega el decaimiento, que el día 1 de marzo entrega el poder al presidente del Consejo de Gobierno, general Domingo Caicedo –quien desempeñaba las funciones de canciller en el Gabinete– y se retira a la quinta de Fucha, cercana a

[265] PARRA PÉREZ, C. *Op. cit*. T. V: 40.

la ciudad, en busca de pacífica convalecencia. Allí le visitó un día el general Posada Gutiérrez, quien cuenta esto en sus *Memorias*:

> De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: Mi gloria, mi gloria, ¿por qué me la arrebatan?, ¿por qué me calumnian? ¡Páez! ¡Páez!

A los cinco días de descanso en Fucha, aunque todavía sin noticias de Sucre, ya tiene el Libertador una percepción clara del problema; ya no se engaña: "Dentro de un mes –expresa a José Fernández Madrid– se sabrá el resultado de la misión que ha mandado el Congreso a Venezuela", la que probablemente no traerá ningún resultado de importancia, sino repeticiones de los actos anteriores. El Congreso, en vista de ésto, decidirá si se decide o no la separación de ambos países; en lo que habrá poca duda, porque parece que la opinión pública está por evitar la guerra.

El general O'Leary, que hallábase en misión fronteriza, fue el primero en conocer la disposición oficial venezolana: "Es mi deber prevenir a vuestra señoría –rezaba una comunicación del general Mariño al general Piñango–, con arreglo a las instrucciones que tengo de mi gobierno, que si se verificase la aproximación de tropas de Bogotá a nuestra frontera, se dirija vuestra señoría, oficialmente, al jefe que las acaudille, protestándole que si da un paso más acá de Táchira, Venezuela lo reputará como una declaración de guerra". O'Leary repuso enfáticamente: "Las instrucciones del Gobierno serán la norma de mi conducta. El día que se me mande pasar el Táchira, lo verificaré a pesar de las protestas del general en jefe Santiago Mariño, a quien vuestra señoría tendrá la bondad de decir que las jactancias son impropias de los valientes". ¡Un irlandés le hablaba, en su lenguaje, a otro que también tenía sangre irlandesa! ¡Rígidos ambos, inflexibles!

Hacia comienzos de marzo, los delegados están ya en Pamplona, muy cerca de los linderos. Sucre piensa en su mujer y su hija. Carta para Alarcón:

> Si vienen los muebles, bien; si no, repito que del dinero me compre usted para Mariana lo que le encargué [...]

> Adiós, mi querido Alarcón. En dos o tres meses nos veremos; en tanto, organice usted todas mis cosas por allá y haga usted ese buen servicio a Teresita.

El hombre planea siempre; el hombre es un ser en futuro: el Destino suele mofarse de los proyectos. No parece, así, que haya planeamiento de la historia, sino que ésta va haciéndose; los unos sucesos se ajustan a los otros. Dos semanas difíciles fueron aquellas, casi envueltas en incendio. Mariño, Páez, Piñango, constituían trío que condensaba en sí la determinación de Venezuela de mantener su secesión. Piñango, apenas abierto marzo, recibió esta nota:

> Me ha mandado el general Páez –escribe el general Valero– prevenirle que no permita pasar a nadie que venga del Gobierno de Bogotá a este lado del territorio de Venezuela; pues cualquiera jefe que se presente se le detendrá; y si trae comunicaciones para su excelencia, se remitirán inmediatamente a esta Secretaría de Guerra y aguardará las contestaciones de su excelencia, quien se reserva providencias y espera que se interponga con los comisionados de aquel Gobierno que se presenten a nuestras fronteras, cualquiera que sea la categoría del sujeto.

¡El "sujeto" era Sucre! ¡Un venezolano!

El mariscal y el obispo atraviesan la línea fronteriza del río Táchira y llegan a la población venezolana de Táriba (13 de marzo). Al día siguiente se les presenta el comandante Perdomo, para notificarles, a nombre del Gobierno, que deben retroceder. Contesta Sucre que no son delegados del Gobierno de Bogotá, sino del Congreso, de un Congreso que está integrado por venezolanos también. Responde Perdomo que el régimen de Venezuela no hace distingos entre Gobierno y Congreso, y que empleará las armas si fuere necesario. El juez político de La Grita, presente en la escena, hace una intimidación judicial. Sucre, iracundo, la devuelve, "con una expresión indecorosa". Los de la misión de paz se ven forzados a retirarse, para estudiar determinaciones. Resuelven avanzar. A las doce del día del 16 entran a La Grita. Perdomo aparece de nuevo, oponiéndose al avance. La respuesta entonces va por escrito:

> Las órdenes del gobernador de Mérida hablan de comisionados del Gobierno, y ya dijimos a usted en Táriba que nuestra comisión es del Congreso [...] En Táriba exigimos a usted la orden de impedir nuestra marcha por la fuerza, y la exigimos ahora de nuevo; pero si con sólo las que usted nos ha incluido en copia se resuelve a hacernos retroceder de mano armada, puede usted decírnoslo, y en ese caso es sobre este acto arbitrario de usted que el Gobierno le hará los cargos correspondientes, y sobre que usted será responsable.

Consultados Mariño y Piñango, respondieron: "Que no se permita por ningún título el paso a los comisionados de paz" (Mariño). Piñango escribió a los propios delegados:

> Nada importa que vuestra excelencia y su señoría ilustrísima hayan sido comisionados por el Congreso o por el Gobierno de Bogotá, haciendo una abstracción entre ambas cosas que me es imposible admitir y que debe relegarse a las controversias científicas. Yo debo dar cumplimiento a las disposiciones de mi Gobierno, que me ha prevenido no permita el paso a ningún comisionado que venga de Bogotá, cualquiera que sea su carácter o representación.

Sucre y Estévez rechazan esta medida "inaudita en las revoluciones y en las guerras" y echan toda la culpa "a los jefes que dirigen el trastorno en los departamentos del Norte". Y resuelven, no sin dejar sentada de nuevo su protesta, iracunda de parte del mariscal, retroceder, atravesar la frontera y escribir al Congreso desde El Rosario.

La ira de Sucre procedía de diversas consideraciones, más importantes, según él, que la ofensa a su persona de mariscal y presidente del Congreso colombiano. ¡Se le rechazaba en su propia patria; no podía entrar a su Venezuela! ¡Obraba directamente contra él el general Mariño, su antiguo jefe por largos años, y colocado hoy en grado militar inferior! Estas ingratitudes e injusticias le

removieron la sangre, quemándola. Además, ¿no se había hecho la independencia para que rigieran el derecho y las libertades? Se ofrecía ahora un acto despótico injustificable dentro de las disposiciones constitucionales vigentes. Sucre palpó ese momento, una vez más, cómo la política y la ley pueden marchar, y marchan, a veces, por rutas contrarias, con mengua siempre de la segunda.

¿Por qué no se les dejó avanzar hasta Valencia, hasta Caracas, a los comisionados, ciudadanos eminentes, rectos, merecedores de todo respeto y confianza? Los historiadores de ese tiempo, José Manuel Restrepo, neogranadino y miembro del Gobierno de Bogotá, y Rafael María Baralt, entonces militar en las filas del ejército de Mariño,[266] expresaron que se les detuvo, por causa de los trastornos que podía producir su presencia en Venezuela, donde el espíritu de separación no era ni unánime ni firme. "El sistema hallábase tan mal cimentado, que debía caer por sí mismo luego que se conociera la verdad" (Restrepo).[267] "No dejaron llegar a Sucre hasta Caracas, donde era esperado con ansia por los partidarios de la unión, por temor de que su presencia provocara una reacción en favor del mantenimiento de la gran república" (Baralt).[268]

Respondió el Congreso de Bogotá, sin reaccionar en ningún sentido ante la férrea decisión venezolana, con el nombramiento del comisionado que faltaba, en la persona del diputado Francisco Aranda. Por su parte, el régimen venezolano había designado también a sus personeros para la ya llamada "Conferencia de paz": el general Mariño, Martín Tovar y Andrés Narvarte. Este último se excusó por enfermedad, y en su reemplazo actuó el sacerdote Ignacio Fernández Peña, prebendado de la catedral de Mérida.

Las conferencias de las dos delegaciones se efectuaron en la ciudad colombiana de El Rosario, muy cerca de la frontera. El Congreso, con ánimo conciliador, había autorizado para que sus emisarios dialogaran y pactaran, no con un "Gobierno de

[266] Cf. RESTREPO, JOSÉ MANUEL. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Editorial Besanzon, 1958 (cuatro volúmenes), y BARALT, RAFAEL MARÍA. *Historia de Venezuela*. Maracaibo: Universidad del Zulia, 1960).

[267] Se aducía en Venezuela, como capital argumento, la aspiración monárquica del Libertador. Y se publicaba pérfidamente que el Gobierno de Bogotá estaba resuelto, con Bolívar, a hacer la guerra a Venezuela.

[268] BARALT, RAFAEL MARÍA. *Op. cit*. T. II: 598.

Venezuela", sino con los representantes del jefe "superior del Norte". Aquellos cuatro días de entrevistas –del 18 al 21 de abril– entraron en "impasse" desde el primer momento, porque los venezolanos, obedeciendo instrucciones precisas, plantearon se les reconociera como "enviados del Gobierno del Estado de Venezuela". Aquello implicaba admitir la secesión. Se adujo el supuesto propósito monárquico de Bolívar; cayó en el vacío, por inepto. Sin poder salir del punto muerto, los del Congreso pidieron se les dejase viajar a Valencia donde estaba para instalarse la Legislatura venezolana. Se les negó. Solicitaron el traslado de los venezolanos a Bogotá a tratar directamente con los legisladores en sesiones. Tampoco fue aceptado. Sucre dio a conocer entonces el retiro definitivo del Libertador. Insistió, en efecto, Bolívar en su renuncia ocho días después –el 27 de abril– y abandonó a Bogotá el 8 de mayo.

Antes de que fracasara el intento de inteligencia, los venezolanos plantearon, "con carácter privado", la desmembración integral de Colombia. Su propuesta concreta decía:

> Que siendo general el desagrado contra la administración que ha tenido Colombia hasta el día, se acuerde a la Nueva Granada y a Quito que, así como Venezuela, puedan organizarse libremente. Que el actual Congreso decrete lo conveniente para mantener provisoriamente las relaciones exteriores de Colombia y para cuidar del crédito nacional, hasta que los congresos de los diversos Estados acuerden lo que conduzca a la inteligencia que deba reinar entre ellos en lo sucesivo [...] Que con respecto a la Nueva Granada y a la antigua presidencia de Quito se adopten las medidas necesarias para que formen sus gobiernos previsorios que, reuniendo la representación nacional de aquellos pueblos, constituyan definitivamente sus gobiernos.

Se quería matar y sepultar a la Colombia creada en Angostura; la Colombia grande, que Bolívar planeó, en soberbio alarde idealista para que sirviese de contrapeso y equilibrio en el continente. Se señalaban los métodos y caminos de la destrucción, que no fueron desoídos por los interesados.

Ahí mismo, en esa iniciativa de Mariño, Tovar y Fernández Peña se le cerraban al Libertador todas las rutas. Decía el punto 3°:

> Que para calmar desconfianza no se nombre para ejercer las funciones de que se ha hablado a ninguna de las personas que hayan obtenido en el sistema constitucional y en la administración que le sustituyó, los empleos de presidente y vicepresidente de la República, de secretarios del despacho y del Consejo de Estado.

Significaba decapitar, de un tajo, a Bolívar, Santander y otros funcionarios. Tal la intención. Sobre todo, eliminar al Libertador. Sucre, con altivez y dignidad, replicó sin titubeo con esta proposición, que le involucraba a él mismo, y a Páez, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Montilla y otros:

> Habiéndose hecho azarosos algunos militares que, abusando de su poder o de su influencia, han hollado los unos las leyes y acusándose a otros por sospechosos de intentar un cambio de las formas de gobierno, se prohíbe que durante un período, que no será menos de cuatro años, pueda ninguno de los generales en jefe, ni de los otros generales que han obtenido los altos empleos de la República en los años desde el 20 al de 30, ser presidente o vicepresidente de Colombia, ni presidentes o vicepresidentes de los Estados, si, se establece la confederación de los tres grandes distritos, entendiéndose por altos empleos el de presidente o vicepresidente, de ministros de Estado y jefes superiores.

Y subrayó Sucre que él quedaba entre los excluidos, en primer término. Y no citó nombres ningunos, pero se les veía de cuerpo entero a Páez, a Mariño, a Santander, al embozado Juan José Flores, que, antes de un mes, se erigirá presidente del Ecuador, saltando sobre más de una cabeza.

¿Fue una proposición de simple revancha y reto, la del cumanés? No, sin duda. Sus énfasis procedían de cálculo y de bien

cuidado análisis. Tres días antes de la conferencia ya le había expresado al Libertador:

> Sabiendo que los comisionados pretenden que el Congreso admita la renuncia de usted, he pensado para cuando lo propongan oponerles "que usted ni ninguno de los generales en jefe puedan ser presidentes o vicepresidentes de la República, ni presidente de ninguno de los Estados [si hay federación] a lo menos durante el primer turno en que se establecerán las constituciones; puesto que el abuso que se ha hecho del poder militar ha producido alarmas y desconfianzas, que hacen urgente esta medida. Si se consigue, anularemos algunos peligrosos, pues son muchos generales en jefe los de las novedades de Venezuela, y si no se consigue, se verá que ni usted ni yo pretendemos nada.

El golpe fue, así, muy meditado. Y trataba, además, de que los pueblos libertados se enrumbasen mediante la acción de los civiles, y no de los militares. Intuía que el azote de las nuevas repúblicas iba a ser la clase castrense, reclamadora de premios por servicios de guerra, y envalentonada además sobre una población empobrecida y en duelo por millares de víctimas. Al fondo, temía, temía mucho: "Creo que habrá nuevas escenas –expresa otra carta al mismo Bolívar–, y que el incendio revolucionario lo abrasará todo. Veo delante de nosotros todos los peligros y todos los males de las pasiones exaltadas, y que la ambición y las venganzas van a desplegarse con todas sus fuerzas".

En el seno del Congreso, con eficacia mayor, los políticos operaban en el mismo sentido de impedir que "alguno" o "algunos" llegasen al Gobierno. Se fijó, en una ley, que para ocupar la Presidencia se requería la edad de cuarenta años. ¡De esta manera, baja y ruin, se impidió que Sucre fuese el sucesor de Bolívar en el poder en Colombia! El cumanés no tenía sino treinta y cinco años.[269]

[269] Por añadidura, se exigía "haber residido en la República a lo menos seis años antes de la elección". Sucre no tenía sino cerca de dos.

En la ciudad neogranadina de Cúcuta, vecina de El Rosario, se quedan los emisarios del Congreso unos días. Y, al ser testigos de que los venezolanos –Mariño en especial– ejercitan y realizan influencia sobre los neogranadinos, para incitarles a sublevarse contra el régimen colombiano, presentan a los venezolanos una protesta oficial:

> [...] Los comisionados se ven en el caso de protestar solemnemente que todo acto de intervención, directa o indirecta, sobre estos pueblos de parte de los jefes, oficiales y aun simples particulares que estén sometidos o se hayan acogido al Gobierno y fuerzas que actualmente existen en los departamentos de la antigua Venezuela, será considerado como una hostilidad.

Replican los otros:

> Los infrascritos creen de su deber repetir a los señores diputados del Congreso de Colombia que en casi todas las provincias de la Nueva Granada existen fuerzas y bien pronunciadas disposiciones a favor de las reformas y principios proclamados por Venezuela.

Respuesta de los del Congreso:

> Los infrascritos están persuadidos, sin que puedan dudarlo, que los agentes de este desorden son militares y están en San Antonio [...] Los comisionados se ven en la necesidad de protestar de nuevo la responsabilidad de sus autores.

¡Ha terminado el intento de mantener la unidad colombiana!

De esta Cúcuta, poco antes de la Conferencia, Sucre habíale escrito a su mujer, con impositivo amor:

> Te escribo por un extraordinario para saludarte, para decirte que te pienso cada vez con más ternura, para asegurarte que desespero por ir junto a ti; para pedirte que por recompensa de mis delirios, de mi adoración

> por ti, me quieras mucho, me pienses mucho [...] Espero que antes del 20 de abril habrá concluido mi comisión. Como marcharé volando y me demoraré muy poco en Bogotá, estaré contigo muy breve. Este es todo mi deseo [...] No aceptaré nada, sean cuales fueren las cosas. Todo, todo, todo lo pospondré a dos objetos: primero el complacerte, y segundo a mi repugnancia por la carrera pública. No habrá nada que me retraiga de este propósito. Me alegraré si puedo con esto darte pruebas incontestables de que mi corazón está enteramente consagrado a ti, y de que soy digno de que busques todos los medios de complacerme y corresponderme. En mi carta anterior te dije que me escribas con el sobre a Popayán. Te lo repito ahora con mayor motivo, y con más seguros datos [...] Adiós, Mariana mía, quiéreme como te quiero. Tu Antonio.

Parte Sucre, con prisa, a Bogotá; conferencia con Bolívar; éste presenta la renuncia de presidente, en reiterado documento que el Congreso admite y aprueba.

> Este paso lo he dado –confiale Bolívar a José Fernández Madrid [abril 28]– porque estoy persuadido de que es imposible que un hombre solo sea capaz de contener la inmensa anarquía que devora el Nuevo Mundo [...] Usted es poeta y me entenderá con la imagen siguiente: este es un navío combatido por las tempestades y las olas: sin timón, sin velas, sin palos, ¿que podrá hacer el piloto? Necesita de quien remolque el buque y lo lleve al puerto. Yo soy este piloto que nada puedo.

El 29 se expide la nueva constitución, que el Libertador califica de muy liberal y acertada. El 30, Sucre renuncia por carta[270] la presidencia del Congreso. Piensa en el fracaso de su misión ante Venezuela. No la aceptan. Los acontecimientos avanzan a ritmo acelerado. El 4 de mayo el Congreso elige Presidente de Colombia

[270] No arribó a Bogotá sino el 5 de mayo.

al diplomático neogranadino Joaquín Mosquera –no se hallaba en la capital–, y Vicepresidente al general Domingo Caicedo, que había estado en ejercicio del poder; continuó en él, en consecuencia, por algo más de un mes. Mosquera se encontraba en Popayán, su ciudad natal. El 7 se sublevaron en Bogotá los batallones venezolanos *Granaderos* y *Húsares del Apure*; exigieron dinero; se les dio, y se marcharon a Pamplona, de donde pasaron, con otras tropas, a Venezuela. Los estudiantes bogotanos, ese mismo 7, quemaron en pobre algarada inconsciente, el retrato del Libertador. El 8, sale Bolívar de Bogotá, rumbo a Cartagena.[271] Dos días antes se instala el Congreso constituyente de Venezuela en la ciudad de Valencia. Páez continuará, ya muy tranquilo y satisfecho, en el poder. Los legisladores ordenan una infame y ruin comunicación al Libertador: "Venezuela, a la que una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que corrió de haber sido para

[271] El vicepresidente, general Domingo Caicedo, bogotano y de la misma edad de Bolívar, era hombre pacífico: más que pacífico, manso, en extremo afable. Había luchado por la independencia, y su honradez constituía uno de sus mayores merecimientos. Se le eligió porque significaba la resistencia menor; nadie se opondría a su nombre. Pero su natural blandura significaba que carecía de la acción enérgica, quizá audaz, que se requería al alejarse el Libertador y al desatarse, por ende, las pasiones políticas y las ambiciones.

El grupo de bolivaristas en el Congreso tuvo por candidato a la Presidencia, en primer término, no a Joaquín Mosquera, sino al abogado cartagenero Eusebio María Canabal, a quien le rechazaron los otros diputados. Convínose entonces en Mosquera, porque había manifestado que la secesión de Venezuela debía de considerarse como hecho cumplido. Esta circunstancia pesó más que la de ser bolivarista, a los ojos de los antibolivaristas. El nuevo Presidente –que se encontraba en Popayán y que se hizo cargo del poder cuarenta días más tarde– "era un rico propietario de la ciudad de Popayán –dice Baralt– y se le respetaba como varón de gran saber, doctrina y probidad, justo y patriota. Admirado sin envidia y atacado después sin odio, obtuvo respeto y estima hasta de sus propios enemigos". Pero, como en el general Caicedo, "su carácter era –escribe el general Posada Gutiérrez– condescendiente, irresoluto, contemporizador. Faltábale la fuerza necesaria para hacer frente a los sucesos y a los hombres en aquellos momentos de crímenes y desenfreno". En suma, las elecciones de Presidente y Vicepresidente significaron desacierto. Los dos fueron derrocados a los cuatro meses de haber salido Bolívar de Bogotá. Este gobierno efímero fue sustituido por la dictadura del general venezolano Rafael Urdaneta. Así, el día en que murió el Libertador (17 de diciembre), su vieja Colombia, ya desmembrada, hallábase regida por tres venezolanos: los generales Páez, Urdaneta y Flores. Una coincidencia elocuente.

siempre su patrimonio, protesta que mientras éste permanezca en el territorio de Colombia no tendrán lugar aquellas transacciones". (Son los proyectos de acuerdo de Venezuela con el Gobierno de Bogotá). Inmediatamente, la *Gaceta de Venezuela* publica la opinión de los electores de la provincia de Carabobo –en Carabobo dio el Libertador la batalla final por la independencia de Venezuela–: "Siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela".[272] ¡Palabras más que viles, cobardes!

No todo era ingratitud, sin embargo. En Quito se firmaron dos cartas –el Quito de Manuela Sáenz y de Mariana Carcelén–: la una, de lo más destacado de los ciudadanos, y la otra, del obispo de la ciudad, dirigidas al Libertador:

> Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir que V. E. no pueda volver al país donde vio la luz primera, y es por esta razón que nos dirigimos a V. E. suplicándole que se sirva elegir para su residencia esta tierra, que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, a donde no alcanzan los tiros de la maledicencia, a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable.

El obispo expresaba:

> Venga V. E. a vivir entre nosotros, seguro de que recibirá siempre los homenajes de gratitud y respeto que otros olvidados ofenden o no corresponden. Esta es mi voz: es la del clero.

Casi al momento de partir, aquella mañana fría, brumosa, del 8 de mayo, una comisión entrega al Libertador un documento con más de dos mil firmas, que reconforta y aroma el espíritu del genio:

[272] RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Bolívar*. Madrid: Edime, 1955: 377.

> Enseñaremos a nuestros hijos a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento.

Después de leerlo, Bolívar, con el ceño contraído, los ojos bajos y tristes y sin hablar palabra, se despide de los presentes con un apretón de manos o con un abrazo. Están el general Caicedo, vicepresidente en ejercicio del poder, el arzobispo, señoras, muchos amigos. El abrazo intensísimo a Manuela Sáenz es el único que, de parte de ella, no tiene la profunda acentuación dramática del momento. Ella cree que su amante volverá, y pronto; ella, Manuela, entrará en la conspiración política para que el retorno se produzca. (La revuelta triunfó, pero Bolívar no regresó: estaba el inmenso hombre a pocos meses de distancia de la hora del sepulcro).

Sale el Libertador, baja las gradas, monta a caballo y, con el sombrero en la mano, se aleja para siempre de la capital neogranadina, acompañado de numerosas personas que fueron con él, a caballo también, hasta una distancia de diez kilómetros. Estaba cerrándose un gran capítulo de la historia americana, y se abría la primera página del epílogo.

Sucre no estuvo presente en aquel instante supremo de adioses definitivos. Fue obra de media hora, de una hora, lo que se interpuso. He aquí la carta del mariscal:

> ¡Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado! Acaso es esto un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted. Mas no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que usted me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo. Adiós, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este

> momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

Esta vez sí debió llorar Sucre, con llanto de hombre a quien se le va lo que más ha amado en toda su vida. Bolívar le contestó del camino –de Turbaco– (26 de mayo):

> Mi querido general y buen amigo: La apreciable carta de usted, sin fecha, en que usted se despide de mí, me ha llenado de ternura, y si a usted le costaba pena escribírmela, ¿qué diré yo, yo, que no tan sólo me separo de mi amigo, sino de mi patria? Dice usted muy bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como estas; perdone usted, pues, la falta de ellas y admita usted mis más sinceros votos por su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de usted cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho. Usted se complacerá al saber que desde Bogotá hasta aquí he recibido mil testimonios de parte de los pueblos. Este departamento se ha distinguido muy particularmente. El general Montilla se ha portado como un caballero completo. Saludo cariñosamente a la señora de usted, y protesto a usted que nada es más sincero que el afecto con que me repito de usted, mi querido amigo, su Bolívar.[273]

El Libertador no se entrega del todo en esta carta. Parece reticente. ¿Le disgustó de veras no ver por última vez a quien consideraba su hijo?

¿Por qué no acudió Sucre a tiempo? Con la sublevación del día anterior de los cuarteles *Granaderos* y *Húsares del Apure* se suponía que la fecha del viaje había quedado pospuesta. Se temía, incluso, por la vida del Libertador; muchos de sus enemigos expresaron

[273] BOLÍVAR, SIMÓN. *Obras completas* (compilación y notas de Vicente Lecuna). La Habana: Editorial Lex, T. III, 1950: 424.

públicamente la necesidad de no dejarlo partir: consideraban que no iba para Cartagena y que la rebeldía de las tropas venezolanas significaba una reacción a favor de Bolívar ... Tan acentuados fueron los temores, que el propio presidente de la República general Caicedo, se trasladó a la casa del Libertador y pasó allí la noche, con varios, más una compañía de granaderos. Probablemente no durmieron casi nada. "Muchos hablaban hasta de un segundo 25 de septiembre".[274] Además, "la mayor dificultad que tenía para realizar la salida era la escasez de recursos; desde el mes de marzo había introducido en la casa de moneda su vajilla de plata, que sólo produjo 2.500 pesos; vendiendo sus alhajas, caballos y cuanto le quedaba, sólo pudo reunir 17.000 pesos".

Sucre había llegado a Bogotá, con los otros comisionados el 5, o sea tres días antes del éxodo del Libertador. Alcanzó a las últimas sesiones del Congreso, que se clausuró el 10. Pudo conversar varias veces con Bolívar: sobre el presente, muy en especial sobre el futuro. "La última entrevista –relata Posada Gutiérrez– fue tierna y congojosa: estrechamente abrazados derramaron lágrimas uno y otro sobre el corazón del uno y del otro. Ambos veían que sus sacrificios eran perdidos".

A la vez que conferenciaba con Bolívar, y una vez ido éste, el cumanés acudía reiteradamente a casa del Presidente. "El señor Caicedo quería que el general Sucre influyese en mantener la unión de los departamentos del Sur con los del centro, en una república centro-federal... Sucre le ofrecía procurarlo, aunque temía que antes de su llegada a Quito hubieran ocurrido algunos trastornos por allá, en cuyo caso serían infructuosos sus esfuerzos".[275] El Presidente expresó: "De todos modos, yo tengo confianza en que usted, llegando a Quito en tiempo, podrá hacer mucho en este sentido".

El mariscal salió de Bogotá hacia el día 13, muy poco después de clausurado el Congreso Admirable. Esperaba llegar al hogar antes del 13 de junio, fecha de su onomástico (festividad de San Antonio

[274] POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Memorias históricas políticas*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2ª ed., T. II, 1929: 20. El general Posada Gutiérrez fue testigo presencial de todos estos acontecimientos; era uno de los diputados del Congreso.
[275] POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Op. cit*. T. II: 142.

de Padua). Quizá se lo había ofrecido así a la marquesa. Sobre todo, quería estar en Quito antes que fuese tarde para salvar la unidad colombiana.

Iba apenas en la primera jornada a caballo, cuando el Sur –el Ecuador– consumó la desmembración de Colombia (13 de mayo de 1830). Los diez diputados de esa región habían anunciado en pleno Congreso, en Bogotá, que su zona procedería a constituirse en República, si se aceptaba que Venezuela lo hiciese. En Bogotá se hablaba de la secesión ecuatoriana desde hacía dos meses; a comienzos de año el general venezolano Juan José Flores, que tenía el gobierno de esas provincias, ya movía el tinglado hacia tal desenlace. Tres años atrás, Flores opinaba lo contrario ante Santander: "No vaya a creer V. E. que este Departamento piensa como Venezuela. Mientras yo esté en él, pongo mi cabeza si llega a pensar siquiera separarse de la obediencia al gobierno" (carta de 21 de julio de 1826).[276] La hora entonces no había llegado; la idea, de por sí, fue caminando por dentro y avanzando en el espíritu del joven y ambicioso militar, cuyo primer acto fue casarse con dama aristócrata y muy adinerada de Quito.

Era obvio que Flores considerase que, apenas terminado el Congreso Admirable, Sucre volvería a su casa sin demora. Y que la personalidad del mariscal, tan alta en toda Colombia, obraría eficazmente, ya para mantener la unión, al menos con Nueva Granada, ya para regir los destinos de la Nueva República, si se producía la separación del Sur (Ecuador) en forma inevitable. ¿Qué hacer, por tanto? Apresurar los acontecimientos: lanzar el acto de independencia en cualquier forma antes del arribo del mariscal, para quien Flores no era sino un oficial subalterno menor en edad con siete años, muy inferior en calidad humana y en todos los otros campos.

El hijo de Puerto de Cabello tomó el poder por asalto. Tenía en su favor la amistad de las personas influyentes, con quienes había

[276] El primer intento separatista de Venezuela se produjo en 1826. Este año de 1826 es llamado el de *La Cosiata* en la historia venezolana. La frase popular, para explicar aquel nombre, rezaba: "¿Qué es la cosa, qué es la cosiata, qué es la cosiata?". La cosiata era, al fondo, la aspiración presidencial del general Páez, desde entonces.

que contar para el golpe: todas ellas aspiraban, también, a ser gobierno.

Aquel 13 de mayo, por iniciativa del doctor Ramón Miño, procurador de Quito y por voz del Cabildo de la ciudad, reúnese en la Universidad una "Junta de Notables". El pueblo no actuó en ningún sentido; ni se le informó ni se le tomó en cuenta. El único en oponerse fue el hermano de Manuela Sáenz, general José María Sáenz, que tenía el cargo de Prefecto. Hubo de ceder ante la presión del floreanismo. Más tarde, se enfrentará altivamente a Flores, desde el periódico *El Quiteño Libre*, o en el campo de la insurrección armada; será traidoramente asesinado (1834) después de un combate.

Proclamada por la Junta la escisión, se nombra, naturalmente Jefe Supremo del nuevo Estado al general Flores, "hasta tanto se reúna la Asamblea Constituyente". "Las cosas se hicieron con tal rapidez y precisión, que todo debió de haber estado hábilmente preparado por el mismo Flores".[277] Guayaquil aceptó el acto cumplido en Quito, seis días más tarde, y Cuenca, inmediatamente después. Erigido así el Ecuador –nombre este ambiguo, sin originalidad ni personalidad– por llamarse así la línea equinoccial de la Colombia de Bolívar, no quedó nada en pie. Los nuevos amos de las tres regiones eran los generales. Sus tropas, terminada la guerra, se volvieron fuerza política.

Sucre estaba ya de viaje. ¿Cómo iba Flores a prevenirse contra peligros para mantener en pie el éxito del día 13? La Asamblea Constituyente, convocada para septiembre de ese mismo año, ¿no podría pensar en el mariscal para la Presidencia? ¿Quién triunfó en Pichincha? ¿Quién tenía ya la experiencia del mando, precisamente con una nación apenas nacida: Bolivia? Un pasado demasiado próximo decía que Flores pudo comandar en Tarqui, pero comandó Sucre. El cumanés alzábase demasiado poderoso, en extremo alto; producía inmensa sombra. ¡Y cuántas ambiciones hallábanse ya en juego!

No representaba el mariscal una entidad a la que tratarían solamente de vigilar muy de cerca los nuevos mandantes del

[277] PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Historia del Ecuador*. T. III: 142.

Ecuador. Ya en Venezuela le habían negado la entrada, "porque era esperado con ansia por los partidarios de la unión, y por temor de que su presencia provocara reacción en favor del mantenimiento de Colombia". En la Nueva Granada, donde los antibolivaristas se denominaban liberales –el Libertador los llamaba "demagogos"–, también había graves reservas:

> El general Sucre –expone Posada Gutiérrez–[278] era a los ojos del partido de los liberales el hombre más peligroso, después de Bolívar. El noble comportamiento que siempre tuvo con él, y más en los días de su desgracia, que se interpretaba por inteligencia secreta en planes que se suponía se fraguaban entre los dos para después; el inmenso prestigio que le daba su esplendente gloria militar; el ascendiente que tenía sobre el ejército; su capacidad y su variada instrucción, y el respeto que inspiraba la rigidez de sus costumbres públicas y privadas, todo hacía que se le viese como el sucesor más digno de Bolívar, como el único que podía con probabilidades de buen suceso intentar el mantenimiento de la unión de Colombia, bajo la constitución en que tanta parte tuvo, o bajo una federación de tres Estados regidos por un gobierno federal; y, por consiguiente, este hombre, en la flor de la edad, de salud robusta que le prometía largos días de vida, era más temible aún que el propio Bolívar para el partido disolvente y ambicioso que, aspirando al dominio de la tierra granadina, bajo su caudillo ausente,[279] odiaba al héroe que podía impedírselo, y que era el más notable de los generales que, se suponía, se diseminaban por todas partes para obrar simultáneamente la reacción. He aquí descifrado el enigma.

[278] POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Op. cit*. T. II: 146.

[279] El general Santander, después de la noche septembrina, partió al destierro. En mayo de 1830, cuando el viaje de Bolívar a Cartagena –rumbo a la muerte–, hallábase en París. Dos años después era ya presidente de la Nueva Granada. Le restableció en sus grados militares, por decreto, el Presidente Caicedo, cuyas opiniones políticas evolucionaron. Fue Caicedo hombre sin carácter.

Con sobra de razón se ha anotado, por otra parte, que "ni Obando, ni Flores, ni otros, podían sin duda creer que el mariscal de Ayacucho, el discípulo predilecto del Libertador, el héroe joven mimado de la victoria, se resignara a presenciar impasible la disolución de aquel haz de Estados, que ambos libertadores venezolanos levantaron desde Guayaquil hasta el Alto Perú".[280]

Frente a todos estos cálculos, suposiciones, verdades y situaciones contradictorias, ¿cuál era el auténtico pensamiento de Sucre? ¿Qué planes llevaba a Quito? ¿Qué opinaba de Colombia?

Lo dejó por escrito, siete días antes de su asesinato, en carta dirigida de Popayán, el 27 de mayo, al lealísimo general Vicente Aguirre:

> Mi apreciado amigo: Ayer llegué a esta ciudad, y mañana sigo. Hoy he recibido la carta de usted de 13 del corriente que me instruye de lo que ocurría en Quito ese día.
>
> Lo que se ha hecho no ha sido en tiempo, porque yo creo que debió esperarse el término de las sesiones del Congreso; mas, era cosa calculada por todos que debía suceder una novedad en el Sur, porque era imposible que sus ciudadanos fueran del todo indiferentes al Estado de Colombia. Opino, pues, que si hay moderación y buen juicio y si se lleva por guía mejorar la administración interior del país, bajo principios fijos y de provecho público, este acontecimiento será provechoso. Repito que para todo ésto es necesario sólo buen sentido, unión y patriotismo; y llamo unión la más estrecha y buena inteligencia entre los tres departamentos del Sur.
>
> Colombia no puede existir por mucho tiempo, sino compuesta de los tres grandes Estados confederados. Venezuela está corriente con ésto, y también lo está la Nueva Granada; pero ésta podría tener a la larga pretensiones sobre el Sur, si allí se descubren rivalidades de provincias.

[280] GIL FORTOUL, JOSÉ. *Op. cit*. I: 666.

> Yo llegaré pronto allá y les diré todo lo que he visto y todo lo que sé, para que ustedes vean lo mejor; y también todo lo que el Libertador me dijo a su despedida, para que de cualquier modo se conserve esta Colombia, y sus glorias, su brillo y su nombre.
>
> Puede usted entretanto enseñar esta carta al general Flores, a quien no tengo tiempo de escribir, porque estoy ocupado en mis cosas de viaje. Recomiendo siempre moderación y prudencia, para que todos los colombianos se entiendan con calma y sin ruido de guerras civiles. Siempre su buen amigo,
>
> SUCRE.[281]

Sucre no escribió después de esta fecha sino pocas cartas. Iba a recibir, por despótico golpe del destino, la consagración del romántico: la muerte temprana; no prematura, ya que esa existencia llegaba a término plenamente realizada, pero sí a mitad del ir, pues mucho –quizá lo mejor y mayor– podía esperarse todavía. ¿Por qué iban a matarlo? Tenía, sin duda, muchos enemigos dentro del ejército –militares serán los del asesinato–; y el cumanés lo sabía. Se lo confesó al Libertador (17 de noviembre de 1828):

> Tendré enemigos –decíale– porque cuando mandaba el ejército los he refrenado en sus caprichos y desórdenes, y no les he consentido arbitrariedades en los pueblos; o porque no les he dado en Bolivia el dinero que ellos querían para jugar, o no les he tolerado la usurpación de los caudales de sus cuerpos, o, en fin, porque les he puesto coto a los vicios y a la indisciplina.

Pero no eran esos los que querían eliminarlo. Había cuestiones más profundas. Lograda la independencia, cada zona de lucha afrontó sus propios problemas. La Argentina padeció la desmembración de su territorio en tres puntos: la provincia del Paraguay, que se constituyó en República aparte; la oriental del Uruguay, que hizo lo propio; y las dos del Norte, que entraron a

[281] Esta carta se publicó en el número 64 de la *Gaceta Oficial*, de Quito, de ese entonces.

integrar, con dos peruanas, la nación Bolivia. La región centroamericana separada de México y rota su unidad, se volverá cinco países. La isla de Haití, fraccionada, hará dos Repúblicas. Y el gran bloque colombiano, estructurado por Bolívar en 1819, en Angostura, está en este momento -mayo de 1830- reduciéndose a pedazos. Venezuela se ha separado ya, radicalmente; el Ecuador acaba de constituirse en soberanía propia, regida por el venezolano Juan José Flores. ¿Quiénes se opusieron a esa desmembración? Bolívar y Sucre. El primero, contra el cual no alcanzaron éxito los puñales en la "noche septembrina" va al destierro –la muerte no le permitirá pasar de San Pedro Alejandrino, en la Nueva Granada–, entregado el poder al nuevo Presidente, el general Domingo Caicedo. El segundo, trata de avanzar hasta Quito. ¿Para qué? Lo declara su carta-testamento, dirigida al general Aguirre: quiere laborar intensamente, a fin de que Colombia, la grande, no perezca, sino que continúe, formada por tres Estados confederados, en orden a representar la entidad de contrapeso central en América, frente a las masas potentes del Norte –Estados Unidos– y del Sur –el Río de la Plata–. Espera, según el último encargo de Bolívar –encargo personalísimo–, "que de cualquier modo se conserve Colombia". A un hombre que llevaba tales propósitos, tenían, cuando menos, que cuidarlo en extremo los interesados en la desmembración definitiva. Pero ¿por qué matarlo? ¡A causa de que se trataba de un mariscal de inmenso prestigio, que acostumbraba triunfar en todo aquello que se proponía! Llegado a Quito, sería proclamado sucesor de Bolívar, y con la inmensa ventaja de la plenitud de la edad: treinta y cinco años, intactas las energías, hacia el futuro. Desplazaría a Flores, presidente "provisional"; el nombramiento "definitivo" correspondería a la Constituyente convocada para cuatro meses más tarde. Y esta Presidencia constitucional sería la base para la "unión federativa de Colombia". Estos cálculos se hicieron, nítidamente y por anticipado, lo mismo en Bogotá y Popayán que en Quito.

Muy pocos comprendieron el significado trascendente de la unidad colombiana, dentro de los destinos continentales. Los jefes militares y los políticos de aquella hora, con escasas excepciones, obsedidos por lo local y acicatados por miras estrechas, atribuyeron a ambición personal y afán de dominio del Libertador –y de Sucre,

por ende– esa persistencia en salvar y mantener lo que hubiese sido, con el curso de las décadas, una gran potencia, abierta desde las bocas del Orinoco hasta las del fecundo Guayas. Lograda la libertad política, se buscó en seguida su aprovechamiento, no su trascendencia. Y por disfrutar y devorar esa libertad fueron abatidos los obstáculos a cualquier precio.

La tragedia, así, comenzó a desarrollarse en su último acto contra Sucre, con shakespeariana precisión.

Sexta parte
EL CRIMEN

> Es más duro pensar en un hombre culpable que en un hombre muerto.
>
> ALBERT CAMUS. *La Peste.*

Eran siete los de la histórica caravana que salió de Bogotá: el mariscal Sucre; el diputado de Cuenca, Andrés García Téllez, hacendado;[282] el sargento de Caballería Ignacio Colmenares, venezolano del Tocuyo; el sargento Lorenzo Caicedo, asistente de Sucre; el negro Francisco, sirviente de García, y dos arrieros con bestias de carga. Toda gente joven que soportará bien los muchos días que se requieren para llegar, a lomo de mula, a Popayán, Pasto y Quito.

Sucre quiere caminar casi sin detenerse: anhela salvar la unidad colombiana en el Ecuador: ¡Colombia es también obra suya! Quizá va pensando en las palabras del Presidente Caicedo, al despedirse:

> Haga usted su viaje por el Valle del Cauca al puerto de Buenaventura, mejor que por Neiva y Popayán. Habiendo hecho usted la guerra a los pastusos, tan tenaces defensores de la causa del rey es natural que tenga allá enemigos que debe evitar.

Y en su personal respuesta: que había pasado por Pasto, sin peligro alguno, al encaminarse de Quito a Bogotá para el Congreso.

En estas cavilaciones, siguió rumbo a Neiva. Había escogido esa ruta, la más directa, y nadie le haría cambiar de decisión. ¿Por tozudez, valentía, orgullo propio de su temperamento? No. Sabía

[282] Bolívar hizo la recomendación del diputado García, cuando se dirigía éste al Congreso de Bogotá (Carta de Popayán el 30 de noviembre de 1829 al doctor José María del Castillo), en estos términos: "El señor García, diputado por Cuenca, es un joven caballero adornado de bellos sentimientos y de modales apreciables. Es la primera vez que sale de su casa".

bien que si querían asesinarlo, ya se ocuparían los criminales de apostarse en cualquier vía. No eran sólo las montañas de Pasto las de temerse, sino también las de Cali a Buenaventura, de Panamá o de Guayaquil a Quito. ¡Nada les detendría! El crimen agota las posibilidades; cierra todo punto de escape.

Los del siniestro plan vigilaron a su víctima desde el propio punto inicial de la marcha. Unas horas antes que Sucre, salió de Bogotá el posta privado José Manuel Elizalde, que llevaba pliegos escritos por Luis Montoya, para anunciar en Neiva la aproximación de los viajeros.[283] De esta ciudad despacharon otro, hacia Popayán. Y de aquí fue enviado, con datos de itinerario, un correo que encontró al general José María Obando, comandante general del Cauca, en la población de Meneses, poco antes de Pasto. Eran esos mensajeros los satánicos preparadores de la bárbara hazaña: ataban los hilos y pronunciaban a cada paso su horrible "¡Ya viene!", salido de la tumba. Con ellos caminaba la muerte misma, adelante, llamando, atrayendo, casi sorbiendo, en una suerte de succión macabra.

El clan "septembrista" de Bogotá operaba en concreto. Lo cuenta el general Mosquera:[284]

> La revolución de Venezuela había despertado el espíritu turbulento de los partidarios del general Santander y de los exaltados liberales, que simpatizaron con los conspiradores del 25 de septiembre, y eran los que promovían la idea de la separación de la Nueva Granada. Era para ellos un obstáculo la existencia de Sucre, que consideraban como el lazo de unión para mantener la integridad de Colombia. Formóse un club directivo de esta clase de partidarios, para llevar a efecto el pensamiento de crear una República independiente en el centro de Colombia, y se organizó en Bogotá, compuesto de los señores Manuel Antonio Arrublas, Ciprián Cuenca, Ángel María Flores, doctor Vicente Azuero, Luis Montoya y doctor Juan Vargas, uno de los editores de *El Demócrata* y *La Aurora,*

[283] MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO DE. *Memorias*. Cap. XXXI.

[284] Ibid. *Op. cit*. Cap. XXXI.

> periódicos revolucionarios. Estos señores fueron los que indujeron al Presidente, general Domingo Caicedo, para marcharse por tierra al Ecuador el Gran Mariscal de Ayacucho.[285] ¿Cuál fue el objeto de esta insidiosa excitación al general Caicedo, para que promoviese la pronta marcha de Sucre a Quito, para trabajar en favor de la Unión Colombiana? He aquí el misterio: salir de Sucre.

El trayecto Bogotá-Neiva significó varios días. De la altiplanicie frígida, de 2.600 metros sobre el mar, los viajeros avanzaban lentamente, descendiendo y descendiendo, echándose desde lo alto de los Andes a la vasta hondonada donde empieza a tomar significación el río Magdalena. Entraron a la calurosa ciudad de Neiva. Y allí estaba de gobernador el general José Hilario López, compañero del general Obando en la insurrección del ámbito de Pasto contra Bolívar, hacía poco más de un año. ¿Constaba López en la confabulación de asesinato del mariscal? Lo diabólico andaba por ahí, quemante. José Manuel Elizalde –el posta despachado de Bogotá por Luis Montoya– hízole esta confesión al general Mosquera:[286]

> ¡Ay, general! Estoy lazarino, y tal vez es un castigo de Dios, por haber llevado unos pliegos al general López, que me dijo mi patrón Luis Montoya que eran muy interesantes, y que debía marchar a Neiva a entregarlos, dándome su mula de silla, para que hiciese el viaje con prontitud. El general López hizo llamar inmediatamente a don Carlos Bonilla, para comprometerlo a que en el paso de "Domingo Arias", del río Magdalena, volcaran la canoa en que fuera Sucre, para ahogarlo. El señor Bonilla se indignó, y se negó a ello.

Sucre y López se vieron, dialogaron, entraron en ira uno y otro: "Hablaron de política –cuenta Posada–, la discusión se

[285] También se podía viajar por el río Magdalena, el Caribe, Panamá y el Pacífico hasta Guayaquil; pero era ruta en extremo larga.
[286] MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO DE. *Op. cit.*: 669.

encandeció, y se dijo, hasta por la Prensa, que el general López tuvo la idea de hacerlo prender". López se dominó. Necesitaba dejar que Sucre avanzase...

Unas jornadas más, y descansaron en Popayán. Tres leguas antes, en Paniquitá, encontráronse con Joaquín Mosquera, que iba rumbo a Bogotá para posesionarse de la presidencia de la República. La conversación fue corta, intensa. El uno iba a salvar, de ser posible, la unidad de Colombia; el otro, habría de enfrentarse en la capital con los enemigos mayores de esa unión. Joaquín Mosquera, popayanejo –de cuarenta y tres años entonces–, muy culto y probo, tuvo siempre la confianza del Libertador para las misiones diplomáticas más importantes: embajador ante el Perú, Chile y Buenos Aires, para proponer la Confederación Americana (1821), y representante del Gobierno colombiano para el Tratado de unión y alianza íntima entre Colombia y el Perú (1822). "Pertenecía –dice Baralt, que lo conoció muy de cerca– al pequeño número de hombres que habrían podido conservar la unidad del Estado, en medio del más completo desorden de las rentas, de la insubordinación de las tropas, de la división de los pueblos y de la imprudente ambición de los caudillos, si hubiera bastado la virtud para conseguirlo". La angustia, la fe, la determinación, impelían a los dos viajeros. Ninguno alcanzó la meta. Mosquera fue derrocado a los ochenta días de su posesión.

Antes que Sucre y sus compañeros, había llegado el emisario, procedente de Neiva. Y se entendió –¡audacia suma!– con un eminente canónigo. Era la vía segura. Ese sacerdote, Manuel José Mosquera, bolivarista integérrimo, hermano del Presidente Joaquín, se lo contó más tarde a su otro hermano, el general Tomás Cipriano:[287]

> Tú sabes –dijo– que Flores promovió una manifestación de algunos vecinos de Pasto para que se anexasen al Ecuador, y dio su Decreto de 5 de

[287] PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *El crimen de Berruecos*. Roma: Escuela Típ. Salesiana, T. I, 1924: 69. Esta obra, en cuatro gruesos volúmenes, recta de criterio, riquísima en documentos, firme en su lógica y evidente en sus conclusiones, es la mejor referencia para juzgar sobre el asesinato de Sucre. La otra gran referencia viene a ser el proceso contra los asesinos, publicado por Ángel Grisanti (Caracas: Ediciones Garrido, 1955). Hay muchos otros libros sobre el particular.

> mayo [1830] acogiendo aquella manifestación, y mandó fuerzas a Pasto para proteger esa agregación. El prefecto y el comandante general, señores Arroyo y general Obando, protestaron, y el segundo siguió a Pasto con el batallón *Vargas* para impedir la segregación de Pasto [...] Pocos días después de la marcha de Obando llegó un posta de Neiva, trayendo comunicaciones de esa ciudad y de la de Bogotá, y yo recibí una carta en la que se me encargaba poner en mano propia de Obando la inclusa. El teniente coronel José del Carmen López, jefe del Estado Mayor, me comunicó que había llegado un extraordinario para el general Obando, y que lo iba a remitir a Pasto. Le supliqué que hiciese el favor de incluirle una carta que acababa de recibir de Bogotá. Y al ponerle otras, incluyéndole la que había recibido, llegó el sargento Caicedo, anunciándome que venía de parte del general Sucre, que ese día llegaría a nuestra casa, pues a ella llegaba siempre, al pasar por Popayán.

La esquela del canónigo al general Obando rezaba: "Te incluyo la adjunta carta que he recibido para ti; no puedo ser más largo, porque voy a recibir a Sucre que debe alojarse en casa". Obando contestó, con audacia y cinismo: "He recibido tu carta; te la aprecio. Sucre no pasará de aquí". El sacerdote se quedó temblando. Ingenuamente había servido de instrumento del mal; ¡él, uno de los grandes amigos de Sucre!

El 27 de mayo no pudieron seguir, por embargo de las cabalgaduras. Noble recurso de quienes, por ese medio, trataban de impedir el éxito del plan de asesinato del mariscal, de lo cual se hablaba en Popayán casi públicamente. La propia esposa del general Mosquera, doña Mariana Arboleda, pidió al cumanés que no tomase la ruta de Pasto. Numerosos amigos intervinieron en igual sentido. Nada pudo, sin embargo, cambiar la determinación del cumanés. La histórica caravana reanudó la marcha al otro día 28, en bestias frescas. La decisión por otra vía, ¿hubiese cambiado los acontecimientos? No. El general Marceliano Vélez escribió esta carta al historiador Pérez y Soto:[288]

[288] PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *Op. cit.* T. I: 115.

> Hablando un día con el doctor José Domingo Ospina sobre el asesinato del general Sucre, me manifestó que él tenía un dato que no dejaba duda [...], y era el siguiente: Que conversando con su tío político, don Genaro Santamaría sobre el asunto de la muerte de Sucre, le manifestó el señor Santamaría que él había asistido a la Junta política que se reunió en la casa de don Pancho Montoya situada al frente del atrio de la catedral de Bogotá, compuesta de enemigos del Libertador y su política; que esa Junta, después de una larga deliberación, resolvió que era necesario suprimir al general Sucre, que era el único por sus talentos militares y su prestigio que podía conservar el predominio del Libertador en Colombia; que, adoptada esa medida, se comunicó a Obando, para suprimirlo, si se iba por la Buenaventura y al general Tomás Herrera, si se iba por Panamá; que se redactaron las comunicaciones del caso, y la Junta se disolvió a las cinco de la tarde.

Sucre era un condenado a muerte, tomase la vía que tomase.

El día de reposo forzado empleó el mariscal en escribir varias cartas. Una de ellas, dirigida al general Rafael Urdaneta, en Bogotá, expresaba:

> En esta ciudad he sabido que en el Sur ocurren novedades considerables. En Quito hubo una Junta popular el 13 de mayo, y se dice que ella declaró disuelto el pacto con las otras dos secciones de Colombia, y han convocado un Congreso de los tres departamentos, dejando entre tanto el Gobierno del país al general Flores. Como las cartas son del mismo día 13, no contienen detalles.

Sucre no opinó sobre el asalto de Flores al poder. Esperaba llegar para actuar.

Desde mucho antes del viaje de Sucre habían circulado misivas en cuya médula se advierte ya la profunda hostilidad contra el sucesor de Bolívar. Tres meses atrás, el político ecuatoriano Pedro José Arteta hablábale al general Juan José Flores así:

> [...] El buen éxito exige que usted no proteja sino a los verdaderamente adictos, y que a los que no lo son se les invalide con destreza. Nuestros émulos aquí son los de la casa de Larrea y de Salvador; por consiguiente, Sáenz no es de confianza [...] El general Sucre escribe que hasta el mes de marzo estará en Quito. Esto indica: o que el Congreso [de Bogotá] se disolverá, dando sólo al Libertador las mismas facultades de que ha hecho uso mientras se arreglen las cosas, o que él [Sucre], previendo la nueva organización federativa, trata de presentarse aquí oportunamente para ganar los sufragios a la Presidencia. *En todo caso conviene no dejarle ganar terreno y obstruirle todos los caminos. Yo voy a ponerme en una rigurosa observación para comunicar a usted todo cuanto descubra.*[289]

Obando, por su parte, había escrito a Flores, dos meses atrás (marzo):

> [...] *Pongámonos de acuerdo, don Juan: dígame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre o lo que deba hacer con él.*

Otra carta suya, de abril, expresa:

> *A. [Ayaldeburu] lleva a usted un recado de las miras preventivas de don Antonio José; el peligro es más grande de lo que se piensa. Si las cosas se ponen de peor data, querría hablar con usted; para ello yo iría a Tulcán, si a usted le parece; pero de un modo tan privado que sólo usted y yo sepamos nuestro viaje.*

En mayo –es decir, en este propio lapso del viaje del mariscal y sus acompañantes– le manifiesta, incluyendo una calumnia vil, para presionar:

> El general Sucre lleva la intención de sustraer el Sur y ponerse bajo la protección del Perú [...] Cuide usted mucho de esto y cuente con el Cauca y con mí mismo para estorbar tal suceso.[290]

---

[289] *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), Nº 87 (julio-septiembre 1939).
[290] GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso...*: 25.

No se dirigía Obando únicamente al general Flores. También se comunicó con el general Pedro José Murgueitio para subrayar la calumnia sobre los proyectos del mariscal (Popayán, mayo 18):

> [...] Flores me escribe anunciándome la indispensable separación del Estado del Sur [...] Otro riesgo vamos a correr en el regreso del general Sucre. Este general ha ofrecido que si la República se separa, sustrae al Sur y se pone bajo la protección del Perú. ¿Qué le parece a usted este golpecito? ¡Vaya, mi amigo, se prostituyó Colombia! *Tenga usted mucho cuidado con ese señor, si viene por ahí, y haga que venga por esta plaza.* Abramos el ojo, porque la desesperación y la venganza con los granadinos no se omitirá por los medios más ridículos.[291]

¡No podía hablarse más en descubierto!

Y desde Tocaima, el 16 de mayo, el general Luis Urdaneta hablaba así al general Flores:

> Después de haber acabado el incendio de Bogotá, estoy aquí de regreso, y dejo esta escrita para que vaya por el próximo correo. A García, el diputado por Cuenca, le instruí de todo lo que debía decir a usted y ahora le añado que es preciso que usted redoble su vigilancia con el M... Muchas cosas han variado; yo ratifico a usted lo que dije relativamente a los R...[292]

Los hilos para el crimen fueron anudándose poco a poco, hasta que el lazo quedó montado. El último papelito de Obando salió de Buesaco el mismo día en que partía Sucre de la ciudad de Popayán. El destinatario hallábase no muy lejos, al norte de ese pueblecillo, y en un lugar por donde tenía que pasar Sucre: el Salto de Mayo. Llamábase José Erazo. Decía la hoja:

---

[291] PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *Op. cit.* T. I: 35. Obando quería hacer aparecer a Sucre como traidor, al tildarle de pro peruano.

[292] El autor de la carta declaró más tarde, en el proceso, que M... significaba Mulei o Mulengue, apodos dados a Sucre en el ejército, y R... revoltosos.

> Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante, que es preciso lo haga con él. *El le dirá a la voz todo y usted dirija el golpe.*

La sentencia, dictada, señalaba al ejecutor –a los ejecutores materiales–. ¡Ya hay un director de la tragedia! ¡Casi se siente el olor de la sangre! Sólo falta que la víctima dé el número exacto de pasos que le falta.

La euforia de la tierra tropical saludaba amablemente a los venezolanos, neogranadinos y ecuatorianos que iban en la caravana. El período de lluvias había perdido vigor, y el rico verde de las plantas narraba el éxito del agua lamedora de raíces. Iban descendiendo. Una mañana, los ojos advierten que abajo se extiende inmensísimo valle cercado de rocas cortadas a pico, cuyas estratificaciones tienden franjas de colores. Empieza el calor, se acentúa, vuélvese insoportable. Ahí se hundieron los Andes, hace miles de años, y quedó coleando en esa vasta inmensidad cercada el soñoliento río Patía. Ese día de horno será inolvidable.

De ahí, nuevo ascenso por entre rocas en pedazos, abismos y suelo con ocre. Retorna la inspiración de lo eglógico, y, por donde se mire, aparece el esfuerzo agrícola de los indígenas y mestizos de la región. Esas gentes aman la tierra, de las rústicas chozas brota un humo ingenuo que ni los levísimos vientos turban. Vuelve el frío en una brillante transparencia de la atmósfera, donde el sol, más que como luz es deseado como llama tibia, acariciadora. La naturaleza, pacífica y triste, habla sólo a media voz, sin que los mugidos y balidos hallen eco en lontananza. Pasa un asno cargado de leña, y el indio que lo arrea lleva dentro más recóndito silencio que la propia bestia.

Esa noche debieron de dormir los viajeros en el pueblecillo de Mercaderes, pobre, de casas pintadas de un blanco ya sucio. Era el primero de junio. Una fecha histórica, palpitante. Porque en aquella fecha, muy lejos, en Bogotá, el periódico *El Demócrata*[293] anunció concretamente el crimen y hasta señaló al criminal. Lo hizo para dar la noticia a tiempo a quienes la esperaban y para producir el desconcierto en los demás. Era un golpe político. El artículo decía:

[293] Número 3, del martes 1 de junio de 1830.

> Acabamos de saber, con asombro, por cartas que hemos recibido por el correo del Sur, que el general A. José de Sucre ha salido de Bogotá,[294] ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro Gobierno. Antes de salir del departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con ese rumor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación [...] Bien conocíamos su desenfrenada ambición, después de haberle visto gobernar a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes para revolucionar el sur de la República [...] Va haciendo alarde de su profundo saber. Se lisonjea de observar una política doble y deslumbradora. Afirma que los liberales y pueblo de Bogotá es lo más risible, lo más ridículo que ha visto. En fin, osa decir, denunciando sus aleves intentos, que si todos los pueblos son así, está seguro de cantar victoria en todos ellos [...] Se burla de que se piense en la restauración del orden, y manifiesta su conato, su decisión de separar los pueblos del Sur [...] El tiene razón cuando dice que en vano se procura restablecer el orden; él está al cabo de todos los planes para insurreccionar las tropas; él mismo es un agente de la intriga [...] Ya empiezan a germinar las consecuencias de no haberse permitido al pueblo el 7 del corriente amarrar a todos los factores descubiertos y ocultos del motín, que dio ocasión a la alarma de aquel día para juzgarlos y castigarlos, probados que hubiesen sido sus crímenes [...] Los pueblos del interior, que sirven obedientes al Gobierno y sin peligro, no tendrían motivo de armarse; pero, afortunadamente, se levantan

[294] Es ingenuo estampar que no se supo en Bogotá el viaje de personaje de tanta monta. ¡Sus amigos, sobre todos sus enemigos, le seguían, y muy de cerca! Era entonces Bogotá una ciudad pequeña, de unos cuarenta mil habitantes, donde todo se averiguaba y todo se sabía sin demora.

> batalladores con que auxiliar, si fuere preciso, a nuestros compatriotas del Sur, bien oprimidos aún por el general Flores. Las cartas del Sur aseguran también que ya este general marchaba sobre la provincia de Pasto para atacarla; pero el valeroso general José María Obando, amigo y sostenedor firme del Gobierno y de la libertad, corría igualmente al encuentro de aquel caudillo y en auxilio de los invencibles pastusos. *Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar* [...]

¿Obando solamente?

Esto se publicaba en Bogotá, tres días antes del crimen.[295]

La odiosidad especialísima contra el mariscal de Ayacucho la explica así Posada Gutiérrez, testigo de los sucesos capitalinos de entonces:

En Sucre veíamos –dice– un sucesor de Bolívar, en influencia y en capacidad, en prestigio y ascendiente, en el caso, que juzgábamos inminente, de que aquél faltara; y como los partidarios de la disolución de la República temían más a Sucre, en todo el vigor de la edad viril, que a Bolívar, gastado y moribundo, empleaban para con éste el ultraje que debía acelerar su fin, y afilaban para aquél el puñal asesino.[296 y 297]

---

[295] El general José María Obando conoció personalmente al mariscal Sucre, en Quito, el año anterior (1829). Fue el popayanejo a hacerle una visita al cumanés, según cuenta el propio Obando en las páginas 12 y 13 de su *El general Obando, a la Historia crítica*.

[296] POSADA GUTIÉRREZ, J. *Op. cit.* T. II: 155. El general granadino Joaquín Posada Gutiérrez era menor que Sucre con dos años. Bolívar, antes de partir el 8 de mayo hacia Cartagena, le pidió que se anticipase y viajara a la ciudad de Honda a preparar las embarcaciones necesarias para la navegación por el río Magdalena.

[297] LECUNA, VICENTE en *Catálogo de errores*... T. III: 213, expresa: "La influencia de Bolívar y Sucre en dicho año (1830), si se hubieran puesto en acción, habría sido irresistible. Basta citar el caso del general Luis Urdaneta al pronunciarse en Guayaquil por la conservación de Colombia. Con gran facilidad reunió todas las tropas existentes en el Ecuador y llegó a Quito con 4.000 veteranos, sin quedar a Flores otro recurso que el de huir. Este movimiento, después de la muerte de Sucre, quedó sin efecto al llegar a Quito la noticia del fallecimiento del Libertador".

> Yo un luchador he sido. ¡Y esto quiere decir que he sido un hombre!
>
> GOETHE.

Había otros que también viajaban, al mismo tiempo que Sucre y compañeros. ¡Los clavadores de la red para el asesinato!

Uno se llamaba Apolinar Morillo, coronel venezolano, de unos cuarenta y cinco años, soltero. Arriba de Quito, "expulsado –dice– del Ecuador por el general Flores a causa de sus opiniones políticas"; tiene pasaporte del jefe de Estado Mayor, coronel Vásconez. El 28 de mayo llega a Pasto y aguarda al general Obando, que entra el 29 procedente de Popayán. Obando le habla para que ingrese en las tropas de su mando, lo lleva a su pieza de habitación y –según la declaración instructiva del propio Morillo en el proceso– en "la presencia del comandante Antonio Mariano Álvarez", le dice: "La patria se halla en el mayor peligro de ser sucumbida por los tiranos, y el único medio de salvarla es quitar al general Sucre, quien viene de Bogotá a levantar al Ecuador para apoyar el proyecto de coronarse el Libertador". Añade luego, imperiosamente: "Es preciso que hoy mismo marche usted con una comisión a lo de José Erazo en el Salto de Mayo". Y le entrega el ya conocido mensaje para Erazo: "... y usted dirija el golpe …". Estaba escrito de antemano; se lo da abierto. E interviene en seguida el comandante Álvarez, en la fatídica escena, con otra hoja, también destinada a Erazo: "Al comandante Morillo, que es el conductor de ésta, me hará el favor de atenderlo y servirlo en cuanto pueda, pues es amigo mío. Vea usted en lo que le puede servir". Antes de despedirle, Obando le entrega cuarenta pesos. ¿Para el viaje? ¡No! "¡Para la gratificación de los asesinos!".[298] Erazo recibe los dos papeles en su casa de Salto de Mayo, sitio de paso obligado para todo el que se movilice entre Popayán y Pasto.

¿Cuál es la personalidad de Morillo? Una certificación del general Obando –tres años después del crimen– reza:

[298] Morillo hizo la relación completa de su crimen; sostuvo careos con los otros asesinos, los detalles quedaron, así, íntegramente confirmados. Además, confesó Erazo; confesaron algunos cómplices. Es posible, por tanto, seguir paso a paso, en forma históricamente fidedigna, la marcha de la tragedia.

> Juro bajo mi palabra de honor que desde fines de 1822 conozco al señor teniente coronel Morillo sirviendo en el ejército libertador en clase de capitán; que fue uno de los oficiales que en las campañas del Sur, principalmente en las de Pasto, gozaba de gran reputación de valor y conocimiento militares.

Siete años más tarde (1840), el mismo Obando escribe:[299]

> El coronel graduado Apolinar Morillo, venezolano, esto es, paisano de Flores, y que se ha confesado autor o ejecutor de la muerte de Sucre, sirvió en el sur de Colombia a órdenes inmediatas de Flores, aun después de la guerra de Pasto, y fue durante ella su instrumento y agente en las crueles iniquidades que se cometieron bajo su aciaga gobernación [...] Carga a cuestas los estupros, violencias y otros torpes delitos cometidos en los cantones de Pasto y Túquerres; en una mujer casada y su esposo, el sucio y escandaloso crimen en el pueblo de Cotacachi, por el cual fue procesado; el frío asesinato perpetrado en su propio asistente, en Gayllabamba; el asesinato del anciano Carlos Gálvez, sacristán de la Matriz de Pasto; el de más de veinte vecinos presos a quienes en el pueblo del Ingenio sacaba de uno en uno a pretexto de ponerlos en libertad, y matándolos en seguida detrás de la casa con su misma espada; los de Calambuco [...], los de Pupiales [...].[300]

El otro viajero fue el coronel Juan Gregorio Sarria, hijo de sencilla familia neogranadina. "Vinculado al general Obando –dice Lemos Guzmán (*op. cit.*: 126)–, a más de amigo le fue guardián, y ni la fatalidad ni los castigos rompieron ese vínculo, que era la reciprocidad entre el jefe querido y el leal servidor y compañero ...

[299] OBANDO, JOSÉ MARÍA. *Apuntamientos para la Historia.* II: 157.

[300] ¿Había sido realmente expulsado del Ecuador el coronel Morillo? El austero historiador venezolano Vicente Lecuna, escribe: "4 de junio. Asesinato del general Sucre en Berruecos. Apolinar Morillo había sido despachado con ese objeto por Juan José Flores desde Quito". Cf. LECUNA, VICENTE. *Catálogo de errores*... T. III: 393.

Dividía la vida entre el trabajo y la guerra ... Fue el crisol de sangres diversas y, por lo mismo, de virtudes y defectos contradictorios, inteligente y vivaz, su ley fue la fuerza, y su razón el asta acerada de su lanza". En suma, un súbdito ciego de Obando; un mestizo ladino; un guerrillero que resolvía las cuestiones a lanzazos. Este coronel Sarria llevará a los ejecutores del crimen al sitio exacto, cargará los fusiles; partirá luego hacia Popayán, no sin antes esperar, en la casa de Erazo, que se le dé la noticia del asesinato, ya consumado.

Hubo por esos días un tercer viajero: el coronel Manuel Guerrero, procedente de Quito, como Apolinar Morillo. (Llegaron la misma fecha, 28 de mayo, a Pasto). ¿A qué viajaba Guerrero? En su declaración para el proceso afirmó:

> El motivo de haber ido a Pasto fue para entregar una carta de S. E. el Jefe de Estado [Flores] en manos propias del señor comandante general del Departamento del Cauca, general de brigada José María Obando, y decirle de palabra y de parte de S. E. que las miras del Gobierno del Sur eran absolutamente pacíficas, tanto por el pronunciamiento que acaba de hacer este distrito, cuanto con respecto a la manifestación espontánea de la provincia de Pasto por su incorporación al Ecuador.

Y añade Guerrero: "El general Obando contestó las siguientes palabras: 'El general Flores procede de mala fe conmigo; él no ha contestado ninguna de mis cartas, siendo así que en una de ellas le preguntaba qué era lo que debería hacer con el general Sucre, porque creí que le podía ser perjudicial en el Gobierno del Sur'. Y añadió que él sabía bien los cubiletes de que se habían valido para que el general Flores fuera proclamado jefe del Sur; que lo demás era muy sencillo, pues había mil modos de impedir que el general Sucre llegara a su casa".

¡El coronel Guerrero deformó la entrevista! Flores sí escribió a Obando. Cuando el neogranadino le propuso al venezolano el encuentro secreto en Tulcán, este último lo aceptó. Decía el invitante, en abril:

> Si las cosas se ponen de peor data querría hablar con usted; para ello yo iría a Tulcán, si a usted le parece; pero de un modo tan privado que sólo usted y yo sepamos nuestro viaje". Respondía el invitado, Flores, en carta del 5 de mayo –más de veinte días antes de la misteriosa partida de Guerrero a Pasto–: Es verdad que no han faltado unas pocas personas que me hayan escrito inspirándome desconfianza respecto de ti; pero también es verdad que yo he despreciado sus necias sospechas, porque tengo en tu amistad una confianza ilimitada. A fin de evitar en lo sucesivo enredos y chismes que pudieran acarrearnos algún disgusto, convendremos tú y yo en no hacer caso de lo que nos escriban en este maligno sentido, y *continuaremos siendo siempre amigos, siempre inseparables y siempre obrando de acuerdo en todas las cosas [...] Aunque estoy bastante destruido, acepto la entrevista que me propones a Tulcán; vente, pues, cuanto antes; pero avisándome el día en que debes llegar, para yo arreglar mi marcha. Sáenz irá conmigo y juntos acordaremos todo lo que nos pueda interesar; obraremos como hermanos y todos tan amigos como lo es tuyo de todo corazón. Juan José Flores*. [Archivo de J. B. Pérez y Soto, hoy en la Casa Natal de Bolívar, en Caracas].

¿Qué se proponían acordar en Tulcán? Aquello que constaba dicho en la carta de Obando a Flores en marzo: "Pongámonos de acuerdo, don Juan: dígame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre o lo que deba hacer con él". Más lo de la carta de abril:

> Ayaldeburu lleva a usted un recado de las miras preventivas de don Antonio José; el peligro es más grande de lo que se piensa. Si las cosas se ponen de peor data, querría hablar con usted, para ello iría yo a Tulcán.

Por ende, Flores hallábase en acuerdo sobre este punto de impedir el arribo de Sucre al Ecuador; en caso contrario, habríase negado a la conferencia de Tulcán. Más aún, hubiese denunciado, como era su deber, los planes de Obando.

Muy hábil, Flores no va personalmente a la secreta conferencia. Envía al coronel Guerrero, que arriba a Pasto el 28 de mayo, o sea una semana antes del asesinato. Y no aguarda en Quito el retorno de su emisario, sino que parte a Guayaquil ... Cumplida la tragedia, acusa a Obando públicamente; da a la estampa párrafos de las comprometedoras cartas del general popayanejo. Sé lava las manos, y ata a la vez las del otro, que se ve forzado a silencio, porque una polémica habríasele vuelto autodenuncia.

Dos años más tarde –25 de octubre de 1832–, Juan José Flores vuelve a la amistad del general a quien había acusado y con quien había tenido tan íntimo entendimiento.

> Mi edecán, el comandante Urbina –dícele desde Ibarra– presentará a usted la espada que le ofrecí, no para que la cambie por la suya, sino para que la cuelgue en su casa de campo hasta el día en que con ella sea necesario cumplir su patriótico brindis del 11 de octubre [...] Acéptela usted en testimonio de nuestra reconciliación y de la amistad que le profesa su antiguo compañero que lo ama de corazón.

Esta carta trae doble sentido. La reconciliación se refiere al acuerdo logrado en Túquerres sobre la no guerra, la no anexión de Pasto al Ecuador. Y toca también con Berruecos. La contestación de Obando –Pasto, 30 de octubre de 1832– expresa: "Yo aprecio esta prenda más querida entre los soldados como el testimonio de nuestra reconciliación y como la prueba de nuestra amistad, que le profesa su antiguo compañero que lo ama de corazón".

Diez años después, en el libro *Apuntamientos para la historia*, publicado en Lima, el general Obando acusó de frente al general Juan José Flores, llamándole "autor de la muerte de Sucre".

De Mercaderes avanzaron el mariscal y su grupo hasta una casa pobre, de cubierta de paja, una legua antes del puente sobre el río Mayo. Es el miércoles, 2 de junio. Desde mediodía, todo se vuelve descender y descender, en medio de prodigiosa vegetación tropical. Al fondo, pasa el río Mayo, muy torrentoso; sus aguas, confundidas con el Patía, van a desembocar en el Pacífico, al norte del puerto de Tumaco. El calor aumenta paulatinamente; danzan en él mariposas

grandes, de pausado palmoteo; la fiebre verde emerge y se alza, amurallando un zigzagueante camino pedregoso que hace de collar al empinado pecho esmeralda. Los cascos de las mulas refriegan el suelo, resbalándose; miles de mosquitos chupan sangre de piel nueva; sobre la inmensa cabellera de árboles –cabellos zambos, de cabeza africana– tiéndese el cristal del día, purísimamente translúcido. Nadie habla; hay cansancio y modorra. Las bestias, sudorosas, cumplen sin protesta su destino de proseguir, por obra de látigo y espolazos. Al frente, atrás, a los lados, en lontananza, impera lo impasible, vuelta como está siempre de espaldas al hombre la naturaleza. Se tiene la impresión de avanzar entre entes impávidos, ni hostiles ni amables. De cuando en cuando algún pájaro echa su saeta al aire, o deja caer en el vacío su gorjeo de hembra que llama al macho. Huele a húmedo; no se levanta el polvillo del suelo, sino que yace en su humildad vencida. El viento andariego no empieza a golpear las mejillas sino cuando se acerca el final de la tarde.

Antes del crepúsculo arriban a la casucha llamada Salto de Mayo. Se acomodan en el rancho difícilmente, porque son muchas las personas: el comandante de milicias José Erazo, dueño de casa; su compañera, Desideria Meléndez, en cama; dos hijos jóvenes Cruz Meléndez (hijastro) y Tomás, y una hija pequeña, y cuatro soldados del batallón *Vargas*, dejados ahí por enfermos: Agustín Romero, Nicolás Morán, Mateo Jolla y José Fuentes. Nada hubo de extraño. Los viajeros durmieron profundamente, cansados con las jornadas. A la mañana siguiente, a las seis, se prosiguió el lento caminar, rumbo al caserío La Venta, en ascender fatigante desde lo profundo del río Mayo. Las bestias tendrán que descansar hasta el día siguiente. A las diez arriban ya. ¿Quién aparece ahí, de pronto? ¡José Erazo! Al verlo, exclama Sucre: "Usted será el diablo, que habiéndolo dejado yo ahora un poco atrasado, ya lo encuentro ahora delante de mí". Erazo responde "que había venido tan breve, porque traía una diligencia de mucha urgencia".[301]

¿Por qué esa prisa? ¿Había sucedido algo, a los pocos momentos de la partida de Sucre? Sí, algo extraño que mostraba que el trágico cerco estaba cerrándose. Llegó a la casucha del Salto

[301] Declaración del asistente de Sucre, Lorenzo Caicedo, en el proceso.

de Mayo un militar, procedente de Pasto: el coronel Apolinar Morillo. Se cruzó en la vía con la histórica caravana. No se saludaron; no se conocían. Morillo iba solo. Sale a recibirle José Erazo; entran. La mujer de Erazo, Desideria, narró así la escena al juez, en el proceso:

> Luego que llegó, le llamó a mi marido para que fuesen al lado afuera de la casa a conversar en secreto, donde estuvieron un grande rato, regresando después Erazo para dentro de la casa, donde me hallaba un poco enferma, y me comunicó que el señor que había llegado era el coronel Morillo, y que traía órdenes para que, asociado de mi esposo José Erazo, asesinaran al general Sucre; y que para el efecto traía dos órdenes por escrito, una del comandante Mariano Antonio Álvarez y la otra del general José María Obando, las cuales las traía Erazo en las manos, y habiéndole leído el contenido de ellas, le quité dichas cartas, aconsejándole a mi marido con empeño no se metiera en tal atentado, que en todo tiempo, tarde o temprano, había de tener malos resultados, y que ella iba a guardar esas órdenes, porque en algún tiempo quizá le servirían; y al efecto, las escondí y las guardé. Después de un rato de conversación en secreto, fuera de la casa, regresaron hasta la puerta de ésta y estando excusándose Erazo de acompañar a Morillo a ejecutar el asesinato, oí que contestó Morillo que si Erazo no lo acompañaba iría él solo, pues estaba comprometido a matar al general Sucre. Después de estarse Morillo un rato en la casa, se marchó por el camino de Popayán, y Erazo se marchó a coger un macho para conducir las cargas de pertrecho que habían llegado, conducidas por el capitán Beltrán, a entregárselo en La Venta, para donde se marchó.[302]

Morillo, en su atestiguación, complementó:

> Enterado Erazo de todo el contenido de la comisión y cartas referidas, marchó inmediatamente a buscar hombres de auxilio para la empresa del asesinato, para

[302] GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso...*: 101.

> que lo acompañaran aceptando por su parte la propuesta.[303]

Y Erazo confesó, también con juramento:

> Llegó el coronel Apolinar Morillo, del lado de La Venta, a pie y con los calzones arremangados; saludó a Erazo y le dijo que traía unas cartas para entregarle; efectivamente, lo verificó; la una era del comandante Mariano Álvarez, y la otra, del general José María Obando. Lo llamó fuera de la casa y le descubrió que llevaba la comisión para asesinar al general Antonio José de Sucre [...] Erazo se denegó, diciéndole que si ese hecho se hubiera ejecutado en Patía o en Los Ríos, que sí le hubiera acompañado, pero que para la montaña de La Venta no lo seguía [...] Que el coronel Sarria estaba al llegar de Pasto, que era íntimo amigo del que confiesa (Erazo), y que hablándole a él en secreto se comprometiera a acompañarlos a ejecutar el asesinato en la persona del general Sucre, que el confesante (Erazo) entonces sí lo acompañaba, pero, de lo contrario, no.[304]

¿Quién es este José Erazo? Un mestizo, natural de Taminango, en la provincia de Pasto; de unos treinta años entonces. "Hombre de baja extracción, avezado al crimen y calificado de salteador de caminos, antiguo guerrillero, había sido elevado al grado de teniente coronel y comandante de las milicias republicanas de la "Línea del Mayo".[305] "Conocía a Sucre desde 1821. Según se deduce, realizaba entonces labores de espionaje a favor de los realistas. Los patriotas le cogieron *in fraganti*, y Sucre le amenazó con mandarle dar cien palos". Sirvió luego "en las filas independientes, atraído por el general Obando".[306]

[303] Ibid: 117.

[304] Ibid.: 93.

[305] IGNACIO MÉNDEZ, JOSÉ. *El ocaso de Bolívar*: 54.

[306] Erazo vivía de su sueldo de coronel, de la agricultura –por eso mantenía peones– y de lo que le producía su casa posada, en el Salto de Mayo. Era hombre de confianza del general Obando desde años atrás. En 1828, cuando la invasión de tropas peruanas al sur de Colombia (Ecuador), recibió de su jefe una carta contra Bolívar: "Viene el ejército del Perú –le decía–, que ocupará hasta el Mayo y me auxiliará para marchar

Morillo aparenta alejarse de la casucha de Erazo en el Salto de Mayo, pero retorna algo más tarde, mientras el otro, en su macho, parte en volandas a La Venta. Que no se vea conexión entre el llegar del coronel y el partir del comandante. Por su parte, Erazo necesita vigilar de cerca a la víctima; saber, sobre todo, si se queda en el pueblo para dormir en él, o sigue.

Morillo conversa ahora por más de dos horas con tres hombres que escogió el propio Erazo antes de salir hacia La Venta: Andrés Rodríguez y Juan Cuzco, peruanos, y Juan Gregorio Rodríguez, de la Alpujarra (población neogranadina del departamento de Tolima).[307] "Como los dos eran extranjeros, se irían pronto del país y podía valerse de ellos, en Rodríguez se podía tener confianza", dijo Erazo. Estos tres y Morillo dispararán sobre Sucre, asesinándolo. Así, lo material del crimen será realizado por un venezolano, un neogranadino y dos peruanos...

El dramático día avanza. ¿Qué distancia hay entre el Salto de Mayo y La Venta? Según el propio Morillo, menos de dos leguas (cerca de diez kilómetros). El larguísimo camino en zigzag y lo empinado de la cuesta hacía que se emplearan en el recorrido más de tres horas.

Sucre, al ver a Erazo en La Venta, entró inmediatamente en sospecha, y decidió quedarse. Proseguiría a la mañana siguiente, a la luz del sol.

Erazo no se iba. Aguardaba algo. A eso de las tres de la tarde, apareció el coronel Juan Gregorio Sarria, que venía de Pasto. Lo ve Sucre y sale a saludarle cariñosamente, acompañado del teniente José María Beltrán y del diputado García. Sarria arriba con el comerciante de Popayán –de nacionalidad cubana– Manuel Jesús Patiño. Pide al mariscal algo de licor para brindarles. Erazo, que se hallaba en un cuarto interior, se une al grupo. "S. E. el general –recuerda el asistente Caicedo– los metió para la casa y les brindó

sobre Bogotá... Usted, a más de tener entonces un lugar distinguido en el gobierno liberal de los pueblos, será recompensado de sus servicios". (M. A. Osorio Jiménez, *op. cit.*: 257).

[307] En la confesión de Desideria Meléndez, esposa de Erazo, consta que los tres contratados para el crimen eran "soldados licenciados", a los que se les tenía en la casa como concertados pata el trabajo agrícola. Morillo, por tanto, operó con tres peones de Erazo.

aguardiente, y les instó a que hicieran noche en su compañía". Sarria arguye que no puede, pues debe seguir para Popayán con urgencia, y le recuerda a Erazo que tiene que darle una bestia para la prosecución del viaje. Después de breve lapso, salen los dos. Van a preparar los últimos detalles del plan siniestro.

Sucre intuye la tragedia. "S. E. entró en desconfianza –prosigue Caicedo, el fidelísimo sargento, de raza negra– y mandó cargar las pistolas y alistar las armas para ponerse en defensa, por si asaltaban". Y pronuncia estas palabras quemantes: "No puede ser sino que éstos, Sarria y Erazo, traten de asesinarme".[308] El *fatum* avanza, galopando. Aquella noche se pasan en vela. Cualquier ladrido de perros pónelos en guardia, como si en ello oyesen los pasos de la muerte. El ánimo es, en todo caso, de lucha, enérgica lucha.

Erazo y Sarria van de regreso al Salto de Mayo. Conversan, planean; hasta toman más aguardiente. Falta media legua para llegar cuando, en el punto denominado Las Guacas, se encuentran con que los esperaban, impacientes, Apolinar Morillo y los tres peones contratados para el asesinato. Ya porta cada cual su arma lista. Sarria, el único que cabalga, se desmonta, amarra la bestia a la vera del sendero y retroceden los seis, a pie, en ascenso hacia La Venta.

> En el transcurso del camino –narra el propio Morillo–[309] fueron conversando y discurriendo el modo cómo se había de matar al general Sucre. Sarria tomó la palabra y fue del parecer que se le diera muerte esa misma noche en su lecho; luego discurrió era mejor matarlo a cara descubierta, supuesto que era orden superior, y últimamente convinieron entre todos en que se emboscaran los hombres en la montaña y, al pasar por la mañana el general Sucre por dicha montaña, se le diera la muerte.

Suben y suben la cuesta, muy lentamente; la noche comienza. Socorridos por las sombras atraviesan el pequeño poblado de La Venta –hoy se llama La Unión–, sembrado al filo de una cuchilla, y

[308] GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso*...: 209.
[309] GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso*...: 118.

descansan. Hace mucho frío; beben licor. Es necesario aguardar que la sombra avance. ¿Sospechan que su víctima, en un arranque de osadía, por obra de sospechas, pueda ordenar la partida de un momento a otro, antes del amanecer? Todo criminal calcula el máximo de posibilidades; se sobrepasa en cuidados. A ninguno de los presentes le tiembla el pulso ni le acosa la conciencia. Todos han actuado en campañas.

Sarria, Morillo, Erazo, son coroneles; los tres peones, licenciados del ejercito.

Ya han pisado el lugar donde se efectuará el atentado. Caminaron muy lentamente, a causa de la oscuridad. Erazo, el conocedor de la región, sirve de guía. Ni llueve ni hay luna. El suelo, sin embargo, está enlodado y requiérese andar casi a tientas para no caer. Los árboles de esa montaña gélida no se elevan mucho, pero los matorrales muy tupidos, fuerzan a no desviarse del angostísimo sendero, por el cual sólo se puede ir de uno en uno.

Serían cerca de las cinco cuando en esas cimas empezó a hacerse leve claridad. Sarria[310] toma las armas de los tres peones y las carga con cortados que él mismo ha preparado; Morillo, además de su fusil, lleva dos pistolas. Caminan entonces y buscan el punto propicio,

[310] Sarria operaba por mandato del general Obando. En el proceso hay, entre otros documentos, la siguiente atestiguación juramentada del sacerdote Justo José Sierra: "Dijo el declarante que, habiendo sido cura en la parroquia de Matituy, jurisdicción de la ciudad de Pasto, fue un día a visitar al señor general José María Obando en dicha ciudad, por amistad que tenía bastante estrecha con él, y habiendo entrado a su pieza lo encontró en una conversación, o diciendo mejor, orden reservada que le estaba dando al coronel Sarria, en la que, después de haberle saludado, prosiguió diciendo a dicho señor coronel: "Este es el hombre más malo que pisa el Estado, él es caviloso, lleno de astucias, ambicioso, sanguinario y últimamente es opuesto a todas nuestras ideas, es aborrecido de todos y particularmente en este país... ". Y entonces le dijo (Obando) que hablaba del general Sucre... A ese tiempo entró el colector de rentas Antonio Torres con unos paquetes, al que le preguntó si eran de pólvora buena y él contestó que sí; estos paquetes fueron entregados al coronel Sarria, diciéndole el general: "ya no hay más que hacer, vaya usted a cumplir con su comisión inmediatamente", encargándole la más grande exactitud y puntualidad; que luego, a los dos o tres días de esto supo en su cuarto el asesinato del Gran Mariscal. Habiendo ido nuevamente a Pasto, le exigió el general Obando le diera un certificado sobre que el asesinato había sido cometido por unos hombres incógnitos y disfrazados... Le contestó que no podía darlo, pues no le constaba... y que se acordara la orden que le había dado a Sarria a su presencia".

con impávida prolijidad, como si se tratase de un acto de rutina. Sarria y Erazo, juntos, determinan el sitio. Y realizan algo más: fijan a cada asesino apoyado en un árbol, dos de un lado y dos del otro.

Y los empresarios, Sarria y Erazo, se despiden de los cuatro que se quedan. Volverán a encontrarse todos en la casa del segundo, en el Salto de Mayo, ese mismo viernes, 4 de junio, quizá temprano.

Amanece plenamente. Apolinar Morillo, Juan Cuzco y los dos Rodríguez, escondidos en el bosque, se disfrazan, atándose barbas de musgo. Obran como cobardes. Lo demuestran. La luz les estorba; pero también les favorece, porque podrán apuntar certeramente. Morillo toma la precaución de cargar su arma con dos balas...

El grupo salió de La Venta, en dirección a Pasto, hacia las siete de la mañana. Sucre buscó la brillantez del día, para evitar que los posibles asesinos se aprovecharan de las sombras. ¿Llevaba la secreta convicción de que había sorteado un grave peligro la noche anterior, o le acuciaba más bien la angustia de que podía verse sorprendido en cualquier momento?

El camino, de ascenso, muy angosto y con fango resbaloso, fuerza a remontar la pequeña cordillera, para descender luego, por entre barrancos, hasta entrar en la selva fría de Berruecos. Por ella, la ruta era "un angosto desfiladero o un sendero pantanoso –la vía aquella fue abandonada después, por mala y peligrosa–, el cual se rompe en estrecha vereda, entre ascensos y bajadas; el boscaje oscurece y mantiene húmedo el sendero, sin que se pueda entrar o salir por otros puntos que no sean sus dos bocas de monte: la una, Berruecos, que da el nombre a la región, y la otra, La Venta". Dentro, los puntos del trayecto se denominan La Capilla, El Cabuyal, La Jacoba.

Van delante los arrieros, bastante lejos de los demás, conducidos y cuidados por el sargento Colmenares; el negro Francisco, sirviente del diputado García, camina también en ese grupo. A distancia, atrás, el diputado, a quien sigue el mariscal. Y retrasado, el sargento Caicedo, que se apea "para componer su maletera". La separación se produce por causa del tortuoso desfiladero; que hasta no entrar a él, juntos avanzaban, en haz compacto. Son las ocho.

De pronto una voz grita, de dentro del follaje: "¡General Sucre!" Vuelve éste la cara, suena un disparo; inmediatamente, tres

más. El mariscal alcanza a decir: "¡Ay, balazo!", y cae de la mula.[311] Uno de los disparos, el de fusil hecho por Morillo –se ufanaba éste de eso, ya en casa de Erazo–, dio en la tetilla derecha, mató instantáneamente. Ese corazón de tan irrevocable nobleza fue el destrozado. Allí operó la muerte: en lo más limpio. Los disparos de los otros dos hicieron impacto en la cabeza, superficialmente y perforaron el sombrero. Una de las balas rompió de la oreja a la nariz. Un cortado hirió levemente la garganta (los "cortados" eran pedazos de plomo cortados a cincel). El sombrero, de ancha ala, quedó con tres agujeros; y en la corbata se encontraron dos de esas rústicas piezas metálicas preparadas por Sarria: una vez lanzadas por el fogonazo, se dispersan, clavándose aquí y allá. Juan Gregorio Rodríguez sólo hirió el cuello de la mula, que salió en desaforada carrera. No tenía el tolimense ni puntería.

Corre Caicedo y encuentra el cuerpo exánime de su amo. Alza la vista, mira en derredor y ve a los victimarios, "que fueron cuatro –dice– que no conoció, de color acholados, armados cada uno con su carabina, y al uno le pudo ver también que tenía un sable colgado de la cintura (Morillo)". Retrocede el negro, más rápido, más rápido aún. Los asesinos le siguen un trecho y le gritan: "¡Párate, Caicedo!". El no se detiene hasta que no llega a La Venta "a procurar reunir alguna gente, para volver a perseguir a los asesinos, y no pudo conseguirlo".

Corre el diputado José Andrés García, quien, ante los disparos y el grito de "¡Ay, balazo!", dado por el mariscal, pica su mula "para salvarse –tal lo dijo en el proceso– del peligro que le amenazaba; y a distancia de poco más de una cuadra repara que el macho en que venía montado el general venía sin el jinete, y con dos balazos en la tabla del pescuezo". Corre, hasta llegar a Pasto, a Quito, a Cuenca.

El sargento Colmenares, que iba delante custodiando el equipaje, percibe los tiros.

> Creyó –declara– que el diputado García los hubiese hecho con las pistolas que traía, para matar algunas

[311] RICARDO PALMA, en *Tradiciones secretas,* asegura que Sucre dijo: "¡Carajo, balazo!", y que fue esa la única ocasión en que el cumanés pronunció una exclamación popular vulgar.

> aves; pero poco dilató en que este señor hubiese alcanzado al declarante, pasándose delante sin comunicar cosa alguna, y luego llegó también el macho en que venía montado el señor general y como lo vio herido en la tabla del pescuezo, receló mal suceso en el señor general, y pronto remitió a los dos arrieros a reconocer qué suceso había sido, los que fueron y volvieron luego a darle parte que el señor general había sido muerto, y fueron también llevando su sombrero y la caballería en que venía Lorenzo Caicedo con lo cual siguió con el equipaje y arrieros hasta la pascana de Olaya.

Corren los criminales, huyen. "Oyeron un ruido en la montaña –Desideria Meléndez los escuchó, en su casa esa tarde–, después de quedar muerto el general Sucre, y salieron en carrera, rompiéndose Morillo la funda del sombrero en la carrera; Andrés Rodríguez, el peruano, se había caído en un charco de agua y se había mojado todo". Van a parar, como lo tenían convenido, en el Salto de Mayo. Ahí Morillo –lo confesó él mismo– "sacó los cuarenta pesos que le había entregado el general Obando y los distribuyó entre los tres asesinos y José Erazo; inmediatamente le escribió al general José María Obando una carta, para comunicarle que estaba desempeñada su comisión; y para no ponerlo claramente el asesinato, se expresó en estos términos: la mula de su encargo ya está cogida ...". El papel fue entregado a Erazo, para que se lo diese "cuando llegara el comandante Álvarez con la tropa". Ese mismo día salió Morillo para Popayán "a concluir su comisión –añade–, que era orden que también le había dado el general José María Obando para que, si ejecutaban el asesinato del general Sucre, inmediatamente marchase a Popayán y pusiera en conocimiento del señor general José Hilario López la consumación del asesinato".[312]

Corren todos, huyen todos, y el cadáver del glorioso mariscal yace abandonado, solitario, en medio del bosque. El noble rostro,

[312] Rafael María Baralt, coetáneo de estos sucesos, dice en su *Historia de Venezuela*. T. II: 655: "La opinión pública designó a Obando y al general López, su grande amigo y compañero, como autores principales del delito".

las manos, enlodados están. Lo único que se percibe ahí es el hondo silencio posterior a la tragedia. La sangre de la víctima pone rojo el limo; un rojo viscoso oscuro, que se ve algo más claro en la mejilla. Cayó de lado, y los coágulos quedan prensados entre el cuerpo y el suelo. Ese gran hombre triste, no tuvo a nadie en sus instantes postreros. El sol espolvoreaba por entre el ramaje oro danzarín que titubeaba sobre los miembros rígidos. La voz misteriosa de la hojarasca hablaba de vida y júbilo, como salida de boca de flores, enhebrándose en aleteos de pájaros y mariposas. La selva fría de las montañas, en los Andes, parece tener un verdor eterno donde la muerte no se hiciera presente nunca. Los rayos mismos buscan el picacho de roca limpia o la palmera de más abajo, no esos arbolitos de cinco, diez metros, para descargar su saetazo. Así, un hombre desangrado y yerto, es en aquel paraje una realidad más extraña que en medio de los humanos. Los pajarillos danzan y picotean jubilosamente sobre la carne lívida, y las hormigas, los insectos, huelen y toman un alimento nuevo: la sangre. Por obra de contrastes, Sucre, muerto ahí, aparecía más profundamente solitario. Un gran general debería perecer entre sus soldados, en plena lucha, desafiando con grito heroico; no sin ninguno en torno, como un superhuérfano. Pero la muerte, ¿qué hace la muerte? Dar su golpe exacto, a la hora precisa. No ve lo demás, en torno. Ni considera que el vivir que apaga de un manotazo, como esta vez, corresponde a quien lleva en sí responsabilidades para medio siglo más en un extensísimo ámbito de pueblos recién nacidos a la libertad; desorientados, por ende. Tampoco advierte ni pesa las lágrimas de una viuda, un hijo, hermanos, amigos, gentes de corazón. La muerte, que aleja de todos a su víctima y la deja caer sin brazos que auxilien ni ojos que lloren, muéstrase más cruel y más injusta. Y cuando rompe una juventud gloriosa, dinámica, en el éxito de la omnipotencia, no mata simplemente sino que derriba a muchas en uno: destruye futuro, obras, creación.

Aquella mañana, en La Venta, el fidelísimo negro Caicedo implora, exige que le acompañen a La Jacoba, dentro de Berruecos. El capitán José María Beltrán, que conducía varias cargas de armas para Popayán, ordena abrir uno de esos bultos y, provistos de fusiles, salen con él hacia el sitio del asalto el comerciante Patiño, el caporal

Pedro Córdoba, Caicedo y varios más. Iban delante el negro y dos hombres. Ya llegan, ya está a la vista el muerto. El terror se apodera entonces de Caicedo que grita: "¡Ahí están los asesinos!"; tira el fusil y huye. Y todos vuelan con él, en vergonzoso acto de cobardía.

Hacia la tarde, arriba a La Venta, el arriero Elías Medina, "con unas cargas del señor Cristóbal Enciso, y en el punto nombrado Jacoba –son sus palabras–, encontró el cadáver del general Sucre, sin que le hubiesen despojado de las prendas que llevaba consigo; tomó el reloj que luego se lo consignó al negro criado del señor Sucre". Vio las heridas, informó de la muerte; los de La Venta no sabían siquiera si había fallecido o no el mariscal.

Veinticuatro horas estuvo insepulto el héroe de Ayacucho y ex presidente de Bolivia. La noticia, traída por Elías Medina, aquietó a los tímidos. Caicedo y dos vecinos del pueblo partieron en seguida a La Jacoba, tomaron el cadáver y lo llevaron a otro punto, denominado La Capilla, dentro del mismo bosque. El negro "le quitó un pantalón de encauchado y unas botas de montar", sin duda para que no fuesen robados. Y ahí dejaron el cuerpo, medio desvestido. Así lo vio el comerciante Patiño, que fue allá más tarde. Sólo al otro día –sábado 5–, por la mañana, el negro y un Martínez a quien pagó un peso, lo enterraron, sacándole antes la chaqueta: ¡un cuerpo en calzoncillos y camisa!. En ninguna tragedia pudo concebirse escena semejante, forjada no por los ladrones ni los asesinos, sino por la ingenuidad de un descendiente de africanos. Hubo una precaución: con dos palos verdes cortados ese momento, hicieron una cruz y la clavaron sobre la improvisada sepultura. Caicedo siguió, entonces, rumbo a Pasto, a unirse con sus compañeros de viaje. Los alcanzó en el sitio "Olaya", hallándolos "sin avería alguna ni el menor robo en el equipaje ni en las caballerías". Llegaron así a la conclusión –¡*sancta simplicitas*! – de que "el objeto de los asesinos fue sólo quitar la vida al señor Sucre".

El capitán Beltrán envió inocentemente un papelito al coronel José Erazo, en el Salto de Mayo, pidiéndole auxilio para perseguir a los criminales. Esa hoja se la llevó Sarria a Popayán. Y Erazo se dirigió sin demora a La Venta, para aguardar al comandante Mariano Álvarez y entregarle la carta de Apolinar Morillo, con destino a Obando ... Aparece entonces en el Salto de Mayo, como

en volandas, un nuevo cómplice: Fidel Torres. Lleva dinero, más dinero, para pagar a los asesinos; lo entrega a Desideria Meléndez.

> Sabida en Pasto la muerte del general Sucre –dice la Vista del fiscal de la Suprema Corte Marcial, en el Proceso–, dio orden José María Obando a Antonio Mariano Álvarez, para que fuese con cien hombres del Vargas a investigar el hecho y a perseguir a los agresores hasta aprehenderlos.

Álvarez nombra de secretario a Fidel Torres, "para abrir el sumario". Llegan al lugar denominado La Capilla, ven la cruz. "Querían cerciorarse por sus ojos de que el horrible crimen se había perpetrado". Procédese entonces, aquel día 6, a las cinco de la tarde, a la exhumación del cadáver.

> El cirujano del Vargas, Alejandro Floot, asociado de Domingo Martínez [el que acompañó al negro Caicedo], practicó el reconocimiento: resultó de él que el cuerpo tenía tres heridas: dos superficiales en la cabeza, hechas con cortados de plomo, y una sobre el corazón, que causó la muerte [fue del lado derecho], todos con arma de fuego.[313]

Obando, desde Pasto, pone en circulación la noticia. Cae en el error de dar diferentes versiones. Al prefecto del Departamento le informa que se ha asesinado al general "por robarlo, y, que los agresores fueron soldados del ejército del Sur, que pocos días ha he sabido han pasado por esta ciudad (Pasto)". Al general Isidoro Barriga, comandante general en Quito, dícele que el autor del crimen ha sido "el inveterado malhechor Noguera". Para comunicarse con el general Juan José Flores utiliza los servicios del sacerdote Juan Ignacio Valdez. Requiere seguridades absolutas. Este clérigo declaró en el proceso:

> Es verdad haber conducido las comunicaciones del general Obando y del coronel del batallón *Vargas*, dando parte del asesinato; habiendo llegado a la villa

[313] GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso...*: 291.

> de Ibarra supo que el general Flores se había marchado para Guayaquil [...], y tuvo a bien entregar al señor gobernador de la provincia de Imbabura los pliegos que traía en compañía del segundo ayudante del batallón *Vargas*, Pedro Frías.

La carta rezaba:

> Acabo de recibir parte de que el general Sucre ha sido asesinado en la montaña de La Venta ayer, 4 [...] Esto me tiene volado, ha sucedido en las peores circunstancias y estando yo al frente del Departamento; todos los indicios están contra esa fracción de la montaña [...] En estas circunstancias, las peores de mi vida, hemos pensado mandar un oficial y al capitán del Vargas para que puedan decir a usted lo que no alcanzamos.

Y, para proteger a Morillo, se dirige al general López (junio, 19):

> Mi amado Hilario: Te recomiendo al pobre comandante Morillo; aconséjalo que no beba, que no se desacredite y que cuente con nuestra protección. Este podrá sernos útil, y en este asunto dirá todas las picardías de Flores: debes creerle cuanto te diga. Te lo recomiendo mucho, mucho, y debes tratarlo bien, como a un pobre oficial que ha servido mucho y mucho.
> Como de paso, se previene contra el comerciante Patiño, que estuvo demasiado en contacto con los acontecimientos: "Cuidado con el habanero Patiño: es peor que nadie; escribe aquí diabluras y es un predicador contra nosotros, amuéblalo del modo que puedas, es un pícaro".[314]

¿Cuáles las declaraciones de Obando en el Proceso? Que "el conocimiento de la causa de que se trata corresponde

[314] PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *Op. cit*. T. I: 134-135.

exclusivamente a la autoridad militar"; que todo era falso –lo declarado contra él–. Después, en esa turbulenta vida se desarrolla, a grandes rasgos, este nuevo ir extraño: ¡Ministro de guerra a muy poco del crimen! (1830 y 1831); preso, en 1839, en Popayán, "para ser juzgado por el asesinato de Berruecos"; se alza en armas (revuelta del Timbío) en enero de 1840; hecha la paz, se somete a juicio en Pasto y a los tres meses huye de la prisión. Sublévase nuevamente en Timbío, asesorado por su amigo el coronel Sarria; padece derrota; huye al Perú, en tanto que Sarria cae prisionero. Publica en Lima (1842) los "Apuntamientos para la Historia" sobre las persecuciones que ha sufrido; en 1846 el Gobierno del Ecuador se compromete a conceder la extradición de Obando si llegase a su territorio: la Legación Granadina en el Ecuador lo había acusado de "reo de asesinato e infatigable instigador de la anarquía".[315] Al año siguiente hace su defensa, desde Lima, en un libro débil, de argucias abogadiles, titulado: *Los acusadores de Obando juzgados por sus mismos documentos, y Obando vindicado por dos de sus mismos calumniadores en el asesinato de Sucre* (reimpreso en Bogotá en 1848). Se traba en polémica con el guatemalteco Antonio José Irisarri, que lo acosa. (La obra de Irisarri se titula *Defensa de la Historia Crítica*). También el general Tomás Cipriano de Mosquera refuta a Obando desde Valparaíso en un trabajo en dos volúmenes (*Examen crítico del libelo publicado en la Imprenta del Comercio de Lima por el reo prófugo José María Obando*). Un decreto de indulto permite a Obando regresar a Bogotá (1849); se le hace gobernador de Cartagena, luego presidente de la Cámara de Diputados; sirve de ejecutor en la orden del presidente José Hilario López, su amigo, de expulsión de los jesuitas (1850). ¡Y tres años más tarde llega a Presidente de la República! Lo derrocan al año justo; el Senado dicta sentencia, destituyéndolo del empleo de presidente. Y, en la guerra civil que comienza en 1860, Obando cae asesinado en el sitio de Cruz Verde (29 de abril de 1861): huía, derrotado, en el combate de El Rosedal, cuando le alcanzaron tres persecutores y lo alancearon. "Tenía –cuenta el historiador José María Cordovéz Moure– una cortada profunda en la nariz, y cinco heridas mortales de lanza, de las cuales una lo atravesó, interesándole un pulmón y el hígado".

[315] PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *Op. cit*. T. IV: 522.

¡Berruecos y Cruz Verde toman contacto directo en la historia!

A veces la justicia se hace a distancia y por vías imprevistas, en una suerte de hecho posterior que se empotra a lo lejos en uno anterior, de la misma laya. Un crimen o acto malo grave que se comete, se paga, sin intervención de los poderes judiciales. Vendría a ser lo justo inmanente. No valieron los honores alcanzados por Obando, incluida la presidencia de su país; rigió, en cambio, la consecuencia de un acto que no fue posible escamotear. El personaje capital de Berruecos quedó atrapado en Cruz Verde. Es cierto que operó dentro de la confabulación planeada en Bogotá, a cuyo circulo antibolivarista pertenecía; que no fue el único –pero sí el principal–, pues se entendió con José Hilario López y Juan José Flores,[316] en el trágico asalto contra el mariscal Sucre. Pero la suerte le acosó a él, volviéndolo sin fortuna en sus empresas, desde el momento mismo en que, en 1828, comunicó a los invasores peruanos que los aguardaría en Pasto para acompañarlos hasta Bogotá. En el poder no duró sino un año; lo demás, resúmese en éxitos fugaces, sublevaciones, prisión, huida, destierro, desesperada autodefensa constante en vista de las acusaciones que se le hacen del crimen de Berruecos, en un lapso de treinta años duros, tormentosos. La vieja ley del talión, constante en el Código de Hammurabi y en el libro bíblico del *Éxodo*, lo persiguió tenazmente. Las sospechas de responsabilidad en el asesinato cayeron sobre él desde el primer instante. A tal punto que el propio Flores, desde Guayaquil, a solo diez días de distancia del fatal suceso, escribíale (14 de junio) a título informativo, como para describirle el ambiente: "Es preciso confesar que aquí no se te ha culpado, porque nadie ha podido figurarse que un hombre de sentimientos sea capaz de semejante iniquidad". En estas palabras, Flores dejaba entrever la fatal sugerencia.

Y añadía: "Aunque tú, por las circunstancias, hayas desconfiado de mi amistad, yo he sabido, como antes, ponerte al abrigo de toda sospecha". Obando obró contra el mariscal, hasta

[316] La defensa de Flores la hizo, ante todo, su familia: su hijo en el libro *El Gran Mariscal de Ayacucho*, New York, 1883; también su pariente Alfredo Flores Caamaño, en *Objeciones históricas*, Lima: Editorial Salesiana, 1960.

eliminarlo por consigna de bandería política, odio personal, ambición. ¡Muertos Bolívar y Sucre, ascendieron, ya sin obstáculo, todos los aspirantes!

> Perdonar u olvidar significa echar por la ventana una ya preciosa experiencia.
>
> SCHOPENHAUER. *Aforismos*. T. V: 29.

¿Qué hizo la viuda, en Quito? A los veinticinco años de edad, con sólo dos de casada y una hija, Teresita, de once meses, asestábale la suerte este golpe sorpresivo, tajante. El fugitivo de Berruecos, diputado José Andrés García, hubo de darle la lúgubre nueva el día preciso en que el mariscal era esperado en su casa. "El alma delicada de Sucre, herida por la calumnia, amargada por la ingratitud, marchita por la traición, suspiraba por la paz del hogar doméstico; allí el vencedor de Ayacucho esperaba encontrar reposo, dejando caer su cabeza dolorida en el seno de su noble y casta esposa".[317] ¿Qué hace la viuda? Busca y halla quienes viajen hasta Berruecos y traigan el cadáver. Van, con ese triste encargo, el mayordomo de El Deán –propiedad de la marquesa–, Isidro Aráuz, el fidelísimo negro Caicedo y peones, y el féretro llega, a escondidas, a la hacienda; no viajaban sino de noche, para no ser descubiertos. ¿Qué temían? Una profanación de esos augustos despojos, puestos ahora en caja, con cal viva, por evitar la putrefacción. Y hasta su robo y destrucción, a fin de impedir así investigaciones. Pero ¿tenían que sospechar algo directamente del gobierno de Flores? El cuerpo fue enterrado en el oratorio de la capilla de la hacienda,[318] y el secreto queda rígidamente guardado por todos. La marquesa hizo luego circular la noticia de que Sucre yacía en la iglesia de San Francisco; con ello obtuvo que todos los investigadores, curiosos o interesados ignorasen la verdad. Y hasta se hizo la escena física, por la cual fue llevado a este templo un ataúd lleno de adobes. Los propios

[317] GONZÁLEZ SUÁREZ, FEDERICO. Discurso en la Catedral de Quito el 4 de junio de 1900, al ser trasladados a ese templo los restos, recién encontrados entonces, del mariscal Sucre.

[318] Esa capilla ya no existe, en la hacienda El Deán.

franciscanos fueron engañados.[319] Algún tiempo después quizá cuando ya no había sino huesos, terminado el proceso de descomposición, los restos fueron trasladados, asimismo, muy sigilosamente, al convento del Carmen Bajo, en Quito, donde fueron sepultados delante del altar de la iglesia. La superiora de esa comunidad de religiosas claustradas, María de la Concepción Jamesson, le contó a Federico González Suárez: "La señora marquesa, la señora Marianita –dijo textualmente la monja– solía venir acá, y aquí lloraba en silencio por Sucre, acordándose de él y de cómo lo mataron: mandaba celebrar misas y hacer sufragios por su alma. La última vez que vino la señora, estuvo en mi celda y lloró más que otras veces".[320]

La noticia del asesinato la llevó a Popayán el propio Sarria, y en los ánimos emergió la consternación de lo irreparable. Dos hombres, entonces: el canónigo José Rafael Mosquera y Lino de Pombo, que había sido jefe de Sucre cuando el sitio de Cartagena (1812), pidieron a los popayanejos un duelo de ocho días. La hojita de invitación rezaba: "Hijos ilustrados y patriotas de Popayán: Uníos en esta ocasión tristísima para dar a conocer a la República que sabéis tributar homenajes puros a la virtud y al mérito, y que miráis con horror el crimen".[321] Y un grupo de lo más significativo de la ciudad se dirigió a la viuda en una carta de pésame, noble, digna, concebida así:

---

[319] GRISANTI, ÁNGEL. *El Gran Mariscal...*: 219.

[320] Explicación publicada por Federico González Suárez, historiador y entonces arzobispo de Quito, cuando fueron encontrados los huesos de Sucre.

[321] El mismo día, para contrarrestar torpemente esta invitación, el general José Hilario López hizo circular una hoja que decía: "Los que suscriben tienen el honor de invitar al virtuoso pueblo de Popayán para que se vista un luto riguroso por ocho días en honra del ilustre general José María Córdoba, que fue asesinado en el pueblo de Santuario, en la provincia de Antioquia, el 17 de octubre de 1829". De esa manera se quería desvirtuar el sentimiento general payanés. Córdoba pereció por haberse alzado en armas con profundo odio contra el gobierno de Bolívar. Fue vencido militarmente. Lo asesinó un irlandés. ¡Y de esto hacía ocho meses!
Después de esa hoja, siguieron otras. La indignación del canónigo Mosquera estalló entonces en una publicación titulada *A los colombianos*, que se difundió en Popayán el 16 de junio, donde hace la más brillante defensa del mariscal de Ayacucho. (Cf. PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *Op. cit.* T. I: 311-320).

> La infausta muerte de vuestro ilustre esposo hirió con el golpe del rayo los corazones de los ciudadanos de Popayán, que sabían apreciar los eminentes servicios que hizo a Colombia, llevando sus armas en triunfo desde el Ecuador hasta las cimas del Potosí... Deben los popayanenses derramar lágrimas más amargas, por haber perecido en este Departamento, a manos de un aleve, el ilustre general que hacía el más bello ornamento de Colombia... [junio, 12].[322]

En Quito, Flores ordenó la celebración de pomposas honras fúnebres...

¿Y el Libertador? Hallábase, aniquilado por la tuberculosis, en una cama de campo al pie del Cerro de la Popa, en Cartagena. ¡No le quedaban sino cinco meses y medio de vida! La noche del 1 de julio, a las nueve, recibió por correo el aviso del crimen. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó: "¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre de Abel!". Siguió hablando, casi en delirio, contra Obando. Y se trasladó a la ciudad a verse con sus amigos. ¡Sentíase él también asesinado! Esa misma noche, vehementemente, sin aguardar detalles, muy confiado, dictó una carta para Flores:

> Esta noticia me ha causado tal sensación, que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y bárbaramente a los más ilustres generales y cuyo mérito ha producido la libertad de América [...] Yo no se que causa ha dado este general para que atenten contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío [...] Cuando veo que el desprendimiento más sublime y la inocencia más pura no salvan a los bienhechores de

[322] Encabezan las firmas José Antonio Arroyo, Santiago Arroyo, Ignacio Escobar, Mariano Urrutia, José Ignacio de Castro, Antonio Carvajal, Joaquín Fernández de Soto, José María Grueso, Manuel José Mosquera, Antonio Valencia, etc.

> morir como tiranos, no, no, yo no serviré a país tan infame, a hombres tan ingratos y execrables.[323]

¿Qué debió de sentir Flores ante este desahogo? Aquel tan nítido: "Yo pienso que la mira …". A la mañana siguiente firmó Bolívar otra carta, para la viuda:

> [...] No concibo, señora, hasta dónde llegará la opresión que debe haber causado a usted esta pérdida tan irreparable como sensible; únicamente me atrevo a juzgar por mí mismo lo que pasará por una esposa que lo ha perdido todo de un golpe y del modo más bárbaro. Todo nuestro consuelo, si es que hay alguno, se funda en los torrentes de lágrimas que Colombia entera y la mitad de América deben a tan heroico bienhechor.

Tres meses más tarde (Barranquilla, 11 de octubre), estampa estas quemantes líneas, dirigidas al general Pedro A. Herrán: "... Sólo López y Obando, que asesinaron a Sucre, pueden hacer resistencia".[324]

Mariana Carcelén contestó al Libertador:

> Oprimida del dolor más cruel que podía sufrir un corazón sensible, ni anhelaba por consuelo alguno, porque me parecía injusto el tenerlo; pero las letras de usted, que manifiestan la aflicción con que ha recibido la infausta noticia de la muerte de mi amado esposo, han podido causar en mí un lenitivo no esperado [...] Usted perdió un amigo leal que conocía sus méritos, y yo un compañero cuya triste memoria amargará los días de mi vida.

---

[323] LECUNA, VICENTE. *Obras completas de Bolívar*. T. III: 342.

[324] Desde antes lo había sospechado Bolívar. En julio, 24, se dirigió a José Fernández Madrid, y le explicó: "El general Sucre ha sido asesinado en Pasto por orden de algún jefe militar de los que allí mandan; aunque quieren decir que fue por orden de Flores, pero esto es falso". El Libertador opinaba en base de los documentos hasta ese momento conocidos. Sólo más tarde surgieron otras sospechas.

Y, para cumplir un mandato testamentario de Sucre, le anuncia la remisión de una espada del mariscal: "Esa disposición testamentaria ordena se entregue a usted la espada que a él le regaló, en premio de la batalla de Ayacucho, el Congreso de Colombia". Bolívar asumió entonces esa grandeza que le era característica, y en la carta de respuesta a Mariana Carcelén, bautizóla con el título de "Su Excelencia la Gran Mariscala de Ayacucho". Era el galardón que le correspondía a esta mujer que amó al cumanés con sinceridad admirativa profunda, y que le entregó todo, irrestrictamente, por causa de ese querer. Hubo momento, así, en que Sucre pudo ofrecer los bienes de fortuna de su esposa, si se requerían para el conflicto con el Perú. La marquesa supo mostrarse una colaboradora digna del triunfador en Pichincha.[325] No aceptó el Libertador la espada; la donó, en obsequio, a Teresita, la hija del mariscal.

¿Se ordenaron investigaciones, persecución de asesinos; algo, en fin, que condujese a descubrir y apresar a los autores, tanto intelectuales como materiales, del asesinato?[326] Evidentemente que sí. Había sospechas fundadas. Además, *El Demócrata* había anunciado el crimen y dio el nombre de Obando. La justicia tenía que operar.

> Obando y López –escribe Baralt– se dirigieron al presidente Mosquera pidiendo se les oyese en tela de juicio, para probar su inocencia; pero la súbita caída del Gobierno legítimo se opuso a que tan justa solicitud quedase satisfecha, habiéndose negado aquellos jefes a reconocer la autoridad de Urdaneta [el nuevo presidente]. Acusólos éste públicamente […] y

[325] La marquesa escribió una carta, cuya fecha se ignora, al general Obando, acusándolo. La redacción no tiene el estilo de la marquesa. También hay una carta dirigida a Flores, pidiéndole protección, y firmada por la marquesa a nombre de su hija Teresita. Parece de la misma fuente de la otra.

[326] El general Santander acusó a Obando, en carta al doctor Vicente Azuero de 13 de junio de 1836 (*Boletín de la Academia de Historia*, Nº 135: 283); "Si Obando no hubiera sido nombrado vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo por los eminentes patriotas de la Convención granadina, quizá no estaría hoy por él; pero ya Obando ha gobernado por más de seis meses, no obstante que había servido con los españoles, que había muerto Sucre y que tenga los defectos que se le imputan".

> menester es decir que en sus manos reposaban *documentos remitidos del Ecuador, y en los cuales, según dijo Flores al Congreso de Riobamba, se hallaban comprobados los hechos y sus autores* […] Las pruebas, no habiéndose archivado, pasaron de unas a otras manos y al fin se perdieron en el torbellino de los trastornos subsiguientes. Los tribunales y el Poder Ejecutivo, en lugar de proceder a la averiguación de la secretaría de guerra no suministraban cargo alguno contra los dos acusados.

¿Iba a producirse la impunidad? Sí, por el momento. La justicia extralegal, inmanente, caminó con lentitud.

Obando y Flores se carteaban con frecuencia. Al año de los sucesos, ya aparece una larga comunicación del payanés (Bogotá, 8 de julio de 1831)

> Hoy he recibido –dícele al Presidente del Ecuador– la carta de usted que me trajo mi edecán Rodríguez. Vuelvo a titularle mi amigo. Su carta ha borrado mi profundo sentimiento, y si mis celos pudieron hacerle forzar su conciencia para destruirme, éstos ya no existen. Estamos bajo una misma línea en política, vamos a un mismo objeto y no existe motivo alguno de desconfianza mutua [...] Usted me ha atacado con todas las armas y en todas direcciones, y habría sido doble injusticia perseguirme hasta en las conversaciones privadas, cuando la imprenta se ha agotado contra mi. *Tenía la venganza en mis manos, pero la causa pública prefirió a mi satisfacción particular, y entonces fui generoso con usted en el año de remordimientos que usted recuerda* [...] Por mi todo está terminado, vamos a recíprocas confianzas y a proceder como hombres que valen algo pública y privadamente.

¡Esta carta trae mucho, muchísimo entre líneas! ¡Obando está herido, ataca, acusa! Hacia septiembre, hay otros mensajes entre los dos; no han vuelto todavía a tutearse. En 1832, ya se restablece plenamente la armonía: "Te suplico –dícele Flores– trates con

mucho cariño a Pedro José (de Arteta), pues es de mi familia: su carácter es serio, como tú sabes; pero su corazón es bueno, y mejores sus sentimientos". (Este Arteta fue quien escribió: "Conviene no dejarle ganar terreno a Sucre, y obstruirle todos los caminos").

¿Y los asesinos materiales? No fueron perseguidos por la justicia; parecía caer sobre ellos la sombra del éxito; creíanse a salvo. Pero los actos torcidos de los hombres, en muchos casos, rebotan y dan, o tarde o temprano, en la propia frente de quienes los cometieron. Los primeros en perecer fueron los tres peones. Lo contó Desideria Meléndez en el Proceso:

> Acaeció el fallecimiento de Andrés Rodríguez repentinamente, de modo que estando yendo para Taminango, en compañía de otros dos más, dio un grito y cayó muerto de la bestia, y está sepultado en el puesto nombrado Guelicondo, del camino de la Alpujarra para Taminango. Juan Gregorio Rodríguez murió en el cuartel de San Camilo de Popayán cuando fueron tropas para la acción de Palmira, y el cuzqueño falleció en la casa de Erazo, a pocos días del suceso del señor Sucre y antes que los dos mencionados.

Exceptuando el del cuartel, los otros sufrieron envenenamiento, para que no hablasen. José Erazo, según consta en un Decreto del Presidente de la Nueva Granada, Pedro Herrán (devuelve a la Corte Suprema la causa abierta contra los sobrevivientes del asesinato en 1842),

> [...] falleció en el presidio a donde fue destinado por el delito de rebelión, sin que se hubiera fallado en su causa como cómplice en el asesinato del general Sucre.

En cuanto al coronel Antonio Mariano Álvarez, la Vista Fiscal de la Suprema Corte Marcial, en el proceso, dice: "Antonio Mariano Álvarez expió ya sus delitos con la muerte". Fue ejecutado "en medio de la guerra de rebelión", mientras Obando se fugaba al Perú. Vivían Morillo y Sarria. Este último natural de Popayán, tomó parte en la revolución de Obando en 1840 y recibió, a la hora de la

derrota (noviembre de 1841) un lanzazo, que no lo mató. Retiróse, entonces –mientras su jefe vivía en el Perú, en Chile–, y precisamente cuando ya éste retornaba a su patria, en virtud del indulto del presidente Mosquera, murió el guerrillero en Piedecuesta (febrero de 1849). Obando arribó un mes más tarde, en marzo. ¡Sarria llegó al grado de general!

¿Cómo se descubrió todo lo relativo al crimen de Berruecos? ¿Cómo se hizo posible la estructura de un amplísimo y bien llevado proceso, el cual culminó en la correspondiente sentencia condenatoria? Esta vez, intervino la casualidad, bien aprovechada por persona inteligente. La justicia, que no de modo permanente aparta obstáculos para volverse eficaz, eligió ahora el camino fácil de un suceso trivial. Hacia 1839 –a casi diez años de distancia del asesinato–, José Erazo cayó preso en Pasto, por considerársele comprometido en una asonada revoltosa que estalló ahí contra el orden legal, corno protesta por la supresión de conventos ordenada por el Congreso. El oficial que lo conducía a Popayán había estado sometido a averiguaciones judiciales en la propia cárcel de Popayán, a causa de lo de Sucre. Obtuvo libertad entonces por acción de un súbdito de Obando, José Antonio Latorre. Al pasar por el sitio donde fue sacrificado el mariscal, "el oficial le hizo algunas preguntas sobre aquel suceso ... y persuadió a Erazo que el motivo de su prisión era el asesinato en que él había tenido una parte tan principal".[327] Erazo responde en forma titubeante y contradictoria; de eso recibe aviso el comandante Manuel Mútiz. Este, primero a solas y luego acompañado de los coroneles Vicente Bustamante y José Lindo, obtienen relación completa del trágico asalto. Lo demás, lo efectúan los tribunales, en un proceso voluminoso.[328] Erazo padeció una

[327] IRRISARI, ANTONIO J. *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.* Edición original en Caracas, 1846. Reedición de W. M. Jackson Inc., Buenos Aires: 216. Este trabajo de Irisarri, polémico y muy nutrido de documentos, consta entre los más valiosos para enjuiciar el crimen de Berruecos.

[328] El proceso inicial, ordenado por el presidente Urdaneta en 1830, desapareció. En carta al general Flores, M. Espinel le decía desde Bogotá el 23 de noviembre de 1842: "Le recordé al general Herrán el robo que hizo Santander del proceso del 25 de septiembre (de 1828), y el robo que hicieron Obando y López de otro proceso creado por el general Urdaneta sobre el asesinato del general Sucre". (Cf. *Boletín de la Academia*... Nº 140: 466).

presión psicológica que no pudo ni dominar ni ocultar. El oficial, sin darse cuenta, hacía una especie de reconstrucción del crimen.

Y vino la sentencia:

> [...] El Consejo de Guerra de oficiales generales condena al coronel Apolinar Morillo a la pena de ser pasado por las armas, y teniendo en consideración que de los autos resulta que José María Obando es el principal autor del asesinato del expresado Gran Mariscal de Ayacucho, como igualmente cómplices del mismo delito Juan Gregorio Sarria, José Erazo, Fidel Torres y Antonio Mariano Álvarez, compúlsese testimonio por el fiscal de esta causa de los principales documentos que obran contra dichos individuos, a excepción de Álvarez, por haber fallecido, y que se pasen a la autoridad competente para los efectos legales; y por cuanto se sabe de una manera pública que José María Obando se encuentra actualmente en el territorio de la República del Perú, avísese por el presidente del Consejo al Supremo Poder Ejecutivo para que, por medio del encargado de negocios de la Nueva Granada cerca del Gobierno del Perú, se reclame enérgicamente la persona de aquel reo y demás cómplices en el mencionado asesinato que se encuentren en dicho territorio [18 de agosto de 1842].

La Corte Suprema de Justicia aprobó la sentencia, excepto en lo relativo a Obando, por no ser éste un asunto de su competencia. La Suprema Corte Marcial propuso al Poder Ejecutivo la conmutación del castigo impuesto a Morillo. El presidente de la Nueva Granada, Pedro Alcántara Herrán –quien señala, de paso, que también José Erazo ha fallecido ya–, negó la gracia solicitada para Morillo.

El fusilamiento se hizo a las cuatro de la tarde del 30 de noviembre de 1842, en la plaza mayor de Bogotá, espectacularmente, en presencia de inmensa muchedumbre y tres batallones del ejército, amén de los guardias nacionales de infantería y artillería. Al pie de la bandera, cuando se le leía la condena, el reo declaró que había asesinado al mariscal Sucre por mandato de

Obando. Aún más: al ascender al patíbulo entregó a su capellán, "para que lo haga circular", una hoja impresa, contentiva de sus últimas declaraciones, ante juez, sacerdote y oficiales y titulada "A mis conciudadanos, a mis compañeros de armas, a la Humanidad entera".

El hombre que va a caer en la tumba no miente; sabe que nada espera de la vida. Y si es católico –como lo era Morillo–, cree que tras la agonía le aguarda la justicia divina: "En nombre del Dios piadoso, delante del cual me veré confundido y humillado –reza el pliego–, os suplico me perdonéis".

El texto, dictado en la capilla del cuartel de San Agustín, el 28 de noviembre dice en su parte sustancial:

> Dentro de pocos instantes no quedará de mí sino la memoria, lo único que me sobrevivirá y que quisiera librar de la ignominia con la sangre que voy a derramar en el patíbulo [...] Un destino funesto quiso que el ex general José María Obando, que tenía meditado el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, de acuerdo con otros señores cuyos nombres no debo expresar en estos momentos,[329] más cuando la opinión pública los señala con el dedo, me escogió por instrumento para entender en aquel crimen perpetrado en un hombre justo a quien yo respetaba. Acostumbrado a obedecer ciegamente las órdenes superiores, no tuve bastante discernimiento para meditar en la naturaleza y consecuencias de la orden que se me daba, mucho más cuando me rodeaban multitud de circunstancias que impedían evadirme [...] Apenas la víctima había sido inmolada, reconocí que era un crimen execrable en el que se me había complicado, y no un servicio a mi patria [...] Yo perdono al ex general José María Obando el haberme arrastrado al abismo donde me encuentro [...] En este momento, próximo a comparecer delante del juez que lee nuestros corazones y que no puede ser engañado, declaro solemnemente que cuanto he confesado y expuesto en mi proceso es

[329] Morillo no reveló otros nombres, quizá por un sentido de caridad recomendado por los sacerdotes.

> la verdad en toda su fuerza [...] Adiós para siempre. Que mis años y el sacrificio del único bien que me restaba, la vida, aplaquen la sombra de Sucre. Que a la misericordia de Dios se una la de los hombres.

Asistieron a Morillo en las últimas horas los clérigos Antonio Herrán, después arzobispo de Bogotá, y Antonio Margallo. Ambos le acompañaron hasta el momento de la descarga de cuatro fusiles que dispararon simultáneamente. ¡Como los cuatro disparos de Berruecos! Comandó las tropas que presenciaron la ejecución el general Joaquín París, el gran amigo del Libertador; el primero en atravesar el páramo de Pisba, en el glorioso rumbo hacia. Boyacá; el que fue comandante en Popayán, en vísperas de la marcha de Bolívar hacia el Sur; el herido en la batalla de Bomboná ¡Su sangre también se había derramado en las regiones donde se regó, hasta exhaustarse, la de Sucre!

El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho pareció vengado, en parte, con el fusilamiento de Morillo. Pero, además, al par de la dramática escena del cadalso, se grabó también en la conciencia pública la culpabilidad de los otros: la camarilla, todavía actuante de los "septembristas" de Bogotá que decidieron la eliminación del sucesor de Bolívar; el general José María Obando, actor principal, condenado por documentos, acusaciones irrefutables y procesos; el general Juan José Flores, enredado en los sucesos y cuyo plan infame fue dejar hacer, seguro de que operaría sin detenerse el temperamento fogoso, volcánico de Obando; el general José López, de complicidad poco activa; y unas cuantas figuras subalternas que cooperaron en la satánica trama. En la investigación histórica, además del testimonio de los documentos, cabe deducir, inferir, tomar los derroteros de las pruebas indirectas, poner en descubierto nexos, desbrozar aquellas oscuridades por donde el responsable trata de impedir que se le descubra. Cada vez que el hombre actúa en algo importante, se compromete; y comprometerse es adquirir responsabilidades; el compromiso deja huella, clara u oscura. Los hechos no se detienen, sino que avanzan; por ende, las consecuencias emergen tarde o temprano; de poco sirve esconder, empecinarse en desvirtuar. Vivimos en la historia, que nos atrapa y desnuda.

En el caso del general Juan José Flores, una de las cartas que más le comprometen es la escrita por Obando en marzo de este año:

> Pongámonos de acuerdo, don Juan: dígame si quiere que detenga en Pasto al general Sucre, o lo que deba hacer con él.

Viene luego la invitación de Obando para una entrevista en Tulcán, estrictamente secreta, por "las miras preventivas de don Antonio José" y porque "el peligro es más grande de lo que se piensa". Y Flores acepta:

> Aunque estoy bastante destruido, acepto la entrevista que me propones en Tulcán; vente, pues, cuanto antes [...]; juntos acordaremos todo lo que nos pueda interesar; obraremos como hermanos.

Esta cartas desvirtúan la suposición o aserto de que iban a verse sólo para tratar la cuestión fronteriza.

Posada Gutiérrez (*op. cit.* T. II: 185), coetáneo de todos aquellos acontecimientos (nació en Cartagena en 1797 y murió en Bogotá en 1881), escribe:

> Yo, que he deseado esclarecer estos hechos para formar un juicio imparcial sobre ellos, sin apasionarme, sin prevención en favor o en contra de nadie, mientras más los he estudiado, más me he convencido de que en cuanto dice el general Obando para defenderse y culpar al general Flores, no hace sino agravar su causa. Así como las cartas de Obando publicadas por Flores; el silencio de Flores sobre ellas; el viaje de Guerrero a Pasto; su declaración en Guayaquil a su regreso, dos días antes de que supiera la muerte de Sucre; la precipitación de Flores en irse a Guayaquil al despachar a Guerrero, sin esperar el resultado de la comisión que dio a éste cerca de Obando; la respuesta de Flores, publicada por Obando, a la carta en que le participaba la muerte de Sucre, diciéndole que nadie le culpaba,

> cuando él mismo y la Prensa ecuatoriana lo hacían con virulencia: todo esto, en sana crítica, induce a considerar al general Flores cómplice del general Obando.

A esta opinión, suficientemente clara y concreta, puede añadirse la del más calificado historiador de Venezuela, Vicente Lecuna:

> En su célebre libro publicado en Lima dice Obando que uno de los dos fue el criminal: o Flores, o él. Yo tengo la convicción de que fueron los dos. [Cf. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), Nº 140 (octubre-diciembre 1952): 446].

Obando, en su acusación, dijo que Flores había sido el único beneficiario del crimen. En el Ecuador consideraban cuestión evidente que, llegado Sucre a Quito, se le elegiría a él presidente de la nueva República, una vez reunida la Asamblea Constituyente que se hallaba convocada. El cumanés era el vencedor de Pichincha y Tarqui; el experto conductor de Bolivia. Por otra parte, una Colombia Federal que él hubiera buscado, ¿no habría ido en perjuicio y hasta vencimiento de los anticolombianos?

Juan José Flores, nacido en Puerto Cabello en 1801, sirvió con inteligencia, brío y decisión en la guerra de independencia. A los veinte años exhibía ya el grado de teniente coronel; en la batalla de Carabobo actuó como jefe de escuadrón. Tuvo, hasta la víspera del paso de los Andes, rumbo a Boyacá, un maestro y jefe: Páez. En Tarqui, a los veintiocho años, mereció el generalato de División. Su excesiva juventud impidió que se le confiase mando independiente durante las campañas libertarias.

Al general Flores, a partir de su segunda presidencia del Ecuador se le desarticula la existencia. Se hace elegir para un tercer período, fijado en ocho años. La nación entera se alza y lo expulsa. En España se entiende con la reina regente María Cristina (1846) para una empresa que parecía involucrar la reconquista. Hasta se pensó en el príncipe Juan para una actuación gubernativa, en unión de Flores. "El Gobierno británico embargó los tres buques de la

empresa floreana, que se aprovisionaba de armas y vituallas en Inglaterra, a más de reclutamiento de soldados". (Cf. Alfredo Pareja. *Historia*… T. III: 178). (El intento de reconquista lo repetirá España, en expedición de barcos que bombardearán a Valparaíso en 1866 y que serán derrotados en la batalla de El Callao). ¿Flores, uno de los libertadores en connivencia con la España monárquica? El Gobierno ecuatoriano le confiscó los bienes. En el Perú concediéronle renta militar; desde ahí intentó dos veces penetrar al Ecuador, en acto revolucionario sin éxito. Más tarde (1860), son aceptados sus servicios por Gabriel García Moreno, y lucha junto a éste contra el Perú. Triunfan; se queda al servicio del omnímodo gobernante. Al hacerse la guerra a la Nueva Granada, es derrotado en Cuaspud (1863). Al año siguiente (octubre de 1864), ataca a los revolucionarios liberales en Guayaquil, y perece después del combate, por enfermedad.

> Seamos con nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco.
>
> ARISTÓTELES: *Ética a Nicómaco.* T. I: 1.

Cumplido el año de luto riguroso, según las costumbres de la época la joven Mariana Carcelén se casó con el general neogranadino Isidoro Barriga (julio de 1831). Bogotano, mayor que la marquesa sólo en dos años, había servido en el ejército libertador, a las órdenes de Sucre, durante la campaña del Perú. Estuvo en Junín y Ayacucho; aquí fue ascendido a teniente coronel, por brillo y valentía en la lucha. En Tarqui junto a Sucre y Flores, alcanzó por mérito durante la batalla, el grado de coronel.

Con este grado, y en su prestigio adicional de "buen mozo y buen jinete", llegó a Quito dos meses antes que Sucre partiese al Congreso Admirable de Bogotá, y constaba, de hecho, entre los amigos de la casa del mariscal. Antes del viaje Sucre habíale escrito a Bolívar (octubre, 7, de 1829):

> El domingo mandé a usted unos papeles que me vinieron de Popayán, en que me anuncian las mismas

> cosas que usted me indica respecto del general Córdoba. Avisé a usted las medidas tomadas, de acuerdo con el prefecto las mismas que dije al coronel Barriga para su ejecución.

Arribó a la ciudad natal de la marquesa con el cargo de comandante general de armas del Ecuador, con residencia en Quito.[330] Con tales antecedentes, más la fina cortesía, la elegancia, el sentido jubiloso de la vida, la altivez y el desparpajo, ¿qué de sorprender que la hermosa viuda se hubiese enamorado de él, repuesta del agobio y honda soledad generados en Berruecos? ¿Ni por qué ha de llamar la atención que un militar con tantos dones personales, excepto el de los bienes de fortuna, haya buscado con el amor una brillante posición económica y social? ¿No seguía el ejemplo de Flores? La marquesa comprendió, como todo humano sensato, que la vida no se detiene, sino que sigue, y con mayores exigencias si rige la juventud. Mariana careció de conciencia histórica, por desgracia.

No hubo dicha, sin embargo, en esta unión. Un día, a los cuatro meses del matrimonio, y cuando Mariana se hallaba ya encinta de su segundo hijo Manuel Felipe Barriga Carcelén, Teresita, la hija del mariscal, pereció trágicamente. Jugaba su padrastro con ella en el balcón de la casa hogareña; la tenía en brazos –niña de dos años y cuatro meses–. De pronto, por obra de la fatalidad, el frágil cuerpecillo se desprende y va a dar en el empedrado de la calle. La muerte vino instantánea. ¿Qué felicidad cabía, hacia el futuro, en el corazón de la madre, si al dolor intenso que por esta causa no sabrá amenguarse jamás, se sumaba la suspicacia de las gentes quiteñas, a cuyos ojos el general Barriga pasaba a ejecutor de un hecho punible, calculado, para eliminar a una heredera universal, según el testamento de Sucre? De esta desgracia, tan sorpresiva como fortuita, no se consoló nunca Mariana. E hizo que se le enterrase a su hija en la iglesia del Carmen, casi al lado del mariscal; así podía ir a llorar cerca a los dos, como lo hacía con frecuencia.

Tampoco marcharon bien, con progreso, sus cuestiones económicas. En una carta al coronel Jerónimo Sucre hermano del

[330] GRISANTI, ÁNGEL. *El Gran Mariscal...*: 106.

mariscal,[331] con quien se comunicó por largos años en una amistad honda –le trataba siempre de "Mi muy querido hermano"–, decíale en noviembre de 1833:

> En orden de los bienes que quedaron por acá, han corrido casi todos la suerte más desgraciada. Como sobre la hacienda de La Huaca se hubiese resuelto por el Congreso del Perú que la debía reasumir el Estado, hemos tenido que emprender crecidos gastos por defenderla. A pesar de ellas y del viaje que Barriga tuvo que hacer a Lima no se desenreda todavía el asunto, y tememos un mal resultado. Por lo que hace a los demás bienes, se han convertido en acreedores los que suenan en el testamento como deudores, y se disputan aún aquí los fondos señalados a las casas, que se compraron y que por su fatal deterioro se hallan ahora casi en sitio vacío.

El general Barriga –tratado despectivamente con el sólo apellido, Barriga, por la marquesa– resultó administrador desacertado de la amplia fortuna matrimonial. Aún más: forzó a la esposa a dirigirse al gobierno de Bolivia en busca de dinero. En efecto, la Asamblea General boliviana, en sesión de 11 de agosto de 1825 había dado un Decreto que, en el artículo 19, expresaba: "Un millón de pesos será distribuido oportunamente por S. E. el Libertador al ejército unido libertador, vencedor en Junín y Ayacucho, como un pequeño premio de su labor y servicios hechos a la América en general y a esta República en particular". En este fondo existía una participación correspondiente a Sucre. La primera solicitud de pago la hizo Mariana Carcelén de Barriga en 1833. La respuesta, dada por el Congreso boliviano, de octubre de ese año, resultó humillante: "Habiéndose ya distribuido el millón de pesos con que la República gratificó al ejército unido libertador, y no esperándose entre sus disposiciones ninguna que haya hecho asignación especial al Gran

[331] El coronel Jerónimo Sucre se retiró del servicio activo en 1830; en 1846 fue senador, en representación de Cumaná. De su matrimonio con María del Rosario Sánchez, tuvo ocho hijos. Falleció en 1854 en la isla Margarita. (Investigación de Alberto Sanabria).

Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, devuélvase a la viuda ocurrente".[332] Veintiocho años más tarde, la marquesa, que acababa de enviudar por segunda vez, insistió, sin éxito. Pero esta vez actuó presionada por su hijo Manuel Felipe Barriga Carcelén, hombre dilapidador, casado con Josefina Flores, hija del general Juan José Flores.

Este matrimonio vino a eliminar, al menos en apariencia, el grave distanciamiento de las dos familias Barriga-Carcelén y Flores-Jijón. Desde que circuló en Quito la sospecha de que Flores tenía algo o mucho que ver en el asesinato del Mariscal, Mariana Carcelén deshizo esa amistad, y el general bogotano, segundo esposo de la marquesa, andaba en idéntico sentir.[333] El propio hijo de Flores, Antonio, fijó esta situación: "Barriga –escribió– era enemigo de Flores; le hizo el mismo año de la muerte del mariscal una revolución, y mandó después el ejército revolucionario que fue vencido en Miñarica (enero de 1835)".[334] Vale decir que el odio a Flores se mostró en las armas. Barriga se sublevó contra el gobierno "floreano", para derrocarlo; comandó un ejército llamado "restaurador". La batalla –una grave batalla, con más de novecientos muertos– se dio en el campo de Miñarica donde el bogotano quedó derrotado.[335]

En Mariana Carcelén hubo un error fundamental al volver a casarse. Ignoró su significación personal en la historia. De una viuda del Gran Mariscal, personaje más que raro, único, aureolado de las más grandes celebridades, cabía esperar la difícil grandeza de que no admitiera otro matrimonio en su vida. Pero esta exigencia, de fondo romántico, viene injusta y excesivamente dura en tratándose de una mujer bella, muy joven y rica. En ese espíritu primó el rechazo

[332] COSTA DE LA TORRE, ARTURO. *Op. cit.*: 179.

[333] PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Op. cit*. T. III: 165.

[334] ANTONIO FLORES, en folleto titulado *Isidorito*. New York, febrero 28 de 1883. (Elogio al nieto de la marquesa, de nombre Isidoro, fallecido a la edad de catorce años. ¡Un nieto de la mariscala de Ayacucho y de Flores!).

[335] Olmedo, que había ensalzado a Bolívar en Junín, en su celebérrimo "Canto a Junín", elogió a Flores en su "Canto a Miñarica". No por encumbrar a Flores, sino porque en esa batalla, de resultado victorioso, contra lo que representaban las tropas del general Barriga, se impidió la desmembración del Ecuador. (Cf. PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Op. cit*. T. III: 166).

enérgico a la soledad; y dominó, con él, la ilusión de que la dicha del amor conyugal podía repetirse. Esta felicidad, ya rara en sí, no se repite nunca, A poco trecho, quiébrase el embrujo. Y la marquesa, abiertos los ojos a la nueva realidad, encontró una distancia muy grande, en punto a valor humano, entre sus dos esposos. La comparación produjo la desventura, quizá muy pronto, tal vez aun antes del trágico deceso de su hija Teresita.

El general Barriga murió en 1850. Mariana Carcelén el 15 de diciembre de 1861. Falleció –reza la correspondiente partida– "con fiebre, con todos los auxilios de la Santa Iglesia, adornada de virtudes, especialmente de la caridad para con los pobres; sentida y llorada casi por todo el lugar, cuyo cuerpo fue sepultado en el Tejar". Le sobrevivió al gran cumanés treinta y un años.[336]

Y se requirieron casi treinta años más para que los restos de Sucre apareciesen al fin, tras larga y persistente búsqueda, en que estuvieron interesados tanto el gobierno de Venezuela como los parientes venezolanos del mariscal.

Rosario Rivadeneira, quiteña y de avanzada edad, confió un día de 1891 a Carlos Demarquet, jefe político de Quito, el secreto de que el cadáver se encontraba en el Carmen Bajo. Demarquet realizaba investigaciones en el templo de San Francisco, bajo irritante presión de un sacerdote venezolano del apellido del mariscal. Quizá la confidencia de la señora Rivadeneira no se tomó en serio, o no se quiso que el clérigo venezolano lo supiese; y el dato fue olvidado. En abril de 1900, la señora repitió su revelación; esta vez al médico Alejandro S. Melo y al señor César Portilla. ¿Cómo lo supo? Por confidencia del mayordomo de la hacienda El Deán, de la marquesa. Los depositarios del secreto se apresuraron a comunicarlo al presidente de la República, Eloy Alfaro, eminentísimo bolivarista. A los tres días, el 24 de abril, el público pudo contemplar el hallazgo, puesto a la vista de todos en el altar de la iglesia del Carmen. En seguida, la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Quito

[336] El general Obando, que había acusado a Flores del crimen de Berruecos, estampó luego la satánica sugerencia de que el asesinato pudo haberse fraguado en la mente del general Barriga, interesado ya en el matrimonio con la marquesa. Jamás pudo presentarse ningún documento que amparase, siquiera indirectamente, el malévolo aserto.

–mayo 7–, presidida por su decano el doctor Lino Cárdenas, y con el cuerpo de profesores, previa minuciosísima identificación –perforación del cráneo, del antebrazo derecho, altura del cuerpo, etc.–, procedió a levantar el acta de autenticidad. Sobre la caja que contenía el esqueleto se encontró un vestido negro de seda, de mujer. ¿De quién pudo ser sino de Mariana Carcelén, que mostró así la hondura de su querer al mariscal?

Puestos en acuerdo el presidente Alfaro y el arzobispo de Quito Pedro Rafael González Calisto, los despojos fueron llevados en gran procesión desde el Carmen hasta la iglesia catedral, con la concurrencia de los poderes públicos, representaciones extranjeras diplomática y consular, autoridades eclesiásticas, el ejército, el Cabildo quiteño, delegados de diferentes entidades de todo el país y un público gigantesco que llenaba calles y plazas. Se escogió para el solemnísimo acto el día 4 de junio, aniversario del sacrificio del Gran Mariscal en Berruecos. Y, finalizada la misa pontifical, que ofició el arzobispo, pronunció la oración fúnebre el célebre Federico González Suárez, entonces obispo de Ibarra. Era el orador máximo de ese tiempo, en el ámbito eclesiástico ecuatoriano. Se juntaban en él elocuencia, austeridad personal, de que dio ejemplo siempre, y una autoridad de historiador que jamás temió hablar la verdad, así desnudase con ella la grave desmoralización de frailes, clérigos y monjas en el lapso colonial. Su arrebato llegó a tanto, que el público aplaudió con delirio, varias veces, dentro de la propia catedral.[337]

Suyas fueron estas palabras sobre la marquesa, en aquella ceremonia:

> Doña Mariana Carcelén y Larrea, después del crimen de Berruecos, desató el lazo conyugal que la unía con Sucre, volvió a encender su antorcha nupcial en el altar de Dios, como la viuda de Belén, Ruth, la de la Biblia;

[337] Esta oración fúnebre fue publicada por el Consejo municipal de Quito, en folleto especial, el 4 de junio de 1930, primer centenario de la muerte del mariscal. Federico González Suárez es autor, entre otros libros muy valiosos, de la *Historia del Ecuador*, en seis tomos, acusada por dos obispos ante el Vaticano. Culminó el proceso con el triunfo del historiador. González Suárez conoció a la marquesa de Solanda cuando era niño, y atestiguó más tarde, que la veía diariamente en la iglesia de la Compañía de Jesús.

> pero conservó para con su sacrificado esposo un amor constante, convertido por la piedad en uno como culto religioso. Hizo desenterrar a ocultas los restos mortales de Sucre y, asimismo a ocultas, los mandó traer a Quito: aquí buscó un lugar sagrado, y allí los escondió, confiando su secreto a corazones puros. En lugar sagrado, cerca del altar, allí los depositó, y allí acudía de continuo, para desahogar su corazón afligido, llorando en silencio. La dignísima marquesa de Solanda lloraba callando, cumpliendo, como Ezequiel, la orden de Dios de gemir en silencio: "Por tu esposa –le dijo Dios al Profeta– llorarás, pero en silencio". Aquella guarda celosa, vigilante, del cadáver, constará siempre como rasgo de gran altura y nobleza. Hay allí una medida del dolor.

Respecto del crimen dijo:

> Entre los enemigos de Sucre hubo uno[338] sobre quien ha caído la execración de la posteridad: él mismo anunció para sí ese castigo, tal vez sin caer bien en la cuenta de lo que decía.
>
> Este, tomando dinero de las arcas nacionales y fingiendo despachar una escolta de soldados en persecución de los criminales, puso los medios para cerciorarse de que Sucre había muerto: la escolta llegó al lugar en que Sucre fue asesinado, notó la sangre sobre el fango y, por la huella de la sangre, dio con la sepultura: removieron sin dificultad la tierra todavía fresca, desenterraron el cadáver, lo examinaron y volvieron a sepultarlo: Era Sucre, ¡no había cómo dudarlo!
>
> Con los pies arrojaron tierra sobre la fosa, para terminar pronto su faena, faena de asalariados del crimen.

Y más adelante:

> La opinión pública fue extraviada adrede; una juventud, que se había lanzado prematuramente a la arena de la

[338] Obando.

> política, gritaba que estaba sirviendo a la patria, cuando arrimaba el hombro para encumbrar al solio presidencial a cierto desventurado que merecía el patíbulo.

Aquí, hablaba el González Suárez historiador, el austerísimo defensor de la verdad histórica; no el clérigo que perdona y absuelve.

Y para referirse a la personalidad de Sucre; expresó:

> El nombre de Sucre es de veras glorioso, porque siempre triunfó en guerras justas: su espada no estuvo nunca ni un momento tinta en sangre fratricida, en sangre derramada en guerras civiles, nunca: siempre la esgrimió para defender la libertad, y la habría convertido en arado, antes que desenvainarla en contiendas civiles [...] Los grandes hombres suelen tener entre sus virtudes una especial, que descuella sobre todas las demás, y por la cual se acentúan los rasgos de su fisonomía moral: la virtud característica de Sucre fue la modestia. Sucre para mí fue un gran hombre, un héroe. ¿Sabéis por qué Sucre me inspira tanta admiración? Porque poseyó la virtud de los varones dotados de un gran corazón: la modestia, ese velo tan hermoso que el verdadero mérito suele echar sobre su propia grandeza. Inteligente, discreto, generoso, llevaba de veras en su carácter la semejanza divina. La guerra había endurecido su cuerpo, al parecer endeble y nada gallardo, pero había dejado intacta la delicadeza de su alma verdaderamente cristiana. Sucre practicó más de una vez una virtud evangélica, la más ardua, la más difícil, la más sobrehumana de cuantas enseña y practica el cristianismo: Sucre supo perdonar a sus enemigos [...] Si Sucre hubiera podido hablar en Berruecos, no temo asegurar que sus últimas palabras habrían sido para perdonar a sus asesinos.

En sitio de serenidad espiritual permanente –la iglesia catedral de Quito– reposan los despojos de Sucre, guardados en urna de piedra del Pichincha. Ahí se ha apaciguado el grito del crimen.

Alzase, en cambio, y se exhibe, la estructura histórica de una existencia que fue magno servir a los humanos, al darles libertad y rumbo. Diariamente las voces del órgano hacen la loa del esforzado cumanés ante quien las generaciones van desfilando en acto de conmovida gratitud.

Bibliografía

"Archivo Santander". *Academia Nacional de Historia*. (Bogotá), (1913).

ARGUEDAS, ALCIDES. *Historia general de Bolivia*. La Paz, 1922.

BARALT, RAFAEL MARÍA. *Historia de Venezuela*. Maracaibo, 1960.

BARRERA, ISAAC J. *Centenario de la batalla de Pichincha*. Quito, 1922.

_____. *Ensayo de interpretación histórica*. Quito, 1959.

_____. *Rocafuerte*. Quito, 1911.

BAYO, CIRO. *Examen de próceres americanos*. Madrid, 1916.

Boletín de la Academia Nacional de Historia (Quito), Varios tomos.

Boletín de la Academia Nacional de la Historia (Caracas), Varios tomos.

BOLÍVAR, SIMÓN. *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. Lima, 1825.

BORRERO, ALFONSO MARÍA. *Ayacucho*. Cuenca, 1924.

BOUSSINGAULT, JUAN BAUTISTA. *Memorias*. París, 1903.

BULNES, GONZALO. *Historia de la expedición libertadora del Perú*. Santiago, 1887.

_____. *Últimas campañas de la independencia del Perú*. Madrid: Biblioteca Ayacucho.

BRICEÑO, MARIANO DE. *Historia de la Isla Margarita*. Caracas, 1885.

CARBONELL, DIEGO. *Mil ochocientos treinta*. París, 1931.

_____. *Cartas de Sucre al Libertador*. Madrid: Editorial América, 1919.

CARRIÓN, BENJAMÍN. *García Moreno, el santo del patíbulo*. México, 1959.

CARROCERA, FRAY CAYETANO DE. *Memorias para la historia de Cumaná y Andalucía*. 2ª ed., 1945.

CEVALLOS, PEDRO FERMÍN. *Resumen de la historia del Ecuador*. Lima, 1870.

CONTE BERMÚDEZ, HÉCTOR. *La creación de Bolivia y la Constitución Boliviana en el Istmo de Panamá*. 1930.

CORREDOR, RUBÉN. *La gran Colombia*. Mérida, 1930.

CORTÉS VARGAS, CARLOS. *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. Bogotá, 1924.

COSTA DE LA TORRE, ARTURO. *Romance y descendencia del Gran Mariscal de Ayacucho en la ciudad de La Paz*. La Paz, 1961.

COVA, JESÚS ANTONIO. *Sucre, ciudadano de América*.

CHIRIBOGA, ÁNGEL ISAAC. *Fuerzas morales en el Ejército. Hoja de servicios del Gran Mariscal de Ayacucho*. Quito, 1932.

_____. *Tarqui documentado*. Quito, 1928.

DAUXION-LAVAYSSE, J. J. *Voyage aux de Tobago, Trinidad, Marguerite et autres parties de Venezuela*.

DE LA ROSA, ANDRÉS ELOY. *Firmas del ciclo heroico*.

DELGADO, LUIS H. *Bolívar, Perú y Bolivia*. Lima, 1942.

DÍAZ, JOSÉ DOMINGO. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*.

ENCINA, FRANCISCO A. *Bolívar. Emancipación de Quito y Alto y Bajo Perú*. Santiago de Chile, 1954.

ERMINY ARISMENDI, SANTOS. *De la vida del general José Francisco Bermúdez*. Caracas, 1931.

FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, FRANCISCO. *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española.*

FLORES, ANTONIO. *El Gran Mariscal de Ayacucho*. New York, 1883.

FLORES CAAMAÑO, ALFREDO. *Objeciones históricas*. Lima: Editorial Salesiana, 1960.

FLORES, JUAN JOSÉ. *Manifiesto del Gobierno del Sur*. 1830.

FRANCOVICH, GUILLERMO. *La filosofía en Bolivia*.

GANGOTENA Y JIJÓN, CRISTÓBAL DE. *Iconografía de Sucre*. Quito, 1924.

GARCÍA DEL RÍO, JUAN. *Sitio de Cartagena de 1815*. 1843.

_____. *Gazeta de Caracas*. Números correspondientes a 1811.

GIL FORTOUL, JOSÉ. *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas, 1942.

GONZÁLEZ SUÁREZ, OBISPO FEDERICO. *Oración fúnebre*, al ser trasladados los restos de Sucre a la Catedral de Quito, 1930.

GRISANTI, ÁNGEL. *El proceso contra los asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho.* Caracas, 1955.

_____. *El Gran Mariscal de Ayacucho y su esposa la marquesa de Solanda.* Caracas, 1955.

_____. *Vargas Íntimo.* Caracas, 1954.

GUERRA IÑIGUEZ, DANIEL. *El pensamiento internacional de Bolívar.* Caracas, 1955.

HENAO, JESÚS MARÍA y ARRUBLA, GERARDO. *Historia de Colombia.* Bogotá, 1952.

HERRERA, L. A. *La Revolución francesa y Sudamérica.* París, 1910.

_____. *Historia de América* (publicada bajo la dirección de Ricardo Levene). Buenos Aires, 1951.

_____. *Historia de la revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-1822.* Guayaquil, 1920.

HUMBOLDT, ALEJANDRO VON. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.*

IRISARRI, ANTONIO J. DE. *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*. Buenos Aires, 1946.

JARAMILLO ALVARADO, PÍO. *El Gran Mariscal José de la Mar.* Quito, 1941.

JÁUREGUI ROSQUELLAS, A. *Antonio José de Sucre*. La Paz, 1928.

LARRAZÁBAL, FELIPE. *La vida de Bolívar.* New York, 1883.

LECUNA, VICENTE. *Bolívar y el arte militar.* New York, 1955.

_____. *Cartas del Libertador* (Compilación de cartas, discursos y proclamas; tres volúmenes). La Habana, 1950.

_____. *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. New York, 1957.

_____. *Creación de Bolivia*.

_____. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. New York, 1950.

_____. *La entrevista de Guayaquil*. Caracas, 1948.

LE GOUIR, S. J., J. M. *El crimen de Berruecos*. Cuenca, 1924.

LEMOS GUZMÁN, ANTONIO J. *Obando*. Popayán, 1959.

LÓPEZ CONTRERAS, ELEAZAR. *El Callao histórico*. Caracas, 1926.

LÓPEZ, JOSÉ HILARIO. *Memorias*. Bogotá, 1942.

LORENTE, SEBASTIÁN. *Historia del Perú desde la proclamación de la independencia*. Lima, 1876.

LLAMOZAS, SALVADOR. *Sucre, magistrado*. 1894.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, 1952.

_____. *Memorias del general García Camba*. Madrid: Biblioteca Ayacucho.

MITRE, BARTOLOMÉ. *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Buenos Aires, 1889.

MOSQUERA, GENERAL TOMÁS CIPRIANO DE. *Memorias*. Bogotá, 1940.

MILLER, GENERAL GUILLERMO. *Memorias* (publicadas por John Miller). Madrid, 1910.

Museo Histórico, órgano del Museo de Historia de Quito. (Quito) Nº 23, (mayo 24, 1956). (Contiene más de noventa cartas del Mariscal Sucre al coronel Vicente Aguirre, sobre su noviazgo con la marquesa de Solanda. Aguirre residía en Quito).

OBANDO, JOSÉ MARÍA. *Apuntamientos para la Historia*. Bogotá, 1945.

_____. *Los acusadores de Obando, juzgados por sus mismos documentos*. Lima, 1847.

O'LEARY, DANIEL FLORENCIO. *Memorias*. Caracas, 1952.

OLIVAS ESCUDERO, FIDEL. *Apuntes para la historia de Ayacucho*. Ayacucho, 1924.

OROPESA, JUAN. *Sucre*. Caracas, 1946.

PÁEZ, GENERAL ANTONIO JOSÉ DE. *Autobiografía*. New York, 1865.

PALMA, RICARDO. *Tradiciones peruanas*. Lima, 1907.

"Papeles de Sucre". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas).

"Papeles de Sucre". *Revista de América* (Bogotá), (1945).

PAREJA DIEZCANSECO, ALFREDO. *Historia del Ecuador*. Quito, 1954.

PAZ SOLDÁN, MARIANO F. *Historia del Perú independiente*. Lima, 1870.

PARRA PÉREZ, C. *Mariño y la independencia de Venezuela*. Madrid, 1954-1957.

PEREYRA, CARLOS. *Bolívar y el general San Martín*. Madrid: Aguilar, 1932.

_____. *El general Sucre*. Madrid: Editorial América.

_____. *Historia de la América española*. Madrid, 1920.

PÉREZ SOSA, ELÍAS. *Gestas dialécticas*. Caracas, 1957.

PÉREZ Y SOTO, JUAN B. *El crimen de Berruecos*. Roma, 1924.

PÉROU DE LACROIX, L. *Diario de Bucaramanga*. Madrid, 1924.

PINILLA, SABINO. *La creación de Bolivia*. Madrid: Editorial América.

POMBO, LINO DE. *Reminiscencias del sitio de Cartagena*. 1862.

POSADA GUTIÉRREZ, JOAQUÍN. *Memorias histórico-políticas*. Bogotá, 1929.

RAMALLO, MIGUEL. *Batallas de la guerra de la independencia altoperuana*. La Paz, 1913.

_____. *Recuerdos del tiempo heroico. Páginas de la vida militar y política del Gran Mariscal de Ayacucho*. Guayaquil, 1883.

RENDÓN, VÍCTOR MANUEL. *Olmedo*. París, 1904.

RESTREPO, JOSÉ MANUEL. *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Editorial Besanzon, 1858.

_____. *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. Editorial Besanzon, 1958.

Revista bolivariana, órgano de la Sociedad Bolivariana de Colombia (Bogotá), Varios tomos.

Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela (Caracas), Varios tomos.

REYES, OSCAR EFRÉN. *Breve historia general del Ecuador*. Quito, 1956.

REYES, VITELIO. *Páez, venezolano integral*.

RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO. *El teniente general don Pablo Morillo*. Madrid, 1920.

ROMERO AGUIRRE, ALFONSO. *El partido liberal ante la Historia*. Bogotá, 1944.

RUMAZO GONZÁLEZ, ALFONSO. *Bolívar*. Madrid: Edime, 1955.

_____. *Gobernantes del Ecuador*. Quito, 1932.

_____. *O'Leary, edecán del Libertador*. Madrid: Edime, 1956.

_____. *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*. Madrid, 6ª ed., 1962.

SAMPER, JOSÉ MARÍA. *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada desde 1810*. Bogotá, 1953.

SÁNCHEZ VELASCO, MANUEL. *Memorias para la historia de Bolivia, desde el año 1808 a 1848*. Sucre, 1938.

SARDI, JOSÉ NUCETE. *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Caracas.

TORO RUIZ, ISAÍAS. *Más próceres de la independencia*. Latacunga, 1934.

TORRENTE, MARIANO. *Historia de la revolución hispano-americana*. Madrid, 1829.

ULLOA, JORGE JUAN DE y ULLOA, ANTONIO DE. *Noticias secretas de América*. Madrid: Editorial América, 1918.

VACAS GALINDO, ENRIQUE. *Límites ecuatoriano-peruanos*. Quito, 1903.

VALDIVIESO MONTAÑO, A. *José Tomás Boves*. Caracas, 1955.

VELARDE, FABIÁN. *El Congreso de Panamá en 1826*. Panamá, 1926.

VICUÑA MACKENNA, B. *El Washington del Sur*. Madrid: Editorial América.

VILLANUEVA, CARLOS A. *Fernando VII y los Nuevos Estados*. París, 1912.

VILLANUEVA, LAUREANO. *Vida de don Antonio José de Sucre*. Caracas, 1895.

VIVANCO, CARLOS A. *El Ecuador en la independencia de América*. Quito, 1941.
_____. *El general Sucre en la campaña del Ecuador*. Quito.

WRIGHT, ALBERTO EDUARDO. *Destellos de gloria*. Buenos Aires, 1949.

ZAWADZKY, JORGE. "La expedición de Sucre al Sur". *Boletín de la Academia de Historia del Valle* (Cali, Colombia).

Índice

Preliminar (de la primera edición) 5

Primera parte
LOS AÑOS DUROS 7

Segunda parte
LOS AÑOS AUDACES 75

Tercera parte
LOS AÑOS SABIOS 135

Cuarta parte
PAZ DRAMÁTICA 191

Quinta parte
ÚLTIMAS GLORIAS 271

Sexta parte
EL CRIMEN 331

Bibliografía 385